

JGCL
A

t. 146233
c. 1184273

Hol

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA

EXCURSIÓN
A NUMANCIA

PASANDO POR SORIA



RUIZ HERMANOS, EDITORES, 1922.



1.500 f

②

D-T

Cintas

161

①8

EXCURSIÓN A NUMANCIA
PASANDO POR SORIA

EXCURSIÓN A NUMANCIA
PASANDO POR SORIA
Y REPASANDO LA HISTORIA Y
LAS ANTIGÜEDADES NUMANTINAS

P O R

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA

DE LAS REALES ACADEMIAS DE LA HISTORIA Y DE
BELLAS ARTES, CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD
CENTRAL, DIRECTOR DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO
NACIONAL Y PRESIDENTE DE LA COMISIÓN
EJECUTIVA DE LAS EXCAVACIONES DE NUMANCIA



MADRID
RUIZ HERMANOS, EDITORES
Plaza de Santa Ana, 13

1922

ES PROPIEDAD.

Talleres Poligráficos, San Lorenzo, 5, Madrid



R.11328

PROEMIO

NUMANCIA es un nombre glorioso en la Historia ; por las mudanzas de ella, borrado del mapa y desconocido en los nomenclátos oficiales y vigentes de la España actual ; nombre que sólo se encuentra en los mapas de la España antigua, reconstituídos por los hombres de ciencia, y en los libros con que la erudición ha desentrañado las cosas de lo pasado.

Esta paciente labor investigadora ha permitido descubrir las ruinas y las preciadas reliquiás de la heroica ciudad fenecida. Numancia es hoy, como Troya, como Pompeya, que, igualmente, sucumbieron devoradas por una catástrofe épica y terrible, una ciudad desenterrada.

Toda ciudad muerta violentamente ofrece, como los individuos, en sus restos, las huellas de su vida rota juntamente con las de su trágico fin, y el espectáculo que ofrece, al par que conmovedor y elocuente, es de gran enseñanza de la exis-

tencia en tiempos remotos, renovada en los presentes con idénticos caracteres fundamentales, y distintos, en lo accidental y característico, del estado de civilización de entonces.

Si amas, lector, ese pasado del que procedemos, que es nuestro pasado ; si sientes al menos la curiosidad de conocerle, de contemplar esas ruinas y esas reliquias, te invito a realizar una excursión que no ha de ser puramente ideal a través de la Historia y de la Arqueología, sirviéndote de guía para mostrarte lo descubierto en aquel solar ibérico de bien ganada fama universal e imperecedera.

Sería imperdonable ir a Numancia sin detenerse en Soria, punto obligado de partida, donde también los monumentos antiguos representan un pasado memorable y atraen a la contemplación del arte medieval y a renovar el recuerdo de la historia caballeresca, que registra en campos sorianos una página culminante de la lucha de Castilla con el poder mahometano.

Soria es una ciudad monumental castellana poco conocida y estudiada ; de interesante fisonomía artística, cuyo conocimiento es útil y aun necesario para eslabonar el de la arquitectura nacional de los siglos medios.

Nuestra excursión ha de ser, pues, de todo en todo, retrospectiva ; desde la Edad Media hemos de remontarnos a los días del férreo poder de Roma, al que sucumbió Numancia ; en ésta hemos de

examinar el cuadro de la civilización celtibérica y aun llegar hasta los oscuros días prehistóricos. En tan amplio cuadro, Soria no es un accidente, pues ella fué la heredera de Numancia en la obra evolutiva de la civilización en la meseta castellana.

Tan sólo podría ofrecerte, lector, por garantía de mi acierto al servirte de guía, la circunstancia de ser yo modesto excavador entre los varios que hemos conseguido la exhumación de Numancia, y, por ello, mis repetidas estancias en Soria y constante comunicación con los nobles sorianos; pero no soy yo quien debe hablarte, pues sólo me corresponde el papel de intérprete, son los monumentos mismos, son las antigüedades, más elocuentes que las palabras, por ser testigos irrecusables de la verdad histórica.

El deseo de popularizar su conocimiento, con arreglo a un sencillo plan expositivo que señale el encadenamiento de las distintas épocas indicadas y las varias características de las mismas, de modo que en páginas de breve lectura se condensen las doctrinas y los hechos consignados en doctas Memorias y en obras voluminosas, cuyo conjunto aparece como materia dispersa, inspiró este libro, que se ofrece a los curiosos y a los aficionados, confiándose a la benevolencia de todos.

J. R. M.

ÍNDICE DEL TEXTO

	<u>Páginas.</u>
PROEMIO	V
I. SORIA	I
I.—Caraterística de la ciudad.—Su historia, sus doce linajes y su escudo.—El Castillo y las murallas.—Las iglesias y el estilo románico.....	3
II.—La iglesia de Santo Domingo.—Un poco de su historia.— Su restauración moderna.— Su imahfronte.—Su portada; simbolismo desarrollado en su imaginería.—Filiación artística del monumento.—Interior de la iglesia románica.—El problema de la cabecera.—Los sepulcros.—La torre.—La fecha	13
III.—San Juan de Duero.—Rareza del estilo arquitectónico de este monumento.—Lo que se sabe de su fundación.—El claustro; orientalismo de su extraña arquitectura.—La iglesia.—Sus capillas o templetas.—Imaginería de sus capiteles.—El problema del claustro, del estilo y la fecha	25
IV.—La iglesia de San Juan de Rabanera.—Restauración de este monumento por D. Teodoro Ramírez.—El ábside por fuera.—Otros detalles del exterior.—El interior; lo que queda de la obra románica; anomalía de la planta.—La de-	

res antiguos.—Pobladores ante-romanos.—Los celtiberos. — Arévacos y pelendones. — Condición de estas gentes ; sus creencias y prácticas ; su constitución social y sus costumbres ; sus trajes y sus armas.—Circunstancias que les favorecieron en su lucha con Roma	115
II.—Causa de la guerra de Numancia.—Segeda.—La sorpresa de Caro.—Ambón y Leucón.—La batalla de los elefantes.—Nuevos contrataiempos e internada de Fulvio Nobilior	129
III.—Marcelo en la guerra celtibérica.—Fracaso de Pompeyo ; su pacto, descubierto.—Mancino, sitiado por los numantinos.—Tratado a que le obligaron.—Castigo de Mancino.—Numancia, invencible	135
IV.—Escipión «el Africano y el Numantino».—Su historia militar y su prestigio.—Sus medios y sus fuerzas.—Desmoralización en que halló el ejército de Iberia.—Rigurosas medidas disciplinarias.—Cómo empezó a desarrollar su plan de campaña	141
V.—Las fortificaciones de Escipión, según Apiano.—Descubrimientos del profesor Schulten. — Los campamentos, las torres y muros de contravalaación.—Cómo distribuyó Escipión sus medios de combate y sus fuerzas.—Composición de la Armada romana.—Su armamento.—Armas encontradas	149
VI.—Numancia, sitiada. — Audaz salida de Retógenes. — Apremios del hambre. — Embajada de Avaro. — Últimos y desesperados esfuerzos.— Miseria humana y despertar heroico.—El caso de Theógenes.—Postrer sacrificio y destrucción de Numancia	157
IV.—RUINAS DE NUMANCIA	167
I.—La ciudad antigua ; su extensión.—Las murallas.—Población celtibera.—Recintos sagrados. La necrópolis	169
II.—Las calles de Numancia.—Su trazado general.— Calles ibéricas ; su empedrado y sus aceras.—	

Las pasaderas; su disposición y su origen.— Signos en las piedras de las calles.—Las calles romanas.—Su trazado regular.—Su pavimen- to.—El foro.—Canales de desagüe	179
III.—Las casas ibéricas.—Lo que puede apreciarse de su arquitectura.—Disposición de sus muros.— Las cuevas.—Lo que en ellas se encuentra.—Su situación	187
IV.—Las casas de la ciudad romana.—Cómo se re- construyó Numancia.—Persistencia de los ca- racteres indígenas en las viviendas.—Aspecto de las construcciones y su disposición.—Las cue- vas.—Los pozos.—Restos del decorado.—Ras- gos clásicos.—Peristilos o patios	195
V.—Edificios públicos romanos.—El templo.—Las termas de la parte oriental.—Edificio del centro de la meseta.—El horno.—El subterráneo.— ¿Termas?	205
V.—LOS CAMPAMENTOS	209
I.—La Gran Atalaya.—Trabajos de descubrimiento realizados por el profesor Schulten.—Campa- mentos sucesivos.—Sus murallas.—Construc- ciones interiores.—Distribución del ejército en ellos.—Fechas a que corresponden estos cam- pamentos	211
II.—Campamentos sitiadores de Numancia.—Descu- brimientos y descripciones del profesor Schul- ten.—El campamento de Peña Redonda.— Campamento de Escipión en el Castillejo.— Campamentos de Marcelo y de Pompeyo, en el mismo sitio.—Fortificaciones de la contrava- lación.—Los siete campamentos, y en particu- lar los de la Dehesilla y del Molino.—Objetos encontrados	217
VI.—EL MUSEO NUMANTINO	231
I.—Formación del Museo.—Instalación provisional de las colecciones en Garray.—El Museo es ins- talado y ordenado en Soria.—Nuevo rasgo ge- neroso del Sr. Aceña.—El edificio del Museo.—	

Instalación y clasificación definitiva de las colecciones.—Inaugura el Museo S. M. el Rey ...	233
II.—Antigüedades prehistóricas.—Armas e instrumentos de piedra.—Cerámica neolítica y eneolítica.—Armas de cobre y de bronce.—Cerámica de las Edades del metal; su variedad.—La labor incisa.—Vasos hechos a mano y vasos hechos a torno	243
III.—Restos de la ciudad quemada.—Reliquias de los heroicos numantinos.—Huesos de animales ...	249
IV.—Las industrias ibéricas.—La cerámica.—Vasos de cocina.—Vasos con decoración incisa y estampada.—Vasos ahumados.—Vasos importados.—Vasos rojos no decorados: sus formas.—Objetos varios de barro.—Las trompetas.—Las pesas.—La industria del hierro; variedad de sus productos.—Las armas.—Bocados de caballo.—Objetos de hueso.—Objetos de piedra	253
V.—El arte ibérico.—La cuestión de sus orígenes.—El estilo numantino.—Figuras de barro.—Vasos pintados.—Las estilizaciones y el estilo libre.—Figuras humanas.—Seres quiméricos.—Figuras de caballos, de aves y de peces.—Ornamentación rectilínea y curvilínea.—Vasos ibero-romanos.—Materias colorantes	273
VI.—Objetos de adorno.—Fíbulas; sus tipos.—Fíbulas de la Tene.—La fíbula hispana.—Fíbulas de caballito.—Hebillas y otros objetos.—Cuentas de collar.—Instrumentos quirúrgicos	289
VII.—Antigüedades romanas.—Aras votivas.—Restos arquitectónicos y de pinturas murales.—Restos de esculturas.—Piedras grabadas.—Cerámica: sus variedades.—«Terra sigillata».—El vaso vidriado.—Vidrios.—Objetos de hueso, bronce y hierro.—Armas.—Piedras de molino.—Monedas.—Restos visigodos	293
BIBLIOGRAFÍA	301

ÍNDICE DE LAS FIGURAS

Páginas.

En la cubierta, jarro pintado, con escena hípica (se habla de él en la pág. 280).

1. ^a —Vista de Soria por el sur	3
2. ^a —Tabla redonda de los doce linajes	6
3. ^a —Iglesia de Santo Domingo	14
4. ^a —Portada de la iglesia de Santo Domingo	16
5. ^a —Iglesia de Santo Domingo. Detalle de las archi- voltas	18
6. ^a —Claustro del Monasterio de San Juan de Duero ...	26
7. ^a —Iglesia de San Juan de Duero. Capilla-templete del lado del Evangelio	29
8. ^a —Iglesia de San Juan de Duero. Capilla-templete del lado de la Epístola	30
9. ^a —Ábside de la iglesia de San Juan de Rabanera ...	36
10.—Interior de la iglesia de San Juan de Rabanera ...	37
11.—Trompa de la cúpula de San Juan de Rabanera ...	38
12.—Imagen de San Pedro en el ábside de San Juan de Rabanera	40
13.—Capitel del crucero de San Juan de Rabanera	42
14.—Claustro de la Colegiata	54
15.—Capiteles del claustro de la Colegiata	56
16.—Capiteles del claustro de la Colegiata	57
17.—Palacio de Gómara	73
18.—Ermita de Nuestra Señora del Mirón	79
19.—Ermita de San Saturio (exterior)	82

	<u>Páginas,</u>
20.—Ermita de San Saturio (interior)	84
21.—Vista de la ermita, el puente y Garray, desde el cerro de Numancia	89
22.—Exterior de la ermita de los Mártires	93
23.—Portada sur de la ermita de los Mártires	94
24.—Capitel historiado	95
25.—Retablo gótico	96
26.—Pila bautismal	96
27.—Monumento a los héroes de Numancia	102
28.—Vista del cerro de Numancia por oriente	115
29.—Vista del cerro de la Muela junto al Duero y Ga- rray y de las ruinas de Numancia	126
30.—Restos de muralla y de viviendas por occidente.....	132
31.—Vista parcial de las ruinas de Numancia	169
32.—Recinto de piedras situado al sur de Numancia ...	175
33.—Recinto de piedras situado al sur de Numancia ...	177
34.—Plano de las ruinas de Numancia	179
35.—Calle ibérica (A) con sus pasaderas	181
36.—Encuentro de las calles A e I	182
37.—Calle I con el pavimento romano y ruinas conti- guas	184
38.—Resto de una casa ibérica bajo otra romana en la manzana I	188
39.—Restos de una casa ibérica en la manzana III	190
40.—Cueva con muro de ladrillo en la manzana IV	191
41.—Cuevas de la manzana V	192
42.—Pozo romano	198
43.—Hogar de una casa romana	198
44.—Entrada de una casa ibero-romana por la calle C ...	199
45.—Planta de una casa ibero-romana de la calle C	200
46.—Peristilo de una casa romana de la manzana I, con- tiguo a la calle U . . .	203
47.—Restos de unas termas descubiertas por el Sr. Saa- vedra	206
48.—Armas de hierro halladas en Numancia	211
49.—Restos de los campamentos descubiertos en Renie- blas	214
50.—Plano de Numancia y de las fortificaciones con que la sitió Escipión	217
51.—Departamento de la oficialidad en el campamento de <i>Peña Redonda</i>	221

52.—Pretorio de Escipión en el campamento de <i>El Cas- tillejo</i>	225
53.—Fachada principal del Museo Numantino	233
54.—Vista de la sala de Arte ibérico	238
55.—Armas e instrumentos de piedra	244
56.—Botijillo con labor incisa y bolas de cobre	246
57.—Vaso con labor incisa	246
58.—Vaso de tosca manufactura	247
59.—Copa trípode	247
60.—Vaso con labor incisa	247
61.—Ollas de barro	248
62.—Ollas numantinas	254
63.—Vaso decorado a punzón	254
64.—Olla decorada a punzón.....	254
65.—Jarra decorada a punzón	255
66.—Taza decorada a punzón	255
67.—Punzones para la decoración cerámica y muestrario de sus figuras	256
68.—Vaso de fina manufactura	256
69.—Vaso ibérico con anillas. <i>Cyatos</i> y <i>phiale</i> itálicos...	256
70.—Vasos cartagineses	257
71.—Pequeña tinaja con anillas	257
72.—Vasos rojos sin pinturas	258
73.—Copas rojas sin pinturas	258
74.—Copa roja	259
75.—Embudos de barro	259
76.—Mórteros de barro	260
77.—Cantimplora de barro rojo	260
78.—Pies para vasos, de barro	261
79.—Husillos de barro	261
80.—Bolas de barro decoradas	262
81.—Trompetas de barro	264
82.—Hoz, puñal y cuchillo de hierro	265
83.—Cuchillos de hierro	265
84.—Daglas de hoja de hierro y vaina de cobre	266
85.—Empuñaduras y guarniciones de espadas	267
86.—Puntas de flecha de hierro	268
87.—Mangos y punzones de hueso y asta	269
88.—Molinos de mano, en piedra	270
89.—Piedras de moler	270
90.—Pila de piedra	270

	Páginas.
91.—Pila doble, de piedra	270
92.—Vaso cartaginés en figura de toro	274
93.—Vaso cartaginés en figura de jabalí	274
94.—Figurillas ibéricas de barro	276
95.—Figura de mujer, de barro policromado	277
96.—Pie de barro	278
97.—Muestras de cerámica blanca	279
98.—Jarras del tipo <i>oenochoe</i>	279
99.—Jaros decorados	280
100.—Jarro con figura humana estilizada	280
101.—Jaros decorados	281
102.—Vaso con una pantera estilizada	282
103.—Vaso con figuras amarillas de caballo	282
104.—Vaso con aves fantaseadas	283
105.—Vaso decorado con pájaros	283
106.—Fondo de copa con ave fantaseada	284
107.—Fondo de copa, blanco, con peces	284
108.—Crátera adornada con la <i>swastica</i>	285
109.—Vasos ornamentados	285
110.—Jarra con ornamentación curvilínea	286
111.—Copa doble, ornamentada	286
112.—Tinajas decoradas	287
113.—Vasos decorados de manufactura ibero-romana	288
114.—Fíbulas de bronce	290
115.—Vaso ibero-romano de barro rojo	295
116.—Vaso vidriado de verde	296

ERRATAS Y CORRECCIONES

Pags.	Líneas	Dice	Debe decir
29	6	fig. 7. ^a Iglesia de S. Juan de Duero. Capilla-templete del lado de la Epístola.	Iglesia de S. Juan de Duero. Capilla templete del lado del Evangelio.
30	6	fig. 8. ^a Iglesia de S. Juan de Duero. Capilla templete del lado del Evangelio.	Iglesia de S. Juan de Duero. Capilla-templete del lado de la Epístola.
32	13	parece ser <i>Era 1290</i> .	parece ser <i>Era 1292</i> .
58	11	que el sepulcro fuese de persona real y que fuese el Infante Don Juan	que el sepulcro fuese de persona real y ésta el Infante Don Juan.—
70	7	mecado franco	mercado franco
82	3	en el cielo de la ventana	en el cerco de la ventana
91	33	el <i>Durius</i> de Estrabon	el <i>Dorios</i> de Estrabon
127	17	se ve erizada de peñascos y cortada con barrancos	se ven erizadas de peñascos y cortadas con barrancos.
184	4	y fig. 37 calle I.	calle J.
263	20	este empleo	dicho empleo



I
S O R I A



Fig. 1.^a—VISTA DE SORIA POR EL SUR. (Foto Ramírez.)

I

CARACTERÍSTICA DE LA CIUDAD.—SU HISTORIA, SUS DOCE LINAJES Y SU ESCUDO.—EL CASTILLO Y LAS MURALLAS.—LAS IGLESIAS Y EL ESTILO ROMÁNICO.

Las ciudades, como los individuos, tienen su fisonomía peculiar, caracterizada por los rasgos de su personalidad. No desmiente Soria su condición de vieja ciudad castellana, en la que laboraron la fe religiosa y el espíritu caballeresco de los siglos medios. Así lo denotan las antiguas torres de sus iglesias y de sus casas señoriales; el arruinado castillo que la domina, ofreciéndose a nuestra vista como esqueleto del poderío feudal; los restos de las murallas que defendieron su recinto. Reconócese, además, el carácter netamente castellano de Soria en la red de sus calles, en las cuales no se advierten aquellas sinuosidades, recovecos y angosturas que en otras ciudades españolas descubren la huella moruna de su trazado urbano; por el contrario, el de

Soria, cuyas principales vías, desde el puente sobre el Duero, suben de oriente a occidente hasta la dehesa llamada Alameda de Cervantes, se compone de largas calles, por lo general rectas, conservando la principal o *Collado* y algunas plazas los clásicos soportales adintelados con columnas o pilastras de piedra. Dichosa invención, por cierto, es ésta de los soportales castellanos, que hace posible discorrir por las calles a cubierto de la lluvia, del viento, del calor o del frío. Pero en algunas ciudades y en ésta de Soria, una corriente uniformadora moderna ha suprimido con mal acuerdo, al reconstruir nuevas casas, tan útiles abrigos, en pocas partes más necesarios que en esta altitud de 1.056 m., donde las nieves y los rigores todos del invierno larguísimo, casi constante, hacen muy dura la vida.

Bien se advierte en lo que, con toda propiedad gramatical podemos llamar color local, lo riguroso del clima. Ni los muros blancos del Mediodía, en que sonríe el sol, ni el tono rojo del ladrillo, característico de las ciudades aragonesas semimoriscas, hallaréis aquí. Soria es una ciudad grisácea, parda, con no pocas construcciones pétreas de tono cárdeno o tostado, y enrojecido intensamente por el óxido de hierro de la piedra del país, todo ello patinado por los hielos, desentonando de este conjunto algunas de aquellas construcciones modernas que, exóticas, parecen en el conjunto que ofrece esta ciudad vieja, sobria de ornatos, de casas pequeñas y de pequeños huecos, reposada y como recogida en este collado, entre las montañas de esta áspera meseta castellana.

A esos rasgos típicos, y en armonía con ellos, hay que añadir la grave nobleza y llana cortesía, igualmente castellanas, de los pacíficos habitantes.

La razón de la característica que dejo esbozada hay que buscarla, no solamente en el clima, sino en la Historia; mas no he de detenerme a transcribirla de los libros útiles para el caso, como son la del Obispado de Osma, por el ilustre Loperráez, y el volumen con que el Sr. Rabal ilustró la colección de *España y sus Monumentos*. En estos y otros trabajos hallará quien lo desee abundantes noticias y sabias disquisiciones por donde puede saberse lo cierto y conjeturarse lo dudoso en la materia.

Recientemente, en el cerro en que asienta el castillo, se han hallado restos de poblaciones ibérica y romana.

Baste con decir, por lo demás, que después de inciertas referencias de la época visigoda, de la tradición de San Saturio, patrón de Soria, ermitaño en la Sierra de Peñalba, y de la dudosa noticia de que el conde Fernán-González tomó a los moros y amuralló la ciudad, la primera mención incidental que de ella puede citarse está contenida en el poema del Cid; es decir, que hubo un poblado cuya situación fué codiciada y amagada por Sancho el Mayor de Navarra y por los reyes de Castilla y Aragón, a quienes importaba dominar el Duero, cuando el poderío musulmán empezaba a decaer. Pero si era importante por su situación, para los fines políticos de las razas que se disputaban el suelo hispano, no lo era en sí la ciudad árabe, de la que no subsiste resto.

La crónica refiere que la reconquistó para Alfonso VI de Castilla el caballero Antolín Sánchez, que por este hecho se apellidó *de Soria*, y que la repobló un rey Alfonso, según unos el primero de este nombre en Aragón, *el Batallador*, casado con doña Urraca de Castilla, o el hijo de esta reina, Alfon-

so VII de Castilla, según otros. Aragoneses y navarros fueron los caballeros repobladores, atraídos a serlo por los privilegios y franquicias en uso para estos casos, concesión de un solar, una tierra y un título de nobleza. Tal fué el origen de los doce linajes de Soria, que eran los siguientes: Calatañazor, San Llorente, Chancilleres, primera casa; Santa Cruz, Morales, blancos o de la cuadrilla somera; Salva-



Fig. 2.^a—TABLA REDONDA DE LOS DOCE LINAJES. (Foto Casado.)

dores, blancos o de la cuadrilla somera; Barnuevos, Velas, Chancilleres, segunda casa; San Esteban o Santisteban, Morales, negros u honderos o de la cuadrilla bajera; Salvadores, negros, o de la cuadrilla bajera.

Estos doce linajes, reunidos, a imitación, según se deja entender, de los caballeros de la *Tabla Redonda* y de los *Doce Pares de Francia*, dispusieron sus blasones en un escudo circular, en cuyo centro campea un caballero, en el que acaso se quisiera representar a Santiago o al rey reconquistador. Este singular escudo, compuesto de los doce blasonados y dicha figura emblemática, se ve, como *Tabla redonda soriana*, en una talla policromada, barroca, que se conserva en el edificio de la Diputación provin-

cial y su copia, esculpida en piedra, en la fachada de la casa Ayuntamiento.

Se da por fecha de la repoblación de Soria por *el Batallador* el año 1122, y se añade que la villa fué cedida a Castilla en 1136. De ello se infiere que en el siglo XII, tan importante en la historia de la Reconquista y del Arte, tuvo origen la ciudad caballeresca, apercebida a la defensa de la frontera del reino de Castilla con el de Aragón, lo cual dió, desde luego, significación a Soria; y de aquí vino el lema de su escudo: *Soria pura, cabeza de Extremadura*, o sea de frontera, que esto quiere decir extremadura; lema que concuerda con el blasón urbano de castillo de plata que resalta en campo de gules, y por cuyas almenas asoma la coronada cabeza de un rey niño, el cual parece fué Alfonso VIII, por haberlo amparado y defendido los muros de la villa.

Recibió ésta el título de ciudad por los años de 1378 a 1380. En el siglo XVI fué señorío de la emperatriz Isabel, esposa de Carlos V.

Ningún hecho de bulto en la historia de Castilla se registra en los anales de la noble ciudad. Pero en ella, como en todas las viejas ciudades que no han perdido su carácter, hay testimonios de su pasado más elocuentes y precisos que los de la tradición y tanto, por lo menos, como los de la crónica: los monumentos antiguos. Para quien conoce el Arte, cada ciudad es un libro cuyas verídicas páginas son las construcciones vetustas.

Lo que, sobre todo, descuella en el panorama de Soria es su arruinado castillo, que todavía mantiene erguido su esquelético resto, como vigía caballeresco de la Reconquista, sobre el alto cerro que al sudeste defiende la ciudad, y abre cauce al río por oriente.

No es penoso el acceso por occidente, a las ruinas

del castillo. Por ellas se aprecia que no era pequeño y que constaba de dos recintos, uno exterior, de lienzos y torres que se sucedían cerrando un polígono, y que hoy no son más que trozos separados, informes y algunos caídos; y un recinto interior y más elevado en la cresta del cerro, con su plaza de armas al oriente, y dominando a ella y a todo, un torreón cuadrado, que amenaza caer y una gran torre, de la que se conserva poco más de dos muros paralelos, en los que subsisten los huecos de medio punto de tres pisos, y en el inferior arranques y huella de una bóveda de cañón. En los muros de este, recinto, a poca altura del suelo, se ven las bocas y tubería de barro de unos conductos, que deben venir de lo alto y que dejan sospechar si aquello sería un aljibe, lo que parecen desmentir dos puertas en arco, las cuales es cierto pudieron comunicar con una segunda nave del mismo.

La construcción de todo lo que va descrito es de un sistema apisonado, derivado, sin duda del hormigón romano, y, como él, por fajas o hiladas, de gruesos cantos y mezcla de tierra y cal, que revela la mano de artífices moros, lo cual plantea la duda de si el castillo es debido a estos dominadores o es obra de mudéjares y, por tanto, de si debe contarse como anterior a la Reconquista o como producto de ella. La falta de caracteres más precisos en tan despedazado monumento impide aclarar el problema. En las torres hay resto de revestimiento de sillería.

Algunas obras defensivas agregadas a las antiguas corresponden a los tiempos en que ya se empleaban armas de fuego.

Conserva Soria también algunos restos de su cerco de murallas, que con el castillo enlazaban y siguen la vertiente del cerro hasta el collado. Son ciertamen-

te obra de la Reconquista, de tosca mampostería, como las de Avila. Hállanse dichos restos por el lado de Poniente medio ocultos entre humildísimas casas, en la bajada al collado, en el sitio que se llama el *Calaverón*; y aun continúa y se oculta la fortificación tras de las casas de la derecha en la calle de *Puertas de Pro*, nombre significativo que habla de la noble condición de los antiguos moradores. Seguía luego el recinto cara al norte, por las alturas de Santo Domingo, que quedaba dentro e iba a enlazar en el cerro de nordeste, donde se conserva otro buen trozo de murallas y cubos protegiendo todavía la ermita de Nuestra Señora del Mirón. Desde allí bajaba la fortificación por oriente, donde la interrumpía el río, y subía por el cerro del sur, hasta unir con el castillo. El Duero defendía por dicho lado oriental el recinto. De las puertas fortificadas no se conserva ninguna; sólo los arranques del arco de la Rabanera, de cara al occidente.

Grande era dicho recinto, según por tales restos puede apreciarse, y bien creíble lo que al propósito dice Rabal de que la población estaba dividida en barriadas, en grupos de casas separados por campos de cultivo, con toda la característica agrícola que debió conservar durante los siglos medios.

A población tan grande corresponde el crecido número de parroquias—treinta y siete—que según antiguo censo tenía, y de las cuales desaparecieron muchas, refundiéndose todas en las pocas subsistentes, que, arquitectónicamente consideradas, revelan por sus restos románicos su antigüedad. Algunas estaban extramuros, y de ellas es de citar la del Salvador—situada al noroeste—, cuya cabecera muestra capiteles que podrán datar del siglo XII, estando lo demás de la iglesia reconstruído y torpemente des-

figurado. Más humilde la parroquia de San Clemente—situada en la misma línea norte que la anterior, pero dentro de murallas—, conserva su sencillo ábside románico semicilíndrico, y en su interior columnas y capiteles del mismo estilo.

Al lado opuesto de la población, en lo alto, junto al castillo, se levanta y domina la iglesia parroquial del Espino; y en la plaza se encuentra la parroquia de Santa María la Mayor.

En casi todas las iglesias sorianas la característica medieval es el estilo arquitectónico llamado románico.

Según modernos estudios, el estilo románico, nacido a favor de influencias orientales en Cataluña y acabado de formar en Francia, fué luego importado a España en el siglo XI. Imperó durante el XII y aun se mantuvo en el XIII. Varias son sus escuelas, que contribuyeron a formar las que en España pueden distinguirse. En Soria parece haber influído especialmente la escuela de Poitou, como lo reconoció D. Teodoro Ramírez en su libro *La Arquitectura románica en Soria* y, con alguna discrepancia, lo cree el Sr. Lampérez.

En Soria, como en Segovia y en Avila, que son también en este respecto ciudades románicas, este estilo, al tomar carta de naturaleza, tomó fisonomía local, formó escuela, por decirlo así, y por sus rasgos peculiares se diferencian los monumentos de cada una de esas tres ciudades castellanas.

El románico soriano produjo una arquitectura un tanto maciza: sus iglesias, cuando son de tres naves, las laterales son muy estrechas y se cubren con bóvedas de medio cañón; la central con arcos apuntados y bóveda lo mismo; pero de cañón también. Esto merece algunas palabras, porque juzgando de un modo superficial y demasiado absoluto se piensa que

el arco apuntado es signo distintivo de la arquitectura ojival que sustituyó a la románica y que de ella procede; pero el arco apuntado no es la ojiva, la cual se produce en la bóveda de crucería y de ésta no hay una sola en los monumentos románicos. Emplearon los constructores de Soria, como los de otras partes, el arco apuntado, por su mayor solidez para sustentar las bóvedas de cañón, apuntado también, dando con ello el primer paso para aquella otra arquitectura que pronto había de establecer un nuevo sistema: el ojival. En la decoración escultórica de capiteles y otros elementos se observa que con las historias y fantasías propias del estilo se empleó una ornamentación rica y profusa en motivos, algunas veces, y sencilla otras, formada de angrelados, rosetas y elementos varios geométricos, siendo de notar con frecuencia que a unos y otros motivos genuinamente cristianos se unen a veces elementos decorativos árabes, lo cual prueba que artífices mudéjares trabajaron juntamente con los cristianos.

Los monumentos románicos, que no debe dispensarse de visitar el aficionado, son las iglesias de San Juan de Rabanera, que se halla al sur; la de Santo Domingo, que está al norte; la Colegiata de San Pedro, que apenas conserva de románica más que el claustro, y se encuentra al este, y en la misma dirección, a las afueras, pasado el puente, la iglesia y claustro de San Juan de Duero. La importancia de estos cuatro monumentos reclama en estas páginas otros tantos capítulos aparte.

Pero hay todavía otras iglesias sorianas que, sin llegar a la importancia artístico-arqueológica de esas cuatro, merecen algunas palabras, y hay, por otra parte, antiguos palacios y casas señoriales, todo lo cual merece ser descrito y estimado a su tiempo.



II

LA IGLESIA DE SANTO DOMINGO.--UN POCO DE SU HISTORIA.--SU RESTAURACIÓN MODERNA.—SU IMAFRONTE.—SU PORTADA ; SIMBOLISMO DESARROLLADO EN SU IMAGENERÍA.—FILIACIÓN ARTÍSTICA DEL MONUMENTO.—INTERIOR DE LA IGLESIA ROMÁNICA.—EL PROBLEMA DE LA CABECERA.--LOS SEPULCROS.--LA TORRE.--LA FECHA.

EXISTE en Soria, al cabo de una confluencia de calles, al norte, en sitio eminente, despejado y solitario que parece antigua y olvidada plaza, y en la vecindad de casas vetustas, cuyas puertas aparecen cerradas como si de largo tiempo no se abrieran, una viejísima iglesia, con magnífica imafrente que con su rica decoración atrae al viajero con el encanto de la belleza artística y el misterio de lo pasado. Esta iglesia, unida a una fábrica menos vieja, pero que por lo muda y recogida revela ser casa de clausura, fué primitivamente parroquia de Santo Tomé, advocación que mudó por la de Santo Domingo, cuando frailes de esta Orden se establecieron al lado, incorporándola a su convento, el cual, en 1556, por fundación de D. Beltrán Coronel, vino a ser ocupado por religiosas de Santa Clara, cuya Comunidad permanece.

Oculto a profanos ojos lo que el convento guarda

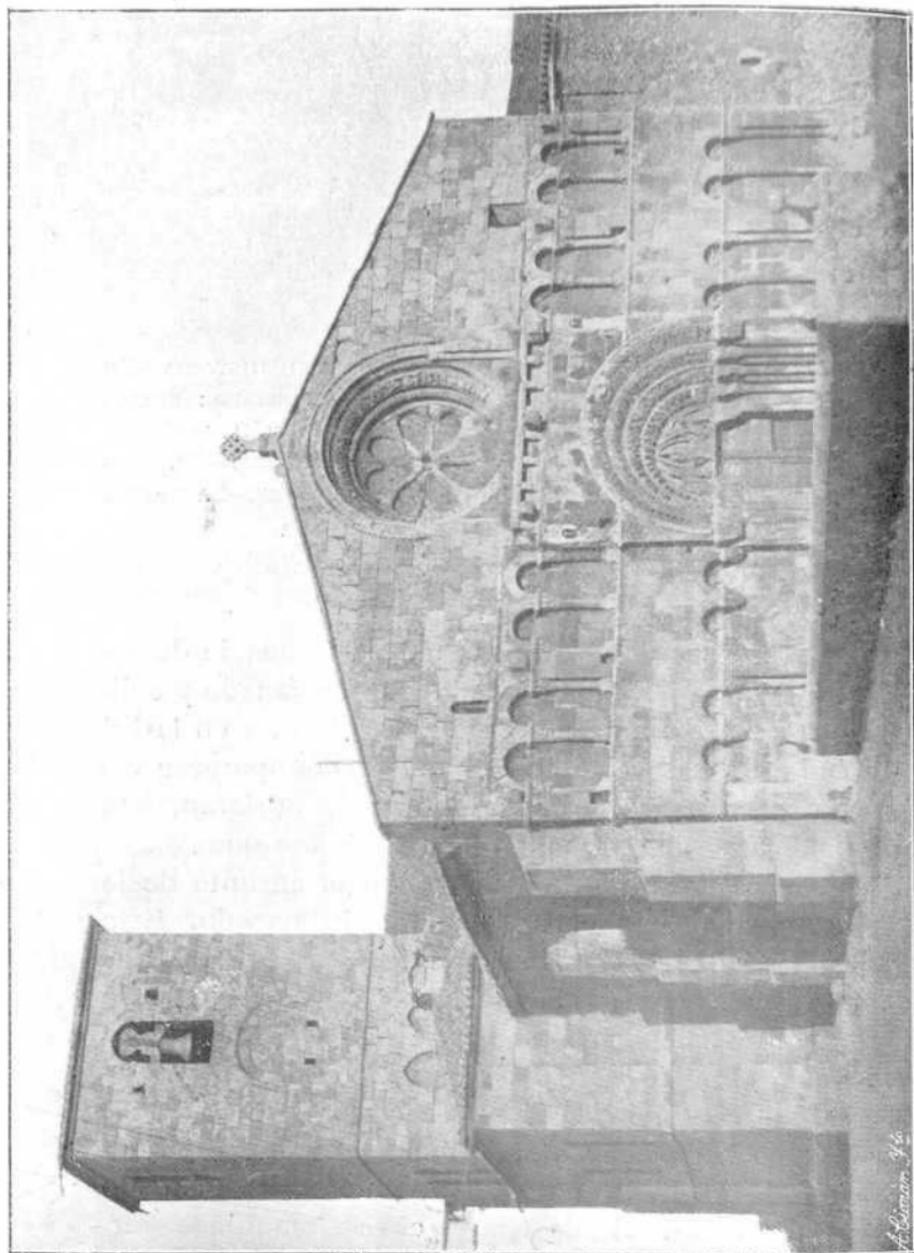


Fig. 3.^a—IGLESIA DE SANTO DOMINGO. (Foto Ballenilla.)

A. Gómez 96

y que, según noticias no es notable, queda esta noticia circunscrita a la iglesia.

Su fachada o imafronte es típica románica, con sus arquerías y archivoltas de medio punto, y su gran tímpano, en el que se abre un rosetón. A esto se añaden los estribos afianzadores de las bóvedas, y al costado izquierdo la torre maciza y cuadrada. Toda la fábrica es de piedra arenisca dorada por el tiempo, rojiza a trozos y aun cárdena; a los rayos del sol poniente, de mágico efecto. Los resaltes de los adornos, carcomidos e injuriados se hallan.

Es de notar y de alabar juntamente que esta iglesia se vea hoy restaurada merced a la generosidad y alta prueba de cultura del señor vizconde de Eza y a la inteligencia del Sr. D. Teodoro Ramírez, que dirigió los trabajos con sumo acierto. Algunas piedras nuevas resaltan en el conjunto, denotando la cuidadosa restauración.

La imafronte desarrolla ante nuestros ojos la fisonomía de una arquitectura y el espíritu de una época. Dibuja sobre el cielo el suave ángulo de su tímpano y la cruz florenzada que le corona. Pero ese tímpano grande y liso, acaso no fué terminado, pues le falta la cornisa. Interrumpe su línea inferior un arco que cobija al enorme rosetón cuya traza está constituída por ocho arquitos de medio punto, perfilados de puntas de diamante, sobre columnillas radiales apoyadas en el círculo que sirve de centro. Abrese el rosetón en forma abocinada, cuya archivolta se ve profusamente decorada con una zona de figuras de caballeros y animales en lucha; quimeras y fantasías, de relieve. A uno y otro lado, por bajo del tímpano, se desarrollan dos órdenes de arquerías ciegas, de filiación bizantina, y cuyo remoto origen se reconoce en el palacio de Diocleciano en Spalatto.

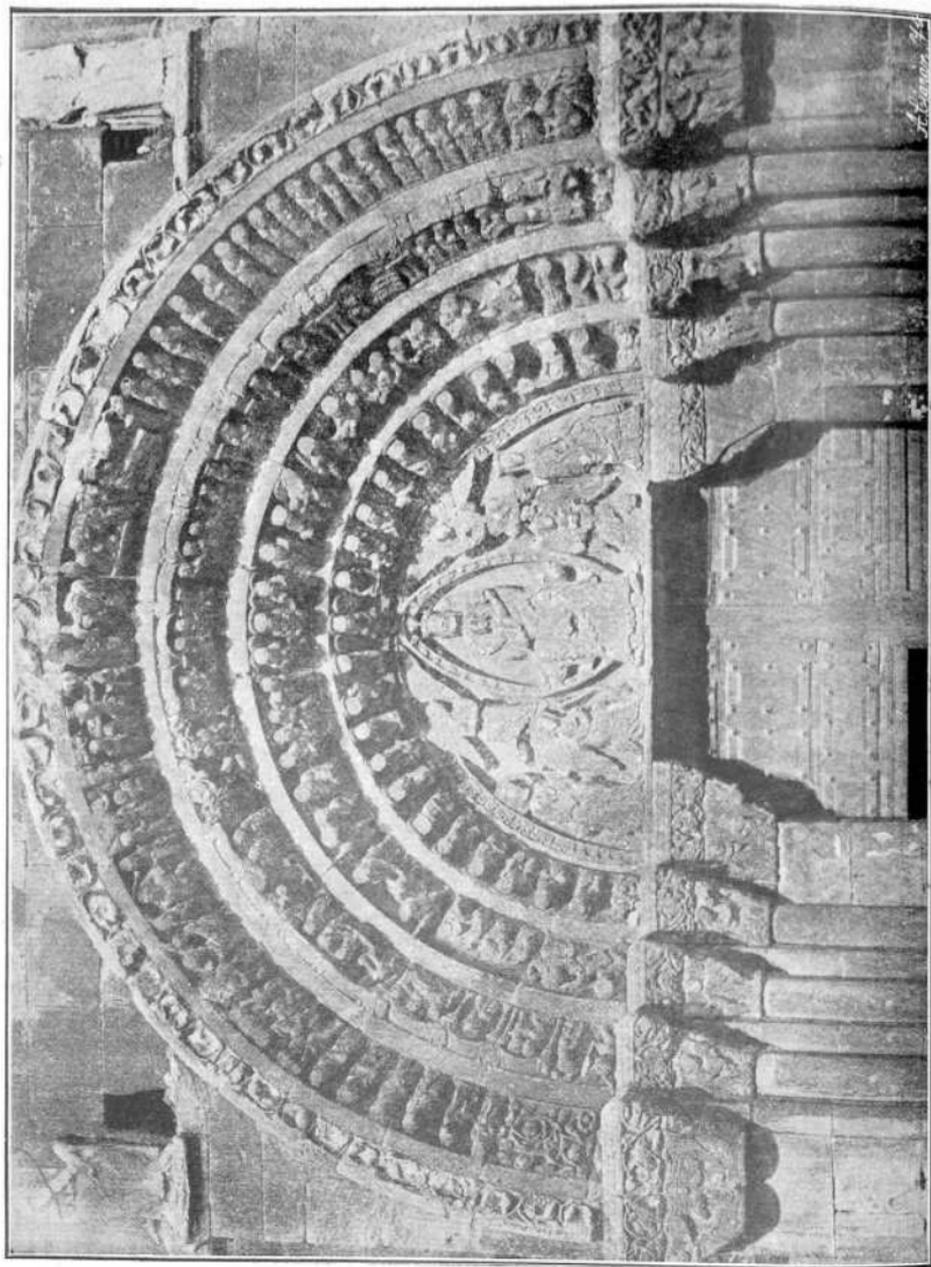


FIG. 4.^a.—PUERTA DE LA IGLESIA DE SANTO DOMINGO. (Foto. Ballouille.)

Los capiteles de la arquería baja de la izquierda se ven historiados con pasajes bíblicos: en el primero, el del Bautista, Salomé y Herodías en el banquete; en el segundo, una alegoría, al parecer de la muerte del réprobo, atormentado por los diablos, y en el tercero, la Adoración de los Reyes. Pero estos asuntos deben ser considerados aparte de los de la portada, que componen un pensamiento simbólico.

Esta portada, que es la parte principal de la imafrente, ábrese en un cuerpo saliente, coronado por una serie de canecillos y adornado a la altura de la indicada arquería superior con las imágenes redentes de San Pedro y San Pablo, en sendas hornacinas cintradas en herradura. Esos dos grandes santos guardan aquí, como en otros muchos monumentos semejantes, los flancos de la portada, por ser ellos los fundamentos de la Iglesia de Cristo, que aquélla representa en síntesis, y en el presente ejemplar por modo tan prolijo como elocuente, en los relieves que profusamente decoran capiteles, archivoltas y tímpano, cuyos respectivos asuntos, la creación y el pecado original, el nacimiento, pasión y muerte del Salvador, y la gloria de Dios uno y trino, componen en admirable simbolismo el Credo cristiano.

Arquitectónicamente, la portada consta de cuatro archivoltas de medio punto sobre columnas y tímpano.

Empieza la serie de las representaciones simbólicas por los capiteles de la izquierda, en los que se ve sucesivamente al Señor, separando la tierra de las aguas y creando la luz; después, la creación del hombre y la de la mujer; Adán y Eva junto al árbol del bien y del mal; aquéllos mismos después del pecado, y echados del Paraíso por el ángel. En los capiteles del lado derecho sigue el drama bíblico con las re-

presentaciones de Adán labrando la tierra con una yunta y Eva hilando; y episodios de la historia de Caín y Abel, hasta la muerte de éste.

La obra de la redención comienza en la segunda archivolta, con San Joaquín y Santa Ana, el nacimiento de la Virgen, la Anunciación y el nacimiento de Jesús, seguido de la Adoración de los Magos, cuya historia aparece en varios pasajes relacionada



Fig. 5:^a—IGLESIA DE SANTO DOMINGO. DETALLE DE LAS ARCHIVOLTAS. (Foto Ballenilla.)

con la de Herodes, y la degollación de los Inocentes se representa prolijamente en varios episodios en la archivolta siguiente, donde termina con la huida a Egipto.

En la primera archivolta se representa el drama del Calvario, desde la oración del Huerto y el beso de Judas hasta la Crucifixión, el Santo Sepulcro y la Resurrección. Junto a la Crucifixión se ve en la clave de la arcada la mano del Señor bendiciendo, con

la cruz por nimbo, saliendo de una nube, símbolo supremo que se relaciona con el del tímpano.

Es el tímpano centro y síntesis de toda la composición simbólica. En el centro, y dentro de aureola almendrada, aparece la hierática representación de la Santísima Trinidad: el Padre, gran figura mayestática, barbado, sentado en un trono, teniendo sobre sus rodillas al Hijo, niño, que bendice con su diestra, y sobre la cabeza del Padre, el Espíritu Santo. Cuatro ángeles adorantes se agrupan en torno de la aureola, y a los lados se ven dos figuras sentadas: la Virgen, a la derecha, y el profeta Isaías (?), a la izquierda. Completan esta representación triunfal de la Gloria los veinticuatro ancianos del Apocalipsis, pulsando instrumentos músicos, alineados en la inmediata archivolta.

Tal es el interesantísimo conjunto iconográfico que encierra esta magnífica portada, una de las más importantes de España, después del famoso pórtico de la Gloria de la catedral de Santiago, donde se desarrolla análogo simbolismo, y que es, sin duda, su obligado antecedente.

Una portada semejante a esta de Santo Domingo hay en la catedral de Tudela; pero sus archivoltas son apuntadas. Pudieran suponerse ambas hechas por los mismos artífices; pero nos parece anterior la de Santo Domingo.

Incluye ésta el Sr. Lampérez en el grupo de las del oeste de Francia, entre las que descuellan la de Nuestra Señora la Grande de Poitiers, si bien reconoce «diferencias que, si afirman el parentesco, niegan la copia». Efectivamente, el románico español, y en particular el soriano, tiene caracteres propios. Uno de ellos, en el caso particular de esta portada, es el arco de herradura de los citados doseletes.

Estas cuestiones traen por la mano la capital que esta iglesia plantea: la escuela o filiación que en ella debe reconocerse, y su fecha.

Respecto de la escuela o filiación que deba indicarse a esta iglesia, D. Teodoro Ramírez, en su Memoria *La Arquitectura Románica en Soria*, la clasificó entre la escuela de Poitou y la de Auvernia; de la primera la cree el Sr. Lampérez, sin que tal filiación originaria se oponga a reconocer en tal fábrica la obra de un arquitecto español. En cuanto a fecha, es, sin duda, el siglo XII, de la «última mitad», según el Sr. Lampérez, añadiendo: «data que admite cierta elasticidad, dado el arcaísmo de la arquitectura soriana».

Es de notar que en el capitel de la izquierda de la misma puerta hay un relieve cuyo asunto nada tiene que ver con los descritos, sino acaso con la fundación. Hay en él dos santos ante una arquería de arcos apuntados, detalle aquí puramente decorativo.

Arcos apuntados hay también, pero como elementos constructivos en el interior.

Pero en este punto, por lo que se refiere a esta iglesia, y a otras de Soria, es de notar el empleo de arcos apuntados, no la ojiva, que solamente se produce, como queda dicho, en el cruce de los nervios de las bóvedas, que es lo fundamental y característico de la arquitectura que sustituyó a la románica. Empleó ésta el arco apuntado, que es un primer paso para el cambio de sistema, y es bueno advertirlo, porque, aparte dicho detalle decorativo, causa extrañeza al visitante, que acaba de recibir al contemplar la portada una impresión fuerte de bizantinismo y arcaísmo, encontrase en el interior con los arcos apuntados de la nave central.

Esta nueva impresión es ahora mucho más di-

recta que lo era hace poco tiempo, porque dos tramos, los últimos, de esta nave estaban cortados por el coro de las monjas, con buen acuerdo trasladado, y lo que al entrar se veía al levantar los ojos era un techo de principios del siglo xvi, de viguería y case-tones labrados. Quitado esto, apréciase hoy en toda su amplitud y su pureza originaria la iglesia románica. Es de tres naves, ancha la central, estrechas las laterales, las tres cubiertas con bóvedas de medio cañón, apuntado en la primera y de medio punto en las otras, como los arcos generadores respectivos, y apuntados son también los arcos divisorios de las naves. Descansan todas estas arcadas en pilares formados por haces de columnas, pareadas en cada frente. Notables son los capiteles de grandes hojas estilizadas y piñas que revelan una mano mudéjar los de la derecha, y con quimeras contrapuestas entre hojarascas los de la izquierda. Los arcos de medio punto de las naves laterales, en su arranque de los muros, voltean sobre ménsulas adornadas con cabezas humanas barbadas.

La nave central recibe luz del rosetón del fondo, cuyas arquerías son dobles, una serie exterior y otra interior, estando hoy embellecido con una vidriera moderna. Las naves laterales reciben luz, por el fondo, de unas estrechas ventanas, también acusadas a la fachada. Otra ventana hay románica, lateral, en la nave del Evangelio.

Tres tramos tiene el cuerpo de la iglesia: dos iguales, más ancho el superior, como de crucero, que hoy vienen a formarlas sendas capillas. En la del lado del Evangelio ofrécense, junto al muro de la torre, en el pilar correspondiente al arco triunfal, dos columnas gemelas, con ricos capiteles, que acaso sirvieron de apoyo al arco de una capillita absidal.

Debió ser este ábside de poco fondo, como los de San Juan de Rabanera y a modo de hornacina en el recio muro de la torre.

No es este el único problema que la iglesia en cuestión ofrece. Mayor es, por cierto, el hasta ahora discutido y no resuelto del encuentro de la descrita nave central y un tramo más, como de capilla mayor con sus dos muros decorados con impostas, con arcos también apuntados, de menos altura que los primeros y con bóveda de medio punto, que apenas siente el apuntamiento. Los capiteles, de fina labor, con ornatos e imaginerías, románicos son, como lo demás, pero de distinto gusto que lo antedicho; y asimismo las impostas ornamentadas, éstas y aquéllos de labor más fina. Todo su carácter es de obra anterior. Pero lo singular no es la diferencia de fecha, harto frecuente, sino lo extraño y torpe de la pegadura o yuxtaposición de uno y otro trozo. Porque se ha hecho sin buscar soluciones de continuidad, sin armonizar la traza de lo que se añadió a la de lo existente, dejando a cada lado, entre medias de ambas fábricas, embutidos, sendos fustes cortados, porque no cogían sus capiteles.

Todo el carácter de este trozo de la iglesia es de ser el tramo de la primitiva capilla mayor, cuyo ábside semicircular fué destruído cuando en el siglo XVI ampliaron a su costa el templo D. Juan de Torres y D.^a Inés de Castro, con un despejado crucero y cabecera de tres lados, de arquitectura ojival, con sus bóvedas de crucería. Al brazo derecho de este crucero ha sido trasladado en la restauración el coro alto de las monjas, que aparece sustentado por la misma viguería y tablazón decorados que tenía a los pies de la iglesia, donde ocultaba lo mejor de la nave románica. El retablo mayor, de talla y de

traza arquitectónica clásica, con pinturas, es del siglo XVII.

En el tramo del ábside románico primitivo resaltan en el muro de la izquierda o de la Epístola, un enterramiento de forma tumbada, con escudos esculpidos de águilas y castillos, de la familia de los Medrano, antecesores de los condes de Montesa y del actual vizconde de Eza, restaurador de la iglesia. Junto a ese sepulcro está la puerta de subida a la torre, en cuyo interior hay una bóveda de cañón más alta que las de la iglesia.

Contemplada esta torre por su exterior, se ve que es de dos cuerpos, el inferior con arcos apuntados ciegos, y el superior con típicos arcos románicos de medio punto para las campanas. Es una torre dominante, que, por el sitio en que se halla, cerca de la muralla del norte y de una de sus puertas, que ya no existe, además de llenar su objeto respecto de la iglesia, debió ser punto defensivo en caso de necesidad, y no único en Soria, como veremos.

Dados los varios caracteres de la primitiva parroquia de Santo Tomé, ¿qué fecha debemos asignarle? Mi opinión es que dentro del siglo XII debieron ser construídos primeramente la capilla mayor, y, por tanto, la torre; y pasados algunos años, acaso destruyendo lo demás de una obra no concluída, o simplemente por continuarla, pero con otra traza y otros artífices, las tres naves y la portada, que constituyen obra homogénea. Deberá ser, pues, de ese tiempo, considerándole con la elasticidad que discretamente indica el Sr. Lampérez, la magnífica portada, cuya concepción simbólica y arcaica imaginería corresponden por entero al modo románico, con las tradiciones artísticas bizantinas consiguientes de la ordenación de figuras, muy juntas unas a otras.



Es justo añadir que los amantes del Arte y de la Arqueología debemos especial gratitud a la muestra de cultura y de generosidad dada por el señor vizconde de Eza, inteligentemente secundada por D. Teodoro Ramírez, en la hábil restauración que nos ha devuelto este monumento a su primera e interesante fisonomía, que le coloca en primera línea entre sus congéneres.

III

SAN JUAN DE DUERO.—RAREZA DEL ESTILO ARQUITECTÓNICO DE ESTE MONUMENTO.—LO QUE SE SABE DE SU FUNDACIÓN.—EL CLAUSTRO; ORIENTALISMO DE SU EXTRAÑA ARQUITECTURA.—LA IGLESIA.—SUS CAPILLAS O TEMPLETES.—IMAGINERÍA DE LOS CAPITULES.—EL PROBLEMA DEL CLAUSTRO, DEL ESTILO Y LA FECHA.

SALIENDO de Soria hacia Oriente por el puente que cruza el Duero, pronto se encuentra a la mano izquierda y a la orilla del río un resto de cierto monasterio, hoy desierto y conservado como monumento nacional. Lo es tan peregrino, que ninguno otro existe en España de igual fisonomía artística. De todos los estilos arquitectónicos tenemos en nuestro país repetidas muestras. Tenemos monumentos romanos, visigodos, árabes, románicos, ojivales y del renacimiento. Pero como San Juan de Duero no tenemos otro ejemplar.

Inteligentes investigadores y eruditos—D. Eduardo Saavedra (en la *Revista de Obras Públicas*, 1856), D. Vicente Lampérez (en el *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, en 1904, e *Hist. de la Arquitectura*, I) y D. Teodoro Ramírez (en *Arquitectura y Construcción*, 1904) se han ocupado de él, viniendo todos en que tan rara fisonomía arquitec-

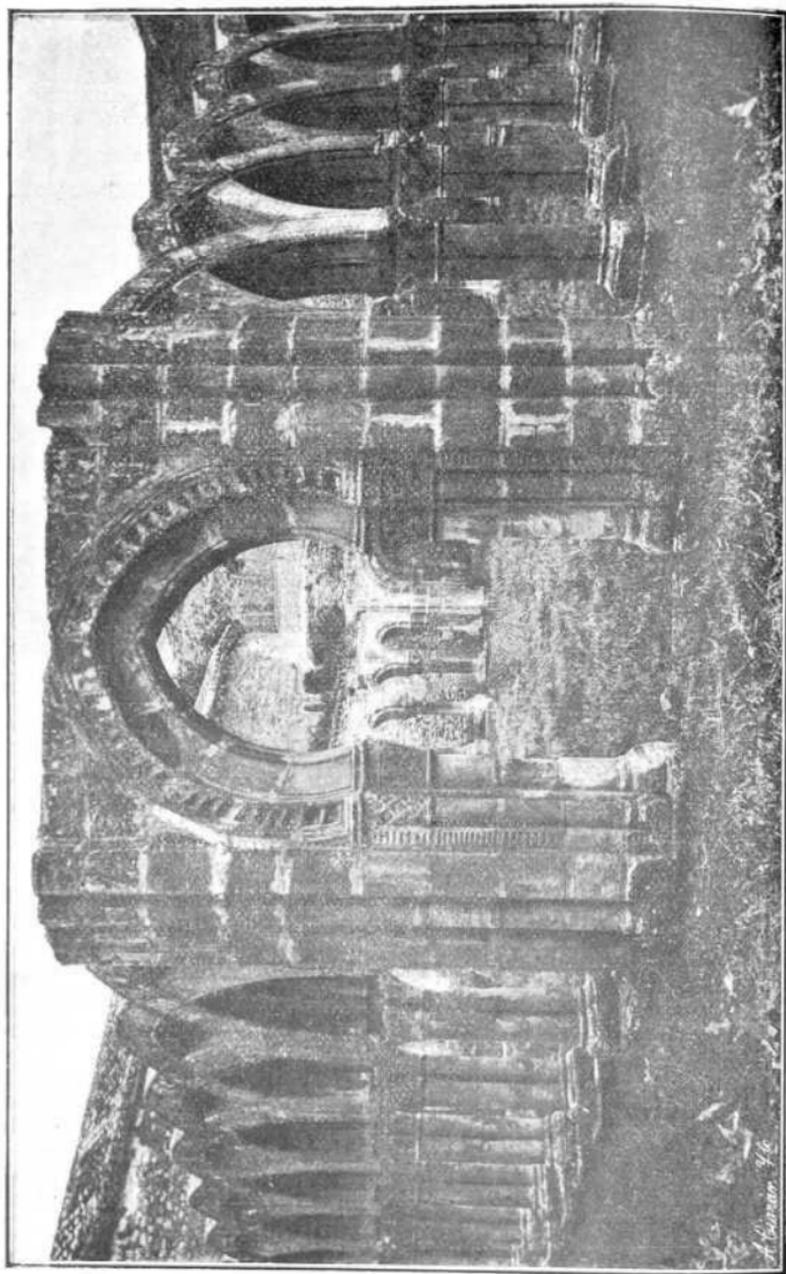


Fig. 6.^a—CLAUSTRO DEL MONASTERIO DE SAN JUAN DE DURRO. (Foto Ballenilla.)

tónica es debida a una influencia oriental que se dejó sentir en la Edad Media.

Cuanto más se conoce la historia del Arte patrio más extraño parece este ejemplar cuya vista resucita la duda de si se trata de un singularísimo capricho del ignorado constructor o de la importación casual y aislada de un estilo completamente exótico.

No existen, que sepamos, documentos, nunca más necesarios, por los cuales se justificase esa importación o influencia y se precisara la fecha y demás circunstancias del monumento. Solamente hay referencia de la fundación por la Orden de Caballeros Hospitalarios, protectores de peregrinos y caminantes, de San Juan de Jerusalén, lo cual ya es algo para hacer comprensible el caso por lo que a la arquitectura se refiere. Lo demás hay que deducirlo interrogando al monumento mismo.

De dos partes distintas consta lo subsistente: iglesia y claustro. El claustro es lo primero que al penetrar en el monumento se ofrece a los ojos del visitante, y en verdad que su vista desconcierta.

Figuráos en vez de columnas pilastras cuadradas y estriadas sobre basas molduradas al modo clásico antiguo y sin capitel; figuráos sobre esas pilastras una cinta de piedra que, doblándose y entrelazándose, forma peregrinos arcos apuntados, que recuerdan mejor los arábigos que los cristianos. Figuráos esta arquería calada, sin enjutas, dibujando sus curvas caprichosas y sus leves ángulos sobre el espacio, sin señal en ella de que haya sostenido techumbre. Figuráos que esta arquería no es uniforme, sino que, por bizarría, cambia sus entrelazos en cada lado o mitad de ellos. Figuráos, en fin, que el claustro no tiene ángulos, sino que es achaflanado, y que en cada uno de sus chaflanes, que no son cuatro, como pedía

la regularidad, sino tres, hay un arco de perfecta traza arábigo, apuntado túmido.

Para que la anomalía sea mayor, no es de tan caprichoso estilo todo el claustro, sino justamente la mitad, pues desde el comedio de los lados de oriente y occidente, y en todo el del mediodía las arquerías son del estilo románico de transición al gótico, caracterizado por los incipientes arcos apuntados sobre columnas gemelas con capiteles de hojarasca, lazos, quimeras e historias religiosas. Y es de notar que, a pesar de la marcada diferencia de estilo entre ésta y la otra parte del claustro, también en la parte románica se observan intencionadas variantes en cada trozo.

Salta a la vista que la parte románica no es una adición o modificación de la oriental, sino que ambas partes se hicieron a la vez, o con poca diferencia de tiempo, y que, aun siendo distintas, componen un todo armónico.

Al contemplar este conjunto nunca visto, el visitante se pregunta: ¿qué linaje de arquitectura o qué arquitecto tan original como caprichoso produjo esta obra? ¿Es obra de moros y de cristianos a la vez? La duda, la vacilación, las conjeturas, las suposiciones son los únicos razonamientos que de primera impresión ocurren para satisfacer tales preguntas.

Si pretendemos buscar la clave del enigma en el interior de la iglesia, no hallaremos más que nuevas dificultades para resolverlo.

La iglesia, no muy grande, es de una nave, desnuda de ornatos, con techumbre de madera, y más ancha que la cabecera, la cual consta de un tramo rectangular con bóveda de cañón apuntado y ábside semicircular. El robusto arco triunfal volteja sobre

columnas en cuyos capiteles las piñas se mezclan con hojas estilizadas de carácter arábigo. Pero de esto hay otros ejemplares en el estilo románico soriano. Lo más singular son dos capillas a modo de templetes o edículas adosadas a los ángulos de la nave

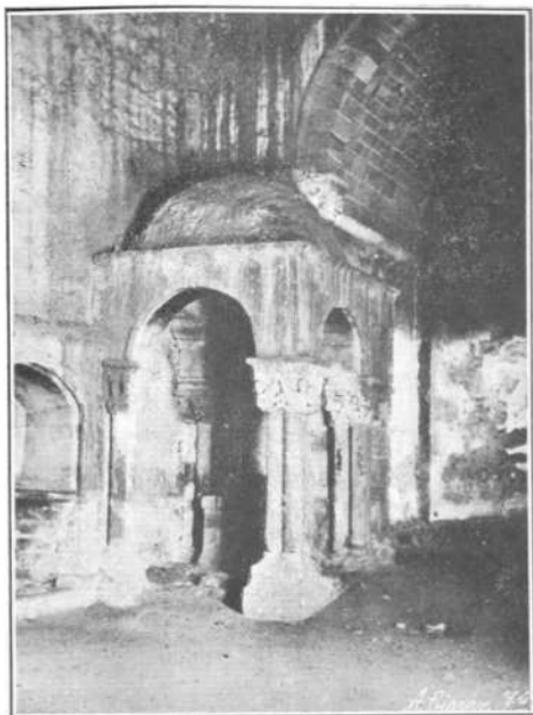


Fig. 7.^a—IGLESIA DE SAN JUAN DE DUERO. CAPILLA-TEMPLETE DEL LADO DE LA EPÍSTOLA. (Foto Ballenilla.)

con la cabecera, como construcciones independientes, colocadas dentro de la principal. Ambos templetes son cuadrados y están cubiertos al modo bizantino, por cúpulas, esférica una, cónica la otra, formadas en la parte interior por cuatro gruesos nervios a la manera ojival. Reposan las redondas cúpulas sobre

los cuerpos cuadrados de los templetes, con marcado carácter oriental, que recuerda las primitivas construcciones de caldeos y asirios de las que tanto conservó la arquitectura de persas, bizantinos y musulmanes; y en cada lado de la parte cuadrada hay



Fig. 8.^a—IGLESIA DE SAN JUAN DE DUE-
RO. CAPILLA-TEMPLETE DEL LADO DEL
EVANGELIO. (Foto Ballenilla.)

un arco de medio punto sobre grupos de a cuatro columnas, cuyos capiteles están prolijamente historiados con asuntos del Antiguo Testamento y de la vida de la Virgen, de factura e imaginería completamente románicas.

En los capiteles del templete del lado izquierdo se

ven representados el conocido episodio de Salomé y Herodías, luchas de monstruos y guerreros, sirenas y otras fantasías. En los capiteles del lado derecho se presentan los misterios de la Encarnación, la Visitación y la Natividad; la Anunciación a los pastores, la Adoración de los Magos, la degollación de los Inocentes, la huida a Egipto y la Resurrección. Son interesantísimos estos capiteles, tanto desde el punto de vista artístico como desde el iconográfico y el indumentario, por sus caracteres, su expresión y sus detalles.

Hace poco tiempo fué reparada esta iglesia, y en su techumbre se abrieron claraboyas que dan luz a estos capiteles.

Los de la parte románica del claustro son de hojascas, entrelazos y aun alguno de imaginaria. Románicos son también los canecillos del exterior de la iglesia y los estrechos y rasgados ventanales de la misma.

Volviendo al claustro, aparte su original cuanto híbrido estilo, lo que sorprende y ha dado lugar a contradictorios supuestos es la falta de techumbre de sus galerías. No hay un canecillo, ni tampoco solución alguna en la parte alta, que aparece como cortada. Quién, supone que tuvo techumbre de madera y la ha perdido; quién, que no la tuvo más que en la parte románica, que es la inmediata a la iglesia, y que los angrelados orientales debieron ser hechos para que destacara tan aéreo conjunto decorativo con mayor pureza; quién, piensa que se trata de una obra que no fué concluída. Es, en suma, una cuestión insoluble sin pruebas. Por mi parte, haré constar que en los ángulos achaflanados se ven en los muros las ménsulas de arranque de unos arcos transversales, que parecen indicar estuvieron cubiertos esos

chaflanes, como debió estarlo, o se pensó que lo estuviera, la parte románica; pero que no debieron estarlo las arcadas orientales. Claustro deliberadamente construído sin techumbre, no hay más que el de San Juan de la Peña, porque ésta le protege y le cubre; y por eso es un caso único que no hace regla. En este de San Juan de Duero hay en los muros enterramientos góticos, los más en la parte románica, que no debieron estar al descubierto. Tal es el monumento.

¿Qué pensar de su fecha y estilo?

En uno de los pilares del claustro, por la parte de su galería oriental, se ven grabados unos caracteres cuya significación parece ser *Era 1290*, que corresponde al año 1252, fecha que concuerda bien con el estilo románico en su transición al ojival a que pertenecen muchas partes y detalles que apuntados quedan.

Pero quedan por explicar los rasgos orientales considerados hasta ahora como influencia mudéjar, lo cual cree probable el Sr. Lampérez (*Hist. de la Arquitect.*, I, p. 512) por haber existido en Soria una de las más importantes *aljamas* de Castilla. En mi sentir, la influencia, marcadamente bizantina en las edículas o templetos de la iglesia y en los arcos apuntados del claustro, donde parece haber semejanza con la fachada de la iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén, y todas las reminiscencias musulmanas del claustro, por ejemplo, los arcos de los chaflanes, recuerdan más la arquitectura arábiga de Oriente que la de España, de donde pudiera concluirse que la mano que trazó el monumento fuese de un arquitecto extranjero.

El arqueólogo francés M. Bertaux (*Hist. de l'Art*, de A. Michel, II, p. 238) hace notar la semejanza del claustro de San Juan de Duero con el sícu-

lo-árabe de la catedral de Amalfi (Italia), opinión que también hemos escuchado a otras personas; y en esa semejanza está, a nuestro juicio, la clave de la cuestión.

La Orden de los Hospitalarios tuvo su nacimiento a principios del siglo XI, al fundar los comerciantes, precisamente de Amalfi, el hospital que dedicaron a San Juan para los peregrinos a los Santos Lugares. Esa Orden fué la fundadora también del monasterio de San Juan de Duero y del santuario de Santa María Magdalena en Zamora, donde igualmente se advierten rasgos de esa extraña arquitectura. En consecuencia, insistiremos aquí en la hipótesis que en otro lugar hemos expuesto (*Boletín de la Academia de la Historia*, t. LVI, p. 101), de que de «Amalfi», centro de los caballeros de San Juan, trajeron éstos sus arquitectos a España, donde, con arreglo a su arte, hicieron esas construcciones, y aun dejaron huella de su mano en el ábside de otra iglesia de Soria, San Juan de Rabanera, lo cual es un caso aislado y bien explicable.

La Orden de San Juan fué la que recibió los bienes de la del Temple (cuando ésta fué extinguida), a lo menos en Zamora, donde poseyeron tres iglesias, una de ellas, la citada de la Magdalena, que les pertenecía en 1230.

Conjetura el Sr. Lampérez que la iglesia de San Juan de Duero puede datar de fines del siglo XII, y los templetes, dada la forma transitiva de sus bóvedas, al primer tercio del siglo XIII, en el cual, poco después, fué construído el claustro. Son bien admisibles estas fechas, la última confirmada por el mismo monumento; y todo lo expuesto determina la época y puede explicar el carácter exótico de tal arquitectura.



IV

LA IGLESIA DE SAN JUAN DE RABANERA.—RESTAURACIÓN DE ESTE MONUMENTO POR D. TEODORO RAMÍREZ.—EL ÁBSIDE POR FUERA. OTROS DETALLES DEL EXTERIOR.—EL INTERIOR; LO QUE QUEDA DE LA OBRA ROMÁNICA; ANOMALÍA DE LA PLANTA.—LA DECORACIÓN.—EL CRISTO DE TALLA.—LA PORTADA DE SAN NICOLÁS.

A la parte sur de la ciudad, en sitio eminente, ante una plaza, esquina a la calle de Caballeros, se alza la iglesia de San Juan de Rabanera, que se cuenta entre las primitivas parroquias sorianas. No hay noticias de su fundación. El nombre *Rabanera* debe ser geográfico y de los tres pueblos castellanos que le llevan, uno apellidado de Cameros, está en la provincia de Logroño; otro, del Campo, en la de Soria, al sur, y otro, del Pinar, en la de Burgos, estos dos de la diócesis de Osma; no sabemos de cuál se tomó el título de *Arciprestazgo de Rabanera*, del que habla Loperráez (*Descrip. hist. del Obispado de Osma*, t. II, p. 170) y que verosímilmente daría origen a esta fundación.

Aparece esta iglesia aislada, precedida por el norte de una pequeña lonja, y es una vetusta fábrica de sillería de aparejo medio y de mampostería, con su ábside románico semicircular, linterna cuadrada y

con adiciones que la desfiguran. Mas antes de describirla en detalle menester es hacer constar que esta iglesia, hasta hace pocos años se veía aún más desfigurada por dentro, pues estaban cortadas sus columnas, perforado por una ventana uno de los costados de la cabecera, y tapados con retablos los ábsides, hasta el punto de creerse que no tenía más de uno.

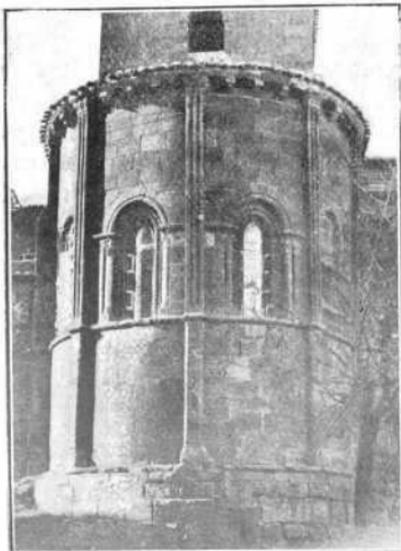


Fig. 9.^a—ÁBSIDE DE LA IGLESIA DE SAN JUAN DE RABANERA.
(Foto Ramírez.)

Pero en 1908 fué restaurada y devuelta a su primitiva fisonomía arquitectónica, merced al celo, inteligencia y generosidad del ilustre soriano D. Teodoro Ramírez, que a su costa y bajo su dirección realizó tan difícil cuanto delicada obra.

Del exterior, lo más singular es su ábside principal, único visible. Es, en efecto, un ábside románico, con sus canchillos, sus ventanales, ya apuntados, con sus columnas; estos ventanales, en número de dos y no tres, como es corriente, más otros simulados y decorativos a los lados; pero en vez de estar separados estos elementos por largas columnas, como en otros casos, lo están por pilastras estriadas con capiteles de hojas que recuerdan al corintio; en los pedestales de las columnillas de los ventanales hay unos acanalados que recuerdan los tríglifos del orden dórico; las archivoltas están decoradas con se-

micírculos resaltados; dentro de los arcos ciegos se suceden unas series de roleos o volutas, como los caulículos del capitel corintio; y por bajo de tales huecos ciegos y pareados, hay unos remedos de molduras francamente clásicas, dentro de las cuales campean sendos rosetones de análogo carácter. Es cosa tan nueva hallar elementos clásicos en un monumento de la Edad Media y Occidental y castellano, que ello basta para señalarle como originalísimo.

La explicación la hemos dado anteriormente, al referirnos a elementos análogos de San Juan de Duero, y no es otra sino que los extraños artistas que labraron este peregrino monumento colaboraron también en la construcción de la iglesia de San Juan de Rabanera.

El exterior del brazo sur del crucero tiene un carácter muy arcaico románico. Su parte alta se perfila en frontón, en cuyo vértice, sobre dos canecillos, hace de acrotera una figura de león en relieve. En el desnudo muro de sillería no hay más detalle que una alta ventana de medio punto con dos columnillas.

La portada del mismo lado, tapiada y arrinconada por una capilla posterior, es también románica, de medio punto, con archivoltas, una abocelada, otra adornada con arquerías entrecruzadas, el tímpano de-

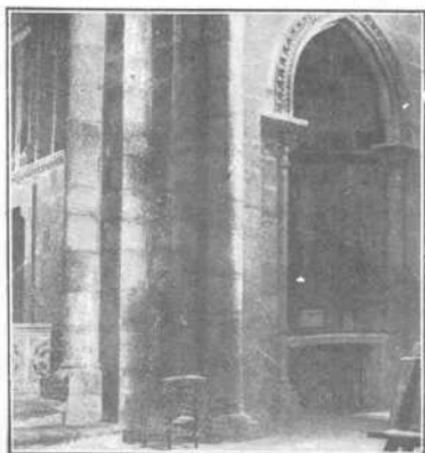


Fig. 10.—INTERIOR DE LA IGLESIA DE SAN JUAN DE RABANERA.
(Foto Ramírez.)

corado con florones, como es corriente en el románico soriano, y sobre columnas con capiteles de hojas.

La puerta del norte es de arco apuntado, sin adornos y del período ojival.

La portada principal, de que carecía esta iglesia antes de su restauración, no pertenece a ella, sino

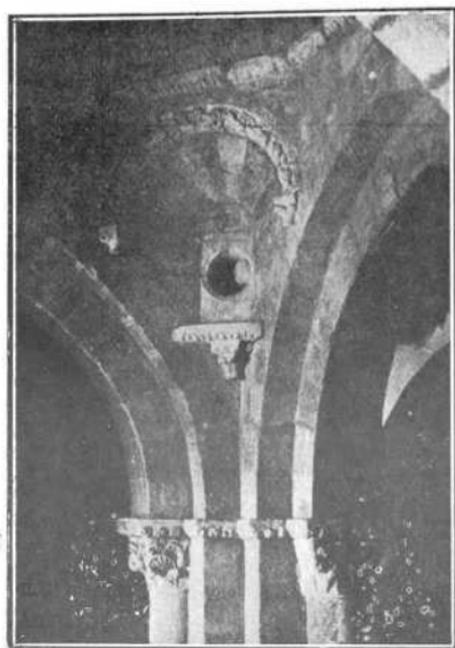


Fig. 11. — TROMPA DE LA CÚPULA DE SAN JUAN DE RABANERA.
(Foto Ramírez.)

que, por salvarla, la hizo trasladar el Sr. Ramírez de la arruinada iglesia de San Nicolás, a que perteneció, y por ello se describirá después.

En su interior, la iglesia de San Juan de Rabanera es de planta de cruz latina, de una nave, crucero, cabecera con su ábside y otros dos pequeños en los brazos del crucero. No tuvo en su origen más que esto. En el siglo XVII, la nave fué reconstruída según el

gusto grecorromano, y pobremente. Quedan, pues, de la obra románica crucero y cabecera.

Es de notar respecto de la planta una particularidad o anomalía: que el ábside no está a eje con la nave, la cual está inclinada respecto de él. Esto, que en algunos casos se ha interpretado como intencional y simbólico, por la inclinación de la cabeza de Cris-

to (*El inclinato capite...*), es aquí, como en otras partes, defecto de trazado o de replanteo.

La construcción románica se caracteriza, como las anteriormente descritas de Soria, por arcos apuntados y bóvedas de cañón, también apuntado en los brazos del crucero. En éste hay una cúpula, ejemplar que por sus caracteres estimó único el señor Lampérez, que lo describe así: «Por trompas cónicas, cuyos trompiones son capiteles y cuyos arcos de cabeza están ricamente decorados, se obtiene la planta octogonal, circuída con una imposta; suben ocho planos verticales, apenas amagados, pues pronto se penetran en la cúpula semiesférica, sin nervios.» El mismo autor piensa que en esta cúpula debió lucir una cubierta pétreo escamada, antes de que en el siglo XVII se alzase la linterna existente que la desfigura.

Una de las sorpresas que ofreció la restauración fué el descubrimiento de los ábsides colaterales, el del lado de la Epístola, algo mayor, más alto o rasgado que el del Evangelio, ambos constituídos por especies de hornacinas semielípticas, de poco fondo, abiertas en los muros y perfiladas en elegantes arcos apuntados, con archivoltas exquisitamente ornamentadas.

La cabecera se compone de un tramo cuadrado, con bóveda de sencilla y robusta crucería, y el ábside, también de robustas nervaduras y profundos gallones en la bóveda, sus columnas y las dos ventanas al fondo, con sus columnillas de bien labrados capiteles e impostas decoradas. Este ábside con luces a su fondo y que, como queda dicho, había sido cubierto con un enorme retablo, corresponde a los tiempos en que el altar no estaba adosado, sino en medio, como está hoy, y sobre él se alzaba una

imagen o tríptico pequeños. Además de las dos ventanas, hay, como al exterior, dos huecos ciegos, que cuando fueron limpiados de la cal que los cubría se vió que fueron hechos para imágenes, de



Fig. 12.—IMAGEN DE SAN PEDRO EN EL ÁBSIDE DE SAN JUAN DE RABANERA. (Foto Ramirez.)

las cuales pareció en su sitio, a la izquierda, la del apóstol San Pedro, notable escultura románica, policromada, con aureola radiada. En el hueco de la derecha se ve hoy otra imagen de idéntico carácter que en la restauración se encontró en otro sitio, pero que debió decorar también la cabecera y debe representar un Evangelista.

En el tramo que une el ábside con el cruce-ro, el lado izquierdo quedó

desfigurado en el siglo XVI por un enterramiento demasiado grande y desnudo de ornatos; pero el derecho, limpiado de la cal que lo ocultaba, manifiesta otras dos arcadas, en relación con las del áb-

side, asimismo ornamentadas, y en las que acaso estuvieron las imágenes de los Evangelistas.

Este severo conjunto arquitectónico se ve enriquecido con la decoración esculpida de los elementos que las consienten. Así, la imposta que corre por bajo de las columnas del ábside y la que se ve por bajo de la arquería simulada de la cabecera, se componen de cruces inscritas en círculos, motivo evidentemente bizantino. En las impostas que corren sobre los capiteles predomina un festón de rombos encadenados y floronados. Tallos serpeantes con sus hojas se ven en la archivolta del arco absidal de la Epístola y hojas gemelas dispuestas a modo de palmetas decoran las impostas de arranque de las trompas y el octógono de la cúpula, todo ello de puro estilo románico, al que corresponde también la imaginería que a los ornatos se unen en las archivoltas de las trompas, en las que se ven figuras de esfinges, sirenas, cisnes, leones y monstruos afrontados por parejas, más una escena de cacería y un torneo.

Los capiteles de las columnas ofrecen singular variedad. Son los del arranque del ábside cortos, de anchas y perfiladas hojas, y los tres que separan los macizos en que las ventanas se abren están decorados con cigüeñas. Más importantes los del crucero, unos están compuestos de hojas talladas a bisel, en que quiebra la luz, produciendo duro efecto, y grandes volutas encerrando palmetas del tipo románico fantaseado del corintio; otros de muy distinta técnica, con hojas planas y prolijamente grabadas, dispuestas en voluta, con piñas, tipo de origen arábigo, cual se ve en Santa María la Blanca, en Toledo, y sin duda labrados por mudéjares, que dejaron otras muestras, como ya se ha dicho, en Soria mismo y en su provincia; otros, en fin, son decorativos, cuál de sirenas,

cuál de águilas, como se ven en Silos, y uno, interesantísimo, en el que se suceden Sansón luchando con el león, un ángel y un personaje durmiente y, junto a otro personaje de ropa talar, un monstruo o diablo que parece dominarle o aconsejarle, todo lo cual encierra, sin duda, un simbolismo de la tentación, la lucha con el mal y su vencimiento.



Fig. 13.—CAPITEL DEL CRUCERO DE SAN JUAN DE RABANERA. (Foto Ramírez.)

Toda esta decoración esculpida debió estar, además, policromada, como aún lo están las figuras de San Pedro y de un Evangelista, que adornan el ábside y que destacan en altorrelieve algo plano con los detalles acusados del modo seco propio del arcaísmo. Reviste San Pedro sobre la túnica o *stola* que forma en su caída pliegues angulosos a la griega, la primitiva casulla, o sea capa cerrada, que viene de la *paenula* romana, recogida sobre los antebrazos; en la mano diestra tiene las simbólicas llaves, y con la izquierda retiene sobre el pecho un libro; y calza puntiagudos zapatos. El Evangelista viste túnica, se envuelve en un manto y lleva también un libro.

Otro resto decorativo fué descubierto al limpiar el muro oriental del brazo derecho del crucero, en la enjuta del arco absidal: es un resto de pintura, con-

sistente en tres cabezas de mujeres con tocas blancas, acaso las tres Marías, bien dibujadas, en un estilo que revela el perfeccionamiento del siglo XIV.

Colaboraron, como se ve, en la obra de esta iglesia románica artífices de muy distintas procedencias, unos, educados en la escuela oriental, a que es debido en su mayor parte San Juan de Duero; otros, cultivadores del genuino estilo románico de la localidad, y otros, mudéjares. La época de la construcción deberá colocarse entre fines del siglo XII y la primera mitad y aun algo más del siglo XIII.

En la época ojival fueron añadidas al primer tramo de la nave dos capillas: la de Santa Catalina, del lado del Evangelio, y la de la Soledad, del lado de la Epístola, ambas cubiertas con bóveda de crucería. El brazo norte del crucero fué asimismo perforado para abrir en el siglo XVII una espaciosa capilla que se cubre con cúpula, y en la que se ven importantes retablos, en el mayor de los cuales se venera un Santo Cristo, magnífica talla, de tamaño natural, que se dice fué traído de Italia, y es, en efecto, obra excelente de algún artista italiano del Renacimiento.

Tan sólo resta hablar de la portada principal, que, como queda dicho, perteneció a la arruinada iglesia de San Nicolás, al que representa y se refiere en su mayor parte su curiosa imaginería, cuyo estilo, como el de la ornamentación, denotan distinta escuela románica de lo anteriormente descrito. Es una portada de medio punto con archivoltas sobre columnas de capiteles historiados. En hieráticas figuras de relieve se representa en el tímpano a San Nicolás de Bari, Obispo de Mira, recibiendo como regalo del emperador Constantino un Evangelionario escrito en áureas letras, un incensario guarnecido de pedrería y dos

candelabros de oro, todo lo cual le ofrecen unos personajes que aparecen a los lados. Las siete figuras forman serie uniforme, al modo bizantino, y a todas sobrepuja, a pesar de estar sentado, el santo, con lo que quiso representar la superioridad del mismo, según las tradiciones de la simbología oriental, el imaginero. Bendiciendo, con báculo, revestido de casulla en forma de capa cerrada y con mitra, en la que reluce un cristal incrustado, denotando la riqueza de esta composición, cuando estuvo policromada, el santo Obispo es una figura mayestática. Los personajes accesorios visten ropas talaras. La ejecución es fina y revela un buen período del estilo románico.

Los relieves de los capiteles representan, según la interpretación dada por el señor Abad de la Colegiata, D. Santiago Gómez Santa Cruz (rectificando a Rabal), los del lado izquierdo o del Evangelio, cuatro milagros del Salvador, y los del lado derecho, o de la Epístola, otros tantos milagros de San Nicolás. En los primeros se ven sucesivamente: la aparición del Señor, resucitado, a la Magdalena, cuando le dice *Nolli me tangere*; el ángel sobre el sepulcro, anunciando a las tres Marías la Resurrección; la Magdalena ungiendo los pies de Jesús en casa de Simón; el Salvador en la aparición en que invita a Santo Tomás para que toque su llaga. En los capiteles de la derecha se representa: San Nicolás apareciéndose en sueños a Constantino para conminarle a revocar el decreto que había expedido condenando a tres oficiales inocentes; los tres oficiales en la prisión; el santo salvando la vida a tres habitantes de Mira, condenados a muerte por el prefecto Eustaquio, que a sus pies implora perdón, y el mismo santo obrando el milagro de la multiplicación de los panes para alimentar a los monjes de su monasterio.

Señalado servicio prestó al Arte y a Soria con la restauración de San Juan de Rabanera D. Teodoro Ramírez, cuyos amigos consignaron oportunamente el hecho en una lápida que se ve en el brazo norte de la iglesia, a la que con la propia ocasión dedicamos una monografía en el *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, t. XVIII-1910, pág. 2.



LA COLEGIATA DE SAN PEDRO.—ASPECTO EXTERIOR DE LA FÁBRICA.—SUS RESTOS ROMÁNICOS.—EL INTERIOR RECONSTRUÍDO.—SUS RETABLOS Y EXCELENCIAS DE LOS BARROCOS.—ESCULTURAS Y PINTURAS.—EL CLAUSTRO; SUS CAPITILES; SUS SEPULCROS Y SUS PINTURAS MURALES.—UN TROZO EXTERIOR CURIOSO.—FECHAS HISTÓRICAS.

BAJANDO por la calle Real, de cuyas casas antiguas ha de hablarse en otro capítulo, se llega a una plaza, sitio extremo y meridional de la ciudad, donde se anuncia por una alta y severa torre de traza clásica y por una vasta construcción con recios estribos, la Iglesia Colegiata, que, bajo la advocación de San Pedro, Papa, figura como principal de Soria. Desconcerta un poco la primera impresión que se recibe a la vista de esta construcción religiosa de gran masa; pero de secas líneas y desnudos muros, como obra que es de la segunda mitad del siglo XVI, sin más detalles que el escudo del Obispo D. Pedro de Acosta, esculpido en uno de los muros, y la portada plateresca, de factura un tanto basta, y con la imagen del glorioso santo titular en la hornacina que sirve de coronamiento. Pero por poca atención que se ponga en esta portada, luego se echa de ver, por el despiece

de la sillería, que es obra encajada en otra más vieja, de la cual se dibujan en el muro arcos ciegos y aun arcos cortados o tapados, que acusan una fachada románica, algo parecida a la de Santo Domingo.

Al penetrar bajo esta impresión en el templo, se advierte que los arcos románicos cegados en la fachada aparecen más claramente por dentro del ala meridional del crucero (pues no es otro el punto en que la puerta se halla), y que esos ventanales conservan sus archivoltas, columnas y fajas ornamentadas correspondientes a la primitiva construcción del siglo XII. No solamente en este brazo meridional del crucero, en el septentrional también, hay restos, aunque leves, de lo mismo. De ello se infiere que la longitud del crucero, no pequeña por cierto, de 36 metros, es la misma en la actual iglesia que fué en la antigua. Pero no hay más de ésta. La reconstrucción data del siglo XVI, y así lo acreditan el escudo del citado Obispo D. Pedro Acosta, más la fecha de 1573 que se ven en el segundo de los arcos formos, a partir de la capilla mayor. Cuatro años debió durar la obra de terminación, pues en un arco de la capilla de Nuestra Señora del Azogue, que es de las más importantes y la última del lado de la Epístola, se lee la siguiente inscripción:

En el año de 1577 se acabó de reedificar esta iglesia, en el día de San Pedro de la Cátedra. Habiendo más de ochocientos años que era iglesia.

Del primitivo templo, que sería mozárabe, no hay restos visibles.

Diríase que contrastan aquellas fechas con el gusto gótico de la obra, si no supiéramos cuánto se pro-

longó tal sistema de construcción, por ser el tradicional, seguido por muchos maestros.

Tres espaciosas naves, separadas por gruesos pilares cilíndricos, sin más capitel que una pequeña moldura en forma de anillo, y de los que arrancan e irradian los múltiples nervios de las finas crucerías, de las bóvedas que las cubren, más la cabecera por cuadrado, constituyen el conjunto armónico y amplio de la reconstrucción, el cual recuerda un poco la Casa Lonja, de Zaragoza, con las bóvedas de crucería de igual altura, en las tres naves, denotando acaso esta semejanza la filiación artística del monumento soriano, en el que no faltan, como en la Seo de Zaragoza, calados rosetones dorados en las claves de las bóvedas.

La Iglesia Colegial es grande. Su longitud es de 53 metros. Junto a la ya indicada puerta de entrada, lo primero que atrae las miradas del visitante, en el muro del crucero, es el sepulcro con estatua yacente gótica de D. Martín Sánchez, deán que fué de esta iglesia, y capellán del Rey (D. Juan II), según declara el epitafio, que sustentan dos ángeles.

No hay en el sagrado recinto ningún otro detalle arcaico ni cosa que llame la atención, especialmente fuera de los retablos y algunos accesorios.

El retablo mayor, de traza clásica, en el estilo de fines del siglo XVI es obra de talla, policromada y estofada, costeada por el Obispo D. Francisco Tello y Sandoval, cuyas armas luce en el coronamiento. Sus dos cuerpos arquitectónicos, el inferior jónico, el superior corintio, contienen estatuas y relieves. La principal de aquéllas es la de San Pedro en su cátedra; a los lados están San Pablo y San Andrés, y a los extremos, Santiago el Menor y San Sebastián; todo esto en el cuerpo inferior. En el superior aparece

la Asunción de la Virgen entre los dos Santos Juanes, y a los extremos, San Francisco de Asís y San Miguel. Entre estas figuras se representan en cuatro relieves asuntos de la vida de San Pedro: *Tu est Petrus*; *Quo vadis Dominus*; la predicación en Jerusalén y la Crucifixión. En el coronamiento, en el centro, dentro de un templete, destaca la figura del Señor en la Cruz, entre la Virgen y San Juan. A los lados, en sendos relieves, se representan la Transfiguración y «la consagración de los primeros Obispos españoles», según el Sr. Rabal. A los lados sirven de remates las imágenes de Santa Catalina y Santa Bárbara.

Este retablo, obra decorativa rica y fastuosa, constituye un ejemplar representativo del período de producción escultórica informada por la corriente del gusto italiano, y en el que la robustez a lo romano, un tanto pesada, y la grandiosidad un poco barroca señalaban la característica del arte nacional.

En el testero de la nave de la Epístola, cerca de la entrada, hay un retablo de fecha anterior, demasiado grande e importante para aquel sitio; y, con efecto, procede de la iglesia del ex convento de Santa Clara, modernamente convertido en cuartel. Pero este retablo está formado con trozos de dos distintas porciones, obras ambas de talla historiada y prolija, dorada y policromada, de estilo plateresco. Dividida la parte alta en varios cuerpos y compartimientos, de graciosa arquitectura, con columnillas abalaustradas, muestra en sucesivos relieves los Misterios del Señor y de la Virgen y numerosas figuras de santos. Es de mejor mano el trozo de retablo inferior, y ambos más estimables por el efecto decorativo de conjunto que por la perfección de los detalles.

Los demás retablos, propios de la Colegiata, son

muy dignos de estimación. El de la capilla de San Saturio, la cual se ofrece como prolongación del crucero por el lado del Evangelio, es un retablo de severa traza arquitectónica, a la romana. Los demás retablos son barrocos y, por cierto, muestras excelentes de este estilo, injustamente despreciado hasta que se ha reconocido el vuelo decorativo y habilidad técnica que constituyen su mérito. Algunos de estos retablos están dorados o pintados; otros no llegaron a serlo, y muestran, por dicha, la fineza y lo bien acabado de su talla. Dos de estos retablos se hallan en capillas del lado de la Epístola, y son grandes, el mayor y mejor, el de Nuestra Señora del Azogue; otros dos son pequeños y colaterales en la capilla mayor, debidos todos al hábil tallista Domingo Romero, según documentos. Datan estos retablos del siglo XVIII. A la misma época corresponde uno de los otros retablos, que ocupa el testero de la nave del Evangelio, y está dedicado a los tres Arcángeles, cuyas imágenes de talla policromada ocupan los sitios principales. Difiere de los anteriores, mostrando reminiscencias del estilo de Luis XV, y su arquitectura graciosa y ligera está pintada de blanco y azul muy claro, recordando las porcelanas. Es este retablo un notabilísimo ejemplar. Notables son también los canceles con coronamientos dorados, de labor calada y lienzos pintados.

Poco ofrece de particular el coro, situado en la nave central, si no es el severo clasicismo de su talla, inspirada en la del coro del Escorial. Fué labrado en el siglo XVIII.

Encierra esta iglesia algunas obras sueltas de escultura y pintura muy dignas de especial atención. Las esculturas a que nos referimos son dos arcaicas imágenes de talla, que se ven colocadas, una,

junto a un pilar, en el trascoro, y otra, en una capilla inmediata. La primera es una Virgen sentada, con el Niño sobre las rodillas; la otra es un Cristo. Ambas tienen la rigidez hierática característica de nuestra iconografía religiosa de los siglos XIII y XIV, antes de que el gusto francés la dulcificase.

Las pinturas son varias, de muy distintas escuelas y épocas. En la capilla de Nuestra Señora del Azogue y en la del mencionado Cristo se ven unas tablas de escuela castellana del siglo XVI. La mejor de estas pinturas es la que representa la Circuncisión del Señor, y se ve en un pequeño retablo barroco, en la capilla del Azogue.

En medio del trascoro hay un cuadro del Entierro de Cristo, en el que al momento se reconoce aquella magnífica composición del Tiziano, pintada para Felipe II en 1559, que posee el Museo del Prado. Es la misma, y en una tablilla apoyada en el Santo Sepulcro se lee como en el original TITIANVS.

El colorido del cuadro de Soria recuerda por sus tintas violadas, sus azules intensos y sus blancos plateados la paleta semiveneciana del *Greco*. ¿Sería aventurado atribuir a este artista la presente copia? Ella está ejecutada por el procedimiento veneciano usado, como se sabe, por el *Greco*.

Las otras pinturas han sido reunidas por mano cuidadosa en la capilla de San Saturio. Hay una pequeña tabla flamenca en el estilo del siglo XV, que representa la Crucifixión en bellas y espirituales figuras, con fondo de paisaje acabado como una miniatura, y en buena conservación. Hay otras dos tablas de marcado estilo florentino, que recuerda el de Ghirlandajo. Una de estas tablas, grande, representa a la *Madona* con el Niño, sentada en un trono, San Juanito y dos arcángeles; la otra tabla, menor, represen-

ta la Anunciación. Deben haber formado parte de un retablo.

La pintura de mayor tamaño es un tríptico de escuela española, fechado en 1559 y no firmado. Ejecutado en tabla, muestra en la central la *Crucifixión*, con reminiscencias rafaelescas; en la portezuela de la izquierda, la *Caída del Señor con la Cruz*, composición en la que es visible el recuerdo del *Pasmo de Sicilia*, de Rafael; y en la portezuela de la derecha, la *Resurrección*. En toda la pintura del tríptico se advierte el influjo de la corriente romanista.

En la sala capitular actual hay, en el testero principal, un lienzo cuya parte inferior ha sido repintada desdichadamente, habiendo quedado casi libre de esta profanación la figura de la Inmaculada en su Ascensión, en el estilo de la escuela de Madrid, del siglo XVII.

En la sacristía hay un retrato de busto del Papa Inocencio XI, de buena mano, con un magnífico marco barroco de labor calada.

Del mismo estilo y labor diferente hay otros marcos de espejos y cuadros en la misma sacristía, con los que se completa el provechoso estudio que del arte barroco puede hacerse en la Colegiata.

Pero aun queda al visitante por ver lo mejor de ella: la parte románica, que es algo más importante que los leves restos de la anterior iglesia, ya indicados.

En el muro occidental de la capilla de San Saturio se descubren unas arquerías románicas, en las que, sin esfuerzo, se reconoce la portada de la antigua sala capitular, que es lo que fué la dicha actual capilla, y cuyo piso debió estar a más alto nivel que hoy, conservándose dos ventanas, y tapiada en medio de ellas la puerta que daba acceso al recinto desde el claustro.

Junto a esta capilla, y en el hueco de otra de la nave lateral, unos escalones de piedra permiten su-

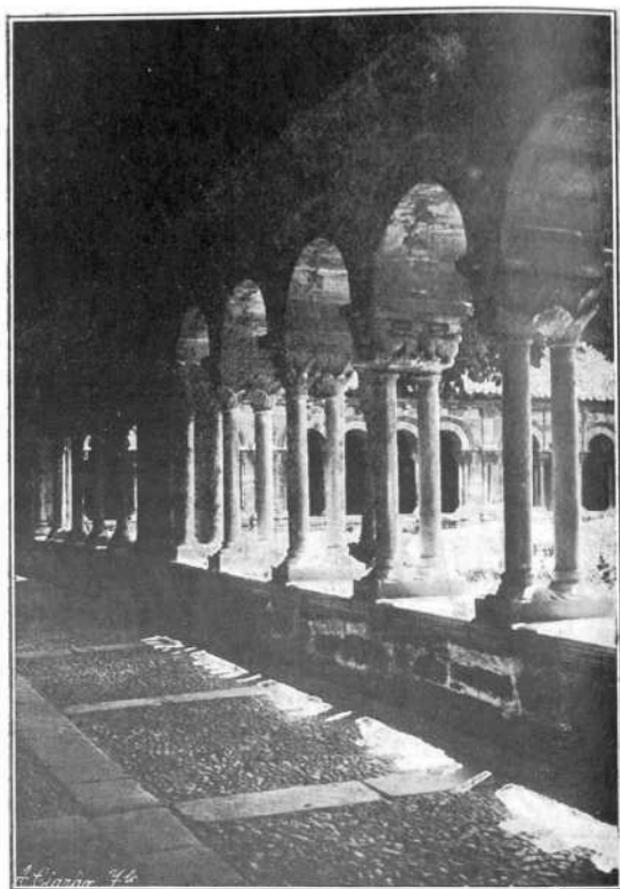


Fig. 14.—CLAUSTRO DE LA COLEGIATA. (Foto Ballenilla.)

bir al claustro, que se halla, en efecto, a más alto nivel.

El claustro es la joya arquitectónica de la Colegiata, y uno de los más notables ejemplares que en su género produjo el estilo románico. Desgraciada-

mente, no se conserva entero. Le falta un ala, la del Mediodía, cortada para hacer la nave de capillas del norte en la iglesia del siglo XVI. Sin detrimento de ella pudo excusarse tan imperdonable mutilación. Se advierte ésta bien pronto, apenas se penetra, al ver cortado un arco y echar de ver la falta de otro, de los quince de la arquería del este, que es la primera que se encuentra, y se ve, además, sustituida la arquería meridional con un mal muro de cerramiento.

Son, por consiguiente, tres las galerías, con sus arcadas, lo que conserva el claustro.

En el muro de fondo del lado oriental, lo primero que alcanza a ver el visitante es completa la portada de la sala capitular, que adivinó desde la capilla de San Saturio. La puerta tapiada, las dos ventanas con lucernarios redondos lobulados encima, forman bello y característico conjunto que recuerda el de análoga construcción del Monasterio de Veruela, también románico y del siglo XII. Junto a la ventana de la izquierda sirve de complemento a tan importante conjunto una profunda hornacina o hueco sepulcral con su arco lobulado y bóveda lo mismo, sobre columnillas.

Pero más que esta hermosa portada atrae a los ojos y encantan al espíritu las gentiles arquerías que ante el contemplador se multiplican en mágica perspectiva realzada al quebrar de la luz en las archivoltas y columnas pareadas enriquecidas con bellísimos capitales fastuosamente decorados con hojarasca caprichosas, quimeras, historias y fantásticas imágenes esculpidas con singular fineza. Todos los arcos son de medio punto; todas las columnas pequeñas y esbeltas, y sus basas reposan sobre un zócalo corrido. Las techumbres de las galerías son de madera, en vertiente hacia el patio central.

En conjunto, la fisonomía de este claustro románico es la constante en los coetáneos; pero en su disposición y en su arte ofrece particularidades muy dignas de ser notadas. Fué el claustro, como todos, cuadrado. Y, sin embargo, la distribución de sus elementos no es uniforme. Las arcadas de cada uno de sus lados están divididas en grupos o tramos separados por pilares. En tres tramos de a cinco arcos se dividen, respectivamente, el ala del norte y la del poniente, como debió verse en la del sur, que falta;



Fig. 15. — CAPITALES DEL
CLAUSTRO DE LA COLEGIATA.
(Foto Ballenilla.)

pero en la del oriente la repartición es desigual, pues se cuentan dos tramos de a cuatro arcos y otro de siete, por ser el que da frente a la gran portada de la sala capitular y que sufrió la mutilación antedicha, la cual también es de lamentar en el lado del poniente.

Las arcadas se perfilan con archivoltas adornadas de diamantes, y sobre ellas se extiende la serie de labrados canecillos que sustentan la cornisa. En los pilares divisorios resaltan haces de columnillas.

Como sucede siempre en estas construcciones románicas, la mayor riqueza decorativa está en los capiteles. Los de los pilares dichos son historiados. Así, en el lado de poniente encontramos que en un pilar, sus relieves representan la Anunciación, la Natividad y la Adoración de los Reyes; en otro, guerreros defendiéndose con hachas de terribles monstruos, símbolos de los pecados; en el ala del norte, una cacería de ciervos por centauros, lascivas sirenas mordidas

en los pechos por grifos, y las imágenes de San Juan, San Pedro y San Pablo; en el ala oriental, la historia de Salomón y de la reina de Saba, y un grupo de frailes con unos panes, posible alegoría del diezmo. Los capiteles dobles de las columnas son, en su mayoría, ornamentales, de motivos vegetales y distintos, muy finamente labrados; algunos con aves fantásticas, grifos y leones. En el ala norte hay unos leones de tan pronunciado carácter árabe en su peregrina estilización, que no deja lugar a duda respecto de la intervención de tallistas mudéjares en la obra decorativa de este claustro. Y no solamente lo revela ese detalle, sino la ornamentación vegetal trazada y picada en no pocos casos, como la de los capiteles de monumentos árabes genuinos.

Superior, por cierto, en las partes en que esta extraña intervención artística se observa, y, en general, la parte ornamental a la historiada, tan prolija cuanto variada labor está avalorada por su exquisito gusto y su hábil cuanto fina ejecución en la piedra de dorada pátina empleada al efecto.

Por todos los antedichos caracteres, el claustro debe datar del siglo XII.

En las piedras de sus muros hay curiosos signos de cantería, entre los que se ven la estrella de Salomón, la Cruz, una bandera o guión, una P, una F y una M.

Fué este claustro, como todos, lugar de enterra-

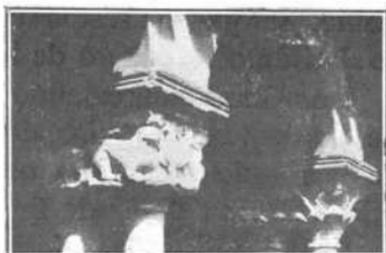


Fig. 16. — CAPITALES DEL CLAUSTRO DE LA COLEGIATA.
(Foto Ballenilla.)

miento, y así lo acreditan algunos sepulcros, por desgracia, anónimos, pues no conservan sus epitafios. Los más interesantes son dos que se ven en el muro norte, a los lados de la puerta del antiguo refectorio. Sus losas, rectangulares, se adornan con rosetones y estrellas caladas. Señalan estos enterramientos un tipo románico singular. Los dichos adornos calados permiten vislumbrar en uno de ellos un esqueleto y una arquilla de madera pintada con castillos y leones heráldicos. Por ello se ha supuesto que el sepulcro fuese de persona real y que fuese el Infante Don Juan, hijo del Rey D. Pedro, lo que no parece probable, porque sus restos fueron trasladados al convento de Santo Domingo de Madrid.

Los demás enterramientos existentes en el muro de poniente son todos de tipo uniforme, en forma de profundo nicho, en arco apuntado sobre columnillas. Deben datar de fines del siglo XIII o del XIV.

En el muro de oriente, una buena portada revela su primitivo destino en la inscripción grabada en su archivolta, que dice así:

*Era MCCCX años, jueves XV dias de Abril
finó Simon de Riquier que fando facer esta ca-
pilla de San Simon e Judas a servicio de Dios
e a salvamento de su anima.*

Aun hay que examinar en este claustro algo muy interesante, en que casi nadie repara. Nos referimos a los restos de sus pinturas murales. A pesar de que se hallan medio borradas, y algunos trozos de ellas han desaparecido del todo, se aprecia que esta decoración no cubrió en totalidad dichos muros, sino algunas partes, habiendo constituido verdaderos retablos en el muro del norte, donde se cuentan hasta

tres, y que el decorador imitó los tapices historiados con anchas cenefas ornamentales pintadas de amarillo de cadmio. A lo que se ve y se adivina en estas pinturas, en la del primer retablo dentro de una composición arquitectónica aparece al modo bizantino el Cristo mayestático, dentro de una aureola almendrada; en el segundo, también entre arcadas, fué representada la Anunciación, advirtiéndose a los lados unos ángeles con alas de colores; y del tercero, tan sólo se conserva algo de la *predella*, en la que dos ángeles elevan un alma al cielo y un trozo de cenefa con escudos heráldicos muy borrados. De mayor desarrollo fué la pintura del muro oriental, que, al contrario de las otras, representa en composición apaisada la Adoración de los Reyes. Son perceptibles las siluetas de las figuras, y de los colores se conserva poco.

A pesar de tan mala conservación de estas pinturas, resalta en la elegancia del dibujo y en el carácter un reflejo bastante marcado de la pintura florentina del siglo XIV.

Notable debió ser el conjunto decorativo de este claustro, con sus arquerías, en que la pureza de líneas y la gentileza de la forma producen un efecto de armonía, de reposo y de solidez verdaderamente admirable; con sus preciosos cuanto variados capiteles en los que creemos ver restos de policromía; con sus portadas y sepulcros, y con sus bellas pinturas murales; debió ser magnífico, y aun mutilado y corroído por el tiempo es un monumento admirable.

Hay un trozo del edificio de la Colegiata, correspondiente al ángulo sudeste, y visible por fuera, que es interesante por la ventana gemela que se ve en lo alto del muro y por una cripta con bóveda de cañón, cuyos arranques casi se ocultan en la tierra, en

la que sería conveniente una exploración. Acaso sirviera para descubrir el templo primitivo a que hace referencia la inscripción de la capilla del Azogue.

Ya hemos dicho cuán difícil es reconstituir la historia de esta iglesia.

Loperráez habla de que fué parroquia, cedida en 1148 por Soria al obispo D. Juan, que fué erigida en Colegial en 1152; confirmada por privilegios, uno dado por D. Alfonso X, en Burgos, a 22 de marzo de 1273, otro por D. Sancho IV, en 1293; otro de D. Juan I, en 1379; y que se secularizó en 1437. Coinciden las primeras fechas con el carácter de los restos románicos de la iglesia, y poco posterior debió ser la construcción del claustro, cuyas pinturas coinciden por su parte con la apuntada fecha de D. Juan I.

VI

SANTA MARÍA LA MAYOR.—RESTOS ANTIGUOS DE ESTA IGLESIA.—
SU RETABLO.—LA ARRUINADA IGLESIA DE SAN NICOLÁS.—SANTA
MARÍA DEL ESPINO.—EL RETABLO DE SAN NICOLÁS.—EL CAMA-
RÍN DE NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED.

A PARTE las antiguas iglesias que descritas quedan, las cuales bastarían para señalar a Soria importante lugar entre las ciudades monumentales españolas, hay que considerar el conjunto de viejas construcciones, iglesias, palacios y casas blasonadas, calles y rincones que merecen ser apreciados, para completar la visión arqueológica de la ciudad castellana.

Casi en el centro de la ciudad y en su plaza de la Constitución, se encuentra la que se llamó parroquia de San Gil, y hoy se denomina de Santa María la Mayor. Ni su entrada por la plaza, ni las tres naves del templo, reconstruídas modernamente, en un gusto pseudoclásico, revelan nada que al observador pueda interesar. Solamente la capilla mayor, con ábside de tres lados y bóveda de crucería con vistosas claves de talla dorada, da cuenta de una reconstrucción de principios del siglo XVI, y los escudos del

linaje de Calderón que se ven esculpidos a los lados indican la familia a quien la obra se debe. Más antiguo que ella es el arco apuntado de un ventanal, hoy ciego, que se ve en el muro de fondo, correspondiente al coro alto. A la cabecera, del lado del Evangelio, está la torre, vieja también y reconstruída.

Pero la prueba elocuente de que la primera antigua fábrica fué románica es la portada que la iglesia tuvo por su lienzo norte, y que hoy se halla dentro de la sacristía, allí construída en tiempos modernos. Es una típica portada del estilo románico del siglo XII, con tres archivoltas de medio punto, ornamentadas, y columnas cuyos capiteles son de labor trenzada, y dos de ellos historiados con fantásticas imagerías.

Esta puerta fué, a lo que parece, la principal que originariamente tuvo esta iglesia.

En su nave del lado de la Epístola se ve en el muro otra obra artística aun más curiosa: es un sepulcro u osario que se anuncia por un recuadro rectangular, perfilado con moldura foliada, que encierra una a modo de celosía labrada en la piedra, formando una típica lacería árabe, que revela ser producto de artífices mudéjares, debiendo datar del siglo XIII.

Aun guarda la iglesia de Santa María en su heterogéneo conjunto otra obra artística importante: su retablo. Es obra de talla, estofada y policromada, de estilo plateresco: uno de esos retablos monumentales que cubren en toda la altura el fondo del ábside y cuyo gusto y labor son típicos del siglo XVI. Es un retablo de tres cuerpos, con columnas jónicas, decorados frisos y gallardos adornos, recuadrando tres motivos figurativos en cada cuerpo, consistentes en relieves laterales que representan Misterios de la Vir-

gen y de la Pasión del Señor, y en el centro imágenes de la Santa Madre, de su gloriosa Asunción y de santos; más relieves, en el basamento, de los cuatro Evangelistas; en los tableros laterales, de los cuatro grandes doctores; en el ático, las figuras de las Virtudes, y, por coronamiento, en un templete, la Crucifixión; en el centro y a los lados, los escudos de la familia de Calderón, que, sin duda, costeó tan estimable obra. Aparece ésta atribuída por tradición en un libro parroquial de visitas, del siglo XVIII, al famoso escultor Gaspar Becerra, y, en efecto, a su estilo se acomoda esta talla en que impera el acento dramático tan en boga en España en el siglo XVI por influjo del arte italiano.

A los pies de la iglesia hay un recinto a modo de capilla, con una sencilla sillería de coro. Todo ello es una adición improvisada ante la necesidad del traslado del Cabildo, cuando, en 1526 se hundió la Colegiata. Sobre este coro se advierten al exterior los arcos de una galería desde la cual presenciaba el Cabildo colegial y parroquial de Soria los espectáculos y fiestas que en la plaza se celebraban.

Saliendo de esta plaza por un viejo arco y bajando por una calleja que conserva algo de su antiguo carácter, pronto se llega por la calle de la Zapatería a la llamada Real (hoy de Pérez de la Mata), en la que todavía se ve, entre casas señoriales antiguas, una arruinada iglesia que, por haber perdido casi toda su fachada lateral (de la que falta la portada, hoy visible y en uso en San Juan de Rabanera), descubre su interior, de exquisito arte románico. Es la iglesia que fué parroquial de San Gil, y que si se conservara sería de lo mejor que habría en Soria. Hundidos arcos y bóvedas de la nave y crucero, tan sólo se mantiene un buen trozo del ábside, con rasgados y

elegantes ventanales de medio punto, con capiteles y archivoltas de rica ornamentación; y el muro del lado de la Epístola, con sus columnas y capiteles historiados de fina labra. Por los restos, se aprecia que cubrió la nave bóveda de cañón y nervada en el ábside. La fecha deberá ser del siglo XII al XIII. También se conserva la torre, que es bien interesante, pues situada en el ángulo sudoeste de la fábrica, sobresale de ella su mole cuadrada, que, por lo grande, no guarda proporción con la iglesia, y, a pesar de llevar columnillas decorativas en los ángulos revela haber sido hecha con el doble fin de campanario y defensa, lo que explica su situación, dominando un camino, hoy carretera, de entrada a la ciudad por el sur.

En la plaza por donde tiene su entrada la Colegiata, y frente a ésta, hay dos casas antiguas: una, con portada plateresca, es la llamada del Cabildo, y la otra, contigua y más vieja, conserva en el zaguán un techo de alfarje con ornamentación pintada, mostrando entre sus adornos escudos nobiliarios.

En el cerro en que se alza el castillo, a media ladera, por occidente, se encuentra la iglesia parroquial de Nuestra Señora del Espino. Lo que queda de antigua fábrica, está reducido a unos canecillos de tradición románica, que se ven en la parte exterior de su ábside, que da al camposanto, y en la que se advierte la reforma sufrida. Su interior debió ser de una nave y crucero, adicionado luego con dos capillas; y es una construcción ojival, cuyos arcos fueron reforzados con otros de medio punto y los machones con pilares toscanos. A la izquierda de la imafrente está la torre, del siglo XVI, por la que tiene entrada el templo, y a la derecha hay otra portada, plateresca, no exenta de gracia. Bóvedas de cruce-

ría cubren nave y capillas. Este conjunto de elementos acusa que la primitiva iglesia fué reconstruída en los siglos XV y XVI, y que aun la obra toscana debió hacerse en el XVII.

En la primera capilla del lado del Evangelio se ve el sepulcro del caballero Lope Morales, que murió en 1505 y cuyo bulto yacente lo representa con gorreta, ropón y espada.

En la primera capilla del lado de la Epístola se ve el encuadramiento arquitectónico de un retablo, cuya fina ornamentación pertenece al estilo del Palacio del Infantado, en Guadalajara, y revela, como otros detalles de la iglesia, la influencia mudéjar.

El retablo mayor, barroco, es de lo bueno en su estilo. Su fastuosa arquitectura de talla dorada muy bien concluída, de columnas salomónicas, adornadas con tallos serpeantes y floridos de vid, policromos, revelan el gusto del siglo XVII.

Sobre la pila de agua bendita hay una arcaica imagen de la Virgen, sentada, con el Niño sobre las rodillas y el lirio en la diestra, que es una talla policromada del siglo XIV.

Idéntica es, según dicen, la Virgen titular, que, vestida aparece, conforme al uso devoto.

Al sudoeste de la población, junto al paseo público, se encuentra el viejo y pobre edificio que fué convento de San Francisco (quien se supone fué el fundador) y hoy es Hospital Provincial. Dos incendios, uno sufrido en el año 1618 y otro producido por el guerrillero Durán en la guerra de la Independencia, destruyéronlo casi todo. Nada queda digno de atención si no es la iglesia de una nave gótica reconstruída, y en ella, el retablo que perteneció a la de San Nicolás, cuyos milagros representan sus relieves de talla policromada y estofada, obra notable del siglo XVII.

Al extremo opuesto de la ciudad, al nordeste, se halla otro viejo monasterio con iglesia, que fué de los frailes de la Merced, y hoy lo ocupa el Hospicio provincial. También las vicisitudes de los tiempos han desfigurado la fábrica, en cuya pobre arquitectura se reconoce el gusto del siglo XVI, todavía con reminiscencias góticas. La portada, al mediodía, es de Renacimiento decadente. En un estribo se lee como fecha de la construcción 1703; pero se trata de una obra adicional, como otras. Una de ellas, decorada con pinturas, obliga a mencionar aquí tal edificio. Se trata del camarín de Nuestra Señora de la Merced. Este camarín es, como otros de su tiempo, una capilla adicionada a la cabecera de la iglesia, a la altura de la hornacina en que está la imagen titular; y este camarín, según moda de entonces, fué todo él, muros, cúpula y pechinas decorado con pinturas al temple, ejecutadas por artista desconocido, pues no se descubre firma (acaso borrada por la mano inexperta que hizo algunas restauraciones); pero que sí descubre en su estilo, de reminiscencias italianas, y en su gusto barroco, pertenecer a la corriente de nuestra pintura decorativa del siglo XVII, tal como la representa Claudio Coello; y revela, además, era un decorador de fantasía y peregrino ingenio. Merced a estas felices circunstancias, supo dar a un tan pequeño recinto la ilusión de lo grande, trazando columnatas y arcadas por las que se descubren bellas lejanías en los muros laterales, fingiendo puertas por las que se entrevén galerías del convento y llenando la cúpula de una gloria llena de luz, en la que, entre un coro de ángeles músicos se ve en lo alto a la Virgen en su maravillosa Asunción. En los medios puntos del fondo y de los lados representó la Anunciación, la Natividad y la Epifanía, composiciones estas dos en las

que me parece descubrir recuerdos de Murillo y de Rubens, respectivamente; y en las pechinas representó las cuatro Virtudes. En torno de la hornacina de la Virgen hay una guirnalda de flores, que es de lo mejor de esta obra decorativa.

Al fondo, bajo la ventana que da luz al recinto, extremó su ingenio y su gracia el decorador, pintando una tribuna, cuya celosía está abriendo un fraile de la Merced.

Respecto de la fecha que pueda asignarse a estas pinturas, conviene esclarecer una suposición de que se hizo eco el Sr. Rabal en su libro *Soria*.

En él se lee que el Comendador de este convento de mercedarios, Fray Gabriel Téllez, conocido en la dramática española con el nombre glorioso de *Tirso de Molina*, fué quien hizo el camarín y decorarlo, como asimismo las bóvedas de la iglesia, las que, por cierto, nada conservan de ello. El origen de la noticia no es otro que la inscripción puesta al pie de un antiguo retrato de *Tirso*, y que se refiere, no al convento de Soria, sino al de Madrid, donde murió el fraile poeta en 1648. El 13 de agosto del año anterior ya no era Fray Gabriel Téllez Comendador del convento de Soria. El esclarecimiento documental de todos estos extremos es debido a la ilustre escritores doña Blanca de los Ríos de Lampérez, en su libro *El Siglo de Oro* (estudios literarios).

Mal se avenían con esas fechas el carácter de las pinturas, en las que, si no se advierte todavía el barroco francés, hay detalles, como el del Nacimiento, con un pastor adorante que enseña las plantas de los pies, como en el cuadro de Murillo (1618-1682), que revela la copia.

Creo, pues, que las pinturas del camarín fueron ejecutadas a fines del siglo XVII.



VII

LA ANTIGUA ARQUITECTURA CIVIL EN SORIA.—LA AUDIENCIA.—
LAS CASAS DE LA CALLE REAL.—LAS DE LA CALLE DE CABALLEROS.
LAS CASAS DE LA CALLE DE LA ADUANA VIEJA.—EL PALACIO
DE GÓMARA.

A las construcciones civiles, abundantes en España, donde su variedad denota originarios caracteres regionales no se ha prestado atención hasta hace poco tiempo. La casa soriana, es, en general, la castellana. Pequeñas y pobremente construídas con tierra o adobes las del pueblo, de piedra las de los señores y potentados, con pequeñas ventanas y aspecto de fortalezas, algunas con torre defensiva.

Callejeando es como pueden hallarse los ejemplares que quedan de la Edad Media o del siglo XVI, y aun algo posteriores.

Edificio público antiguo no queda ninguno, pues el que pudiera señalarse, la Audiencia o sea la casa de Ayuntamiento, que se ve en la plaza hoy llamada de la Constitución, con su fachada y pórtico de arcadas de medio punto, mirando al poniente, fué reedificado en el siglo XVIII.

«Edificáronse esta casa de Audiencia y cárceles

a costa de la ciudad...», según dice un lápida en dicho pórtico, y se pusieron las primeras piedras en sus cimientos el día 18 de agosto de 1769. Otra lápida hay dentro de una graciosa cartela, y cuya larga inscripción declara así: «Esta ciudad tiene por merced de los SS. Reyes Católicos, desde el año de 1475, mercado franco los días de jueves» (como aun se celebra, con pintoresca concurrencia de gentes de los pueblos), habiéndolo confirmado Felipe IV en 1621.

Casas de las que sirvieron de moradas al antiguo vecindario, hay no pocas y curiosas.

En la antigua calle Real (hoy de la Zapatería) y de Pérez de la Mata y en algunos otros sitios de Soria, se ven de esas casas modestas castellanas, por lo general, de adobes, con los pisos en saledizo, bajo los cuales asoma la viguería tallada, y con la portada de sillería. Con esas casas alternan de las otras, señoriales, lujosas, con toda su fachada de piedra. Las más antiguas son góticas, con la puerta en arco apuntado; otras, aunque de tradición gótica, mantenida por los constructores del siglo XVI, muestra arco de medio punto, de largas dovelas en la entrada. Entre las primeras sobresale, por sus caracteres de mayor antigüedad (número 22 de la c. de la Zapatería), una, cuya portada en arco apuntado lleva una archivolta de puntas de diamante, y que debe datar del siglo XIV. Al XV pertenecen varias, como lo denota su típica fisonomía, formada por el recuadro moldurado, que recuerda el arrabaa de las portadas moriscas, el cual encierra el arco apuntado de la entrada, y por cima de ella se abre, recuadrando asimismo, una ventana cuadrada, de cuyo tipo gótico hay muchas en Soria, y no pocas han sido rasgadas o agrandadas para hacer balcones que desfiguran estas venerables fachadas. En alguna de ellas, la ventana fué doble o

gemela del tipo que vulgarmente se llama ajimez. De este tipo es la casa más lujosa de la calle (número 24 de la c. Pérez de la Mata), la cual conserva un arco trilobado, con tallos serpeantes sobre una ventana, florones y molduras en los alféizares de otras, adornados con cascabeles.

Algunas de estas casas conservan su característico zaguán, donde se ve el poyo para montar a caballo, y junto a la puerta del fondo, la ventana pequeña o rasgada para vigilar quién llegara y acaso defenderse.

Tal se ve en una casa (la número 14 de la c. Pérez de la Mata) del siglo XVI, cuyo zaguán conserva además en las bovedillas del techo lindos adornos de relieve en yeso, de estilo plateresco. A un tiempo el recuerdo de la casa defensiva y el lujo que transformó la morada medieval en palacio. De uno de éstos o casa grande señorial se conserva importante fachada en la dicha calle Real, dando frente a la plaza de Fuente Cabrejas y al mediodía. Convertido en convento del Carmen, sirve de pórtico a la iglesia una construcción adicionada entre las dos torres cuadradas que flanqueaban la puerta, y que subsisten, la de la derecha con una bella ventana de estilo plateresco.

Subiendo desde la plaza de San Esteban al fondo de ella, se encuentra un vetusto palacio con ventanas góticas cuadradas, portada del Renacimiento y defensiva al costado y sobre la calle inmediata. Un escudo que se ve sobre la puerta y en el que se ve esculpido el lirio de la Virgen, denota la pertenencia eclesiástica de este palacio, que lo fué, en efecto, episcopal.

Subiendo hacia San Juan de Rabanera bien pronto se llega a la calle de Caballeros, la cual justifica

su nombre con algunas antiguas casas señoriales que todavía subsisten, con portadas encuadradas por molduras góticas, ventanas cuadradas, del mismo estilo y restos de torres que aun en el siglo xvi mantenían el prestigio caballeresco. En la misma calle hay una casa del siglo xviii, con portada barroca desfigurada.

Volviendo al collado, todavía una de sus bocacalles, la de la Aduana, convida a contemplar antiguas casas del siglo xvi. La primera que en tal dirección se ofrece a los ojos es una que hace esquina a la plaza de San Clemente, al lado del humilde ábside románico de esta iglesia, por donde tiene su portada plateresca enjalbegada y además afeada por el letrero moderno de *Cuartel de la Guardia Civil*, y en el ángulo mismo tiene una de esas peregrinas ventanas de arco partido, a cuyo atrevimiento de construcción se opone hoy, apoyando la clave, una columnilla moderna.

Junto a esta casa plateresca hay otra en la calle, también degradada y carcomida; pero que ofrece mejor conjunto. Es la antigua casa de los Castejones, cuyo blasón, sustentado por dos velludos salvajes, resalta en el tímpano de la puerta y se repetía en unas tarjas, hoy rotas, en las enjutas del arco escarzano, bordeado de laurel, de ella. La ornamentación de esta portada y de las ventanas de los tres pisos, más la cadena labrada en la cornisa y los clavos semiesféricos de la puerta forman un rico conjunto decorativo, bien que sin finezas de detalle. Al lado, forma contraste otra fachada antigua, de piedra, desnuda de ornatos, pero de traza clásica, herreriana, con pilas-tras y frontón en cada uno de los balcones.

Resta hablar del palacio antiguo, que parece como que da fisonomía preeminente, caballeresca, a la

noble ciudad: el palacio de los condes de Gómara. Palacio *nuevo* le llaman los historiadores sorianos, porque se construyó para sustituir a otro, viejo, que ya no existe, y estaba al lado. Hállase en la calzada que da salida a la ciudad por nordeste, y al extremo mismo en esta orientación se alza su torre gallarda y soberbia. En dicha calzada desarrolla la vasta fábrica 109 metros de fachada, y no es todo lo que debió ser, como lo indica su repartición con un cuerpo que quiso ser central, y en el que está la portada y un ala



Fig. 17.—PALACIO DE GÓMARA. (Foto Ramirez.)

de galerías con arcadas y columnatas hasta la torre, faltando, pues, la repetición de estas dos partes por el otro lado. La piedra, dorada, manchada de rojo, de esta magnífica fachada presta singular encanto, y diríase que barniz arqueológico, a ese conjunto de las gentilezas del Renacimiento español.

En el cuerpo central, entre los balcones de tímpanos herrerianos, destaca la portada con dobles columnas toscanas, gran escudo nobiliario entre dos colosales y barbados maceros a la romana, el escudo coronado por un hueco cuadrado, al que se asoma

una dama, y sobre el hueco, un castillo por empresa, entre lambrequines o roleos. Bajo el escudo, en el friso, hay una cartela, en la que una larga inscripción nos hace saber que D. Francisco del Río y Salcedo fué quien mandó construir este palacio en 1577.

Con este cuerpo macizo forma contraste el ala derecha, cuyo lienzo perforan en el piso principal doce gentiles arcos sobre columnas toscanas y abalaustrados antepechos; y encima, doble número de arcos sobre columnas jónicas, formando galería. Sobre toda la fachada corre una cornisa con ménsulas y gárgolas figurando leones. En el cuerpo central, las ventanas del piso alto están defendidas por rejas.

La torre es cuadrada, de doble altura que lo demás del edificio, y con tanto como éste de alto su primer cuerpo, con un balcón del orden de los indicados. Otros dos cuerpos señalan en esta torre simples molduras, y en el superior tiene en cada lado dobles ventanas con cada dos tímpanos de medio punto; blasonados escudos en los ángulos. La cornisa, sustentada por grandes ménsulas, se corona con pirámides herrerianas. Es esta torre, que, por lo encarpado del terreno en que asienta, es más dominante por su lado oriental, el más bello ornato de este suntuoso edificio.

¿Por qué vicisitudes no fué éste completado con el ala izquierda de columnatas y arquerías y con otra torre al extremo occidental? Tan sólo se construyó un trozo, en el mismo orden del cuerpo central, con balcones, y haciendo en la parte baja una perforación para abrir paso abovedado a una calleja.

Son de notar en la parte baja de la fachada aspilleras apaisadas para mosquete, como hay en algunas otras de las casas señoriales antes descritas.

Lo que de artístico ofrece al exterior el palacio de Gómara es su enorme frente. Por detrás es un caserón

vetusto, con huerta, cuyo muro almenado tiene aspecto defensivo. En el interior, el pátio, cuadrado, clausurado por galerías en los dos pisos, y la escalera no responden tampoco a lo que la fachada promete. Es un edificio no acabado. En la parte que lo fué conserva algún artesonado. La enorme caballeriza, con los pesbres de piedra, es notable.



VIII

LAS ERMITAS.—LA DE LA SOLEDAD.—NUESTRA SEÑORA DEL MIRÓN.—MONUMENTO A SAN SATURIO.—LA ERMITA DE LA VIRGEN.
SAN POLO.—LA ERMITA DE SAN SATURIO.

FUERA del casco de la población, al poniente, en la dehesa llamada de San Andrés, y donde acaba el paseo del Espolón, se encuentra la ermita de Nuestra Señora de la Soledad, cuyo pórtico singular, de planta trapezoidal con arcos de medio punto, tres al frente y dos a los lados diagonales, revela ser obra de tiempos modernos. El interior es de una nave cuadrada y ábside de tres lados, con bóvedas de cruce-ría, de estilo ojival. Supone el Sr. Rabal que esta construcción es la adicionada en el siglo XVI por los condes de Gómara, y bien puede ser de este tiempo, pero detrás hay una capilla del XVII, barroca, con cúpula octógona, cuajada de ornatos en relieve, y donde se venera el Santo Cristo del Humilladero, imagen del dolor humano y divino, en la que se reconoce una talla española coetánea de la capilla. Si, como indica el Sr. Rabal, los condes no realizaron en la ermita, como tampoco en el palacio, el vasto plan que se propusieron, podría pensarse que lo que hicieron

fué el pórtico, demasiado grande para ella, y, por tanto, que lo más antiguo es el cuerpo gótico, pues de cierto, lo más moderno es la capilla del Cristo.

En este conjunto no es el arte, aun con ser, como siempre, expresión fiel de sucesivos tiempos y gustos, lo que encanta al visitante: es el cuadro tan pintoresco como espiritual de la piedad popular, en su aspecto más inocente e íntimo, que bajo los nervios secos de las bóvedas ojivales, forman el retablo barroco que contiene la Piedad triste y el cuerpo exangüe del Señor en su sepulcro; los rústicos santos de vestir que se ven en repisas; las flores contrahechas y cuadritos de devoción que dan a aquello aspecto de oratorio de monjas. Y este cuadro sencillo, en que reposa el espíritu, tiene su contraste en el de la capilla del Cristo, cuyo inerte y demacrado cuerpo destaca imponente en la penumbra entre los adornos barrocos de que se ve recargado el pequeño recinto, como expresión de la eterna verdad, entre las efímeras hojirascas mundanas.

Impresión muy distinta, risueña y apacible, produce visitar la ermita de Nuestra Señora del Mirón, que, desde la cumbre de un cerro domina, justificando su nombre, como de perenne vigía de la ciudad y de sus campos del nordeste. Fuera de poblado se encuentra hoy, y el camino no es otro que la carretera que va a Garray; pero desde la carretera a la ermita hay que caminar al amparo de un buen trozo de la muralla, dentro de la cual y junto a ella fué construída la ermita.

La tradición quiere que ésta fuese fundada por Teodomiro, y que en ella continuaran el culto los mozárabes en los tiempos de la dominación mahometana. En la Reconquista fué iglesia parroquial con catorce vecinos en el censo de D. Alfonso el Sabio.

De la Edad Media, y por cierto de fines de ella, no conserva la ermita más que el ábside, gótico, con bóveda de crucería, y que, habiendo quedado detrás de la cabecera del actual templo, sirve de sacristía.

Dicho templo es moderno.

Delante de él hay una extensa plaza o lonja, defendida del cierzo por la muralla, que en otro tiempo defendía de los hombres. Y en medio de esa plaza, elévase un peregrino monumento de carácter triunfal, dedicado a San Saturio, cuya imagen, de busto, le corona, y que en tal sitio significa son juntamente Patronos de Soria la Santísima Virgen y el santo anacoreta.

El monumento es de piedra, y obra de estilo barroco, graciosa y prolija de adornos. De planta triangular y con basamento sobre gradas, es, en su parte principal, a modo de templete con florones, en el que reposa una columna recamada

de ornatos, la cual sustenta el busto. En el basamento aparece grabada la siguiente inscripción:

Esta obra se izo a costa de don Pheli / pe / Molero Mediana y su maestro Ju / an / Antonio Miguel naturales y becinos de esta ciudad. Año / 1755 / .

Santuario y casa del santero forman un solo edificio. La imafrente del primero, de piedra, y coronada con un campanario, no ofrece más detalle que la portada barroca, con columnas, florones y una capillita de la Virgen por remate.



Fig. 18.—ERMITA DE NUESTRA SEÑORA DEL MIRÓN. (Foto Ramirez.)

El interior, de planta de cruz latina, con cúpula en el crucero, es una construcción al modo clásico, con profusos adornos de yeso; y lo embellecen además retablos, cuadros y espejos con marcos de talla dorada y otros accesorios, formando armónico y pintoresco conjunto de gusto barroco. En el arranque de la cúpula corre por un friso una inscripción, la cual nos hace saber que la Cofradía de Labradores y el Cabildo Colegial hicieron construir la ermita en el año 1725.

Nuestra Señora del Mirón, que es una imagen de vestir, ocupa su camarín, entre las de talla de San Joaquín y San José, en el retablo mayor, que es importante. Del mismo género son los colaterales. En el del Evangelio llama la atención un lienzo en que se representa a Santa Rosa, entre guirnaldas y niños graciosos, pintura decorativa de bastante efecto. En el retablo de la Epístola se ve una imagen de talla de San Saturio, de cuerpo entero, en lo que se diferencia de las demás del mismo santo. Encima está la de su discípulo San Prudencio.

Obligada excursión de sorianos y forasteros es la que, escogiendo un buen día, debe hacerse a la ermita de San Saturio, el Patrono de la piadosa ciudad. Para ello hay que salir de Soria por el puente sobre el Duero, y seguir junto a la orilla el camino que a la derecha mano se ofrece. Hállase, por consiguiente, este devoto santuario al sudeste de la población, de la que dista unos dos kilómetros. El primer trozo del camino es de la carretera de Aragón, que luego tuerce hacia el oriente, debiendo entonces dejarla para no perder la orilla del río, que, en dirección al sur, ha de conducirnos derechamente a la ermita.

Y a pocos pasos de haber dejado la carretera, ofrécese a la vista, como interceptando el camino, un an-

tiguo edificio con aspecto de fortaleza y de casa religiosa a la par, que, pobre y mustio, forma contraste con la risueña y frondosa huerta en medio de la cual se halla. Es lo que fué convento de San Polo, fundado, según se cree, por D. Alfonso *el Batallador*, y perteneciente a los caballeros Templarios, cuya Orden fué suprimida, como se sabe, en 1312, pasando entonces este monasterio a ser propiedad de los Hospitalarios de San Juan, que ya tenían el suyo en la misma orilla del Duero, a la izquierda del mencionado puente.

Lo que resta y se ofrece, desde luego, a la vista del caminante, es el edificio conventual de mampostería y escasa sillería, y a continuación, a la derecha, el arruinado muro de la iglesia, con su portada, harto pobre, de archivoltas románicas de medio punto. El cuerpo principal de lo que fué monasterio muestra su puerta en arco apuntado con archivolta de puntas de diamante, y a los lados unas altas ventanas, tan estrechas y rasgadas que más parecen aspilleras, y, sin duda, fueron ambas cosas a la vez, como la casa fué, a un tiempo, morada religiosa y defensiva. Dicha puerta lo es de un pasadizo a modo de portal, que atraviesa y sale hasta la fachada opuesta, que es idéntica a la descrita, con igual puerta en arco apuntado e iguales ventanas aspilleras.

Es, en suma, el edificio de San Polo un modesto, pero curioso ejemplar arquitectónico del siglo XIII. La poesía de tal ruina y tal huerta inspiraron a Gustavo Adolfo Bécquer la leyenda *El Rayo de Luna*.

Pasando dicho portal, bajo tan típicos arcos, sigue el camino un buen trecho, entre el río y los peñascos, que cada vez hacen más abrupto el lugar, conduciendo por fin hasta la ermita de San Saturio.

Peregrino por cierto es el emplazamiento de este devoto santuario, que, en vez de estar fundado en el llano, como los demás edificios, aparece sobre peñascos, medio volado y medio escondido entre ellos. Tan singular situación no es caprichosa, sino que se ajusta al deseo de santificar la cueva allí existente, que



Fig. 19.—ERMITA DE SAN SATURIO (EXTERIOR).
(Foto Ballenilla.)

sirvió de vivienda y sepultura al anacoreta, que, en época remota, se piensa que entre el siglo v y el vi, dió muestra de acendrada piedad y ejemplar apartamiento del mundo. En tal sitio, entre la tierra y el cielo, vivió San Saturio y está su santuario. Para llegar a él hay que subir una escalinata de piedra e introducirse por una oquedad de la montaña, en la que está incrustado lo construído, cuya fisonomía exterior

es la corriente en esta clase de edificios de los últimos siglos. Con efecto, y como lo declara una inscripción trazada en el interior, en el cielo de la ventana del fondo, esta ermita se reedificó en 1703.

El sagrado recinto es de figura octógona oblonga, con cúpula de ocho lados, los cuales, como los muros, están por entero cubiertos con pinturas al fresco, ejecutadas por el pintor y presbítero soriano D. Antonio Zapata, en los años 1704 y 1705, según se lee en las cartelas que hay en la parte baja de las composiciones. Estas se refieren, las de los lienzos de pared, a San Saturio, y las de la cúpula, a la glorificación de la vida eremítica. Se ve ésta representada, en primer término, por Jesucristo en el desierto, tentado por el diablo; luego, San Juan Evangelista, en la isla de Patmos; San Pablo, primer ermitaño, al que un cuervo trae un pan; San Onofre, con su crecida barba; San Jerónimo, penitente; San Antonio Abad, al que tienta el diablo en forma de mujer; San Saturio, sufriendo tantas tentaciones como son los pecados capitales, y San Benito, dando reglas a sus monjes. En los lienzos de pared, los tres del lado del Evangelio, se representan pasajes de la vida de San Saturio: primero se le ve a la puerta de su casa, repartiendo su hacienda entre los pobres; luego, en la cueva, haciendo su vida solitaria y orando devoto ante la imagen de San Miguel. En el lado de la Epístola, los asuntos se refieren al reconocimiento y sanción de la santidad del oscuro ermitaño por San Prudencio, Obispo de Tarazona, el cual aparece primeramente siendo casi un niño, cuando atraviesa sobre su manto el Duero para visitar a aquél; luego, cuando viene a dar sepultura al beato eremita; después, cuando le cano-niza, ante el altar de San Miguel, viéndose al fondo el castillo de Soria. En el lienzo de cabecera, sobre

el altar, se ven pintadas las cuatro Virtudes. Las pilastras corintias que dividen dichos lienzos, el friso

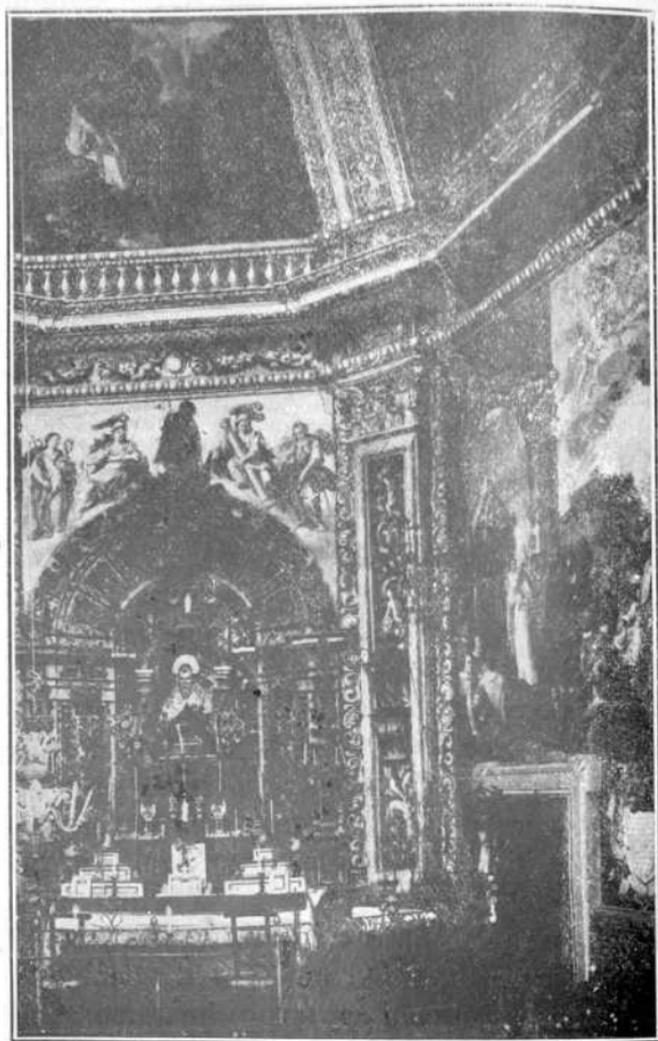


Fig. 20.—ERMITA DE SAN SATURIO (INTERIOR).
(Foto Ballenilla.)

y los resaltes de la cúpula están decorados con grutescos, guirnaldas y ornatos pintados.

El mérito de las pinturas que enriquecen esta capilla está en la buena tradición italiana, que el autor aprendió de su maestro, D. Antonio Palomino.

El retablo, barroco, de talla, con peregrinas pilas-tras jónicas, sobre las que voltea un arco abocinado, sirve como de dorado nimbo a la imagen de San Saturio, que, sobre una ménsula y bajo un caprichoso templete, destaca en el centro. Esta imagen, de busto no más, adornada con una lujosa capa de tela, es propiamente un relicario, y la parte escultórica apreciable es la cabeza, obra de talla, bien ejecutada, que acusa, por su estilo, estar hecha en el siglo XVI, y que representa al santo con blanca barba y vigorosa expresión.

Detrás del altar está la sacristía, pequeña y decorada, con un Crucifijo terrible en un retablo barroco de talla, sin dorar, parecido a los de la Colegiata, pero no de la misma mano.

Después, el visitante ha de recorrer salas, aposentos y cocinas para capitulares y romeros, cuevas y galerías, que en extraño conjunto de antro medroso, oquedad abrupta y contrucciones atrevidas y colgadas de la roca, forman un laberinto por demás curioso. La cueva principal, que debió ser morada del santo, es capilla, posiblemente la primera que santificó el lugar. En un sencillo retablo hay en ella una pequeña imagen de talla de San Miguel. Pretende la tradición que era a la que adoraba San Saturio, pero es de estilo plateresco, del siglo XVI, por consiguiente. Por una abertura, se ve desde esta cueva la oquedad en que fué enterrado el santo.

La huella secular de la tradición y de la piedad popular da carácter poético a esta obra misteriosa de la naturaleza y del arte de los hombres. En tan singular cristalización de un sentimiento religioso hay



J O S É R A M Ó N M E L I D A

un elemento vivo, pintoresco y humilde: el viejo santero, que, con su luenga barba y su cofia a modo de capucha, es como un recuerdo espiritual del pobre anacoreta, que abstraído voluntario del mundo no sospechó que había de ser proclamado Patrono de una ciudad insigne.

II

DE SORIA A NUMANCIA



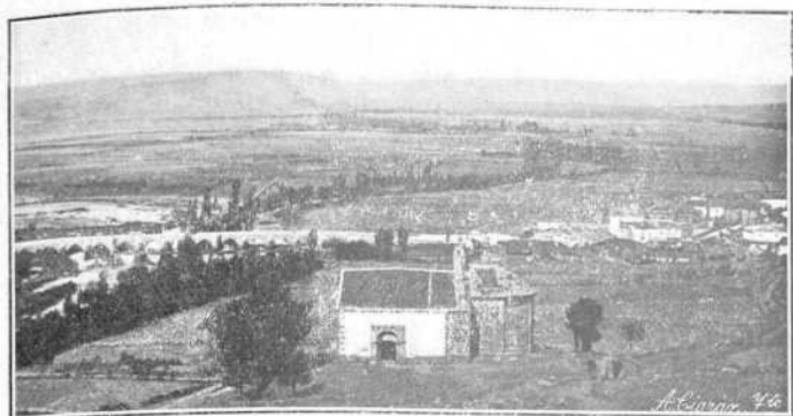


Fig. 21.—VISTA DE LA ERMITA, EL PUENTE Y GARRAY, DESDE EL CERRO DE NUMANCIA. (Foto Mélida.)

I

CAMINO DE NUMANCIA.—«LAS CASAS».—NUMANCIA A LO LEJOS.—EL PUENTE DE GARRAY.—EL DUERO.—GARRAY: SU VECINDARIO Y SU IGLESIA.—LA ERMITA DE LOS MÁRTIRES.—LA DE SAN ANTONIO.

LA excursión a Numancia es fácil y grata. En tres cuartos de hora se puede ir en coche, si no se prefiere carruaje más ligero o automóvil (le hay correo) que en pocos minutos salve por la tranquila y amplia carretera de Logroño los siete kilómetros corridos que hay hasta Garray, a cuya parte meridional se alza el cerro en que se encuentran las ruinas de la famosa ciudad.

Se deja Soria, pasando primeramente por delante del palacio de Gómara y de su torre señorial en la esquina. Después, dejando a la izquierda lo que fué convento de la Merced, y algo más allá, a la derecha, la ermita llamada de *El Mirón*, se avanza hacia el

norte, entre prados y arboledas; y subiendo, subiendo entre pintorescas hondonadas, llégase a divisar a la izquierda un humilde poblado, con su iglesia dominando al caserío, el cual no tiene más nombre que *Las Casas*, y es tan sólo un barrio rural de Soria, de la que dista tres kilómetros escasos.

Déjase todo esto también, y salvado el repecho, descubren los ojos un bello panorama: extensos campos cultivados, eminencias de fácil acceso, en el valle, pueblecillos cuyos muros pardos coronan rojos tejados, entre la verdura y el oro de los campos y por fondo las masas oscuras y sinuosas de las sierras que cierran aquel anfiteatro.

Casi todo el camino es de bajada, y apenas iniciada se ve en medio de la campiña, a la derecha del camino, sobre un cerro, una aguja de piedra, erguida, símbolo y memoria de algún hecho glorioso. Es el monumento levantado en honor de los heroicos numantinos por un ilustre patricio, D. Ramón Benito Aceña, que con su solo esfuerzo pagó esa deuda sagrada de la patria en el lugar mismo del épico suceso.

—¡Allí fué Numancia!—decimos con orgullo al contemplar la aguja de piedra en medio de aquella soledad de siglos.

El terreno llano, la carretera despejada, la campiña risueña y apacible, el ambiente fresco y puro favorecen el viaje, haciéndole grato. No es posible desviar los ojos de aquella aguja, que con creciente emoción contemplamos cuanto más de cerca la vemos.

El espíritu se eleva a días memorables, históricos, y la mente se complace en reconstituirlos brevemente: el fracaso sucesivo de siete generales romanos con sus aguerridas legiones, durante catorce años, por

el tesón indomable del puñado de valientes que se albergaba en aquel punto, que tan pequeño nos parece, aunque lo vamos viendo cada vez más de cerca; el duro cerco que a la gloriosa ciudad puso Escipión, el general de mayor prestigio de su época, enviado de intento por el Senado romano; y, por fin, al cabo de seis años crueles, la destrucción memorable y ejemplar de Numancia por sus mismos moradores en aquel altar sacrosanto del heroísmo ibero, donde hicieron el sacrificio de sus vidas antes de sufrir el yugo de Roma.....

No es posible contemplar aquel cerro y aquella aguja que desde su cima señala al cielo, sin sentir profunda emoción.

Avanza el coche por entre las arboledas del camino, y por fin se ofrecen a la vista el río Duero, el puente que le cruza y Garray, el pueblecillo sucesor de Numancia.

El puente, de piedra, con arcos apuntados, claramente revela por su arquitectura que es una construcción de fines de la Edad Media.

Al enfilar el puente es fácil darse cuenta de que el río Duero, que desde el pico de Urbión, donde nace, viene serpeando por entre las llanuras de la parte occidental, tuerce rápidamente y después de recibir las aguas del Tera, que viene de noroeste, de fertilizar el poético valle de su nombre, donde empiezan los pinares, desliza sus tranquilas aguas por entre risueños arbustos hacia el sur, bañando la falda occidental del cerro de Numancia y abriéndose luego paso hacia Soria. Este tranquilo río, en cuyas aguas cristalinas se mira Numancia muerta, es el *Durius*, de Strabon, al que deificó y rindió culto el paganismo, y que si sacara «el pecho fuera» y hablara, como aquel otro famoso río apostrofador del rey

Rodrigo, habría de contarnos memorables cosas y cantar el heroísmo de los numantinos.

Al cabo del puente se entra en Garray, pueblo sin historia, y cuyo nombre, de origen vascuence según unos, latino según otros, no aparece citado en documentos hasta los tiempos de la Reconquista.

Componen este modesto pueblo, acaso hoy más próspero que nunca, poco más de ochenta casas, habitadas por 350 almas, que dan un censo de 94 vecinos.

En la calle principal, que ostenta con orgullo el nombre de D. Ramón Benito Aceña, el glorificador de Numancia, dejamos el coche, para emprender la ascensión al cerro. Pero antes, en el rellano que hace de plaza, solicita brevemente nuestra atención la iglesia. Es una modesta fábrica ojival de fines del siglo xv o principios del xvi. Por un pórtico lateral que mira al mediodía penetramos por una puerta de medio punto que es un recuerdo románico en la nave del sagrado recinto, desnudo de arte. El ábside conserva su bóveda de crucería. El retablo mayor es como muchos, y data del siglo xvii. Más vieja que todo esto, la pila bautismal, labrada en piedra y decorada con arquerías, es buena muestra del arte románico del xii.

Nos encaminamos hacia el cerro, y en la rinconada de una calle encontramos una casa en cuya fachada aguda y ventanas cuadradas reconocemos una muestra pintoresca de la arquitectura urbana del siglo xv. Tan sólo hay una casa tan vieja como ésta en el pueblo, a la parte suroeste.

La subida a la cima del Cerro de la Muela de Garray, donde estuvo Numancia, se hace a pie, por la vertiente norte, que es algo agria, y en carruaje o a caballo puede hacerse por un camino que, dando algo de vuelta, se encuentra al nordeste.

A cosa de un tercio de la cuesta del norte, en una

especie de escalón amplio que forma la vertiente del cerro por noroeste, se halla enclavada una ermita cuyo vetusto carácter y pintoresca situación en aquel cerro, dominando el río, recrea los ojos y detiene al viajero. Hállase dedicada esta ermita a los santos mártires Nereo, Aquileo, Pancracio y Domitila, mártires cristianos de los primeros siglos. Pero sus reliquias



Fig. 22.—EXTERIOR DE LA ERMITA DE LOS MÁRTIRES. (Foto Mérida.)

fueron traídas de Roma en el siglo XVIII, y de entonces data tal advocación de la ermita, que antes estuvo dedicada a San Miguel. Pronto advertimos que es un ejemplar interesante de la arquitectura románica. Llama la atención, desde luego, el ábside semicilíndrico, de piedra amarillenta, que parece dorada, con columnas resaltadas, canecillos historiados, ventanal rasgado y tan estrecho que parece una aspillera, cubier-

ta primitiva, de piedra, como la conservan pocas construcciones de la época.

Románico y dorado es también el muro del mediodía, donde se abre una portada con capiteles adornados de quimeras, fantasías y hojarascas, con archi-

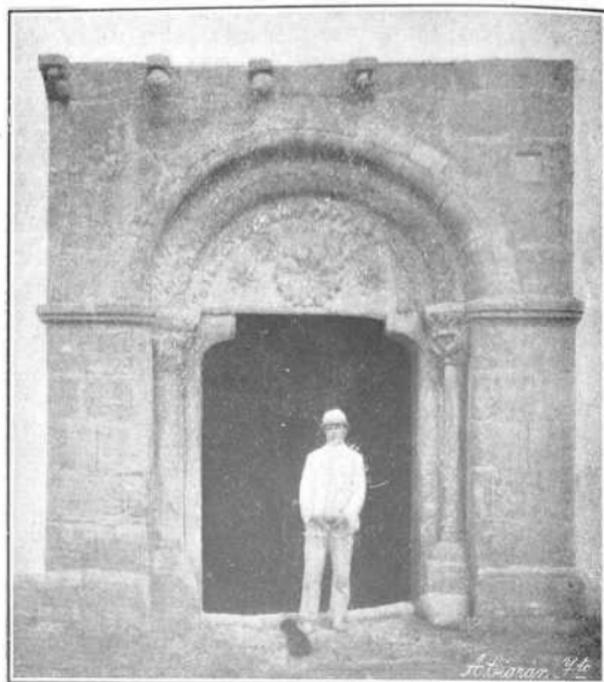


Fig. 23.—PORTADA SUR DE LA ERMITA DE LOS MÁRTIRES. (Foto Melida.)

voltas decoradas con arcos angrelados y tímpano, en el que campean estrellas y florones.

El interior es de tres naves. Pero advertimos que la parte románica es la cabecera con los tres ábsides.

El arco triunfal, apuntado, aunque se apoya en capiteles románicos, indica que la ermita está construída en el siglo XIII, en los momentos de transición de la arquitectura del estilo románico al ojival.

Esta fecha está, además, declarada y precisada por una inscripción que se lee en el muro del norte, por la parte exterior, y que dice así:

Anno dñi | mcccxx | xxi

En este año de 1241 debió terminarse la construcción. El retablo mayor, barroco, con su hojarasca profusa y donde se ven los bustos de los mártires, oculta la obra románica, de la que queda visible el zócalo, formado con lo que fué el frente del altar primitivo, de peregrina labor geométrica, a modo de celosía.

La mesa de altar actual está constituida por una enorme piedra sustentada por cinco capiteles, dos a cada extremo y otro en el centro. Pero pronto se echa de ver que estos capiteles fueron aprovechados al reconstruir el templo y debieron pertenecer a la parte románica arruinada o demolida.

De las capillas absidales, la que conserva su carácter románico, menos en el retablo, es la del lado derecho, o sea el de la Epístola. Conserva, en efecto, sus columnas con curiosísimos capiteles historiados, y el frontal de altar, en piedra, decorado con estrellas y otros adornos.

Las naves, con techumbre de madera y grandes pilares cilíndricos, revelan ser una reconstrucción del siglo xvi.

En la pequeña sacristía se conserva un antiguo retablo pequeño y muy curioso, de forma apuntada,



Fig. 24.—CAPITEL HISTORIADO. (Foto Mérida.)



Fig. 25.—RETABLO GÓTICO DEL SIGLO XV. (Foto Mé-
lida.)

con una capilla de talla en el medio, con su doselete que cobija una imagen de la Virgen, sentada, con el Niño, también de talla, y pintada. Los tableros de los lados están pintados, y a pesar de su mala conservación, se advierte que en ellos estuvo representada la Anunciación, el ángel a la izquierda y la Virgen a la derecha. El estilo de este retablo corresponde al siglo XIV.

Dentro del sagrado recinto, aun encontramos un recuerdo de fecha más re-

mota; una pila bautismal labrada en piedra. Es honda, acaso para bautizar por inmersión, como primitivamente se practicó, y su forma es de tronco de cono invertido. Hallábase antes este interesantísimo ejemplar medio enterrado en un rincón de la ermita; yo le hice sacar para colocarle exento en mejor sitio y poderle estudiar. Su decoración exterior, esculpida, consiste en una serie de arcos de herradura, forma



Fig. 26.—PILA BAPTISMAL. (Foto Mé-
lida.)

privativa del arte de los visigodos, continuada por los mozárabes, y alguno que otro de los arcos cobija una figura de frente, de significación casi imposible de precisar, a causa de lo rudo del trabajo: alguna químera y una cruz. ¿De qué fecha puede ser esta pila? La que se conoce visigoda, de Mérida, es cuadrada; cuadrada también, y del siglo x, la que se conserva en San Isidoro de León. Alguien piensa, y acaso con razón, que esta pila de los Mártires data del siglo xi. En tal caso, los arcos de herradura obedecen al arte tradicional hispano y se trata de una obra protorrománica.

Recientemente se descubrió en Numancia un capitel de pilastra y un trozo de la misma, con su basa, asimismo de estilo visigodo, que acaso pertenecieron a la primitiva ermita, anterior a la románica.

Otra ermita hay en el cerro de la Muela, pero en el punto opuesto al de la descrita, y en la falda, al sudeste, cerca del poblado de Garrejo. Es una ermita pequeña, vieja, pero renovada y sin detalle arquitectónico digno de mención. Tan sólo la merecen dos cosas que allí se guardan: una imagen de la Virgen con el Niño, de talla, pequeña; imagen arcaica que deberá datar del siglo xiii o del xiv; y una pila bautismal de tipo románico, como la de la iglesia de Garray.

U. S. DEPARTMENT OF AGRICULTURE

Soil Conservation Service

WATERWAYS DIVISION

Engineering and Construction

Office of the Chief Engineer

Washington, D. C.

Telephone Room

Director's Office

Chief Engineer's Office

Assistant Chief Engineer

II

EL PANORAMA Y LA SITUACIÓN DEL CERRO DE LA MUELA.—LA CINTANIA IBÉRICA.—¿DÓNDE ESTUVO NUMANCIA?—SU DESCUBRIMIENTO.—MONUMENTO A NUMANCIA.

CUANDO se llega a la meseta del cerro, el panorama que se ofrece es encantador. La vista se pierde en las lejanas sierras, que se suceden, y que, enlazándose, parecen limitar el vasto escenario de la épica lucha mantenida por los celtíberos contra el poder de Roma. Al oriente, entre dos enormes montañas, se ven los picos azulados del Moncayo. La sierra que se destaca al nordeste es la del Almuerzo. Al noroeste aparece sierra Cebollera, con sus altos picos cubiertos de nieve, y cuya estribación descubre por su extremo los hermosos pinares de Valdeavellano, de donde viene, entre verdura, por el llano, el río Tera. Por occidente se ven el pico de Urbión, las montañas del Valhonsadero, y por el llano, entre arboledas, el río Duero, que, argentado, serpea por la campiña grisácea.

El Duero por occidente, y por oriente un modesto río, el Merdancho, que, modesto y todo, suele inundar el valle, aislan el cerro de la Muela, cuyas escarpa-

das vertientes, sobre todo por el norte, completan la obra defensiva con que la Naturaleza privilegió a esta eminencia que la Historia señala como teatro del más alto ejemplo de amor a la independencia dado por los españoles.

Esta situación del cerro de la Muela, favorable para la fundación de una ciudad ibérica, no es única: es idéntica a la de las citanias de Portugal y de otros puntos occidentales de la Península, incluso de Extremadura, eminencias próximas a los ríos, a dos de ellos en muchos casos, y aisladas en medio de las montañas; tales fueron los puntos elegidos por las gentes celtíberas para establecer sus ciudades, en las que, por lo común, se fortificaban, como los primitivos pobladores de la Grecia en sus acrópolis, lo cual da una idea semejante de la vida de tribus ora confederadas, ora rivales, siempre apercebidas a la defensa.

Ocurre preguntar cómo llegó a precisarse que esta eminencia ribereña del Duero y del Merdancho fué la que ocupó Numancia, y no otra semejante.

El descubrimiento de Numancia es debido a un insigne sabio español: D. Eduardo Saavedra, el cual, trabajando como ingeniero en hacer carreteras en esta región castellana e impuesto en los antecedentes literarios de la cuestión, consiguió aclararla y aportar por fin pruebas materiales que corroboraron el supuesto.

Borrada en los primeros tiempos de la Edad Media la memoria de Numancia, desde el siglo XII fué creencia general que su sitio ribereño del Duero correspondía a Zamora, y así lo expresa la *Crónica General de España*, del Rey D. Alonso el Sabio. Pero en el siglo XVI, los historiadores Zurita y Morales, mejor impuestos en las noticias de los antiguos autores, y en

D E S O R R I A A N U M A N C I A

vista de las ruinas existentes en el cerro de la Muela, de Garray, no vacilaron en reducir a este sitio el de la famosa ciudad. En la misma hipótesis insistieron en el siglo XVIII el sabio P. Flórez y el erudito D. Juan Loperráez, de quienes después se hicieron eco Cean Bermúdez y Cortés y López.

Faltaba comprobarlo, y esto hizo en 1853 D. Eduardo Saavedra, del modo siguiente: acometió el estudio topográfico de un trozo de la vía romana que iba desde *Astúrica* (Astorga) a *Caesaraugusta* (Zaragoza), por el valle del Duero y la divisoria del Ebro; el trozo comprendido entre *Uxama* (Burgo de Osma) y *Augustóbriga* (Muro de Agreda). Descubrió y midió los trozos que de la *vía* restaban, estudió los epígrafes de las columnas miliarias de Trajano, que fué quien hizo construir o reparar la vía, y valiéndose del *Itinerario* de Antonino y demás noticias de los autores antiguos, fué siguiéndole y repasando las mansiones, en una extensión de 135 kilómetros, que es el equivalente de las 90 millas marcadas en dicho texto. El resultado que obtuvo fué el siguiente:

Mansiones,	Pueblos,	Kilómetros.	Millas,	Millas según el Itinerario.
Uxamam.....	Osma.....	»	»	»
Voluce.....	Calatañazor.....	29,5	XX	XXV
Numantía.....	Garray.....	35,3	XXIII	XXV
Augustóbriga....	Muro de Agreda.	43,0	XXVIII	XXIII
Turiasone.....	Tarazona.....	27,2	XVIII	XVII
TOTAL.....		135,0	XC	XC

Como se ve, corrigió el *Itinerario*, como es frecuente en esta clase de investigaciones; pero obteniendo el mismo resultado en el total de millas entre los dos puntos extremos.

La tercera mansión era Numancia, la cual había

de encontrarse forzosamente en la intersección de la línea formada por la corriente del Duero y el puente (donde existe el actual) que formaba parte de la vía. De este modo fijó el sitio en que debió estar la ciudad, en el «altozano junto al Duero», según la expresión de Lucio Anneo Floro, bañada por dos ríos (el

ya citado y el Merdancho), de que habla Apiano Alejandrino.

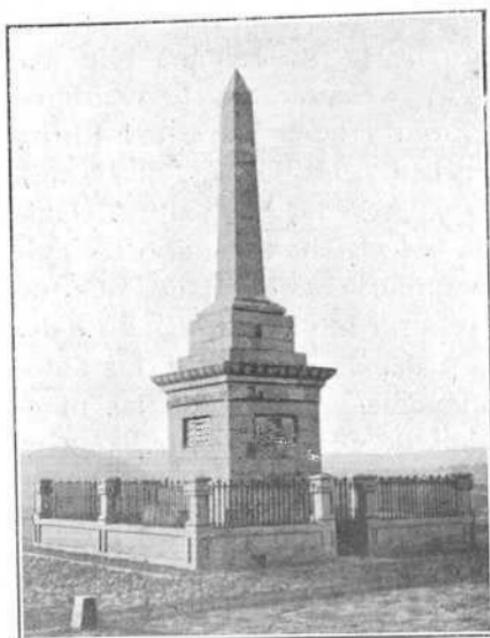


Fig. 27.—MONUMENTO A LOS HÉROES DE NUMANCIA. (Foto Ramírez.)

La reducción era matemática, exacta, indudable; y para comprobarlo practicó excavaciones en el cerro y descubrió cimientos, restos de un muro, materiales de construcción, arcilla pulverizada, ceniza y carbón, pruebas evidentes del incendio en que pereció la heroica ciudad celtibérica.

Consignó todos estos notabilísimos descubrimientos el Sr. Saavedra en una *Memoria*, premiada en 1861 por la Academia de la Historia, que luego le abrió sus puertas.

Sirvió tal descubrimiento de estímulo para que se practicaran excavaciones en el cerro, con fondos del Gobierno y bajo los auspicios de la Academia, desde 1861 a 66, consiguiendo poner al descubierto algunos

restos de edificios arruinados, y para protegerlos de las manos incultas y codiciosas de los labriegos, que subían al pueblo en busca de piedras para construcciones rústicas, a instancias de la misma Academia, en 1882, fueron declaradas monumento nacional las *Ruinas de Numancia*.

Impuesto en estos antecedentes, seguro de que la tierra que pisa fué altar sagrado del heroísmo hispano, el visitante vuelve los ojos con veneración al monumento elevado en la meseta a la inmortal Numancia. El monumento impresiona por su misma sencillez: un pedestal cuadrado de piedra, cerrado por verja, sustenta un obelisco, una aguja que se eleva al cielo en medio del solemne silencio y la augusta soledad de estos dilatados campos en que otro tiempo se agitaron multitudes rivales, y el fragor del combate, el grito de libertad, ayes de muerte y restallar de llamas, dejaron perdurables ecos en la Historia patria.

Adornan el pedestal de dicho obelisco cuatro lápidas de mármol: una, enaltece el nombre de NUMANCIA; otra, glorifica los nombres de los caudillos numantinos *Ambon, Leucon, Litennon, Megara, Retógenes*; otra, proclama que *S. M. el Rey D. Alfonso XIII | inauguró este monumento | el día 24 de agosto de 1905*; otra, en fin, declara que *se construyó este monumento | a expensas del Excmo. Sr. | Don Ramón Benito y Aceña | senador del Reino | y exdiputado a Cortes por Soria | año de 1904*.

Este ilustre soriano y benemérito patricio realizó por sí solo esa obra nacional.

No lejos del monumento hay otro, muy pequeño, un simple pedestal, con sencillo remate, y su inscripción nos dice que es un recuerdo *A los héroes de Numancia | el 2.º Bon. del | Regimiento de San Marcial | 26 Junio 1886*.

Allí cerca se ve también otro pedestal mayor, base de un monumento que quiso erigir la Sociedad Económica de Soria en 1842 ; y que, falta de medios, lo dejó sin terminar.

Pero debía estar escrito que Numancia fuese desenterrada y conocida.

III

RESTOS DE ANTIGUA POBLACIÓN EN EL CERRO DE GARRAY.—PRIMERAS EXCAVACIONES.—LAS EXCAVACIONES PRÁCTICADAS POR LA ACADEMIA DE LA HISTORIA.—EXCAVACIONES DEL PROFESOR SCHULTEN.—NOMBRAMIENTO DE UNA COMISIÓN EXCAVADORA POR EL GOBIERNO EN 1906.—CUADRO ARQUEOLÓGICO DE NUMANCIA.—CRONOLOGÍA DE SUS ANTIGÜEDADES.

EN el siglo XVIII, según el P. Flórez y Loperráez, que es más explícito, los restos de población en el cerro de la Muela se hacían visibles por los restos que se suponían de fortificaciones, recuadros de casas, calles, pedazos de tejas, vasijas y escorias, ladrillos de seis y ocho dedos de grueso, pilas de piedra, de las que se aprovecharon algunos vecinos, trozos de columnas, basas y capiteles, y el hallazgo de una plancha de plata, que fué vendida, y pedazos de metal que se conocía habían sido derretidos, lo cual se tuvo, con razón, como indicio del terrible incendio que los numantinos pusieron a la ciudad por no entregarla a Escipión.

Convertido el suelo de Numancia en campos de labor, cuya tierra removió el arado durante siglos, veíase, y así lo encontramos nosotros, sembrado de

cascos de vasija, trozos de tejas y piedras medio enteradas.

Las excavaciones encaminadas a descubrir los restos de la histórica ciudad fueron comenzadas en agosto de 1803, mediante una moción que hizo el vascófilo D. Juan Bautista Erro, en la Sociedad Económica de Soria, y dieron por mejor resultado para los fines del investigador el descubrimiento, a primeros de septiembre, de una tapadera de barro con una inscripción en caracteres ibéricos, entonces llamados desconocidos, grabados a punzón. No sabemos que produjera cosa mayor aquel conato de excavaciones fugaces.

Las excavaciones practicadas por la Academia de 1861 a 1866 dieron por resultado el descubrimiento de unos 1.500 metros cuadrados de cimientos de casas, trozos de calles, sólidos pavimentos de hormigón de unas termas, y restos de un templo romano de entre los cuales se extrajeron un ara dedicada a Júpiter y otra a Marte. Recogieron además restos cerámicos celtibéricos, que guarda la Academia, y algunos otros, casi todos romanos, que conserva el Museo Arqueológico Nacional. Estas excavaciones habían sido hechas abriendo una larga zanja de norte a sur y tres de este a oeste, más algunas catas o exploraciones parciales en varios sitios, al oriente. Medio borrados por el abandono y el tiempo encontramos nosotros, los nuevos excavadores, esos descubrimientos, y junto a ellos los montones de la tierra extraída, como aun se ve en algunos puntos.

En 1902, un sabio alemán, el Dr. Adolfo Schulten, profesor a la sazón de la Universidad de Gotinga y luego de la de Erlangen, trajo a España el propósito de comenzar un estudio de la guerra numantina sobre el terreno. Visitó Numancia valiéndose de los da-

tos y planos inéditos del Sr. Saavedra, y publicó una interesante Memoria, preparatoria de más importantes trabajos.

Emprendió éstos el profesor Schulten, auxiliado por el arqueólogo Sr. Könen, del Museo de Bon, en 1905, comisionados por el Emperador de Alemania. Consistieron esos trabajos en unas excavaciones encaminadas a obtener nueva comprobación de la existencia de restos de la ciudad romana, y en una capa más profunda de la ciudad ibérica, con las cenizas y reliquias de su destrucción por incendio. No se circunscribieron, por consiguiente, estas excavaciones a un trozo de la ciudad, sino que fueron practicadas en varios puntos, como trabajo de orientación. Los objetos que descubrieron, sobre todo cerámica, lleváronlos a Alemania para estudiarlos, y luego fueron enviados a nuestro Museo Arqueológico Nacional.

Coincidió la presencia en el cerro de Numancia de Su Majestad el Rey, del Ministro de Instrucción Pública, Sr. Mellado, y de distinguidas personalidades, en representación de Academias y centros varios, para inaugurar el monumento, en agosto de 1905, con la de los investigadores alemanes, que estaban practicando excavaciones. Debió con esto de patentizarse la deuda nacional que el Gobierno español tenía con Numancia, desde que en 1866 quedaron suspendidos los trabajos de que se ha hecho mención, y al reunirse luego las Cortes, en virtud de moción hecha en el Senado por D. Ramón Benito Aceña, quedó fijada en presupuesto una cantidad para que practicase excavaciones en aquel sitio una Comisión, compuesta de individuos de número de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando, y correspondientes de am-

bas en Soria, siendo nombrado presidente de aquella D. Eduardo Saavedra (1).

A mediados de julio de 1906 fuimos a Soria para dar comienzo a los trabajos D. Juan Catalina García, D. Manuel Aníbal Alvarez y el autor de estas líneas, y en unión de nuestros compañeros de Comisión D. Teodoro Ramírez y D. Mariano Granados fuimos a Numancia; D. Juan José García se hallaba ausente. El Sr. Saavedra, cuyas sabias indicaciones habíamos recibido en Madrid, no pudo acompañarnos, desgraciadamente, a causa de los achaques propios de su avanzada edad.

Debíamos adquirir los terrenos en que excavábamos, y debo hacer constar que facilitó, desde luego, nuestro trabajo un rasgo generoso, digno del mayor encomio, cual fué la cesión hecha para ese fin al Estado por el señor vizconde de Eza, de unas tierras que poseía en la meseta del cerro, correspondientes a la parte meridional de la misma. El área cedida era de unos trescientos metros cuadrados. El sitio era favorable, pues en suave declive hacia el sur, y, por tanto, defendido del cierzo, era regular que las viviendas que descubriésemos fueran de gente acomodada.

En la tarde del día 16 de julio dimos comienzo a los trabajos. El momento tuvo la solemnidad silenciosa y sencilla que le prestaba la tranquilidad del campo, el cielo purísimo, el sol que nos acariciaba con sus

(1) La Comisión, nombrada por R. O. de 1 de mayo de 1906, quedó constituida en la forma siguiente: Presidente, don Eduardo Saavedra; Vicepresidente, D. Juan Catalina García, de la Academia de la Historia; D. José Ramón Mélida, de la Academia de Bellas Artes; los correspondientes en Soria D. Teodoro Ramírez, D. Mariano Granados y D. José García, y el Arquitecto del Ministerio, D. Manuel Aníbal Alvarez, que fué nombrado Secretario.

fulgores, la Historia dormida, cuyos restos íbamos a exhumar. Y así como cuando se coloca la primera piedra de un edificio alguien da el primer impulso y varias manos secundan el conato, así nosotros, por turno, dimos en aquella tierra secular los primeros golpes de pico. Continuaron nuestros obreros. Nuestros ojos estaban fijos en aquel suelo que ocultaba reliquias históricas.

No hay labor que interese como la de excavar, ni libro de mayor enseñanza que la tierra entre cuyas capas se encuentran los restos de lo que sobre ella vivió, en la incesante renovación de la existencia.

La excavación de aquel día nos puso de manifiesto un muro de sillarejos y algunos fragmentos cerámicos. Avanzábamos con mucha lentitud y cautela. El trabajo de excavar tiene que ser así, forzosamente. El deseo de descubrir tiene que atemperarse con el miedo de quebrar lo que está todavía oculto. No hay idea, a no verlo, de los golpes de pico que cuesta descubrir una piedra, un casco de vasija, un objeto pequeño. El trabajo mismo nos dió experiencia en el modo de seguirle. La tierra fué revelándonos sus secretos. El descubrimiento sistemático de los restos de Numancia se hizo desde entonces de un modo seguro.

Desde un principio seguimos el plan propuesto por el arquitecto D. Manuel Aníbal Alvarez, de, sin levantar mano desde el sitio en que se comenzó, ir descubriendo por entero construcciones y calles de la antigua ciudad, y por entre los muros y cimientos, ahondando siempre hasta el terreno natural para recoger cuantos objetos y restos se ofrecieren.

Con este sistema, en sucesivas campañas de excavaciones, desde 1906 hasta la fecha, ha sido posible ir descubriendo las calles y los restos de las

manzanas de los edificios, en una extensión que comprende algo más de la mitad de la meseta del cerro, de todo lo cual se ha levantado un plano detallado, apreciar las ruinas de la ciudad romana, y debajo de ellas las de la celtibérica, y aun recoger algunos testimonios de la vida prehistórica. Al propio tiempo, incesantemente se han mostrado y se muestran a nuestros ojos los testimonios de la épica destrucción de Numancia.

En efecto, dondequiera que se excave, hay una cosa que no deja de encontrarse a más o menos profundidad, y es la huella intensa y terrible del incendio que destruyó la ciudad de los celtíberos arévacos. La comprobación del hecho histórico es constante. Bajo la capa de tierra vegetal, cuyo espesor es de unos veinte centímetros, y de la capa siguiente, más espesa, en la que se hallan los muros o cimientos de las construcciones romanas, téngase por cierto que se halla una densa capa de unos cincuenta centímetros de profundidad, en algunos sitios de un metro o metro y medio, en la que se muestran abundantes carbones y cenizas, piedras quemadas o ennegrecidas por las llamas, todo envuelto entre adobes, pocos enteros, y arcilla roja, de los muchos que el fuego y el hundimiento pulverizaron; y entre tales escombros, trozos de vigas carbonizadas de roble y de pino de los entramados de las techumbres. Carbones, cenizas y tierra roja forman el sudario de los huesos de las víctimas de la catástrofe, de los animales domésticos, del ajuar de las casas.

En este levantar y levantar capas de tierra, que es como hojear el verdadero libro de la Historia, causa viva impresión ver y palpar esos restos de la ruina de Numancia y entresacar de ellos, al cabo de veintiún siglos, los testimonios de la vida antigua,

cuyo cuadro parece surgir y animarse ante nuestros ojos.

Esas capas sucesivas de tierra sepultaron restos de tres civilizaciones. Es un caso semejante al de la famosa Troya y de otros sitios históricos. En Troya fueron descubiertos los restos de cuatro ciudades sucesivas. En lo más hondo, los de una ciudad prehistórica; sobre ellos, los de la ciudad quemada (como Numancia), la Ilion de la epopeya; encima, los de la ciudad helénica, y en lo más superficial, los de la romana. Por igual modo, en Numancia, en orden inverso al de la cronología, lo primero que se encuentra son los restos de la ciudad romana, construída sobre la ruinas de la ciudad quemada, la Numancia ibérica o celtibérica; luego ésta, aún palpitante, por decirlo así, entre sus cenizas; y aun se suelen encontrar testimonios de civilización anterior, prehistórica, representada por hachas de piedra pulimentada, cuchillos y puntas de flecha de pedernal y tosca cerámica.

De ello puede deducirse que la existencia humana en el cerro de la Muela de Garray data de más de 2.000 años antes de Jesucristo.

Los hallazgos ha de relacionarlos siempre el excavador con la cronología. Por lo general, lo indica el mismo yacimiento de los objetos o monumentos arqueológicos en la capa de tierra correspondiente; mas si por remoción del terreno aparecen mezclados tales restos, menester es comprobar por sus caracteres la fecha que se les debe asignar. La cronología de Numancia tiene su punto de partida en los últimos tiempos de la Edad de la Piedra, cuando el pulimento de las hachas había llegado a su mayor perfección. Lo atestiguan no pocas de ellas, puntas de flecha de pedernal y de cobre, ejemplares de cerámica tosca,

extraña todavía a la rueda del alfarero, y otros objetos prehistóricos. En cambio, no se ha encontrado una sola hacha de bronce. Debió, pues, quedar deshabitado el cerro durante algunos siglos.

Con más fuerza e intensidad que aquellos remotos tiempos resalta en nuestras excavaciones la civilización ibérica, adelantada con reflejos de los colonizadores fenicios, griegos y cartagineses, correspondiente a la segunda Edad del Hierro, que comprende desde el siglo V antes de Jesucristo hasta el año 133, en el que tuvo su término memorable con la destrucción de Numancia.

La ciudad romana, levantada en los últimos tiempos de la República, prolongó su vida durante el Imperio hasta la invasión de los bárbaros, según se conjetura, aunque faltan monedas de los últimos emperadores.

Los restos visigodos que señalados quedan son de una iglesia y no de ciudad. El cuadro arqueológico que las excavaciones presentan comienza, pues, en los tiempos prehistóricos y acaba con la terminación de la Edad Antigua.

III

HISTORIA DE NUMANCIA

1875



Fig. 20.—VISTA DEL CERRO DE NUMANCIA POR ORIENTE. (Foto *Mélida.*)

I

LA COMPROBACIÓN HISTÓRICA Y LOS TEXTOS DE LOS AUTORES ANTIGUOS. — POBLADORES ANTE-ROMANOS. — LOS CELTÍBEROS. — ARÉVACOS Y PELENDONES. — CONDICIÓN DE ESTAS GENTES; SUS CREENCIAS Y PRÁCTICAS; SU CONSTITUCIÓN SOCIAL Y SUS COSTUMBRES; SUS TRAJES Y SUS ARMAS. — CIRCUNSTANCIAS QUE LES FAVORECIERON EN SU LUCHA CON ROMA.

LA historia de Numancia, bien conocida por los textos de los escritores antiguos, está reducida a su asedio y su destrucción, célebres y ejemplares por su larga resistencia el uno y por el heroísmo que envuelve la otra.

En general, la Historia nos muestra hechos distanciados de nosotros y como difumados a través del velo del tiempo; es, en suma, narración de sucesos pasados, cuyos actores y escenario, en lo que tenían de externo y corpóreo, tenemos que figurárnoslo, supliendo con la imaginación lo que falta de palpable y

visible. Mas cuando la historia de un hecho se repasa en su propio escenario y ante los restos de personas y cosas, adquiere el relato una evidencia topográfica y una viveza, por virtud de la exhumación arqueológica, que no puede menos de interesar y de subyugar. Y este es el caso de Numancia, que, al cabo de veintiún siglos, surge del sudario de sus cenizas.

Entre los textos antiguos referentes a Numancia están, en primer término, los de los historiadores. El más autorizado y extenso es el de Apiano Alejandrino en su *Libro de las guerras ibéricas*. Los detalles que da de éstas, singularmente del largo y duro asedio puesto por Escipión a Numancia, han hecho comprender que el autor debió valerse de fidedignas referencias de un testigo presencial, el cual se cree fuera Polibio (de cuya historia se han perdido para nosotros muchos fragmentos), que fué uno de los generales que pelearon con los numantinos a las órdenes del caudillo romano. El relato de Apiano es, por consiguiente, el más verídico. Síguete en importancia el de Lucio Anneo Floro en su *Compendio de los sucesos de los romanos*, que es conciso y bello. Los demás historiadores antiguos, Diodoro Sículo, Tito Livio, Cayo Velejo Patérculo, Valerio Máximo, Sexto Julio Frontino, Plutarco, Dión Casio y el presbítero español Paulo Orosio, algo añaden a lo dicho por los primeramente citados.

Interesan también los geógrafos, poco la breve referencia de Plinio, y mucho las noticias que de las gentes que habitaron Numancia y de la situación de ésta da Estrabón. Difieren estos dos geógrafos en que Plinio supone que Numancia era ciudad de los pelendones, y Estrabón dice que era la más famosa de los arévacos; pudiendo armonizarse los dos conceptos si se admite, con el Sr. Schulten, que los pelendones

pobladores de Numancia, según Polibio, eran una tribu de los arévacos.

Además de las noticias de los escritores antiguos hay que tomar en cuenta para el caso los datos, tanto históricos como arqueológicos, que hoy se conocen y aplican al conocimiento de nuestro país en general.

Nos desviaríamos del tema concreto que tratamos si fuéramos a entrar en el arduo problema de los orígenes, filiación étnica y fecha de aparición de las distintas gentes que poblaron nuestra Península. Durante mucho tiempo ha sido cosa admitida que los iberos, gentes de origen asiático, venidos a España de Africa, fueron los primitivos pobladores; que después, en época que se fijaba entre los siglos VI y IV antes de Jesucristo, vinieron los celtas, quienes poblaron buena parte de la Península, sobre todo la meseta central, y de cuya mezcla con los iberos se formó la gente celtíbera, a la que corresponden los numantinos. El profesor Schulten, en el tomo I (único hasta ahora publicado de su obra *Numantia*, Munich, 1914) y en su libro *Hispania* (Barcelona, 1920) presenta de distinto modo el problema étnico de España. Conforme con el profesor francés Jullian, piensa que los primeros pobladores de España y Francia fueron los ligures, cuyo resto son los vascos, y a los que se refiere Hesiodo en el siglo VIII antes de Jesucristo, considerándolos el pueblo más importante de occidente. Dice que los iberos, idénticos a los bereberes, al llegar por el sur a España, encontraron a los ligures, los cuales hubieron de empujarlos hacia el noroeste, desde donde se extendieron por el norte, penetrando en la Galia hacia el año 500 antes de Jesucristo, y rechazando a los ligures se establecieron en Provenza y Aquitania; pero que, expulsados de allí los iberos, en 400 (a. de J. C.), pe-

netraron de nuevo en España, pasando a la meseta central. Respecto de los celtas se muestra conforme en que vinieron por el Pirineo hacia el año 500. (a. de J. C.) y poblaron la meseta occidental y la montaña castellana. Cree que por celtíberos debe entenderse iberos que entraron y se establecieron en tierra céltica, en la que acaso se mezclaron con los celtas, los cuales luego se refugiaron en la región occidental de la Península. Schulten señala como uno de los testimonios de la procedencia provenzal de los celtíberos los vasos pintados de Numancia y de toda la meseta celtibérica, en los que reconoce parentesco con la cerámica jónica del siglo VII, importada sin duda a las colonias fóceas de Provenza. El último movimiento étnico que dejamos señalado se piensa que debió efectuarse entre 350 y 250, sirviendo el Ebro de camino a los iberos antedichos. Celtiberia fué entonces la meseta central castellana. Pobláronla los *arévacos*, una de cuyas tribus era la de los *pelendones*, según se infiere de Polibio; los *lusones*, los *belos* y los *titos*. Los más importantes eran los *arévacos*, cuya capital era Numancia, siendo otra de sus ciudades Termancia. La región arévaca confinaba al norte con la cordillera, a cuyo frente está Numancia; al este, con la divisoria del Duero y el Jalón; al sur, con los *carpelanos* y las Fuentes del Tajo; al oeste, con los *vacceos*, teniendo a Clunia por frontera. Schulten hace notar cómo estos límites vienen a coincidir con los de la actual provincia de Soria, y añade que la extensión de tal territorio era de unos 10.000 kilómetros cuadrados, como el reino de Montenegro, y calcula la población en 80.000 habitantes. Según el sistema de Schulten, la pequeña tribu arévaca de los pelendones ocupaba el valle alto del Duero, con cuatro ciudades, siendo la principal Numancia.

Dedúcese de todo esto, así como de los datos históricos y de las excavaciones, que Numancia era una ciudad anterromana importantísima, capital de la región, poblada por gente celtíbera, que allí se acogió y agrupó para defender su independencia; gente apegada a sus costumbres, pero no ajena a la civilización helenística que se desarrollaba en las regiones levantinas de la Península, ni al comercio fenicio, ni a la pacífica penetración cartaginesa.

El tipo étnico de los celtíberos, atestiguado por sus restos, era dolicocefalo. Según Tácito, eran morenos, de estatura mediana, enjutos, ágiles, fuertes y diestros en ejercicios corporales. Según Estrabón, entre los pobladores de España, los celtíberos merecían particular admiración, pues siempre fueron reputados por los más indómitos y fieros. Añade que en tiempo del plenilunio pasaban toda la noche saltando y bailando a las puertas de sus casas, en honor de un dios para el que no tenían nombre propio, y que piensa Schulten era la luna llena. Eran, pues, adoradores de los astros y también de las estrellas, como dioses visibles. Oraban en las cimas de las montañas, como lo indica Marcial. En Numancia no se ha hallado resto alguno de edificio que pueda considerarse templo; y es de notar que los santuarios ibéricos de Andalucía y Levante estaban, como en Grecia, separados de las ciudades. Acaso no los hubo en la celtiberia, porque el culto se practicaba al aire libre. Al propósito, es de citar otro pasaje de Estrabón, quien, al hablar de los que vivían junto al Duero, dice que eran dados a los sacrificios, que inspeccionando las entrañas de las víctimas pronosticaban lo por venir, y que el primer augurio lo formaba el arúspice, según el modo que tenía de caer el cadáver. A estas prácticas religiosas responden, sin duda, una

pedra de sacrificios descubierta por el señor marqués de Cerralbo junto al río Jalón, y unos recintos de piedras que hemos explorado, existentes en la vertiente meridional del cerro de Numancia, los cuales acaso fueron templos al aire libre, tal vez utilizados también para exponer los enfermos, según dice Estrabón; lo hacían en los caminos, para que los que hubieran padecido igual enfermedad les indicasen el remedio, como igualmente para procurar la cura por el sol, según conjetura el Dr. D. Mariano Iñiguez. Sobre estos particulares hablaremos más adelante.

En cuanto a imágenes u objetos sagrados descubiertos en las excavaciones, será oportuno citar un ídolo consistente en una placa de barro pintada, con agujero de suspensión; algunos ex votos, tales como pies calzados y figurillas de barro, y las repetidas representaciones en los vasos pintados, de caballos, de toros, de peces, aves y animales quiméricos. Símbolos parecen más bien que caprichos decorativos tales figuras. En dos vasos se representan escenas de la cría y doma de caballos, en presencia del sol y la luna, lo que parece relacionar esas prácticas con el culto a los astros. Respecto de la doma de caballos, el mismo Estrabón nos habla de la habilidad con que los iberos les enseñaban a trepar por pendientes y a hincarse cuando era ocasión.

Hacían sus casamientos al estilo de los griegos, dice Estrabón, y eran monógamos.

Es indudable que los pobladores de la meseta central se diferenciaban de los del este y sur, directamente influídos por griegos y fenicios, en que vivían más apegados a sus costumbres nativas y amaban en más alto grado su independencia, a cuyo servicio ponían su valor, en el que, según dicho de Estrabón, sobrepujaban a los lusitanos. También existía diferencia

en lo político, pues los celtíberos no tenían reyes, como los turdetanos y otras tribus, sino que, constituidos bajo un régimen democrático, los jefes de familia formaban el Gobierno y la comunidad, reuniéndose al efecto, y los ancianos más distinguidos eran considerados como príncipes. En caso de guerra, y sólo para ella, elegían a uno de esos ancianos o príncipes por caudillo. Estas comunidades, municipios o pequeños estados independientes, eran, por lo común, antagónicos, y de aquí las luchas en que vivían unas y otras de aquellas gentes; pero se unían o confederaban ante el enemigo común.

También parece que, a lo menos entre los vacceos, existía una especie de comunismo agrario, distribuyéndose anualmente la tierra comunal, de modo que cada año recibía cada ciudadano parcela distinta. Correspondía, pues, al municipio la propiedad de la tierra y sus frutos; los ciudadanos estaban obligados a labrarla, y luego les correspondía una parte de la cosecha.

Schulten cree ver en todo esto un sistema político. Estrabón habla de que los montañeses, por lo insuficiente del producto que sacaban de sus ásperas tierras, solían adueñarse de las de otros, con lo que se promovían terribles luchas, agravando la situación de los agredidos el abandono de sus faenas agrícolas al trocar el arado por las armas para defenderse de los invasores.

Las hambres originadas por estas perturbaciones fueron origen de los latrocinios a que hacen referencia los autores antiguos al tratar de dichos antiguos pobladores de Iberia. Lo mismo que pasaba con la agricultura, pasaba con la ganadería. Don Joaquín Costa se ocupó, con tanta erudición como buen juicio, en sus *Estudios ibéricos* de estos particulares, del con-

flicto ocasionado por la lucha secular sostenida por la agricultura y la ganadería, entre el labrador y el pastor, que quería el derecho de pasto y de paso de sus rebaños o piaras; lucha que se relaciona con las tradiciones míticas peninsulares del robo de las vacas de Gerión por Hércules; de la lucha entre Gárgoris, el inventor ibero de uncir los toros al arado, y el inocente Habidis; señalando tal conflicto como origen del abigeato y, en general, del bandolerismo ibérico.

De instituciones y costumbres solamente de modo harto incompleto puede juzgarse. Estrabón hace notar la analogía de muchos rasgos de la vida y costumbres de las gentes ribereñas del Duero y de los espartanos y lacones: como era untar sus cuerpos dos veces al día con aceite o esencia; bañarse en agua fría; usar braseros de piedra; hacer una sola y frugal comida. Prosigue hablando de los montañeses y dice que en vez de aceite usaban manteca de vaca, de ovejas y cabras, según Plinio, y se mantenían principalmente de carne de cabrito y otras reses. Comían sentados en bancos en semicírculo, contruídos contra la pared (de lo que no hemos hallado restos en Numancia); daban el primer lugar a la edad o al honor; comían por rueda, y al beber, danzaban en cuclillas o arrodillados, y saltaban al son de la flauta o de la trompeta. De éstas sí hemos encontrado muchas de barro.

La bebida numantina, y, en general, celtibérica, fué la cerveza, conforme atestiguan los escritores antiguos. Llamábanla *celia* y la sacaban de la cebada, según unos, del trigo, según otros. El más explícito es el presbítero español Paulo Orosio, el cual, al dar noticia de la guerra de Numancia, dice que los numantinos hicieron una súbita salida, «habiendo antes bebido gran cantidad, no de vino, que no lo da esa

comarca, sino de un licor preparado con el trigo, al que llaman *celia* (de *calentar*) (1), pues con el fuego se desenvuelve la fuerza germinativa del grano humedecido, después de seco, y hecho harina se mezcla con un líquido suave, con cuyo fermento adquiere la aspereza de sabor y la fuerza embriagadora».

Debieron moler el trigo empleando al efecto molinos de mano, formados por dos piedras redondas, de las que hemos hallado más de un centenar en las casas arruinadas. En las regiones que producían bellotas, molieron y amasaron de éstas en panes, como dice Estrabón.

De las copas y escudillas usadas para comer y beber, así como ollas y otras vasijas, se ha recogido grandísima cantidad en las excavaciones.

Las mujeres trabajaban, como los hombres, hasta en las faenas del campo.

Nada diremos en este lugar de la casa numantina, en la que era típica la cueva abierta en el suelo, y donde se han encontrado las mencionadas vasijas del ajuar doméstico y husillos empleados por las mujeres para hilar.

Sobresalieron mucho los numantinos, llegando a la perfección en dos industrias: la del hierro y la cerámica, como demuestran los descubrimientos.

Se piensa que en Numancia debió existir la esclavitud.

En cuanto al modo de vestir, Estrabón da alguna idea de las modas ibéricas. Dice que los habitantes de las montañas dejaban crecer sus largas cabelleras como las mujeres; y esta moda se ve en ciertas figurillas varoniles de bronce de las montañas de Andalucía, que llevan el pelo en dos trenzas. Vestían tú-

(1) «... *Quam succum a calefaciendo celiam vocant.*»

nicas de hilo, cortas y ceñidas, a modo de jubones, los hombres. En las pinturas de los vasos numantinos se ven figuras con estos vestidos, adornados con labores, que debieron ser de púrpura o bordadas. También hay una figurilla de mujer, modelada en barro y pintada, la cual lleva la cabellera en trenzas sueltas, collares de colores y dos largos delantales por delante y por detrás, blancos, con adornos oscuros. Otras mujeres pintadas en vasos visten túnicas y llevan mitras, como las de Andalucía y Levante; otra se cubre con un velo blanco, del que hay muchos ejemplos en bronce de esas mismas regiones, representativos de damas ibéricas. También entre esos bronceos los hay varoniles, con un manto que es el *sagum*, de origen céltico, adoptado luego por los romanos, y que era una prenda de lana burda o de piel, cuadrada o rectangular, que se plegaba en dos para vestirla, y se sujetaba con un broche. No debe dudarse de que tal sayo o manto de abrigo debió ser usado en país tan frío como la meseta castellana, aunque en las pinturas y barros de Numancia no se ve representado.

Lo que se ha encontrado en abundancia es el broche que para ceñir o cerrar esa y otras prendas, por desconocimiento del botón, usaron los numantinos y todos los demás españoles. Dicho broche es la *fibula* o imperdible, de bronce, y algún ejemplar, de plata, de cuyas varias figuras se hablará más adelante, como también de las hebillas y placas de cinturón con labores.

Un pie calzado, de barro, que, probablemente, es un objeto votivo, da cabal idea del alto borceguí celtibérico, de que habla Estrabón, ceñido al pie y a la pierna con correas labradas. También se han recogido en las excavaciones aros de bronce que de-

bieron servir de pendientes y brazaletes, sortijas y cuentas de collar de pasta vítrea, debidos al comercio fenicio y cartaginés. Según Apiano, usaban gorras de piel.

Gente de condición bélica y valerosa, iban en un caballo dos hombres, uno de los cuales se bajaba al momento de pelear. Su armamento ligero es bien conocido, no sólo por los restos de Numancia, poco numerosos, sino por lo mucho más descubierto en las necrópolis celtíberas, descubiertas en la misma provincia de Soria por el señor marqués de Cerralbo y el Sr. Morenas de Tejada. Usaban espada recta, el *gladius hispaniensis* de que habla Polibio; daga con vaina labrada, de bronce, de que se han descubierto en Numancia buenos ejemplares; lanzas y flechas. Llevaban dos lanzas, una larga y otra corta, ésta arrojadiza posiblemente, y usaban honda.

Dice Estrabón que los montañeses ponían mitras en sus frentes para entrar en las batallas; y de los lusitanos, que traían cascos hechos de nervios, corazas de lino, y rara vez de malla, escudos cóncavos, de dos pies de diámetro, ajustados con correas.

Las inscripciones en caracteres celtíberos que se ven en piezas cerámicas de Numancia y aun letras sueltas en piedras de la ciudad, indican el grado de cultura de sus habitantes. Se ha creído que batieron moneda antes de la destrucción de la ciudad, aunque las que se les atribuyen fueron acuñadas en *Aregora*, que se cree fuese la actual Agreda. Y es lo cierto que entre las cenizas no se ha encontrado ni una moneda.

Tan sólo en la capa romana se hallan pocas celtibéricas, acuñadas en los tiempos de la dominación romana.

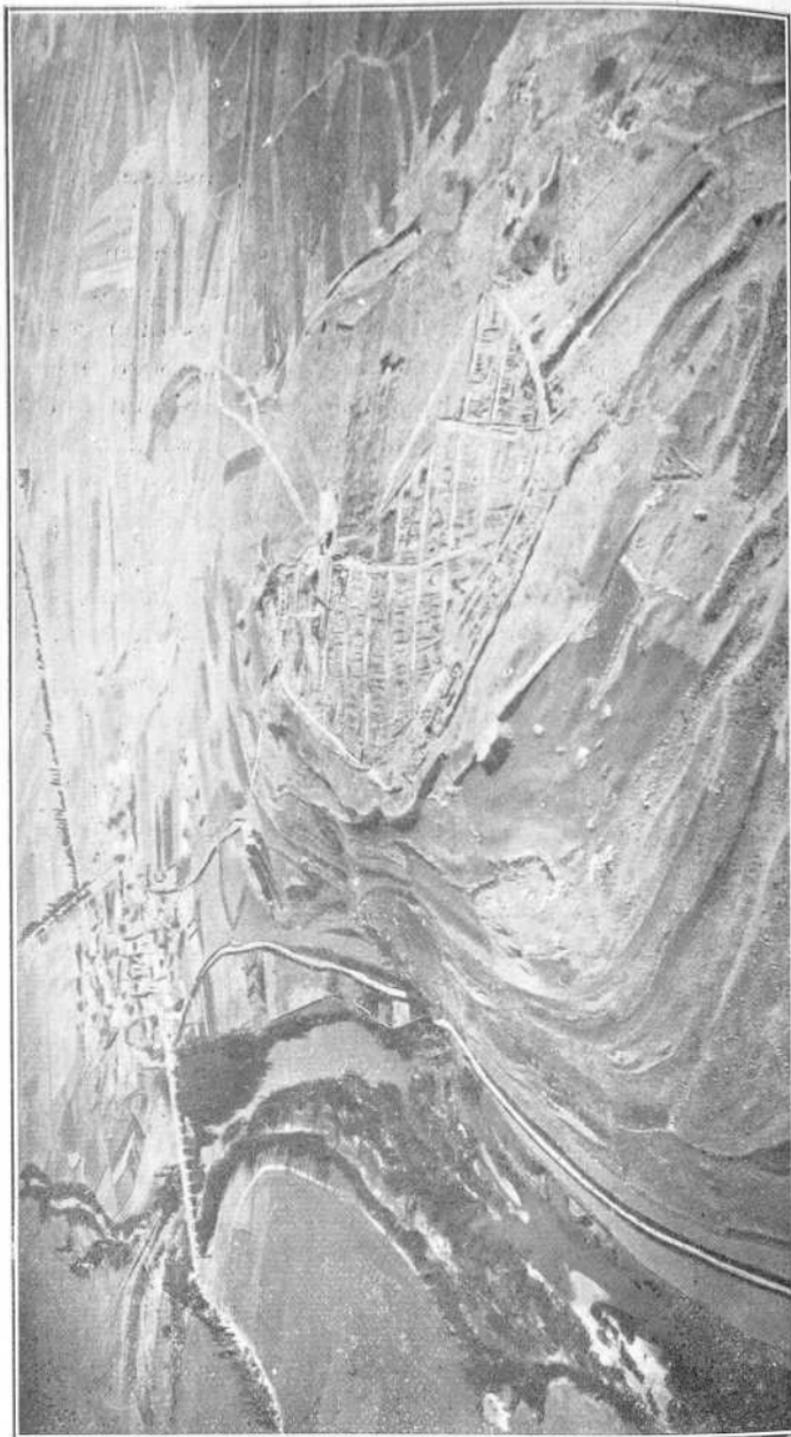
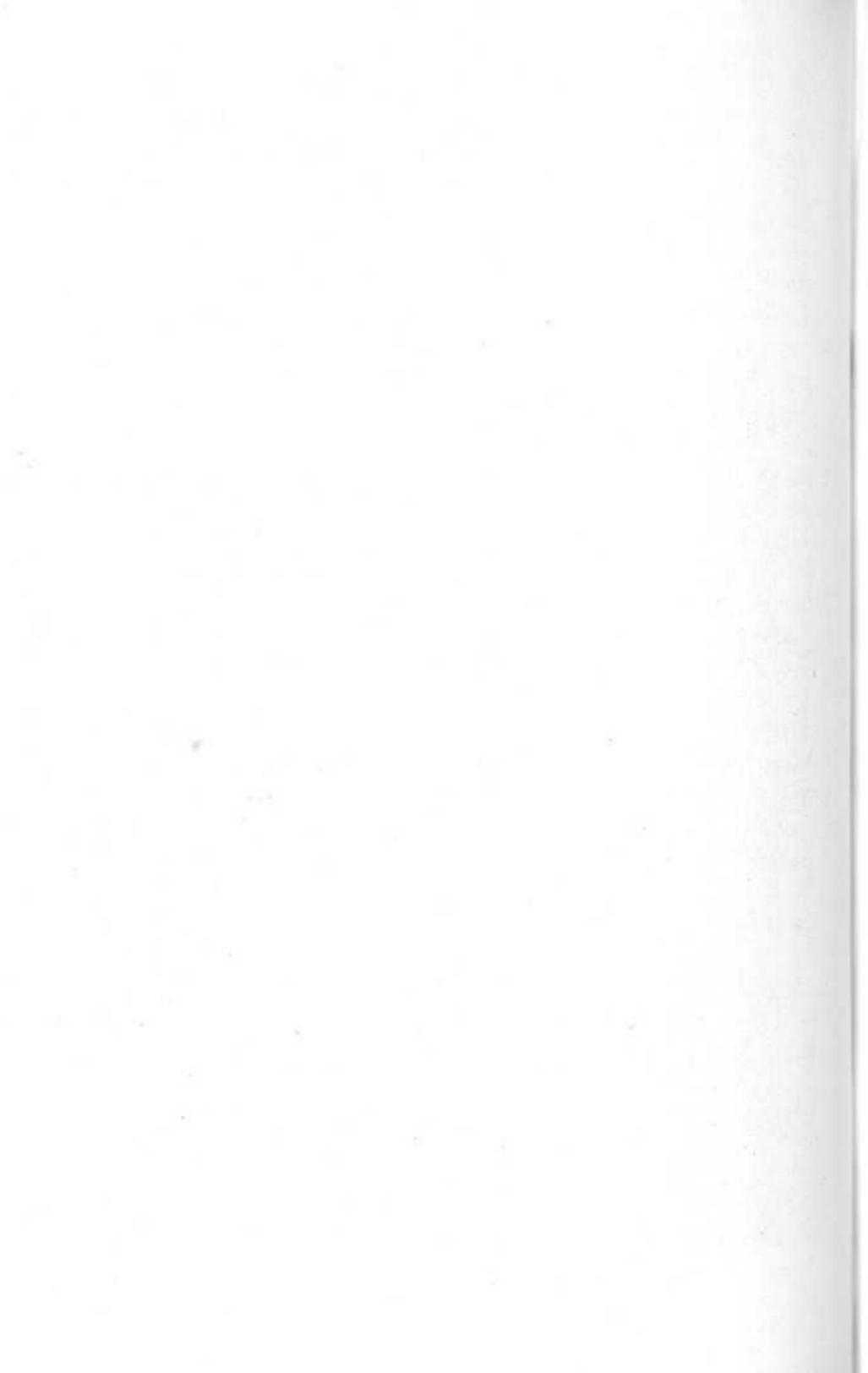


Fig. 29.—VISTA DEL CERRO DE LA MUELA JUNTO AL DUERO Y GARRAY Y DE LAS RUINAS DE NUMANCIA. (Foto de los aviadores militares Sres. Gallarza y Victoria.)

Tales eran las gentes que entraron en la escena de la Historia cuando los romanos atentaron contra su libertad. La lucha iba a ser la de un pigmeo con un coloso; y, sin embargo, fué una lucha de veinte años, mantenida por un puñado de gente brava contra ejércitos numerosos y bien organizados.

Cuando pensando en esto se llega a la cima del cerro de la Muela, la primera justificación que de tal hecho se ofrece a los ojos es la excelente y privilegiada situación del célebre altozano. Hállase, como ya se ha dicho, en medio de un anfiteatro de montañas, de una de cuyas estribaciones meridionales se destaca el cerro de Numancia, que por allí tiene su más fácil acceso, bien que le aislan el riachuelo Merdancho por este y sudeste, y el Duero por occidente, siendo por ambos lados escarpadas las vertientes que, además, se ve erizada de peñascos y cortada con barrancos, y el norte, accidentada y larga. Si a esto se añade que la altura del cerro sobre el río es de más de 70 metros, se comprende que la Naturaleza, con tal situación aislada y dominante, favoreció a los numantinos con el primero y más poderoso elemento defensivo. El otro elemento, aun más eficaz, fué la bravura tenaz e indomable.



II

CAUSA DE LA GUERRA DE NUMANCIA.—SEGEDA.—LA SORPRESA DE CARO.—AMBON Y LEUCON.—LA BATALLA DE LOS ELEFANTES.—NUEVOS CONTRATIEMPOS E INVERNADA DE FULVIO NOBILIOR.

¿CUAL fué la causa de la guerra? Los antiguos escritores no hispanos, y que por lo mismo podían ser tachados de parciales a los romanos, son bien explícitos, sin embargo, en este punto: Lucio Anneo Floro dice: «Difícilmente, si es lícito confesarlo, se encontrará más injusta causa para una guerra.» De cruel la califica Apiano Alejandrino, quien explica el hecho que a ella dió pretexto.

Fué el caso que Segeda, «ciudad grande y poderosa de los celtíberos llamados belos, y comprendida en el tratado ajustado con Sempronio Graco», queriendo, sin duda, prevenirse contra los romanos, atrajo a sí pueblos vecinos, y empezó a fortificarse. Prohibióselo el Senado de Roma; exigióles tributo y que militasen con los romanos, conforme al tratado. Contestaron, no sin razón, los segedenses «que Graco únicamente había prohibido a los celtíberos edificar ciudades, mas no el murar las que ya tenían», y que los tributos y milicias les habían sido indul-

tados, bien que tales gracias sólo eran valederas mientras gustaren el Senado y el pueblo romano. Por eso, la respuesta de Roma fué enviar al cónsul M. Fulvio Nobilior, con un ejército de «poco menos de treinta mil hombres» contra los segedenses, que, al saberlo, y como aun no tenían acabada de fortificar su ciudad, se acogieron con sus mujeres y sus hijos a los arévacos, que los recibieron gustosos.

Segeda era ciudad de los belos; mas su situación no ha sido posible fijarla, a falta de restos y testimonios. Se piensa estuviera cerca del Jalón. Desde luego, debe entenderse que esta Segeda era distinta de la Segeda de la Beturia, que era población lusitana.

Aliados arévacos y segedenses, eligieron a uno de éstos, llamado Caro, que se decía instruido en la guerra, por jefe de todos, y el cual «al tercer día después de su elección, dice Apiano, habiéndose apostado en cierto bosque con veinte mil infantes y cinco mil caballos, atacó a los romanos cuando pasaban; y aunque por mucho tiempo estuvo indeciso el combate, al cabo consiguió una completa victoria, en que mató seis mil ciudadanos romanos».

Envalentonados los celtíberos, aun atacaron a la retaguardia de la caballería romana, que custodiaba el convoy, la cual se volvió contra ellos «y mató al mismo Caro, que peleaba con valor, y a otros seis mil que le acompañaban. La noche separó los dos campos».

La sorpresa de Caro señala bien cuál fué el modo de guerrear de los pueblos ibéricos contra los romanos: hacer la guerra de emboscada. Así se comprende que lucha tan desigual de ejércitos bien organizados y poderosos, con gentes que todo lo fiaban a su valentía y su arrojo, se mantuviera incierta y

tardara tanto en ser definitiva la victoria. La Historia consigna numerosos ejemplos de este caso harto repetido, y los españoles podemos señalarlos idénticos en nuestro suelo y allende los mares.

Dicha derrota de Nobilior ocurrió el día de las fiestas romanas de Vulcano, el 29 de agosto del año 153 (a. de J. C.), y por ello, en adelante, no quisieron los romanos entrar voluntariamente en batalla en semejante día.

En la misma noche que siguió al de la victoria celtibera, los arévacos, lejos de sentirse intimidados por la pérdida de Caro, «se congregaron en Numancia, ciudad la más poderosa», dice Apiano, la cual fué desde entonces, si no lo fué desde el principio, cabeza del movimiento, y nombraron por capitanes a Ambón y Leucón.

Nobilior, que había ido en seguimiento de los que de tal modo le hostilizaron, acampó a los tres días a 24 estadios de distancia de la ciudad. Recibió luego importantes refuerzos que de África le envió el rey de Numidia, Masinisa, compuestos de trescientos hombres de caballería y diez elefantes, con todo lo cual decidió presentar batalla a los numantinos en campo abierto. Para ello dispuso en orden sus tropas, cuidando astutamente de colocar los elefantes a retaguardia para que avanzaran en momento determinado.

Véase cómo describe Apiano esta primera e importante acción librada ante los muros de Numancia: «Así que hubieron venido a las manos, se abrió la formación y aparecieron las fieras, con cuyo espectáculo, antes nunca visto en las batallas, se aterraron tanto, no sólo los celtíberos, sino aun sus mismos caballos, que echaron a huir a la ciudad. Nobilior los persiguió hasta los muros, donde se peleó

con valor, hasta que uno de los elefantes, herido en la cabeza con una gran piedra, se enfureció de tal modo que, vuelto a los suyos con terribles mugidos, comenzó a atropellar a cuantos encontraba, sin distinción de amigos o enemigos. A los bramidos de éste, enfurecidos los demás elefantes, comienzan a hacer lo mismo, y atropellan, matan y desbaratan a los romanos... Al fin, huyen los romanos..., lo

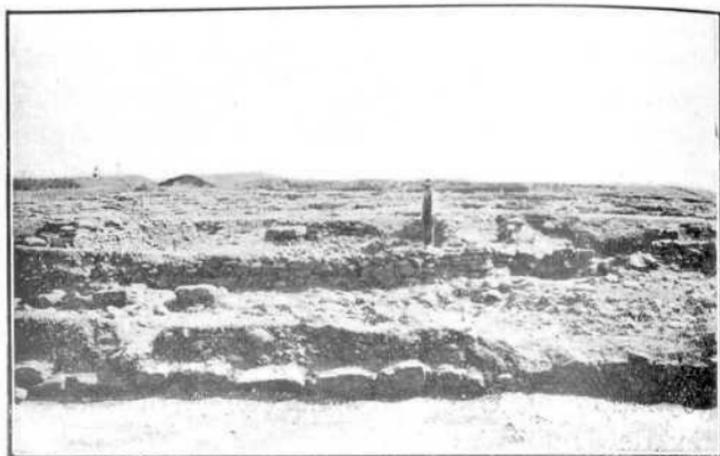


Fig. 30.—RESTO DE MURALLA Y DE VIVIENDAS, POR OCCIDENTE. (Foto Mérida.)

cual, visto por los numantinos desde el muro, hacen una salida, matan en alcance cuatro mil romanos y tres elefantes y se apoderan de muchas armas y banderas. De los celtíberos murieron hasta dos mil.»

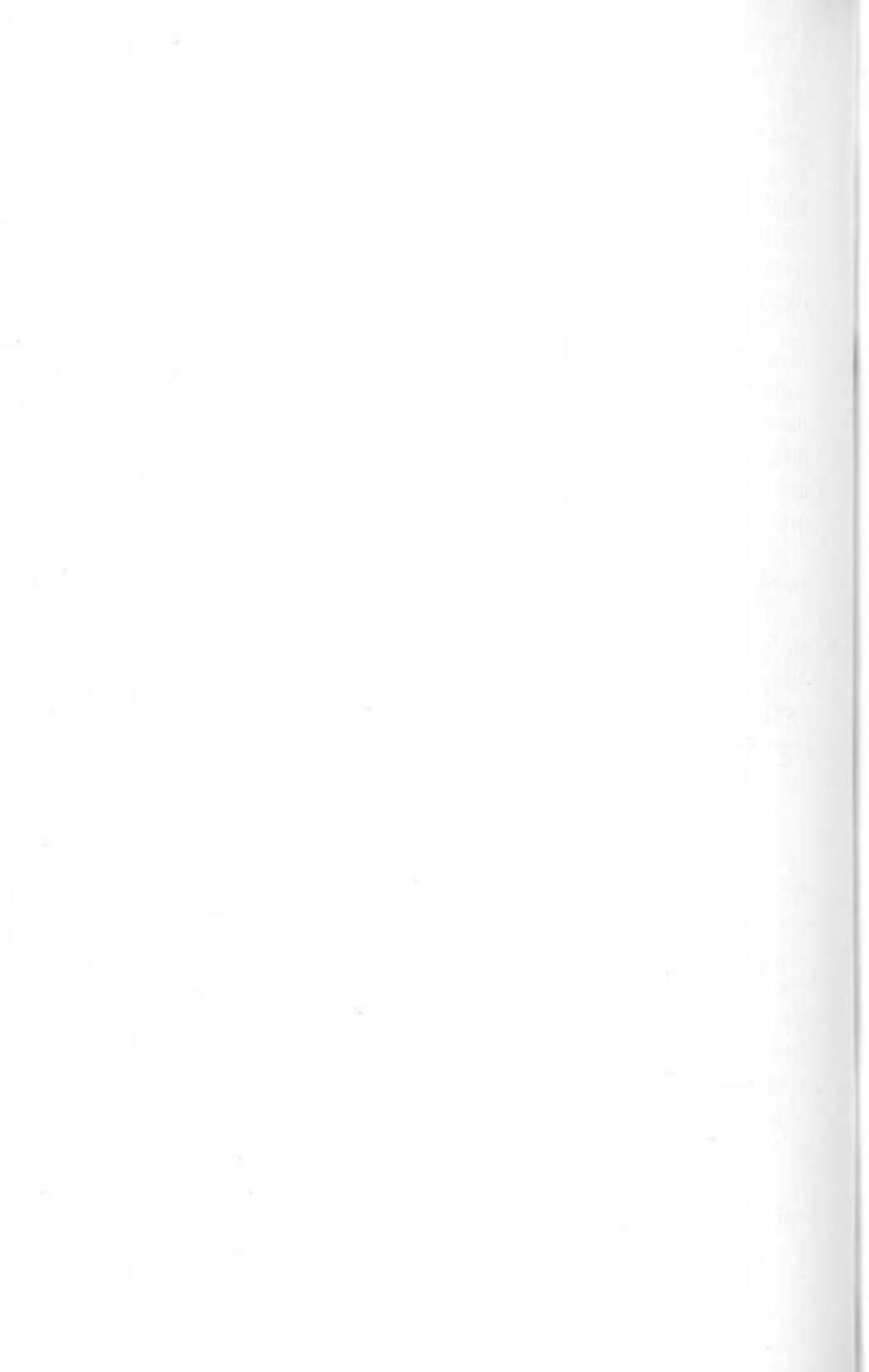
Al ver Nobilior que el enemigo era tan temible en las emboscadas como a campo abierto, atacó otro día un depósito de provisiones que tenían los numantinos cerca de la ciudad de Axinio; pero sufrió nuevo descalabro, y tuvo que retirarse de noche a su campamento.

Deseando buscar alianza con un pueblo vecino,

despacha a Blessio, jefe de la caballería, con fuerzas, y cuando vuelve éste, es víctima de una emboscada dispuesta por los celtíberos, y huyen los aliados. Para colmo de males, la ciudad de Ocilis (hoy Medinaceli), donde los romanos tenían los víveres y el dinero, se pasó a los celtíberos.

Tuvo Nobilior que reducirse a invernar en su campo, sufriendo grande escasez de víveres y los rigores de la estación de las nieves, tan dura en aquella áspera meseta, con lo que perdió muchos soldados, no pocos por salir a hacer leña. De manera que más bien fué él el sitiado en ese primer campamento que sitiador de Numancia.

Este campamento, utilizado con modificaciones y ampliaciones durante aquel largo asedio, se halla en una eminencia situada al norte de Renieblas, pueblo que se encuentra a unos cinco kilómetros al nordeste de Numancia y que ha sido explorado por el profesor Schulten. De ello daremos noticia más adelante.



III

MARCELO EN LA GUERRA CELTIBÉRICA.—FRACASO DE POMPEYO ;
SU PACTO, DESCUBIERTO.—MANCINO, SITIADO POR LOS NUMANTI-
NOS.—TRATADO A QUE LE OBLIGARON.—CASTIGO DE MANCINO.—
NUMANCIA, INVENCIBLE.

A la vana intentona de Fulvio Nobilior por vencer a los numantinos, siguieron una serie de sucesos de la guerra celtibérica, en los cuales los romanos llevaron casi siempre la peor parte, y desacreditaron su poder, tanto guerrero como político. Apiano los refiere con detalles, a los que añade alguno Anneo Floro.

Al siguiente año de lo referido, sucedió a Nobilior en el mando del ejército romano Claudio Marcelo, que, a duras penas, pudo librarse de algunas emboscadas de los enemigos; rindió a la ciudad de Ocilis; pactó primero con los nergobriges y luego los amenazó, por lo que demandaron su perdón, el cual negó si no le pedían también los arévacos, belos y tithios, que, informados de lo ocurrido, pedían amistad bajo los pactos ajustados con Graco.

Tratábase, al parecer, de sujetar a otros pueblos celtibéricos antes de rendir a los fieros numantinos.

Fueron a Roma embajadores de una y otra par-

te para someter el caso al Senado romano, el cual, como era de esperar, se decidió por la guerra.

Formóse un nuevo ejército para la Iberia, tomando el partido de sortearle, en vez de elegirle, como antes se hacía, para evitar abusos de los cónsules, y al frente de él vino Licinio Lúculo.

Marcelo, que, entre tanto, quería desquitarse, marchó contra Numancia, acampó a cinco estadios de ella, y la provocó, como Nobilior. Salieron los numantinos, mandados por su general, Litemo, y, siguiendo su táctica, avanzaron primero y se retiraron luego para atraer al enemigo hacia su campo; pero Litemo los contuvo, y a grandes voces pidió conferenciar con Marcelo. Aceptólo éste, y de ello resultó que, mediante dinero y rehenes dejó en paz a los pueblos que perseguía. Pero poco duró el sosiego a dichos celtíberos, pues cuando estaban tranquilos recogiendo en sus campos el fruto de su labor, sorprendióles con un ejército más numeroso que los anteriores el cónsul Cecilio Metelo, el cual los fué subyugando hasta que no quedaron por rendir más ciudades que Termancia y Numancia.

Pasado otro invierno sucedió a Metelo en el mando de las tropas romanas Quinto Pompeyo Aulo, el cual reunió treinta mil infantes y dos mil jinetes.

«Los numantinos, dice Apiano, no eran más que ocho mil; y con ser tan pocos, dieron mucho que hacer a los romanos.» En efecto, Pompeyo, como sus antecesores, perdió en sus salidas mucha gente, en las emboscadas y en los engaños con que procuraban atraerle los numantinos a los fosos y estacadas que habían dispuesto, hasta que, cansado el general romano, mudó su campo contra Termancia.

Tornó luego Pompeyo a hostilizar a Numancia, no con las armas, sino tratando de «echar por el llano

cierto río», que debió ser el Tera, para sitiarla por hambre; pero los numantinos, al mando de Megara, no solamente lo evitaron, sino que volvieron a causar sensibles pérdidas a los romanos.

«Pompeyo, prosigue Apiano, oprimido con tantas pérdidas, tuvo que retirarse con sus consejeros a las ciudades, a pasar el resto del invierno, mientras le venía sucesor a la primavera. Entre tanto, temiéndose una acusación en Roma, trataba ocultamente con los numantinos del modo de resolver la guerra. Los de Numancia, que también se hallaban fatigados con la pérdida de tantos valientes ciudadanos, con la incultura de sus campos, con la escasez de mantenimiento y con la inesperada duración de la guerra, enviaron al instante embajadores a Pompeyo. Este, en público, les exhortaba a rendirse a discreción, como que no tenía por dignos del procónsul romano otros tratados; pero, en secreto, les prometía lo que había de hacer. En efecto, convencidos los numantinos, se rindieron, le dieron rehenes y le devolvieron todos los prisioneros y desertores. A más de esto, de treinta talentos de plata, que les pidió, una parte se la entregaron al contado, y por la otra tuvo que esperarse.»

«Entre tanto, vino por sucesor Marco Popilio Lenas, a tiempo que los numantinos fueron a pagar a Pompeyo el resto del dinero; pero éste, después ya el temor de la guerra, con la venida de su sucesor, y conociendo que había ajustado un tratado ignominioso y sin noticia del pueblo romano, negó haber contratado con los numantinos. Mas el hecho estaba comprobado con testigos a la sazón presentes, senadores, jefes de caballería y tribunos del mismo Pompeyo; de suerte que Popilio tuvo que enviarlos a Roma para que fuesen juzgados con Pom-

peyo. Entablado el juicio en el Senado, los numantinos y Pompeyo expusieron sus razones; pero el Senado resolvió «continuar la guerra con los numantinos». Popilio, sin haber hecho otra cosa que haber invadido a los lusones, vecinos de los numantinos, tornó a Roma, dejando por sucesor en el mando a Hostilio Mancino.»

A los continuados desastres de Roma en esta larga guerra se añadió el más vergonzoso, de Mancino. De él escribe Apiano: «Mancino, siempre que vino a las manos con los numantinos, quedó vencido, y al cabo tuvo que refugiarse a sus reales con pérdidas de mucha gente. De aquí, como se esparciese una alarma falsa de que los cántabros y vacceos venían en socorro de los numantinos, lleno de temor tuvo que pasar toda la noche con los fuegos apagados, y en el silencio de ella huir a un desierto, donde se había atrincherado en otro tiempo Nobilior (1). Encerrado al amanecer en este sitio, sin reparo ni defensa, y rodeado de numantinos, que amenazaban a todos con la muerte si no se ajustaba la paz, tuvo que hacer un tratado con condiciones iguales a romanos y numantinos, que firmó después con juramento.»

Diéronse por satisfechos los numantinos, dice Floro, «con desarmar el ejército que habían podido exterminar». Tito Livio, al hablar del descalabro de Mancino, concluye diciendo: «treinta mil romanos habían sido vencidos por cuatro mil numantinos».

Indignado el Senado romano del vergonzoso tratado de Mancino llamó a éste, y a Roma fueron también nuevos embajadores numantinos, que, como de nación bárbara, acamparon en las afueras de la ciudad.

(1) El campamento de Renieblas.

En sustitución de Mancino fué enviado a Iberia el cónsul Emilio Lépido, que sitió a Palencia, donde también fracasó, como sus antecesores en Numancia.

Tuvo el caso de Mancino un curioso epílogo. Condenóle el Senado a ser entregado a los numantinos; y encargado de ejecutarlo Furio, trajo a Mancino a Iberia y lo dejó desnudo, con las manos atadas atrás, a las puertas de Numancia; mas los numantinos rehusaron recibirle, y allí estuvo hasta la noche, abandonado de los suyos, despreciado de los enemigos y ofreciendo a todos lastimoso espectáculo.

Al llegar a este punto la guerra, la situación era la siguiente: en catorce años de lucha, de ocho generales famosos enviados por Roma, los cinco que habían atacado a Numancia habían fracasado en su intento, sufriendo grandísimas pérdidas; tres de ellos, Marcelo, Pompeyo y Mancino habían tenido que ajustar paces con ellos, y el último de un modo vergonzoso, después de haberse visto sitiado por los numantinos. Y todo esto siendo los numantinos inferiores en número; bien que, como dice Apiano, eran éstos, entre los celtíberos, «los mejores soldados de a pie y de a caballo».

Además, con tales dilaciones y concesiones dióse lugar a que los numantinos se prepararan, reforzaran su defensa en los fosos y estacadas mencionadas y a que los vacceos les prestaran víveres, dinero y tropas. Rendidas otras ciudades celtibéricas, la invicta Numancia quedó, al fin, como último y fuerte baluarte.

¿Qué pensaría el Senado romano en vista de tales hechos? ¿Qué pensaría Roma, que había vencido a naciones enteras, con menos esfuerzo, relativamente, del indomable brío de aquel puñado de bárbaros que, desde una humilde e ignorada ciudad,

burlaba los planes guerreros de sus generales, diezmaba sus ejércitos y pretendía mantener tratados sobre la base de su independencia? Caso singular es éste en la Historia.

Roma debió comprender al cabo que aquel tropiezo estaba comprometiendo su prestigio militar; que no se trataba de una sencilla guerra en una provincia rebelde; y, conociendo, como dice Floro, que Numancia era invencible y había que vengar el daño de ella recibida «se hubo de recurrir a aquel que había destruído a Cartago». Es decir, que se confió la terminación de la empresa al mayor prestigio militar de la época: a Publio Cornelio Escipión.

IV

ESCIPIÓN «EL AFRICANO Y EL NUMANTINO».—SU HISTORIA MILITAR Y SU PRESTIGIO.—SUS MEDIOS Y SUS FUERZAS.—DESMORALIZACIÓN EN QUE HALLÓ EL EJÉRCITO DE IBERIA.—RIGUROSAS MEDIDAS DISCIPLINARIAS.—CÓMO EMPEZÓ A DESARROLLAR SU PLAN DE CAMPAÑA.

PUBLIO Cornelio Escipión Emiliano, hijo menor de Lucio Emilio Paulo, el vencedor de Macedonia, e hijo adoptivo del mayor de los de Escipión, el vencedor de Aníbal en Zama, y que, como él, conquistó con la destrucción de Cartago el sobrenombre de *el Africano*, fué la gran figura de la guerra de que tratamos, que le valió apellidarse además *el Numantino*. Nació en 185 (a. de J. C.), y siguió las gloriosas tradiciones y noble ejercicio de las armas, en que tanto se distinguió su familia de adopción, que era patricia, de la *gens Cornelia*, cuyo nombre va unido a las más importantes empresas de las Guerras Púnicas. A los diez y siete años hizo sus primeras armas en Grecia, a las órdenes de su padre. Vuelto a Roma, se aficionó a la literatura, y se distinguió por la práctica de las virtudes romanas, tomando a Catón por modelo de conducta.

Como tribuno militar sirvió en España en 151, y

en igual concepto, en 149, al estallar la tercera Guerra Púnica, pasó al Africa. Volvió a Roma, donde se había hecho popular, y nombrado cónsul a los treinta y siete años, cuando aun no tenía la edad requerida, el Senado le asignó la provincia de Africa, donde prosiguió el sitio de Cartago hasta darle fin con la destrucción de la ciudad, en la primavera de 146 (a. de J. C.). A su regreso a Roma le fué acordado un magnífico triunfo.

Fué censor en 142, distinguiéndose por su energía para reprimir las demasías del lujo y la inmoralidad de sus conciudadanos.

Este fué el hombre enviado por el Senado romano para acabar la guerra numantina. En ella acreditó sus virtudes características: la austeridad, la prudencia, la voluntad firme y el valor sereno.

Se tiene por busto de este personaje uno en mármol, antiguo, traído de Italia para Felipe IV por el pintor Velázquez, y hoy existente en el Museo del Prado. El busto en bronce descubierto en Herculano y conservado en el Museo de Nápoles, no es de este Escipión, sino del ya nombrado, vencedor de Aníbal, pues tiene en la frente la cicatriz de la herida que sufrió por salvar a su padre en la batalla del Tesino. Si el busto de nuestro Museo es el de Escipión *el Numantino*, podemos apreciar que su fisonomía era la de un hombre fuerte, de cara llena y algo redonda y afeitada, el pelo corto, rasgos que convienen con la condición moral de aquel catoniano de los tiempos de la República.

La primera dificultad que se ofreció a Roma para designar a Escipión para Iberia, fué que no tenía el tiempo prescrito para el consulado; «pero el Senado, dice Apiano, decretó que los tribunos volviesen a derogar la ley en cuanto al tiempo, como ha-

bían hecho en la guerra de Cartago, y quedase en vigor para el año siguiente».

El prestigio de tal general fué causa de que pretendieran alistarse a sus órdenes multitud de romanos; pero no lo consintió el Senado, porque Roma andaba empeñada en otras guerras. Protestó de ello Escipión, que no hubiera querido hacer la guerra numantina con el ejército desmoralizado y vencido que le aguardaba en Iberia. Hubo de consentirle al cabo el Senado que juntase tropas mercenarias «de otras ciudades y de otros reyes, escribe Apiano, que voluntariamente se le ofrecieron por conveniencia propia». Además, con personas escogidas y fieles formó la llamada *cohorte de los amigos*. Quizá entre ellos se contó el aqueo Polibio, guerrero e historiador.

Pidió dinero Escipión; negóselo el Senado, consiguiendo tan sólo ciertas rentas a la sazón no vencidas; y, según Plutarco, contestó Escipión que «le bastaba con el suyo y el de sus amigos».

Tal fué el esfuerzo personal y el buen ánimo con que aquel experimentado y prestigioso soldado se aprontó a la empresa.

Había reunido en junto un cuerpo de ejército de 4.000 hombres, y encargando de conducirlos a Buteon, su sobrino, adelantóse él con unos pocos a Iberia, donde la aguardaban fuerzas más numerosas.

«Pero más que en campo raso y con los numantinos, escribe Floro, fué preciso luchar entonces en nuestro campamento y con nuestros soldados.» En efecto, y como esperaba, encontró al ejército sumido en tal estado de indisciplina, superstición y molición, que por ello comprendió harto pronto de dónde provenían tan repetidos desastres y vergüenza tanta

como hasta entonces se había registrado en la guerra celtibérica.

Plutarco refiere algunos episodios elocuentes de los primeros y tristes informes que Escipión adquirió en su campo y por sus propios ojos, apenas llegado.

Un día da con «las acémilas de un tribuno militar llamado Menimio, cargadas de vasos therideos y adornados con piedras preciosas», y le dijo:

«—Tal como eres, te has hecho inútil para mí y para la patria por treinta días; pero para ti mismo por toda la vida.»

Halla otro «que lucía un escudo profusamente decorado», y le reprende con esta sentencia:

«—Hermoso es, por cierto, joven, el escudo; pero sienta mejor a un romano poner su confianza en la diestra que en la siniestra.»

Vió, además, que en las marchas utilizaban los infantes caballerías, y exclamó:

«—¿Qué se ha de esperar en la guerra de hombre que no puede andar a pie?»

Con tal experiencia, pronto adquirida, del triste pasado y el vergonzoso presente en que se hallaba el ejército, acudió con pronta y radical medicina a la curación del mal: «Desterró, dice Apiano, todos los mercaderes, rameras (éstas en número de dos mil, según Tito Livio), adivinos y agoreros, a quienes los soldados, consternados con tantos infortunios, daban demasiado crédito; expulsó los criados, vendió los carros, equipajes y acémilas, conservando las puramente necesarias; prohibió ir en bestia en las marchas. A nadie permitió, concluye Apiano, tener más ajuar para comer que un asador, una olla de bronce y un vaso. Prescribió que las comidas fuesen de carne asada o cocida. Vedó las

camas y él era el primero que dormía sobre una estera.»

Al propio tiempo que corregía las costumbres del soldado, supo ejercitarle en la vida de campaña, imponiéndole marchas, agobiándole, como dice Floro, «con trabajos severos, asiduos y serviles sobre todo»; al que no sabía llevar las armas, hízole llevar una carga de estacas; al que rehusaba mancharse de sangre le hizo mancharse de lodo. Porque el duro trabajo que impuso a sus soldados, sin duda también para entretener al enemigo, era el de levantar campamentos, con sus fortificaciones y fosos, que luego demolían y terraplenaban; no más por tenerlos ocupados y ejercitarlos; y todo esto lo presenciaba y vigilaba Escipión desde la mañana a la noche.

Riguroso en lo tocante a la disciplina, puso en restablecerla y mantenerla el mayor cuidado. Véase lo que a este propósito refiere Apiano:

«Para que ninguno se desmandase en las marchas, como antes, caminaba siempre en escuadrón cuadrado, sin ser permitido a nadie cambiar el puesto que se le había dado. Durante la marcha recorría muchas veces la retaguardia; hacía echar pie a tierra a los de a caballo y en su lugar ponía a los enfermos, y lo que fatigaba demasiado las bestias lo distribuía entre los de a pie. Si hacía alto, ponía de centinela alrededor del campo los mismos que aquel día habían servido de batidores durante la marcha, y hacía que otro escuadrón de caballería batiese la campaña.»

Infiérese de aquí que durante este período de prácticas y reforma disciplinaria de su ejército, Escipión no debió tener con los numantinos más que ligeras escaramuzas; las bastantes, sin duda, para darse a conocer de ellos.

Hizo todo lo que referido queda, diciendo y repitiendo :

«—Los generales austeros y rígidos son muy útiles a los suyos, y los suaves y liberales traen mucha cuenta a los contrarios, porque las tropas de éstos, aunque alegres, no saben obedecer, y de aquéllos, aunque adustas, están obedientes y prontas para todo.»

Cuando tuvo moralizado, sumiso y hecho al trabajo y a las fatigas su ejército, trasladó su campo cerca de Numancia, cuidando de no dividir sus fuerzas, como hicieron otros, ni de batirse sin antes explorar el modo y la oportunidad que daban los designios de los contrarios.

«—Es un disparate, decía, aventurarse por cosas leves. Es imprudente el capitán que entra en acción sin necesidad, así como es excelente aquel otro que se arriesga cuando lo pide el caso: así es que los médicos no usan de sajaduras ni cauterios antes de las medicinas.»

Cauto y sagaz Escipión, el plan de guerra que concibió fué reducir, cercar y sitiar a los numantinos hasta que, faltos de fuerza, se le entregaran. Y así, para quitarles apoyo y favor de otros pueblos, se dirigió primeramente contra los vacceos, a quienes los numantinos compraban víveres, taló sus campos, recogió lo que pudo para la manutención de su ejército y amontonando lo demás, lo puso fuego.

Como hostilizaran los pallantinos en cierta llanura de su territorio, llamada Complanio, a los soldados romanos que habían ido a forrajear, mandó rechazarlos a Rutilio Rufo, «tribuno entonces y escritor de estos hechos», dice Apiano; y cubriendo con la caballería la retirada el mismo Escipión, pudo salvarlos.

HISTORIA DE NUMANCIA

Después tuvo que librarse de otra celada de los mismos numantinos, en las lagunas o pantanos, con pérdida de gente por ambas partes.

Fué esto cuando ya había venido a invernar al país de Numancia, adonde vino a unírsele Yugurta, nieto de Masinisa, el rey de Numidia, que trajo del Africa doce elefantes con los flecheros y honderos correspondientes.

El campamento que fué centro de las operaciones referidas debió ser el de Renieblas; pero ahora, decidido Escipión a sitiar a Numancia, se trasladó, como se ha dicho, más cerca de la plaza y emprendió notables obras de fortificación, cuyos restos ha explorado y descubierto el profesor Schulten.



V

LAS FORTIFICACIONES DE ESCIPIÓN, SEGÚN APIANO.—DESCUBRI-
MIENTOS DEL PROFESOR SCHULTEN.—LOS CAMPAMENTOS, LAS TO-
RRES Y MUROS DE CONTRAVALACIÓN.—CÓMO DISTRIBUYÓ ESCI-
PIÓN SUS MEDIOS DE COMBATE Y SUS FUERZAS.—COMPOSICIÓN DE
LA ARMADA ROMANA.—SU ARMAMENTO.—ARMAS ENCONTRADAS.

APIANO describe puntualmente las fortificaciones con que Escipión cercó a los numantinos. Dice así: «Poco después formó dos campamentos, lo más inmediatos que pudo a Numancia; dió el mando del uno a su hermano Máximo, y él tomó el otro. Aunque los numantinos hacían frecuentes salidas y le provocaban a una batalla, él no hacía caso, reprobando venir a las manos con unos hombres desesperados, cuando los podía vencer por hambre en un asedio. Así fué que, situados siete fuertes alrededor de la ciudad, entabló el asedio y escribió a cada pueblo aliado el número de gentes que debían enviar. Ya que hubieron llegado estas tropas, las distribuyó en muchos trozos, como lo hizo también con su ejército; y señalado jefe a cada cuerpo, les mandó que tirasen un foso y un vallado alrededor de la ciudad. Era la cir-

cunferencia de Numancia de veinticuatro estadios (1), y la del vallado, más que doblada. Toda esta circunvalación estaba repartida a cada cuerpo su parte; pero con la prevención de que si impedían el trabajo los enemigos, levantasen una señal, la cual sería una bandera encarnada sobre una alta lanza, si era de día, y una hoguera si era de noche, para acudir al socorro él y su hermano Máximo donde fuese necesario. Ya que tuvo concluída toda la obra, aunque era muy bastante por sí para reprimir el ímpetu de los cercados, con todo, tiró cerca de allí otro foso por cima del primero y, fortificado con estacas, fabricó un muro de ocho pies de ancho y diez de alto, sin las almenas, sobre el cual construyó, todo alrededor, unas torres a un *plethron* (2) de distancia unas de otras. Y porque no podía circunvalar una laguna que tocaba con el muro, levantó un vallado todo alrededor, de igual espesor y altura que el muro, para que hiciese sus veces.»

«De este modo, Escipión fué el primero, en mi concepto, que circunvaló una ciudad que no rehusaba la pelea. El río Dorio, que corría al pie de las fortificaciones, acarrea grandes ventajas a los numantinos, ya para el transporte de convoyes, ya para la conducción de tropas, de las cuales, unas pasaban ocultamente a nado y otras en barcos pequeños, impelidos con vela cuando soplaba un fuerte viento, o con remos y a impulsos de la corriente. En vista de esto, no pudiendo Escipión echar un puente al río por su ancha e impetuosa corriente, levantó por equivalente dos fuertes, y atando con maromas

(1) La equivalencia que corrientemente se da a un estadio es 185 metros.

(2) Medida equivalente a 100 pies griegos, o sea 30,85 metros.

desde el uno al otro unas vigas largas, las tendió sobre la anchura del río. En estas vigas había clavado espesos chuzos y saetas, las cuales, dando vueltas siempre con la corriente, a nadie dejaban pasar ni a nado ni buceando, ni en barco, sin ser visto. Esto era cabalmente lo que más deseaba Escipión, que no teniendo trato ni entrada en la ciudad persona alguna, ignorasen los cercados lo que pasaba fuera, pues de este modo se verían absolutamente faltos de víveres y consejo.»

Haciendo aplicación de tan preciosos datos al estudio topográfico de los campos que rodean al cerro de Numancia y explorándolos cuidadosamente, consiguió descubrir el profesor alemán D. Adolfo Schulten algunos restos de tan vasta obra de fortificación. Con ello vino a confirmar lo que con el estudio de la vía romana y las excavaciones en la meseta del cerro se había ya comprobado respecto de la situación de Numancia. Del resultado de sus descubrimientos cuidó el Sr. Schulten de dar cuenta en unas Memorias por él presentadas al Instituto Arqueológico de Berlín, como avance de la obra definitiva, titulada *Numantia*, cuyo primer tomo publicó en 1914.

La primera conclusión que de sus descubrimientos sacó el profesor alemán, es que los campamentos romanos de la guerra numantina y buena parte de las fortificaciones anejas no fueron obra de barro y madera, como los campamentos construídos por César ante Alesia, en la Galia, y los de Jarsten y Halter en Westfalia, sino construcciones de piedra como las del tiempo del Imperio.

Justifica el empleo de tan buenos materiales en Iberia, abundantes, además, en la región de que se trata, lo largo de la guerra en país tan frío, y en el caso de Escipión, la conveniencia de dar mayor tra-

bajo a los soldados para tenerlos endurecidos y ejercitados. .

La situación de dichas obras de fortificación es la siguiente :

El más importante de dichos campamentos está al sur-sudeste y el otro al norte, a los dos extremos, por decirlo así, del eje mayor de la elipse en que quedó inscrita y encerrada Numancia. Dicho campamento del sur, que es el más próximo y el que ocupa posición más elevada y dominante es el de *Peña Redonda*, que, como su nombre indica, es una eminencia destacada de la cordillera, separada del cerro en que asentó la ciudad por el riachuelo Merdancho, y distante de ella más de medio kilómetro. Siguen por el este, en el sitio llamado *Peñas Altas*, al otro lado del Merdancho, unos restos de fortificación ; esto es, una ancha muralla, que, posiblemente, unió con una torre cuadrada de gruesa fábrica, la cual es verosímil sirviera para instalar una catapulta, que por lo próxima a Numancia debió hacerla mucho daño, pues dista el baluarte 150 metros de unas ruinas con huellas de incendio, las cuales debieron pertenecer a un arrabal de Numancia, en opinión del Sr. Schulten.

Siguiendo la línea del dicho cerco hacia nordeste, hay otra eminencia llamada de *Valdevorrón*, donde un antiguo canal de desagüe indicó al explorador la existencia de restos, que sólo escasos se le ofrecieron. Más suerte tuvo al seguir sus trabajos hacia el norte, pues en el campo de las Travesadas descubrió buenos restos de la muralla de circunvalación, en dirección a la colina llamada el *Castillejo*, donde encontró el otro campamento, bien fortificado, defendido con un foso por el norte, y al oeste por el río Tera, a cuyos lados y en sentido perpendicular al mismo, encontró murallas y pudo seguir la de noroeste por el

llano de la *Vega*, en dirección al *Campo del Real*, que es una suave loma situada a la parte occidental, al otro lado del Duero, y en la que encontró algunos restos.

Seguramente que por occidente, por servir de divisoria el río, posiblemente más caudaloso en la época a que nos referimos, pudo excusar el sitiador la construcción de murallas; pero de que las hizo, dieron testimonio algunos restos, entre ellos los de un baluarte y una torre, que no dejaría de estar defendida con catapulta.

Siguiendo hacia sudeste se encuentra la meseta llamada alto de la *Dehesilla*, donde encontró el señor Schulten restos que le parecieron de campamento muy destruído y un muro de construcción casi ciclópea, de cuatro metros de anchura, en dirección al Duero, sin duda para la defensa del paso por el mismo, según se ha dicho. Por último, al otro lado del río, al sur-sud-oeste, en una altura cerca del *Molino viejo*, sitio perteneciente al caserío de *Garrejo*, se hallaron otros restos como de campamento. Estos campamentos accesorios pudieron servir para las avanzadas defensoras de ciertos puntos estratégicos. Floro dice que los campamentos fueron cuatro.

Cómo puede apreciarse la exactitud de los textos antiguos, en especial el de Apiano, en lo referente al cerco fortificado de Escipión, ha sido comprobado sobre el terreno, con bastante fortuna, por el profesor Schulten, el cual hace notar, en consecuencia, que el caudillo romano se resignó a un largo bloqueo, construyendo tales campamentos y defensas con la piedra, tan abundante por doquiera en los alrededores de Numancia, y con la madera que le suministraban los bosques de que se habló. Escogió con tanto acierto como inteligencia las alturas en que levantó sus

campamentos, a respetuosa distancia del enemigo, disponiéndolo todo para una defensiva completa, que fué lo que constituyó su táctica. Dichos campamentos serán descritos como merecen más adelante.

Y enlazando, por nuestra parte, los descubrimientos con el texto de Apiano, menester es señalar cómo Escipión dispuso y distribuyó sus fuerzas y medios en lo fortificado. Situó en las torres catapultas, ballestas y otras máquinas; aprovisionó las almenas de piedras y dardos; guarneció los fuertes (que acaso sean los campamentos secundarios) de flecheros y honderos; y habiendo reunido un ejército de sesenta mil hombres, en el que se contaban gentes del país, más los flecheros y honderos númidas correspondientes a los doce elefantes de Yugurta, destinó la mitad de las fuerzas para guardar el muro de contravalación, preparó veinte mil hombres para las salidas que fueren necesarias y dejó de reserva los otros diez mil.

Dió Escipión, como se ha dicho, el mando de un campamento a su hermano Máximo, y él tomó el de otro, y todos los días y noches recorría por sí mismo el cerco en que tenía encerrada la ciudad.

Modificó Escipión en esta guerra la organización del ejército, a cuyo propósito dice Sexto Julio Frontino: «Escipión Emiliano, en el sitio de Numancia, interpuso flecheros y honderos, no sólo en todas las cohortes, sino también en todas las centurias.»

Componían la armada romana las legiones, cada una compuesta de cinco o seis mil soldados, con armas pesadas, escogidos entre los ciudadanos; esto es, la clase burguesa, a lo que se añadía un cuerpo de auxiliares en igual número, por lo menos, y unos trescientos hombres de caballería, con lo que la legión en campaña era de diez mil hombres.

Seis legiones debieron formar, en este caso, el

ejército de Escipión. Pero el Sr. Schulten nos informa de que la legión en tiempo de este general se componía de 4.200 hombres, y estaba dividida en 30 manípulos. Cohorte era la décima parte de una legión, si bien el indicado número varió según los tiempos. La centuria no necesita explicación.

Los jefes de estas fuerzas, por orden de categoría, eran los tribunos militares, que, a las órdenes del cónsul, formaban su Estado Mayor, y cuyo número en las legiones varió; los legados, que mandaban los distintos cuerpos, y los centuriones, cuyo puesto era inmediatamente delante de las enseñas o banderas (que eran lanzas con un remate) y su distintivo un junquillo (*vilis*) para corregir a los soldados.

En cuanto al armamento, aunque también varió mucho con el tiempo, y se ha encontrado poco, y poquísimo en Numancia, debemos creer que esos soldados debían llevar casco (*cassis*) de bronce, redondo, sin visera, pero con cubrenuca y carrilleras; coraza y escudo cuadrado o redondo, pues tales fueron las armas defensivas que de los etruscos tomaron los romanos. En cuanto a las ofensivas, debemos mencionar la espada corta (*spatha*) y la lanza, siendo la más característica el *pilum*, del que hemos hallado restos, tanto los excavadores de la ciudad como el profesor Schulten, el cual, con estos elementos ha hecho en Alemania una reconstitución o reproducción completa de dos tipos: la lanza de la infantería y la de la caballería. Fué propiamente el *pilum* la lanza característica de la infantería romana. Su longitud venía a ser de tres codos (1,35 metros), y se dividía en un principio en tres partes de igual longitud cada una; la central, guarnecida de madera para poderla asir, y de hierro punta y asta. Apiano nos informa

de que se disminuyó la longitud del hierro embutido en la madera, quedando reducido a una vigésima parte de la longitud total, lo que aligeró notablemente el peso del arma, propia para sitios. Los hierros recogidos son de punta larga y piramidal, cuadrada, con asta muy larga.

También se han encontrado puntas de flecha, entre ellas las de catapulta, que tienen también la punta piramidal cuadrada, pero corta.

Asimismo se han hallado proyectiles de honda, de plomo, y en forma de bellota, del tipo corriente (*glans*), uno de los ejemplares con inscripción griega, acaso porque perteneciera a las municiones de alguno de los cuerpos mercenarios que vinieran con Polibio.

Las catapultas constituyen la artillería romana, y, como se ha visto, emplazadas en torres, desempeñaban el oficio de cañones de sitio. Eran máquinas que, por medio de un juego de palancas y por choque de una plancha con otra, despedía flechas o pesadas piedras. Debía lanzar muchos proyectiles a la vez, como las modernas ametralladoras.

VI

NUMANCIA, SITIADA.—AUDAZ SALIDA DE RETÓGENES.—APREMIOS DEL HAMBRE.—EMBAJADA DE AVARO.—ULTIMOS Y DESESPERADOS ESFUERZOS.—MISERIA HUMANA Y DESPERTAR HEROICO.—EL CASO DE THEÓGENES.—POSTRER SACRIFICIO Y DESTRUCCIÓN DE NUMANCIA.

¿QUÉ ocurría en Numancia mientras Escipión apretaba su cerco con tales fortificaciones, poderosas máquinas y sus sesenta mil combatientes bien armados, es decir, oponiendo con todos los adelantos de la época un formidable círculo de hierro a una ciudad mal fortificada y guarnecida tan sólo por ocho mil hombres?

¿Cómo, disponiendo desde un principio el animoso vencedor de Cartago de la superioridad que da el armamento perfeccionado, las máquinas y pertrechos, la organización excelente, el conocimiento táctico y de un ejército que superaba además en número más de siete veces al de Numancia, no intentó sofocarla y rendirla de un solo golpe, en vez de darse la larga pena de tanta y tanta fortificación y la más larga espera de seis años para llegar al fin propuesto?

La razón no es otra que la misma de los anterior-

res y sucesivos descalabros del ejército romano por virtud de la astucia, el arrojo y la fiereza de los indomables numantinos.

En ocasión de aquella celada que le dispusieron tales gentes en terreno pantanoso, y de la que se libró Escipión merced a su pericia, entonces debió suceder «lo que nadie hubiera esperado, dice Floro, que era ver huir a los numantinos».

A pesar de este escarmiento hicieron cuanto les fué dable, bien puede asegurarse, aquellos hombres temibles, por estorbar la construcción de los campamentos y fortificaciones. Al efecto tenía dispuesto Escipión que si sus soldados se veían molestados, hicieran señales, como queda dicho; y acabada la fortificación, estableció a lo largo de ella centinelas, «que recibiendo la palabra unas de otras noche y día, le avisasen de lo que pasaba», dice Apiano.

Entre las varias intentonas de los numantinos por romper y burlar el cerco con que Escipión los ahogaba, hay una memorable. Véase cómo la refiere Apiano:

«Retógenes, por sobrenombre Caraunio, el ciudadano más esforzado de Numancia, acompañado de cinco amigos, otros tantos criados e igual número de caballos, atravesó en una noche oscura el espacio que mediaba entre los dos campos, sin ser visto, y con una escala doblada o especie de puente que llevaba, así que llegó, subió a las fortificaciones con sus amigos. Muertas aquí las centinelas que había de una y otra parte, despacharon a la ciudad los criados, y subiendo los caballos por medio de la escala, escaparon a las ciudades de los arévacos, suplicándoles con ramas de oliva que socorriesen a los numantinos, sus parientes. En muchas ciudades los despidieron al instante, sin oírles, por temor a los

romanos; pero en cierta poderosa ciudad, llamada Lutia (1), distante de Numancia trescientos estadios, la juventud se puso de parte los numantinos, e indujo a la ciudad a que los auxiliase; bien que los ancianos avisaron de esto a Escipión, por bajo de cuerda. Informado a la hora octava de lo que pasaba, marcha diligente con la mayor parte de la infantería que pudo, rodea al amanecer a Lutia con sus tropas, y pide que se le entreguen los principales de la juventud; pero como le respondiesen que ya había marchado ésta, les amenazó por un trompeta que saquearía la ciudad si no le entregaban los autores. Atemorizados con esto los ciudadanos, le entregaron cuatrocientos jóvenes, a quienes cortó las manos; y quitándoles la guarnición, al día siguiente, al amanecer, entró en su campamento.»

Encerrados, pues, y amenazados constantemente los numantinos, debió costarles alguna sangre sus temerarias salidas. Pero si hemos de creer a Tito Livio, Escipión «prohibió matar a los enemigos que saliesen a forrajear, porque decía que cuantos más fuesen más pronto consumirían sus provisiones».

No se engañó Escipión en su astuto plan de fiar a la constancia lo que por la fuerza pudiera ser temerario intentar. El hambre lo hizo todo en su favor. Solamente debió equivocarse en cuanto a la larga resistencia de los sitiados, pues duró el asedio más que podía esperarse de la flaqueza humana, desmentida en este memorable caso por los numantinos, que, alentados hasta lo último por su brava condición, llegaron a lo increíble.

En caso tan extremo como fué el suyo, exaltado

(1) El Sr. Schulten, en el mapa de la Celtiberia por él formado, conjetura que Lutia fuese Cantalucía, pueblo a' oeste de Soria.

su natural fiero, despreciando la vida, por serles menos cara que la independencia, se propusieron por únicas soluciones de su tenaz empeño la libertad o la muerte.

Divididos, sin embargo, los pareceres, los numantinos más enardecidos querían fiarlo todo a las armas, y a pesar de su inferioridad numérica, pedían, en consecuencia, se les admitiera a pelear en campo abierto; pero Escipión, sistemáticamente, lo rehusaba.

Forzoso era, pues, tomar otro partido. El hambre apremiaba. Debieron deliberar los ancianos y, habiendo resuelto explorar la voluntad de Escipión, despacharon una embajada, compuesta de cinco individuos, y por jefe de ella a uno, sin duda, principal e inteligente, llamado Avaro. Fueron los embajadores al campo romano, y Avaro, después de representar a Escipión, con notable elocuencia, «las resoluciones y el valor de los numantinos», le preguntó «si los trataría con humanidad, caso de rendirse», y añadió estas palabras: «En nada hemos pecado hasta ahora con haber sufrido tantas miserias por nuestros hijos, mujeres y libertad de la patria; por lo cual, es muy justo que siendo tú, Escipión, tan virtuoso, perdones a una nación animosa y esforzada, y nos propongas condiciones más tolerables que las que ahora nos fuerzan a sufrir la mudanza de la fortuna. Ya no está en nosotros, sino en tu arbitrio, el tomar la ciudad, si le propones condiciones moderadas, o verla perecer con las armas en la mano.»

Escipión, que por los prisioneros sabía lo que pasaba en la ciudad y cuáles eran los intentos de los numantinos belicosos, no creyó en las protestas de Avaro, ni quiso aceptar su proposición, y contestó que

era preciso se le rindieran a discreción y entregasen las armas.

Cuando los embajadores regresaron llevando esta respuesta a los numantinos, la indignación y el furor de éstos fueron tales, que «quitaron la vida a Avaro y sus cinco compañeros por correos de tan malas nuevas y por recelarse si acaso habrían pactado con Escipión sobre su salvación».

Así concluye Apiano la relación de este episodio, al que debió seguir otro, de que nos informa Floro, diciendo:

«Querían ya rendirse si se les imponían condiciones aceptables; pero como Escipión trataba de obtener una victoria real y completa, se vieron reducidos a tal extremidad, que resolvieron buscar la muerte en un combate, al cual se preparon hartándose en un banquete fúnebre de carne medio cruda y de *celia*, nombre que dan en el país a una bebida sacada del grano. Comprendió su intento el general romano, y no quiso trabar batalla con aquellos desesperados.»

Ese banquete fúnebre debió ser la ceremonia siguiente a la violenta muerte de Avaro y de sus compañeros, sobre cuyos cadáveres se prometieron o juraron, por lo visto, los más exasperados numantinos, tomar venganza del implacable opresor.

Hicieron luego aquella salida desesperada, a la que lo fiaban todo, y al ver que Escipión rehusaba la batalla, «pidiéronsela, para morir como hombres», según palabras del mismo Floro; pero fué vana súplica, y, sin duda porque asaltaron el campo enemigo, «perecieron muchos».

La situación era ya insostenible de todo punto. Tal la pintan los historiadores. Faltos de comestibles, por haber agotado los ganados, frutos y hierbas, y haber-

se sustentado por algún tiempo con pieles cocidas, llegaron al extremo más horrible y salvaje. Repugna escribirlo.

«Con los restos de los muertos en la batalla se alimentaron algún tiempo los restantes, obligados por la necesidad», dice Floro; y Apiano consigna que «se mantuvieron con carne humana cocida, primero de los que morían, repartiéndola por las cocinas, y después, de los enfermos; pero no gustándoles ésta, los más robustos se comieron a los más débiles».

Hubo algunos que, sin duda por sustraerse a tanto horror y vergüenza tanta, en la que ya no reconocían su noble patria, trataron de huir, se entiende que por un golpe audaz y nocturno, como el de Retógenes; «pero se lo estorbaron las mujeres, con gran maldad, por su amor, cortando las cinchas de los caballos», escribe Floro.

Envilecidos, enfermos y desesperados, hubieron al cabo de rendirse, pero sin desmentir la altiva condición que hasta tal punto les hizo extremar la resistencia. Rendíanse al infortunio, pero no al vencedor. Apiano pinta con vivos colores la tragedia:

«En fin, dice, no hubo mal que no experimentasen, de modo que el alimento llegó a convertir en fieras sus ánimos, y el hambre, la peste, los cabellos (crecidos) y el tiempo hicieron parecer de bestias sus cuerpos. En este triste estado se rindieron a Escipión, quien les mandó que en aquel mismo día llevasen todas sus armas a cierto sitio, y que al siguiente día se juntasen en otro lugar; pero ellos pidieron un día más, confesando que había aún muchos que por amor a la libertad querían quitarse la vida, y por lo mismo pedían aquel día para elegir el modo.»

Debe creerse que en aquellos tres últimos días de Numancia, el heroísmo despertó a los hombres, a quienes un insensato y egoísta amor a la vida les había arrastrado a negarla groseramente con su ferocidad, y quisieron purificar su propia afrenta con una muerte gloriosa. Debieron registrarse inauditos casos en aquellas épicas postrimerías de la esforzada ciudad.

Valerio Máximo cuenta que «al numantino Theógenes, sólo la fiereza de su gente pudo infundir aliento semejante, pues siendo superior a todos los ciudadanos en nobleza, caudal y honores, cuando la causa de los numantinos estuvo ya completamente perdida, allegó combustibles de todas partes, puso fuego a su barrio, que era el más vistoso de aquella ciudad, y en seguida se presentó con una espada desnuda, obligando a los habitantes a pelear de dos en dos, para echar a las llamas al vencido, con la cabeza cortada; y cuando todos acabaron con tan tremenda ley de muerte, él mismo se arrojó, por último, a las llamas».

El partido de Theógenes fué general: los numantinos no quisieron que de sus vidas ni de la ciudad se aprovechara el vencedor; «entregados al más rabioso furor, escribe Floro, resolvieron darse la muerte, pereciendo ellos, sus jefes y su patria con el hierro, el veneno y el fuego que pusieron por todas partes».

Así fué, en efecto. Deseosos de que con su libertad o con su vida acabase la ciudad que tan cara les era, y que de sus bienes no se aprovechara el vencedor, incendiaron sus moradas, muchos se mataron, y los que, reducidos por fuerza del infortunio, llegaron a la indiferencia y a la enajenación del sentimiento y de la voluntad, pusilánimes unos, embrutecidos o espantados otros de la misma tragedia, sa-

fieron de la rendida ciudad al tercer día, según habían prometido. Pero, ¡cómo se presentaron al vencedor! Apiano pinta el horrible cuadro diciendo «que fué un espectáculo terrible y atroz por demás. Tenían los cuerpos inmundos, cubiertos con los cabellos, costras y laceria, que despedían hedor; los vestidos que les cubrían, derrotados y no menos pestíferos. No obstante ser un espectáculo digno de compasión, a los romanos, con todo, les causaba espanto su aspecto, porque veían en sus ojos centelleantes pintada la rabia, el dolor, el trabajo y el remordimiento de haberse comido unos a otros».

¡Y todo esto a los siniestros reflejos de las llamas que devoraban la ciudad y que, aun en medio del día, debían alumbrar aquella página memorable del heroísmo ibero!

Concluye Apiano diciendo que Escipión, reservando cincuenta numantinos para su entrada triunfal en Roma, vendió los demás, echó por tierra la ciudad, vendió las tierras a los pueblos inmediatos y se volvió por mar.

Varía algún tanto de esta narración la de Floro, el cual dedica al trágico fin de Numancia estas sentidas y hermosas palabras: «¡Llor a esta ciudad esforzada y dichosa en sus mismas adversidades! Defendió con fidelidad a sus aliados y resistió por tanto tiempo con sus solas fuerzas a la nación que disponía de todas las del universo. Reducida al último extremo, por un gran capitán, nada dejó a su enemigo en qué gozarse, pues no quedó un numantino que llevar encadenado: el botín, como de gente pobre fué nulo; las armas las habían quemado; el triunfo fué sólo de nombre.»

Acaeció el fin de la Numancia celtíbera el año 133 (a. de J. C.).

HISTORIA DE NUMANCIA

Del heroico sacrificio de aquella ciudad y de sus habitantes en aras de su independencia, dan hoy palpable testimonio en el histórico cerro las casas arruinadas, las reliquias de las víctimas y los restos de su ajuar, maltrecho y roto, de sus instrumentos, armas y adornos, todo ello envuelto en el sudario de cenizas del fuego purificador, que los picos de las excavaciones remueven para sacar a la luz de la comprobación y del estudio el hecho memorable y glorioso tan puntualmente referido por los escritores antiguos.



IV

RUINAS DE NUMANCIA

THE UNIVERSITY OF CHICAGO



Fig. 31.—VISTA PARCIAL DE LAS RUINAS DE NUMANCIA.
(Foto Mérida.)

I

LA CIUDAD ANTIGUA; SU EXTENSIÓN.—LAS MURALLAS.—POBLACIÓN CELTÍBERA.—RECINTOS SAGRADOS.—LA NECRÓPOLIS.

CUANDO el visitante llega a la cima del Cerro de la Muela, por el norte, ve ante sus ojos restos de muros de toscas piedras, y junto a ellos, a la entrada, un rótulo que dice:

Ruinas de Numancia.—Monumento Nacional.

Fácilmente puede apreciarse que la meseta del cerro está cercada y acotada con estacas y alambrada, señalando el extenso campo adquirido por el Gobierno para las excavaciones.

La meseta afecta figura elíptica, de unos 500 metros de norte a sur, y unos 260 de este a oeste. Hacia el centro, la meseta se eleva determinando declives en derredor, y más pronunciado hacia el sur. Esto fué

la acrópolis de la ciudad. Pero no hay duda de que ésta fué más extensa. Algunas exploraciones han patentizado la existencia de casas y de calles por las vertientes menos agrias del norte y del este. Junto a la citada ermita de los Mártires y aun más abajo, al lado del actual cementerio del pueblo, descubrió, en efecto, calles como las de la meseta el vocal de la Comisión, D. Blas Taracena Aguirre, en 1917. Restos de casas en la vertiente oriental los descubrió con nosotros el vicesecretario de la Comisión, don Santiago Gómez Santa Cruz. En consecuencia de estos seguros datos bien puede creerse que la extensión de la antigua ciudad debió ser de más de 1.000 metros de norte a sur, y de unos 800 de este a oeste. La vertiente occidental, agria y quebrada, y la del sur, aunque suave, erizada de rocas, no debieron permitir fácilmente la expansión del poblado. Restos de cuadras (?) descubrimos al sudeste, en la vega del Merdancho. Y aun en el llano ocupado por Garray se han encontrado antigüedades, aunque no parece que hasta allí se extendiese el poblado.

Dado lo que se piensa fuesen las ciudades ibéricas, Numancia no debió ser pequeña. Que no era insignificante lo prueba el hecho mismo de la guerra por ella provocada, y en la que se erigió en cabeza y centro de su acción contra Roma. Estrabón, como ya se ha dicho, la califica por ello de «la más famosa» entre las ciudades de los arévacos, y ya sabemos a qué costa conquistó su renombre. Por ello, sin duda, la llama Anneo Floro «la más alta honra de la España», Apiano Alejandrino, a quien se considera mejor informado, dice que Numancia era «la ciudad más poderosa» (habrá de entenderse de las celtíberas reveladas), y que su circunferencia era «de 24 estadios». Paulo Ósorio se expresa con cierta inse-

guridad, pues escribe que Numancia «estaba comprendida en un muro de 3.000 pasos de perímetro, aunque aseguran algunos que ocupaba reducido espacio y carecía de muralla». Tomando por base de cálculo los 24 estadios de Apiano y la equivalencia de 185 metros que comúnmente se da al estadio, el total es de 4.440 metros de circunferencia, cifra que bien se acomoda a lo calculado por los hallazgos y la topografía, comprendiendo en él todo el cerro y algo de su contorno.

Acrópolis supone fortificación. Si hubiéramos de creer a Floro, Numancia, «sin torres ni murallas», se mantuvo sola contra un ejército diez veces superior. Apiano, en cambio, habla repetidamente de las murallas. De tal disparidad de criterios se hizo eco Orosio en el siglo v, según queda dicho, refiriéndose a la ciudad celtíbera. Natural cuidado de Escipión debió ser desmantelarla, y parece confirmarlo Cayo Veleyo Patérculo, cuando escribe que tal caudillo la arrasó. La ciudad romana, cuya población era indígena, no parece haber tenido muralla, y, en todo caso, tendría algún fuerte defensivo de la vía militar.

Sobre estos particulares se ha discurrido bastante, y el vocal de la Comisión de excavaciones, D. Manuel González Simancas, se ocupa especialmente de ello, y ha publicado un trabajo titulado *Numancia.—Estudio de sus defensas*.

Conviene señalar al propósito que en el siglo XVIII fueron más visibles las ruinas de Numancia que lo eran modernamente antes de las excavaciones. Entonces Loperráez señaló en un dibujo topográfico y en una breve descripción, que en las vertientes se advertían tres cercos o «vallados de piedra sin argamasa» y en lo alto, además de restos de casas y ca-

lles, «un murallón de cinco pies de ancho, con dos ángulos en los extremos, construido de piedra y argamasa de cal y arena». Debieron ser destruidos en su mayor parte esos cercos para aprovechar sus piedras. Aun lo hacían los vecinos de Garrejo a mediados del siglo XIX, y sabedor de ello el Sr. Saavedra, vió, según dice en su *Memoria*, un trozo de muralla, que publica en dibujo, compuesto «de un paramento de sillarejo bien labrado y un relleno de mampostería gruesa rodada sin cal, pero con vestigios de haber estado unida con barro, asentado todo sobre un zócalo saliente de losa, que denota ser lo descubierta la base del muro o escarpa de la fortificación rellena por detrás de tierra: esta escarpa podía haber tenido unos seis metros de altura, según el espesor de la base, que es de dos metros y se hallaba incrustada en parte de terreno firme».

En 1905, el profesor Schulten descubrió junto al borde de la meseta, por el lado oriental, al comienzo de la vertiente y en una buena extensión, fundamentos del cerco de muralla, pues tal parecía un macizo formado de grandes cantos, de tres metros de anchura, con salientes por cuadrado de cinco metros, como de torres; y al occidente, al final de una calle, restos que estimó de puerta de la fortificación, consistentes en piedras de proporciones y tosquedad ciclópea.

Después, nuestra Comisión descubrió otros restos, al parecer de muralla, por sudoeste, en longitud de 180 metros y anchura media de 5,70 metros, dejando visibles hasta tres hiladas de sillarejos del paramento exterior y relleno de cantos rodados unidos con barro, los más gruesos formando al comedio una espina longitudinal. En algunas partes se advirtieron vestigios de torres cuadradas y de una triangular con

escalera de subida por detrás; es bien visible su arranque en un punto del cerco de occidente donde termina y forma recodo una especie de camino de ronda y donde se abre una salida hacia sudoeste.

Recientemente el Sr. González Simancas ha descubierto por el lado oriental restos de muralla, continuación de la descubierta por el Sr. Schulten, de 4 m. de espesor, con torres cuadradas de 3 m. de salida. Todos los restos mencionados, de los cuales unos no subsisten y otros se hallan mal conservados, correspondían al cerco superior defensivo. De los otros dos, escalonados en las vertientes, no se han hallado o no se reconocen restos. Dedúcese de la topografía y de los restos hallados que las fortificaciones de Numancia eran a modo de terraplenes escalonados, con escarpa y muro o parapeto, cuya altura calculó el Sr. Saavedra de seis metros; que dicho muro tenía torres cuadradas, y que, como complemento de la obra defensiva, en el borde occidental de la meseta hay un camino de ronda, entre dos puertas, una de ellas protegida por una torre triangular.

Nos inclinamos a creer que en las vertientes esa obra defensiva no debió ser uniforme, pues el cerro mismo, por su situación y por estar erizado de peñascos, por sudeste y por oeste, estaba ya naturalmente defendido, y de tales circunstancias debieron sacar partido los pobladores.

Es bien admisible la común opinión, fundada en esas mismas circunstancias, de que en la meseta debió vivir la parte principal de la población, y en las vertientes la población rural y el ejército.

¿Qué población tendría la ciudad arévaca? Del tamaño de ésta se desprende que aquélla era numerosa. El único dato que para el caso pudiera tomarse en cuenta es el de los hombres que puso en armas.

Cuatro mil eran éstos, según Floro, y ese número pudo ser al principio de la guerra; ocho mil, según Apiano, cuando Escipión sitió a Numancia; pero no hay que olvidar que allí se reconcentraron los celtíberos que hicieron causa común con los numantinos contra los romanos. Aunque los cuatro mil fueran sólo los numantinos combatientes, ello supone una población más que doblada.

De la disposición urbana, únicamente podemos juzgar por la parte descubierta, que comprende, puede decirse, la mitad occidental de la meseta. Del trazado de calles y fisonomía de éstas se hablará más adelante.

Pero una ciudad no la forma solamente el caserío, sino los edificios públicos, los templos, y nada de esto se reconoce en las pobres y raras ruinas de construcciones ibéricas del poblado.

Por el contrario, fuera de él, en la vertiente meridional, que es la más suave, hay algo que no son viviendas y piden por lo mismo competente examen.

Nos referimos a unos recintos megalíticos del tipo *cromlechs*, formados por grandes cantos, que, ciertamente, no fueron cimientos de construcciones.

El primero y mayor de estos recintos se halla al extremo sudeste de la vertiente, muy próximo a la ermita de San Antonio, vecina del poblado de Garrejo, y, por tanto, en terrenos de la propiedad del señor vizconde de Eza, desde donde, hacia occidente, se hallan los otros recintos o círculos de piedra, algunos medio destruídos, de figura circular u oval, formados por nueve, diez o doce cantos y de $3 \times 2,50$ metros, ó $2,50 \times 2,25$ metros.

El dicho recinto mayor es el más importante. Le componen treinta y dos piedras, una de las cuales, de menos salida sobre la tierra y gastada por las

pisadas, viene a ser como el umbral de la puerta de entrada al recinto. La figura de éste, algo irregular, viene a ser trapecial, de 12 metros de longitud y 6,50 metros de latitud. Sus piedras, desiguales y ofreciendo picos a veces, pasan algunas de 0,50 metros de altura. Lo más singular en este recinto y lo que aparte de su forma y tamaño le diferencia de los otros es que su interior está empedrado y de modo



Fig. 32.—RECINTO DE PIEDRAS SITUADO AL SUR DE NUMANCIA. (Foto Mérida.)

que sus líneas determinan un cuadrado, y en él se dibuja una cruz orientada (véase la fig. 32).

¿De qué tiempo son estos recintos y para qué pudieron servir? Son pequeños para *cromlechs*, y no sabemos que ninguno de estos esté empedrado. Por estas razones nos inclinamos desde luego a creerlos más bien que prehistóricos obra de la población arévaca. Hecha excavación en uno de los recintos menores, encontramos a poca profundidad, por bajo del nivel de unas piedras pequeñas que parecen servir

de asiento a las grandes, algunos carbones y algunos fragmentos cerámicos de barro rojo, todo lo cual podía ser resto de algún sacrificio. Porque, descartada en virtud de esta rebusca la presunción de que tales recintos pudieran ser sepulturas, a lo que no se acomoda su forma, subsistía la idea que desde un principio nos asaltó de que fueran recintos sagrados en la primitiva forma de adoratorio al aire libre.

La conjetura adquiere alguna fuerza con un pasaje de Estrabón (III-3), el cual, al ocuparse de las costumbres de las gentes ribereñas del Duero, dice: «son dadas a los sacrificios, observan las entrañas de las víctimas, sin cortar parte alguna de ellas; inspeccionan las venas del costado, y, palpando o pulsando, pronóstican lo que está por venir. También adivinan por la inspección de las entrañas de los prisioneros, a los que cubren con sayos. Al punto que les dan la estocada en el corazón en presencia del arúspice, el primer augurio le forman del modo cómo cae el cadáver». Esto dice Estrabón, y hay que añadir que la oculta ciencia de los arúspices exigía para practicarla trazar con una vara en la tierra una cruz, y en el punto de intersección de las líneas, que habían de coincidir con los cuatro puntos cardinales, era donde había de colocarse el augur para hacer el sacrificio y el pronóstico. Esta costumbre, practicada desde muy antiguo en un recinto sagrado, lo fué después en los atrios de los edificios destinados a templos. El templo, en su forma originaria, fué un recinto al aire libre, en lugar apartado de las construcciones urbanas, donde el cielo pudiera ser observado libremente por el sacerdote, para apreciar los signos en que fundaba sus vaticinios. Para ello, el augur había de estar de cara al mediodía.

Todas estas circunstancias favorecen nuestra su-

posición de que estos recintos fuesen los templos numantinos, y acaso cada tribu tuviera el suyo.

El Sr. D. Mariano Iñiguez, en su curioso trabajo *Numancia y la Medicina en la antigua Iberia*, expone la hipótesis de que dichos recintos fuesen expositorios de enfermos para la cura por el sol, al que adoraron los celtíberos, y al propósito, escribe: «Adorando al sol en una u otra forma, es casi seguro que los numantinos expondrían sus enfermos a la acción benéfica de los, para ellos, divinos rayos solares, cuya acción santa había de devolverles la salud, principalmente a aquellos enfermos *lánguidos*, de que únicamente habla Estrabón». Cita el señor Iñiguez otro pasaje de Estrabón, referente a la costumbre caldea, seguida por los españoles, de sacar a los caminos «a algunos de entre los enfermos lánguidos, para que si alguno entendía de aquellas enfermedades confiarlos a la gracia de su arte médico».

Todas las expuestas hipótesis son perfectamente admisibles respecto de los indicados recintos, cuyo carácter sagrado parecen confirmar, tanto para sacrificios y augurios como para expositorio de enfermos.

Ya que, hablando de Numancia, casi nos hemos salido de ella, será bueno satisfacer al lector excursionista una pregunta que estamos oyendo:

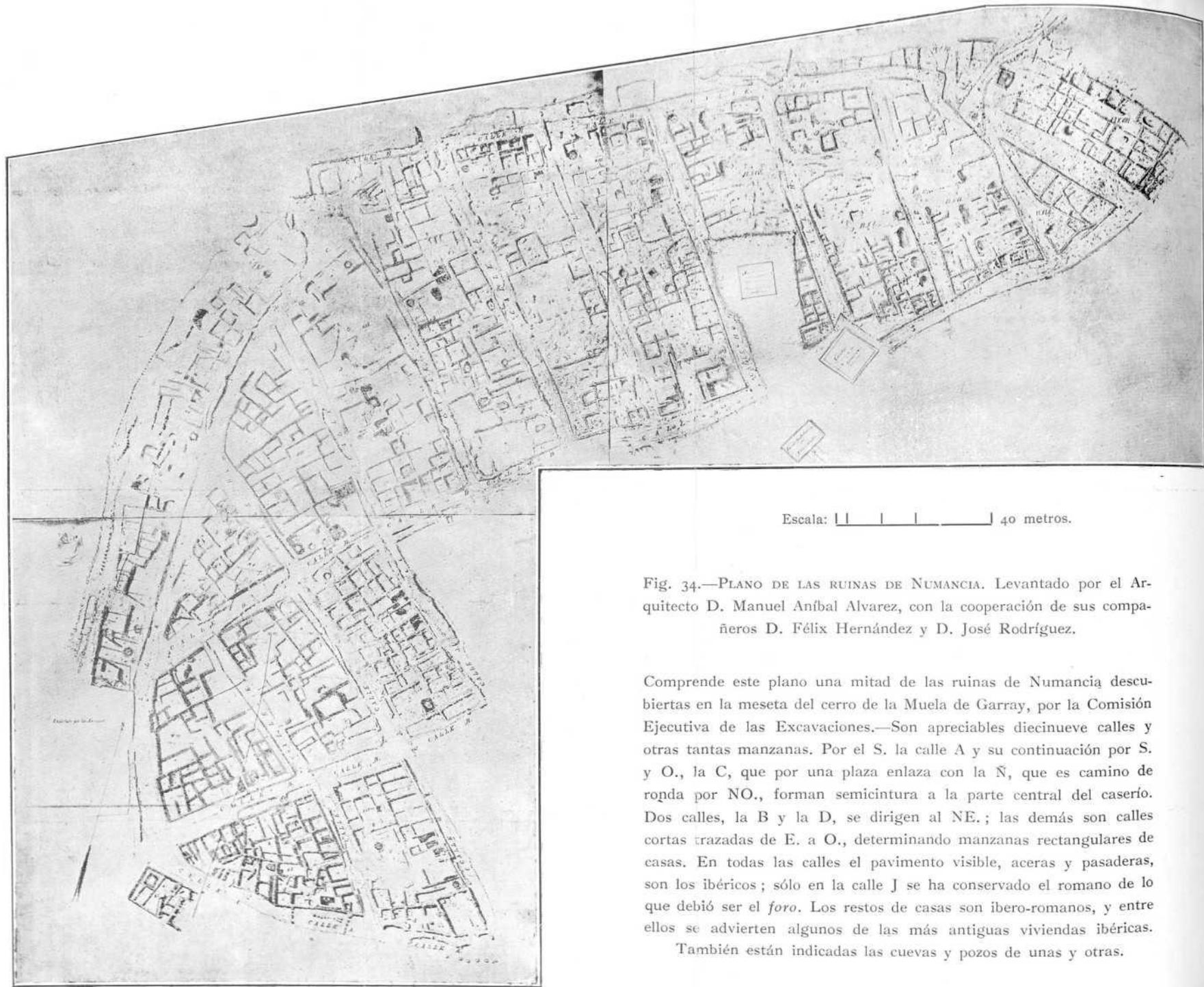
—«¿Dónde está la necrópolis?»

Por desgracia, no es posible hasta ahora dar con-



Fig. 33.—RECINTO DE PIEDRAS SITUADO AL SUR DE NUMANCIA. (Foto Mérida.)

testación afirmativa. La Comisión de excavaciones las ha hecho repetidamente en varios sitios de las vertientes del cerro y llanos circundantes, apropiados por su situación y su forma al objeto, sin haber obtenido siquiera indicio de que en ellos haya habido sepulturas. Aun ha de ser este empeño proseguido y apurado. Acaso no fuera descaminado pensar que Escipión, al fortificar sus posiciones frente a Numancia, destruyera la necrópolis, hasta por el efecto moral que tal hecho pudiera producir a los sitiados. Y no tan sólo permanece para nosotros ignorada la necrópolis celtibérica, sino también la romana, cuyas aras, cipos y lápidas debieron ser empleados como material de construcción en tiempos posteriores.



Escala: | | | | | 40 metros.

Fig. 34.—PLANO DE LAS RUINAS DE NUMANCIA. Levantado por el Arquitecto D. Manuel Anibal Alvarez, con la cooperación de sus compañeros D. Félix Hernández y D. José Rodríguez.

Comprende este plano una mitad de las ruinas de Numancia descubiertas en la meseta del cerro de la Muela de Garray, por la Comisión Ejecutiva de las Excavaciones.—Son apreciables diecinueve calles y otras tantas manzanas. Por el S. la calle A y su continuación por S. y O., la C, que por una plaza enlaza con la N, que es camino de ronda por NO., forman semicintura a la parte central del caserío. Dos calles, la B y la D, se dirigen al NE.; las demás son calles cortas trazadas de E. a O., determinando manzanas rectangulares de casas. En todas las calles el pavimento visible, aceras y pasaderas, son los ibéricos; sólo en la calle J se ha conservado el romano de lo que debió ser el foro. Los restos de casas son ibero-romanos, y entre ellos se advierten algunos de las más antiguas viviendas ibéricas.

También están indicadas las cuevas y pozos de unas y otras.

LAS CALLES DE NUMANCIA.—SU TRAZADO GENERAL.—CALLES IBÉRICAS ; SU EMPEDRADO Y SUS ACERAS.—LAS PASADERAS ; SU DISPOSICIÓN Y SU ORIGEN.—SIGNOS EN LAS PIEDRAS DE LAS CALLES.—LAS CALLES ROMANAS.—SU TRAZADO REGULAR.—SU PAVIMENTO.—EL FORO.—CANALES DE DESAGÜE.

Las ruinas descubiertas mejor apreciables corresponden a la mitad occidental de la meseta del cerro y a una faja meridional. Por ello puede apreciarse, si no en totalidad, de un modo bastante preciso, los caracteres del trazado urbano. Van descubiertas diez y nueve calles completas y veinte manzanas (véase fig. 34, plano de las ruinas de Numancia).

Siguiendo la prolongada y suave curva de la elipse de dicha meseta por occidente, hay dos calles que, en cierto modo, son continuación una de otra. Son, al noroeste, la señalada con la letra N, que, a buen trecho, se convierte en el camino de ronda ya citado ; y la larga calle C, que deja una manzana de casas entre ella y la muralla, volviendo por sudoeste, hasta desembocar en un cruce. De éste y de la calle E parten las únicas dos calles hasta ahora descubiertas, que van hacia el norte, que son la B y la D. Las demás calles, unas doce, están trazadas de este a oeste,

y determinan en igual sentido manzanas casi todas rectangulares.

Se ve, pues, que los numantinos, para resguardarse de los vientos tan violentos y persistentes en el cerro, trazaron muy pocas calles hacia el norte, y las más de este a oeste, y aun éstas, aunque se ofrecen en lo descubierto, cada dos o tres de ellas, como continuación unas de otras, trazáronlas no seguidas, sino escalonadas en el plano, de modo que el encintado de una queda en saledizo respecto de la siguiente.

Las calles es lo que mejor se conserva en Numancia. Integros y casi siempre visibles están su empedrado de cantos y sus aceras.

Pero al visitante, apenas pisa estas calles, ocurre preguntar si son las celtibéricas o las romanas. La contestación es tan fácil como la prueba. Salvo contados casos, el pavimento que se pisa en Numancia es el celtibérico, y pocas veces el romano. Para mejor inteligencia es menester declarar, ante todo, que la ciudad romana fué superpuesta a la ibérica o celtibérica arruinada, y conservado el trazado de calles, sin más diferencia que rectificarle y regularizarle, modificándole muy rara vez y en trozos pequeños. El afirmado de las calles romanas se hizo sobre los escombros y la tierra arrojada al efecto sobre las calles celtibéricas, que quedaron sepultadas e intactas. Por eso han podido ser descubiertas, levantando esa capa de afirmado, cuyo espesor es de unos 50 a 60 centímetros, y en la cual se han recogido multitud de objetos. En ciertos sitios se ha conservado el nivel y empedrado romano, por ser interesante. Además de su distinta altura difieren unas y otras calles por sus distintos caracteres.

Examinemos las calles ibéricas. Los celtíberos no

R U I N A S D E N U M A N C I A

se cuidaron del trazado a cordel, y así, sus calles, aunque rectas, por lo general son tortuosas; su anchura es desigual. Fijémonos en una calle como ejemplo: la C. Por el comienzo, al sur, mide 5,37 metros de anchura, y ésta es por el comedio 3,30 metros, de lo que corresponde al arroyo 4 y 2 metros, respectivamente, y lo restante a las aceras.

Las aceras de las calles numantinas están forma-



Fig. 35.—CALLE IBÉRICA (A) CON SUS PASADERAS. (Foto Mérida.)

das por enormes cantos sin labrar, asentados en el borde de la calle de modo que ofreciesen una cara plana en la parte superior, desgastada por las pisadas, y dejando lo demás, hasta los muros de las casas, de tierra. El empedrado del arroyo es de piedra de cuña, mejor dicho, de cantos, algo desigual, y en él se advierte y pueden seguirse muy bien las huellas de los carros, que produjeron el natural desgaste.

Es característico de las calles de la Numancia ibérica la colocación de grandes piedras en el arroyo, para, sin pisarle, poderle atravesar en tiempo de nieves, lluvias, etc. Se ven estas pasaderas alineadas cada cuatro, seis u ocho o diez metros: una sola pasadera, cuando la calle es estrecha; dos, tres y hasta cuatro, enfiladas, cuando es ancha. Son cantos escogidos de intento, redondos, cuando están aís-



Fig. 36.—ENCUENTRO DE LAS CALLES A E I. (Foto Mérida.)

dos, y con frecuencia oblongos, colocados en el sentido de la calle cuando son dos o más.

Pasaderas así dispuestas, pero labradas regularmente y de forma oblonga, hay en Pompeya. Pero la pasadera no es de origen romano, sino cartaginés: lo prueba el hecho de haberlas hallado en las calles de Cartago, bajo las cenizas del incendio que puso a esta ciudad Escipión, lo mismo que ha sucedido en Numancia. A los cartagineses se debe, pues, en Iberia el uso de pasaderas, y es de notar que, en

cambio, no las hay en las calles romanas de Numancia.

En la esquina de alguna calle ibérica, el grueso canto de la acera tiene grabado un signo del alfabeto ibérico. Tal sucede en el ángulo de las calles I y B, donde se ve el signo , *1*. En unas piedras aprovechadas por los constructores romanos en un muro de la manzana I sobre la calle D, se ve ese mismo signo y también la *swastica* . En otra piedra de ángulo y en otras varias del cerro se ven pequeñas oquedades más o menos dispuestas en orden que, según alguna opinión, pudiera pertenecer a la llamada escritura ófmica, de que se ocupó el erudito inglés Rivett Carnac, con referencia a varias de España, y que se creen de las Edades de la Piedra y del Bronce, de las que algunos objetos se han hallado en el cerro.

Las calles romanas, cuyas aceras son perfectamente visibles en casi todas, sobre la capa de tierra depositada encima de las ibéricas, se reconocen por su trazado regular, estando sus aceras tiradas a cordel. Por lo general, al hacer los romanos esta rectificación ensancharon las calles.

El pavimento, que en mucha parte faltaba, es donde pareció completo, de cantos menudos en calles secundarias, y de cantos grandes y planos en las principales, del mismo carácter, aunque algo tosco y modesto, que en las ciudades romanas en general, y como bien hecho lo hemos descubierto en Mérida.

Las aceras son, como las ibéricas, de tierra, con solamente el borde o encintado de piedra; pero estas piedras están labradas en forma paralelepípeda y son altas, por lo común.

Dos rectificaciones notables de trazado hay que

señalar: una es la que se manifiesta en la desembocadura de la calle C a la B, cortando en línea oblicua el trazado ibérico; la otra, es bien visible, se encuentra al final de la calle I y su salida a la B, pues las aceras ibéricas quedaron, la de la derecha, por bajo de una casa romana, y la de la izquierda, bajo el pavimento de la calle superpuesta.

La calle romana más importante de todas es la I,



Fig. 37. — CALLE I, CON EL PAVIMENTO ROMANO Y RUINAS CONTIGUAS. (Foto Mérida.)

situada en sitio alto y trazada de ese a oeste. Se ha conservado su pavimento de cantos planos, y es bastante ancha. Esta calle fué ya descubierta por el señor Saavedra, y nuestra Comisión ha completado el descubrimiento. Creo que esta calle fué el foro de la modesta ciudad romana. Convence de ello su situación, pues por el este enfila con el comienzo de la bajada que por esa parte tiene hacia el sur el ce-

ro, y que debió ser un camino; y por su salida occidental comunica con la larga calle B, que permitía cruzar la ciudad de norte a sur, y en esta dirección, salir de ella. Por otra parte, persuade de ello que en tal sitio se encuentre el templo descubierto por el Sr. Saavedra.

En algunas calles romanas y aun en alguna ibérica se han descubierto canales hechos simplemente con cantos, sillarejos o losetas para favorecer el desagüe de las calles en los sitios de acentuada pendiente. Tal es el caso en la calle T, continuación de la D por el sur. Pero la obra romana más notable de este género es la canal cubierta, especie de cloaca en pequeño, descubierta en la calle LL, y construída sobre el pavimento ibérico en el medio, formando una línea de 100 metros de longitud en bajada hacia occidente.

Es una canal construída con losetas que forman suelo o fondo, paredes verticales y cubierta horizontal, dando una sección cuadrada. Sus dimensiones por el interior son de 0,30 metros de ancho y 0,35 metros de altura.

En algunas aceras romanas hay canales que, penetrando en las casas, vertían a los pozos.

III

LAS CASAS IBÉRICAS.—LO QUE PUEDE APRECIARSE DE SU ARQUITECTURA; SUS MATERIALES.—DISPOSICIÓN DE SUS MUROS.—LAS CUEVAS.—LO QUE EN ELLAS SE ENCUENTRA.—SU SITUACIÓN.

DE las casas numantinas, tanto las de la ciudad arévaca quemada como de las romanas, se conserva muy poco más que cimientos; de las primeras, porque fueron destruídas, y de las segundas, porque sus piedras fueron extraídas y aprovechadas por las gentes que posteriormente poblaron el llano. Lo visible, por consiguiente, es el esqueleto de la ciudad. Lo débil de tales ruinas ha sido causa de que, al quedar descubiertas, la acción de las aguas y de las nieves y hielos, harto frecuentes en tan duro clima, las haya ido destruyendo y desfigurando, por lo cual, la Comisión decidió cubrir con tierra los hondos huecos que la extracción de la misma abrió entre los muros romanos, dejando no más visibles la parte superior de los mismos, de modo que puede apreciarse su traza como en el plano; pero su profundidad, sólo en contados casos. Dicha medida, que fué necesario tomar, con sentimiento de todos, pero obligados por el deseo de evitar la destrucción

tituyen una característica de la casa arévaca. Eran por lo visto dependencias domésticas necesarias. Casi puede decirse que cada casa tenía su cueva. Se habrán hallado doscientas. Están invariablemente abiertas en el terreno natural ahondando en él cosa de metro y medio o dos metros. Son rectangulares o cuadradas, de unos cuatro o cinco metros por tres; en algún ejemplar el perfil de su boca es ligeramente curvo. Alguna vez junto a la boca de la cueva se



Fig. 39.—RESTOS DE UNA CASA IBÉRICA EN LA MANZANA III. (Foto Mérida.)

han hallado adobes de los muros que prolongaban sus paredes hasta lo alto de la casa. Una cueva se halló en la manzana IV, dividida en dos por un muro de ladrillo de dos metros de altura y 0,22 de espesor; el muro, con caja para un pie derecho de madera (figura 40). Las paredes de las cuevas conservan, por lo general, un enlucido de barro, a veces ahumado, y suele apreciarse más de una capa. Acaso se utilizaron las cuevas como cocinas. Pero de cierto, se utilizaron para guardar o conservar provisiones, pues al fondo y en los ángulos o alineadas junto a las paredes es

R U I N A S D E N U M A N C I A

donde se hallan tinajas y vasijas de todo género. El orden en que se hallan invariablemente escombros y objetos en las cuevas es bien significativo. Al excavar, y, por consiguiente, de arriba abajo, se encuentran primeramente adobes, en su mayoría rotos, y arcilla pulverizada de los mismo, que suele llenar casi toda la cueva; son escombros del hundimiento de los tabiques que las completaban. Debajo aparecen trozos de las vigas de la techumbre, carbonizadas o gran cantidad de carbón procedente de ellas, que fueron lo primero que el incendio destruyó. Entre estos carbonos y cenizas están las tinajas y demás piezas de vajilla, quebradas; rara vez otra clase de objetos. En una cueva de la manzana XIII se encontraron cuatro tinajas, una olla y copas y jarros de varias formas, en número de tres ejemplares de cada una, como correspondientes a tres personas; más una piedra de afilar, bolas y fichas de barro, dos husillos y dos pesas de piedra; el ajuar de una familia.

En una cueva de la manzana V (fig. 41) se encontró en una de las paredes un hueco a modo de alhacena, por cuadrado, que comunicaba con la cueva contigua, y que apareció llena de carbón, con algo de metal, como si hubiese sido de fragua. Pero esto es excepcional, pues aunque suele haber cuevas una al lado de otra, como si dijéramos pared por medio, no se comunican, debiendo haber pertenecido a distintas viviendas.



Fig. 40.—CUEVA CON MURO DE LADRILLO EN LA MANZANA IV. (Foto Mérida.)

Algunas cuevas muestran haber tenido otro uso que el simplemente doméstico. Tal es el caso de una, descubierta en la manzana I en 1919, pues se halló como un resto de horno, con hogar de piedras y la pared socavada en forma cóncava, con el enlucido ahumado; y a un lado, una pila de piedra, acaso utilizada para lavar la arcilla en un alfar, que es lo que pudo ser aquéllo, a cuya idea inclina el hallazgo en tal sitio de pedacillos de barro, como de desperdicio.



Fig. 41.—CUEVAS DE LA MANZANA V. (Foto Mérida.)

Para facilitar la bajada a estas cuevas desde el nivel de la casa, que era el de la calle, debieron utilizar escaleras de mano; pero también se ven en los ángulos de algunas cuevas enormes cantos empotrados, de modo que sus salientes sirvieron para apoyar los pies a tal efecto; y también en algún caso hay, en vez de esto, una escalera de fábrica. El mejor ejem-

plar se descubrió junto al borde de la meseta, en la vertiente oriental, en una cueva de 11 metros de longitud por 2,40 de anchura y 2,15 de profundidad, con las paredes enlucidas y continuadas con adobes sobre la tierra; y con escalera en un ángulo, adosada, de nueve peldaños, tallada en la tierra, con las huellas de piedra, de 1,10 metros de ancho y tres metros de longitud en su desarrollo.

Es bastante apreciable la situación de las cuevas en las casas, o, por lo menos, en las manzanas, pues casi todas están junto a las calles. Acaso para darlas luz, acaso para que fuera más fácil introducir en ellas las provisiones o vituallas que allí almacenasen.

En la manzana XV, junto a la calle Q, y al norte, hay, en la misma línea, hasta seis cuevas, separadas de dos en dos por el pasillo de ingreso a la casa correspondiente; y el mismo orden se sigue en otras manzanas, como en la misma XV, junto a la calle D.

En algunos sitios se ha observado que no ya cuevas, sino habitaciones a más bajo nivel que la calle, y a veces en comunicación, incluso con cueva en lo más hondo, era frecuente. Tal disposición se ofrece como un sistema de la vida troglodítica y también como un modo de procurarse en clima tan duro como el de la meseta castellana, habitaciones subterráneas que permitieran recogerse en tiempo de frío y buscar frescura en el verano, además de conservar mejor en tales sitios las provisiones.

Tal es lo que de la casa ibérica se conoce, lo cual, si no permite reconstituirla, siquiera en su planta, a lo menos, da una idea algo aproximada del sistema de construcción y de las condiciones de la vida de aquellas gentes sobrias y bravas a la vez que industriosas y apegadas a sus costumbres.

IV

LAS CASAS DE LA CIUDAD ROMANA.—CÓMO SE RECONSTRUYÓ NUMANCIA.—PERSISTENCIA DE LOS CARACTERES INDÍGENAS EN LAS VIVIENDAS.—ASPECTO DE LAS CONSTRUCCIONES Y SU DISPOSICIÓN. LAS CUEVAS.—LOS POZOS.—LOS HOGARES.—RESTOS DEL DECORADO.—RASGOS CLÁSICOS.—PERISTILOS O PATIOS

QUIEN conozca por otras ruinas o por las descripciones y representaciones gráficas la casa clásica romana se sentirá un poco desconcertado al no encontrar los caracteres típicos de ella en las de Numancia, y ver además que sus restos, fuera de la diferencia de nivel, se confunden con los de las casas ibéricas acabadas de describir. La razón de ello está en la Historia, en aquel pasaje de Apiano Alejandro, que dice: «Escipión, reservando cincuenta de ellos (los vencidos) para el triunfo, vendió los demás, y echó por tierra la ciudad... después de lo cual vendió las tierras de los numantinos entre *los pueblos inmediatos*.» De aquí se sigue que los repobladores fueron celtíberos sometidos, que, como en otros puntos de la Península, siguieron viviendo conforme a sus costumbres. Los repobladores no trataron de renovar lo que Numancia había sido sin duda, ni menos de engrandecerla, sino de reconstruirla por los

medios más fáciles y económicos, pues, empobrecidos como estaban, no podían aspirar a más. De ser una gran ciudad, Numancia había pasado a ser un lugar humilde, mera *mansión* de la vía militar. Sobre las antiguas casas y calles hicieron las nuevas, sin introducir en la disposición urbana modificación más que en ligeros detalles. Lo hicieron sin lujo, y por eso no hay mosaicos ni mármoles y otros embellecimientos. Por lo dicho, los restos arquitectónicos a que nos referimos, si no son de una ciudad clásica, son en cambio, de una ciudad ibero-romana; por esto, lejos de ser un defecto es una ventaja, porque permite conocer el carácter de la vida indígena bajo la dominación de aquel poderoso pueblo.

Poco más que cimientos queda, en la mayoría de los casos, de tales casas.

En el dédalo de muros y cimientos visible no se llega a diferenciar de un modo preciso dónde acaba una vivienda y empieza otra, pues los espesores de los muros no son bastante para determinarlo siempre, ni tampoco es apreciable la disposición de las partes de la vivienda, para deducirlo.

Algunas de ellas conservan el umbral de la entrada desde la calle, que es de piedra, gastada por el uso, alguna vez con las cajas del cerco de la puerta y mortaja cuadrada para el pasador vertical, de lo que se deduce que la puerta era de dos hojas. De las que ponían en comunicación las habitaciones, rara vez se advierte el hueco o el umbral. Forman los muros un trazado de habitaciones cuadradas o rectangulares, triangulares algunas veces. El ingreso suele ser como en las casas clásicas romanas, un pasillo (*fauces*); pero el recinto en que desemboca no tiene la disposición y forma típica del *atrio* rodeado de *cu-*

R U I N A S D E N U M A N C I A
bícula o alcobas. Por excepción, en casas mejor construídas hay peristilos.

El material empleado en la construcción es piedra, empleada en sillarejos, desigualmente labrados por lo general, y a lo más sólo por su paramento y cara de asiento, en la que la hilada es doble, o sea a dos caras, en los muros más gruesos, cuyo espesor es de 60 a 70 centímetros, y sencilla en los débiles, que miden 30 ó 40 centímetros, siempre recibidas con barro. Por excepción se han hallado muros de sillares pequeños, de forma paralelepípeda en las construcciones mejores, como también grandes y cúbicos para apoyo de soportes, pilastras o columnas de las que sólo se han descubierto contados ejemplares.

Excusado parece decir que del maderamen de los entramados y cubiertas no se ha descubierto nada; pero sí tejas, tanto planas (*tégula*) como curvas (*imbrex*), características del tejado romano, y aun alguna antefixa de barro con una cara en relieve, empleadas, como se sabe, para cubrir sobre el alero los huecos de las tejas en las fachadas.

Un departamento hay común a las casas de la ciudad quemada y a las de la romana: la cueva, sólo que en las segundas se encuentra rara vez, y sus paredes están revestidas de sillería, mejor dicho, de sillarejos. Su situación es también junto a la calle; su forma, también cuadrada o rectangular; su destino el mismo, pues en ellas se ha encontrado cerámica, aunque en mucha menor cantidad.

En la manzana I, al lado de la calle A, hay una de estas cuevas, cuya boca mide 3,80 metros por 2; su profundidad es de 3,50 metros, y sus muros están en ligero talud. En la misma manzana se ha descubierto otra cueva con escalera de bajada. Otra cueva idéntica se ve en la manzana VIII. Junto a la calle C,

en la manzana IV, hay otra cueva cuadrada. Pero la más importante de todas se encuentra en la manzana VI, al borde mismo de la calle D. Mejor construída



Fig. 42. — POZO ROMANO.
(Foto Mérida.)

que las anteriores y de muros rectos, mide su boca cuatro metros por 2,80, y su profundidad es de 2,30 metros. Seis grandes pilares cuadrangulares y de toda esta altura, colocados cuatro en los ángulos y dos al comedio de los lados largos, sin duda para mejor sustentar la techumbre, di-

viden y refuerzan los paramentos de sillería. En el ángulo sudéste hay un poyo cuadrado y de poca altura que debió servir de apoyo al tramo de escalera de madera que arrancaríá de la boca.

Más abundantes, por lo general, son en las casas romanas los pozos o cisternas, situadas también, con mucha frecuencia, al lado de las calles y con una canal que vierte en ellos. Son circulares, revestidos de sillarejos en toda la superficie cilíndrica. Su diámetro suele ser de



Fig. 43.—HOGAR DE UNA CASA ROMANA. (Foto Mérida.)

poco más de un metro, algunos de 1,50 ó 2 metros, y la profundidad, de 2,50 a 3 metros. Excede a todos en tamaño uno inmediato a la calle D (próximo a la casa del guarda), y hoy cegado, que mide 2,47 metros de diámetro y 4,90 de profundidad. En una casa exca-

vada por el Sr. Schulten en la manzana IV hay, a uno y otro lado de la angosta entrada, en una especie de patio, dos pozos.

En algunas casas se han descubierto hogares, construídos exactamente como las bocas de los pozos. El mejor de todos se halla al noroeste, en el centro de una habitación cuadrada y pequeña (véase figura 43).

En varias casas se han descubierto espacios empedrados que debieron ser cuadras o patios. Los pavimentos de las habitaciones suelen ser de lajas o losetas cortadas sin simetría y sentadas sin orden, denotando lo humilde de los moradores. R a r a vez se ha visto resto de pavimento de cemento y aun más raro ha sido recoger suelta alguna *tessella* o cubito de piedra de mosaico bastante ordinario, demostrando que los pavimentos que hubiera de este género se destruyeron.



Fig. 44.—ENTRADA DE UNA CASA IBERO ROMANA, POR LA CALLE C. (Foto Mérida.)

Con más frecuencia se han hallado en las paredes trozos de su enlucido, pintado del color rojo característico de la decoración clásica y aun de otros colores y con adornos.

En algunas casas, el ingreso está indicado por un espacio entrante o recuadrado sobre la acera. Tal se ve en una casa de la calle C, esquina a la B. Dicho ingreso debió tener un cobertizo, de cuyos soportes son dos sillares cilíndricos que parecieron (uno res-

ta en su sitio), a los lados de la puerta. Comunica ésta con un pequeño atrio, que da entrada por su lado derecho a una cueva, de forma trapecial, porque el solar es irregular, y a una habitación cuadrada (*cubiculum*), y al fondo comunica con un corredor, por el que se pasa a una habitación grande que da paso a otra menor, y que caen del lado izquierdo de la casa. Del lado opuesto y con entrada por el lado derecho del pasillo, a su final, se encuentra un recinto que

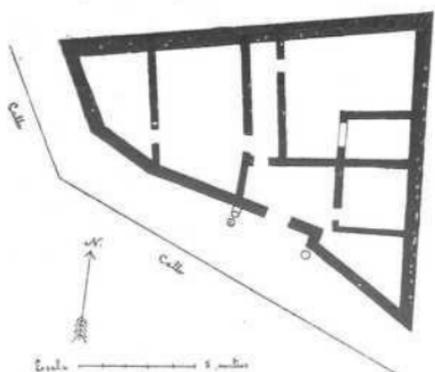


Fig. 45.—PLANTA DE UNA CASA IBERO ROMANA DE LA CALLE C.

acaso fuera patio, y en él una habitación pequeña (figs. 44 y 45).

En una casa de la manzana XVII, junto al borde septentrional de la meseta, hay dos recintos que debieron ser patios o corrales, pues sus dimensiones son excesivas para simples habitaciones: uno mide 19,60 metros por

4, y otro 7,90 metros por 6,50. En la misma manzana, al occidente, hay una casa en la que se advierten caracteres algo más romanos que en lo general. Tiene su entrada por la calle Q, en forma de pasillo, como es corriente; luego se encuentra un resto de peristilo o atrio corintio, con los arranques de seis columnas, y a cuyos lados hay habitaciones.

Las casas romanas mejores en lo hasta ahora descubierto, se encuentran en la manzana I entre las calles A y U. Por cierto que el trazado de la calle U fué rectificado por los romanos, modificando notablemente el de la ibérica hasta el punto de que una buena parte de ésta quedó escondida por bajo de

la construcción romana, que en ese punto se compone de dos largos muros paralelos de sillería, bastante sólidos y bien hechos, de 1,50 de altura por algunos sitios.

Desde uno de estos muros en sentido normal se ve un recinto a más bajo nivel que las habitaciones contiguas. Es un recinto rectangular, grande, cuya longitud de norte a sur es de 13,10 metros, y su anchura de 6,45 metros. La altura de lo que resta de sus muros es de 1,75 metros. La fábrica es de sillería, interrumpida a distancias iguales por pilares cuadrangulares. El recinto está dividido en dos por un zócalo de sillería corrido en el sentido de la anchura y solamente interrumpido a la parte oriental por dos anchos escalones de piedra, que, completando la divisoria, bajan al segundo recinto, que es el menor y septentrional. El meridional tiene de longitud desde el muro de fondo al zócalo 8,40 metros. No hay en ninguno de los muros rompimiento ni huella de escalera de fábrica. Debió haberla, sin embargo, y al final de ella serían los dos escalones antedichos. En el recinto mayor, al comedio de la anchura, y a 2,74 metros del muro del sur, hay un pedestal cúbico liso, de 0,50 metros, aislado, sobre el cual debió elevarse una columna, de la que se hallaron dos troncos del fuste, de piedra, la cual estaba a eje de dos de los pilares laterales, y sustentar, por lo tanto, la techumbre de una galería meridional. Lo demás hasta el zócalo debió ser patio al descubierto.

En la misma manzana se ven dos construcciones análogas a la descrita, tanto por los materiales como por la traza, que aun es más característica de peristilos. Poco más bajos que la calle U, son subterráneos de dos metros de profundidad (por el declive del terreno), con relación a la calle A, estando jun-

to a la primera. Tuvieron comunicación con las habitaciones altas de las respectivas casas por sendas escaleras de piedra, de las cuales una se conserva completa, junto a un ángulo del peristilo. Son estas construcciones rectangulares, de 11 metros por 6,85 y 13 metros por 7,05; ambas con galerías, dos en cada uno, y en ángulo, de modo que se desarrollan en el sentido de la longitud y en el de la anchura, separadas del patio por un zócalo corrido. En los muros laterales hay sillares cúbicos para pilares y en el zócalo también, subsistiendo algunos pilares en el peristilo mayor. En el espacio libre hay, como en el recinto anteriormente descrito, pedestales aislados, uno en el peristilo menor (debe faltar otro), y dos enfilados en el mayor, para columnas, de las que se han encontrado varios trozos, una completa, de orden toscano, bien labradas, en piedra (figura 46). No tienen estos peristilos la regularidad clásica, sino que son variantes del tipo originario. Sobre las columnas y pilastras apoyaron los entablamentos y entramados de las techumbres de estos peristilos abiertos a los lados del patio.

El patio fué esencial en la casa itálica, como en la oriental. Pero estos patios numantinos difieren de los itálicos en que están a más bajo nivel que la calle y el resto de la casa. Son en mayor tamaño que las descritas cuevas ibéricas, una dependencia subterránea de la casa. ¿Se trata de una disposición de casa romana de origen ibérico? Pudiera ser; y en este caso, no sería muy aventurado admitir que el sistema fué adoptado también en Africa, pues hasta ahora en este país es donde se habían descubierto, en Thugga, casas con patio en el subsuelo respecto de las habitaciones y de la calle (1).

(1) Cagnat y Chapot, *Archéologie romaine*, 297.

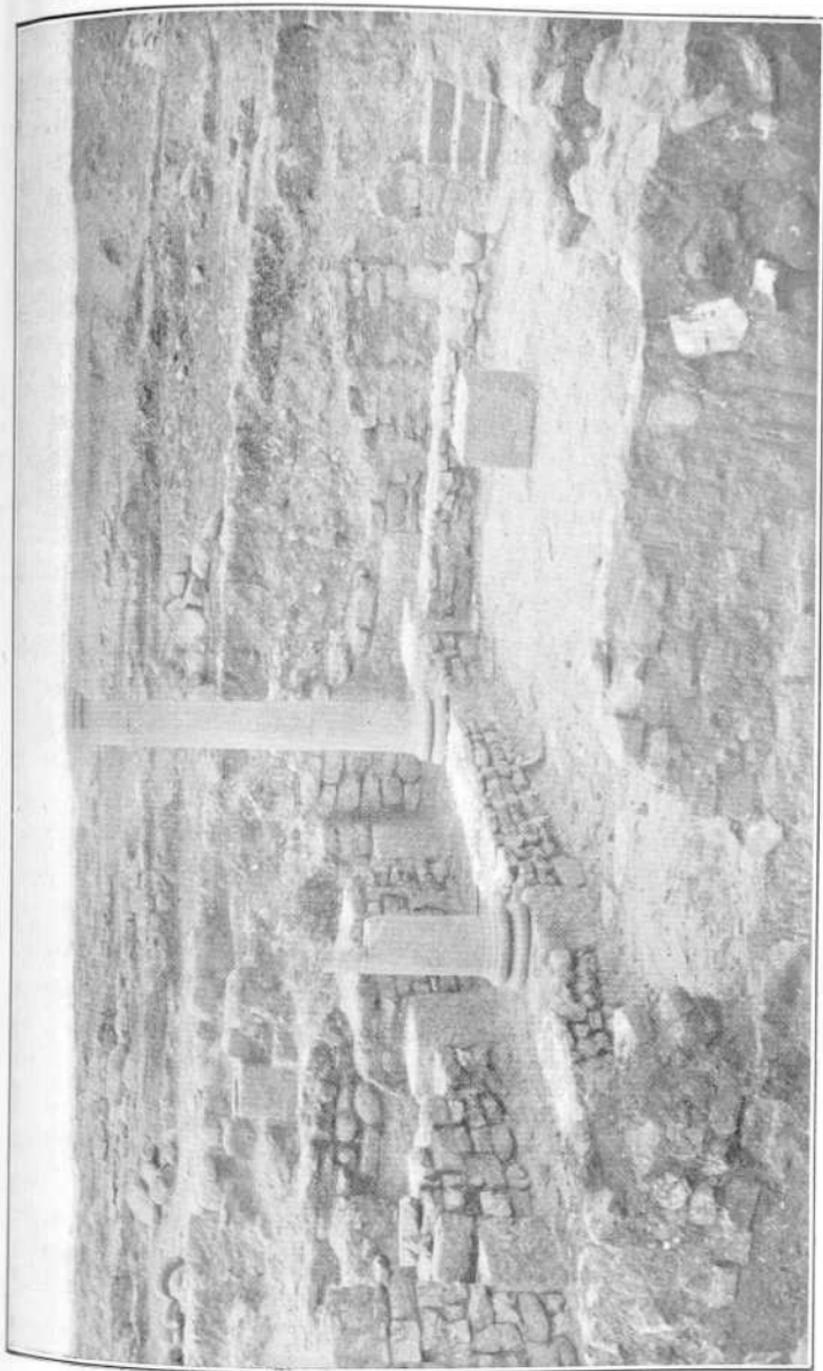


Fig. 46.—PERISTILO DE UNA CASA ROMANA DE LA MANZANA I, CONTIGÜO A LA CALLE U. (Foto Melida.)

Nótese que las importantes casas romanas de Numancia a que nos referimos se hallan situadas en la parte meridional, la más abrigada de la ciudad.

Las demás construcciones romanas hasta el presente descubiertas no fueron viviendas, sino edificios públicos.

V

EDIFICIOS PÚBLICOS ROMANOS.—EL TEMPLO.—LAS TERMAS DE LA PARTE ORIENTAL.—EDIFICIO DEL CENTRO DE LA MESETA.—EL HORNO.—EL SUBTERRÁNEO.—¿TERMAS?

EN la Memoria que en 1867 dirigió a la Academia de la Historia la Comisión encargada de practicar las excavaciones en que tanta parte tomó D. Eduardo Saavedra, se mencionan, entre los descubrimientos conseguidos en Numancia, los restos de un templo emplazado esquina a dos calles, las cuales no son otras que las que hoy designamos con las letras J, que es el foro, y D, que es la más larga, que cruza la ciudad, subiendo de sur a norte, de modo que se encontraba en el centro de ella. Hace constar dicha Memoria que si apenas se encontraban piezas de sillería en las ruinas numantinas era porque los labradores las buscaban con afán en todo tiempo, sirviéndoles el cerro de cantera; y hay que añadir que, a pesar de los cuidados de la Academia para asegurar la conservación de lo entonces descubierto, ese despojo continuó hasta que en los últimos años fueron adquiridos por el Estado los terrenos de la meseta que constituye el campo acotado para las ex-

cavaciones. El edificio era de planta rectangular, de 19 metros de longitud y 14 de anchura. El indicio de que fuera templo lo constituían los restos de su fachada: dos pequeños contrafuertes a modo de antas, separados cerca de seis metros; tres basas molduradas (hoy en el Museo), halladas a corta distancia; y, arrojadas a un pozo inmediato, dos aras de piedra con inscripciones, dedicadas, una a Júpiter y otra a Marte. Tirado asimismo allí encontraron nuestros



Fig. 47.—RESTOS DE UNAS TERMAS DESCUBIERTAS POR EL SR. SAAVEDRA. (Foto Mérida.)

obreros un bello brazo de estatua de bronce, algo mayor que el natural, que debió pertenecer a una imagen del mismo templo.

Los restos de edificios contiguos situados en el foro, deben algunos pertenecer a dependencias públicas, ta-

les como curia o tribunal, basílica o casa de contratación, sin que permita asegurarlo el mal estado de conservación de aquéllos.

Mejor determinados están los restos de unas termas que hacia la parte oriental de la meseta, apenas explorada todavía por nosotros descubrió también D. Eduardo Saavedra. Lo que de ellas se conserva característico son dos grandes pavimentos de hormigón, como de fondo de piscinas, y una canal de lo mismo, para conducción de agua, que baja desde un pozo inmediato (fig. 47).

Nos resta hablar de otro edificio importante, situado en el centro de la ciudad y parte más alta de la meseta, descubierto en 1916 al explorar la manzana XIII. Su área, no pequeña, está limitada al este por la calle D, y al sur y norte por las calles LL y M. Al levantar la tierra vegetal acumulada en torno del monumento con que quiso glorificar a Numancia la Sociedad Económica de Soria, en 1842, se vió que el pedestal que constituye lo entonces logrado había sido intencionadamente cimentado entre los cuatro muros de una construcción antigua, muy sólida, de ladrillo, revestida de duro cemento, que denota por todo esto ser romana, y de planta rectangular, la cual mide de longitud de este a oeste, 15 metros; de ancho, 7,75, y de altura 1,40 metros. Los dos largos muros de norte y sur están perforados al nivel del suelo por una serie de bocas cuadradas de 15 centímetros por lado, que acaso fueron bocas de calor de un horno, pues esto puede presumirse fuera tan singular construcción. Boca del horno parece haber sido un pequeño hueco o abertura que se ve en el lado oriental, en fábrica de ladrillo. Su interior está formado por un recinto rectangular, ocupado por el pedestal antedicho y piedras de relleno; y aun se prolonga la fábrica por occidente formando un macizo, al parecer, en cuyo plano superior, que se halla a un metro de altura, se ven dos canales de cemento, de las que la más entera se prolonga fuera del edificio, bajando en declive a verter a la cloaca de la calle LL ya mencionada.

En sentido normal a esta construcción, y separada de ella unos cinco metros, se ve otra, diferente, y no menos curiosa. Es también rectangular. Su fábrica es de sillarejos y consiste en un recinto subterráneo, como los patios de casas ya descritos. Su

pavimento se encuentra a 2,10 metros de profundidad del nivel de las galerías que rodean este recinto, y habitaciones varias del edificio. Mide el recinto 9,05 metros de longitud y 4,20 de anchura, la cual es mayor por la parte norte, a causa de una prolongación o ala (acaso para la escalera) de 1,90 metros de fondo. En el eje mayor del rectángulo y a su comedio, se alzan dos pilares cuadrangulares, monolitos, de grosera talla, que debieron estar enlucidos, sentados sobre piedras, distantes uno de otro 1,08 metros, y que miden de altura 2,35 y 2,00 metros. Estos pilares debieron sustentar vigas de piso. Las paredes conservaban revestimiento de grueso enlucido con decoración pintada al estilo pompeyano, consistente en fajas y recuadros, de colores rojo, azul, verde, amarillo y blanco, con motivos vegetales y ornatos.

Lo que se conserva de las demás habitaciones o dependencias, por lo general pequeñas, y que con el horno, parecen haber formado un solo e importante edificio, no ofrece particularidad digna de mención. En cuanto a cuál pudiera ser el destino del edificio, nos ocurre si sería unas termas, a cuyo *caldario* pertenecería el horno con las bocas radiadoras de calor.

Si termas fueron este edificio y el anterior, y si fueron públicas, debieron ser unas para hombres y otras para mujeres.

V
LOS CAMPAMENTOS

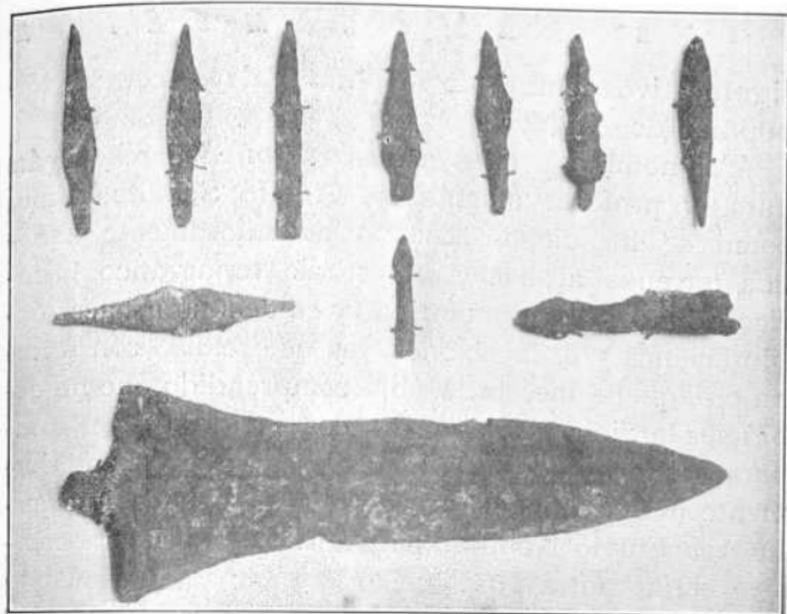


Fig. 48.—ARMAS DE HIERRO HALLADAS EN NUMANCIA.
(Foto Mérida.)

I

LA GRAN ATALAYA.—TRABAJOS DE DESCUBRIMIENTO REALIZADOS POR EL PROFESOR SCHULTEN.—CAMPAMENTOS SUCESIVOS.—SUS MURALLAS.—CONSTRUCCIONES INTERIORES.—DISTRIBUCIÓN DEL EJÉRCITO EN ELLOS.—FECHAS A QUE CORRESPONDEN ESTOS CAMPAMENTOS.

A seis kilómetros al este de Numancia, y a poca distancia, en igual dirección, del pueblo llamado Renieblas, hay un cerro en medio del llano, de figura un tanto oblonga, y, como el de Numancia, con una extensa meseta en declive de norte a sur. Por los restos de antigua fortificación que en esa meseta sobresalían de la tierra, viene dándosele al cerro el

significativo nombre de la *Gran Talaya*, contracción popular de Atalaya.

Tal nombre y tales ruinas fueron poderoso imán para el profesor alemán D. Adolfo Schulten, que, como se ha dicho, recorrió cuidadosamente aquellos terrenos al hacer su estudio topográfico histórico de la guerra numantina, y se decidió a hacer exploraciones y excavaciones, las que realizó con fortuna en aquella meseta. Había comprendido que no debió ser la dicha Atalaya otra cosa que el primer campamento levantado para la expresada guerra, anteriormente a Escipión; el campamento en que situó sus fuerzas Fulvio Nobilior para dirigir la primera ofensiva seria contra Numancia; el campamento en que luego cercaron los numantinos a Mancino, obligándole a ajustar con ellos una paz vergonzosa para Roma, y donde estableció después Escipión la base de sus operaciones y verosíblemente los depósitos de víveres para sus tropas y del material de guerra. Verdad es que son seis y no cuatro y medio kilómetros, que es el equivalente a los 24 estadios señalados por Apiano, lo que dista de Numancia. Pero lo descubierto y la situación convencen.

Cuatro campañas de excavaciones hizo hasta 1912 en aquel sitio el Sr. Schulten, auxiliado del señor Koenen, del Museo de Bon, y de algunos jóvenes arqueólogos pensionados por el Instituto de Berlín.

Bien pronto pudo apreciar el explorador que las fortificaciones no solamente ocupaban la meseta del cerro, sino que se extendían por la pendiente y por el llano, demarcando una superficie de dos kilómetros cuadrados; que los restos correspondían a más de un campamento, lo cual supone, desde luego, sucesivas reconstrucciones en aquella larga campaña. El trazado de un campamento vino, en parte,

a destruir el del anterior, y así, las líneas de fortificación cortan otras anteriores. Hasta cinco campamentos sucesivos parecen reconocerse. De dos queda muy poco; de tres, mucho (véase la figura 49), lo bastante para dar idea de su disposición perfecta conforme al sistema de castrametación descrito por Polibio.

Estos campamentos, como todo castro, estaban defendidos por murallas cuyo recinto es cuadrado, más o menos regular. Las murallas, de que se conservan buenos restos, son como las construcciones interiores, de piedra, igual que en Numancia. El espesor de las murallas de recinto es de tres metros, por término medio. Los lienzos, por su exterior, se ofrecen como construcción seguida y lisa; por su parte interior se ven interrumpidos y reforzados a distancias uniformes por torres cuadradas, destacadas del muro hacia dentro (con rara excepción), sin duda para mejor disimularlas. El área del recinto es varia en cada campamento. El mayor de todos los descubiertos y de cuantos se conocen, en opinión del Sr. Schulten (véase su Memoria en el *Jahrbuch* o Anuario del Instituto Arqueológico Germánico de 1911), mide 931 metros de longitud.

Consiguió el explorador descubrir algunas de las puertas fortificadas, esto es, flanqueadas de torres cuadradas; apreciar las vías *principalis* y *quintana*, que dividían el campo, separando el grueso de las tropas de la oficialidad, y los cuerpos de ejército, respectivamente; los grupos regulares de cimientos que componen en series iguales las tiendas de los manípulos (o compañías de 120 infantes) de que entonces se componía el ejército romano; las tiendas y cuadras de la caballería y las dependencias para la impedimenta.

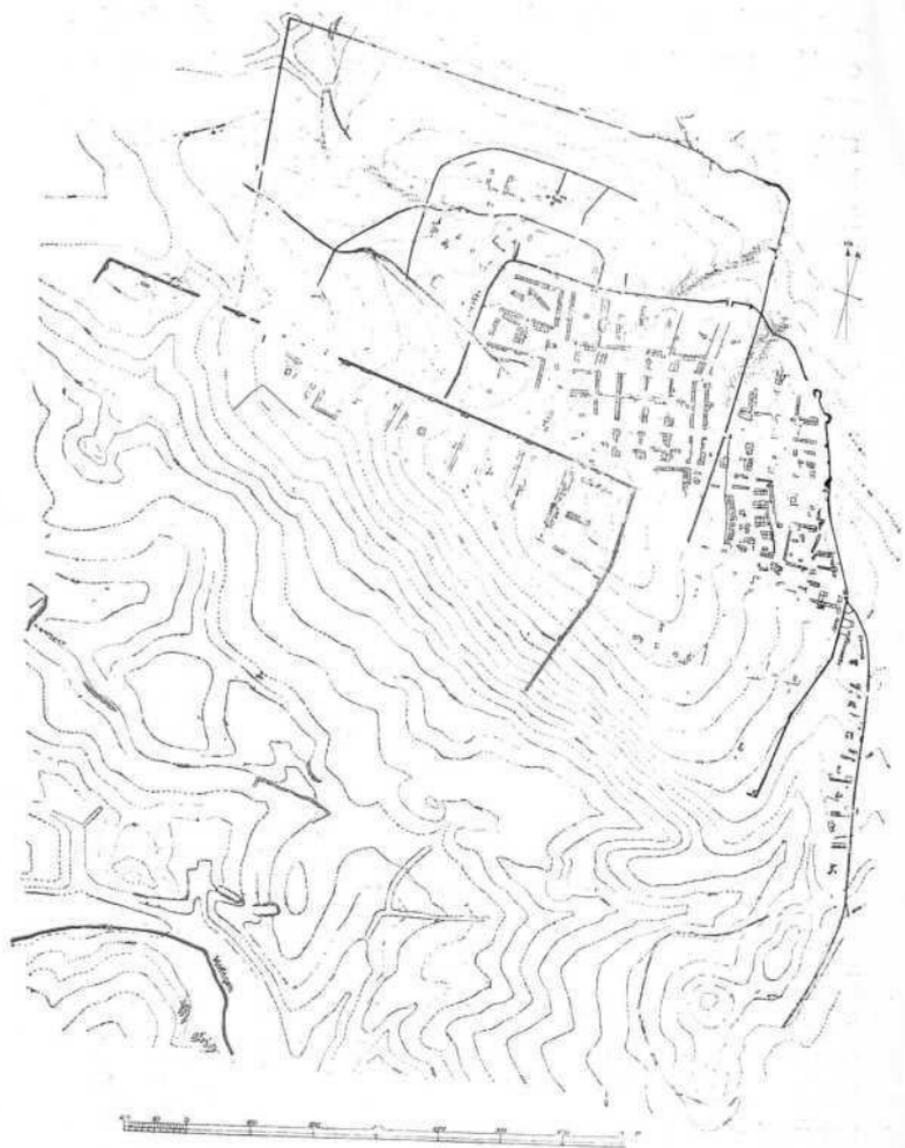


Fig. 49.—RESTOS DE LOS CAMPAMENTOS DESCUBIERTOS EN RENIEBLAS.
 (Del *Jahrbuch des Deutschen Archäologischen Instituts*, 1911. *Ausgrabungen in Numantia*, por A. Schulten.)

Los campamentos de Escipión, de los que se hablará, no se ajustan, contra lo que podía esperarse, al sistema o modelo que de ellos señala Polibio; pero a él responde en un todo uno de los de Renieblas. Véase cómo lo expresa y describe el descubridor, señor Schulten (*Mis Excavaciones en Numancia*. Barcelona, 1914, p. 27):

«El tercero, el más antiguo de los tres grandes campamentos, corresponde tan perfectamente en todas sus partes esenciales al campo de Polibio, que puede decirse que es su comentario monumental. En él se encuentra la misma disposición de los seis cuerpos que forman la legión: *equites romani* y *triarii*, *principes* y *hastati*, *equites* y *pedites sociorum*, dispuestos en tres grupos, uno detrás de otro, y la de cada cuerpo en diez cuarteles colocados en fila. Se encuentra la *Via Quintana*, que divide estas filas de a diez en dos mitades de a cinco cuarteles cada una; hay también la *Via praetoria*, que conduce al pretorio, y la ancha *Via principalis*, la calle mayor del campamento. Como en Polibio, las dos filas de un grupo de cuerpos se tocan por detrás y dan con su fachada a la calle. Los cuarteles para *manípulo* y *turna* forman una herradura con dos alas, en donde están alojadas las tropas, y con el edificio del medio que las junta y que contiene las cuadras para las bestias de carga.

»El primer aposento de las dos alas, habitado por el centurión Optio Signifer, se caracteriza por sus grandes dimensiones y tiene un cuerpo de guardia donde se podía ver a todo el que entraba o salía. Los 120 hombres del *manípulo* se dividen, lo mismo que en la batalla, en dos centurias de a 60 hombres, y la centuria acampa en diez aposentos de a seis hombres, que forman en la batalla una sección. Con esta

concordancia de formación en la batalla y en el campamento, el *manípulo* se podía formar en un momento en el patio del cuartel.»

Cree el Sr. Schulten que este campamento fué el construído en 153 por él cónsul Nobilior, para invierno; que el campamento cuarto, sin construcciones interiores, debió ser para verano, y el quinto, que las tiene, para invierno, ambos construídos por un mismo general, debieron serlo para el ejército de ocupación después de la destrucción de Numancia, pues están situados en su mayor parte en la llanura, y además indican su fecha las monedas y objetos encontrados, por donde conjetura deben datar de los años 75 a 74 (a. de J. C.), en que tuvieron lugar las luchas de Pompeyo y Sertorio, hacia la línea del Duero; y añade que el campamento quinto, por su disposición para 30 manípulos, o sea 10 cohortes, supone la organización militar de Mario.

Dedúcese de lo dicho que de los campamentos de Renieblas o de la *Gran Atalaya*, unos son anteriores y otros posteriores a los que construyó Escipión para cercar Numancia.

II

CAMPAMENTOS SITIADORES DE NUMANCIA.—DESCUBRIMIENTOS Y DESCRIPCIONES DEL PROFESOR SCHULTEN.—EL CAMPAMENTO DE PEÑA REDONDA.—CAMPAMENTO DE ESCIPIÓN EN EL CASTILLEJO.—CAMPAMENTOS DE MARCELO Y DE POMPEYO, EN EL MISMO SITIO.—FORTIFICACIONES DE LA CONTRAVALACIÓN.—LOS SIETE CAMPAMENTOS, Y EN PARTICULAR LOS DE LA DEHESILLA Y DEL MOLINO.—OBJETOS ENCONTRADOS

SUMARIAMENTE quedan descritas las fortificaciones con que Escipión logró encerrar en un vasto anillo a Numancia, e indicados los restos de murallas, torres, fuertes y campamentos que el profesor Schulten logró descubrir en sus campañas de los años de 1906 a 1908 (véase la figura 50). Por haber sido hechas estas exploraciones en terrenos de labor, arrendados temporalmente al efecto, las zanjas fueron luego cubiertas, y, por tanto, la mayoría de esos restos no son hoy visibles. Para conocer con todo detalle esa obra de fortificación, hay que acudir a las descripciones publicadas por el explorador alemán durante el curso de sus trabajos en *Jahrbuch* o Anuario del Instituto Arqueológico Germánico y en el *Bulletin Hispanique* de Burdeos, de 1908 a 1910.

Traspasaríamos los límites de la información re-

sumida que nos hemos impuesto, si fuésemos a darla aquí detallada de todos los descubrimientos. Pondremos, pues, nuestra particular atención en los campamentos importantes, que fueron lo principal de dicha fortificación.

El campamento mejor conservado y explorado casi en totalidad fué el de *Peña Redonda*. Ocupa, como ya se indicó, la meseta de una colina bastante aislada y elevada, para ofrecer buena posición estratégica, al sur-sudeste de Numancia, a unos 500 metros, y casi dominándola, de modo que los sitiadores de la plaza podían desde allí observar lo que en ella pasara. Bien fortificado, menos por donde el talud a pico reemplaza al terraplén, se extiende en una longitud de 580 metros, y una anchura que varía entre 100 y 170 metros, según permitió la configuración de la meseta.

En la línea del recinto, en unos 200 metros de longitud, hay un terraplén en vez de muralla, en el cual se aprecian entrantes y salientes no naturales, sino practicados para la defensa. En un trozo pudo comprobar el explorador la existencia de un foso de 10 metros de ancho, y en todo el contorno interior del recinto el camino de ronda (*intervallum*) y una garita cuadrada para los centinelas.

De las puertas, la mejor conservada es la *porta praetoria*, ancha, de cinco metros, apreciable entre las gruesas piedras del terraplén y defendida por dos torres. A un extremo del terraplén hay otra puerta protegida de modo que de atacarla el enemigo descubriese el flanco derecho, no protegido por el escudo. Una abertura abierta en el terraplén indica la *porta decumana*.

Será oportuno advertir que reglamentariamente el campamento romano tenía cuatro puertas, una al co-

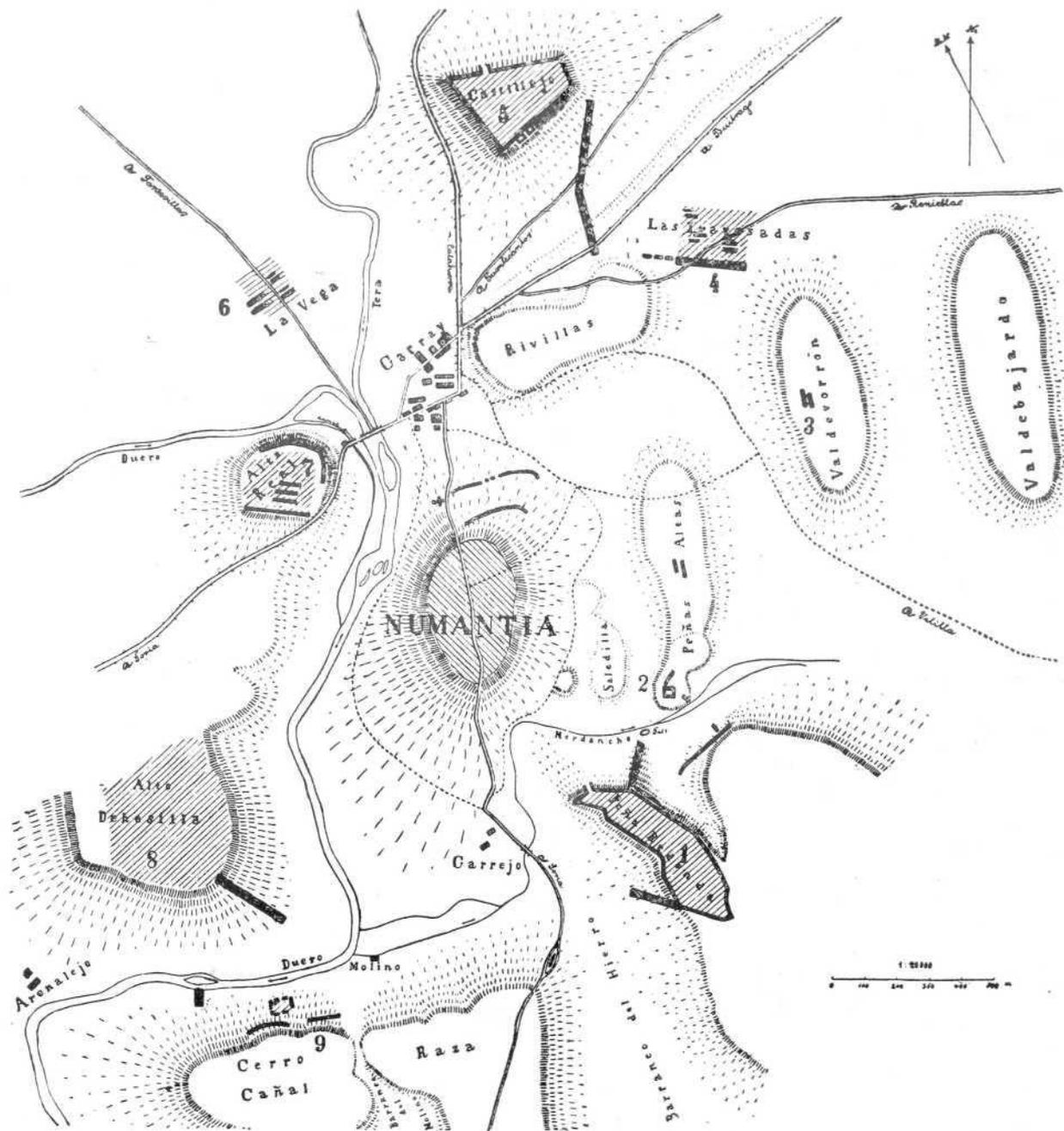


Fig. 50.—PLANO DE NUMANTIA Y DE LAS FORTIFICACIONES CON QUE LA SITIÓ ESCIPIÓN.
 (Del *Jahrbuch des Deutschen Archäologischen Instituts*, 1907. *Ausgrabungen in Numantia*, por A. Schulten.)

medio de cada uno de los lados de su recinto: la *porta praetoria*, frente al enemigo, la *porta decumana* en el punto opuesto o posterior; la *porta principalis dextra*, y la *porta principalis sinistra* a los lados, ambas unidas por una calle que era la *via principalis*, que dividía el campo en *pars antica*, donde estaban ordenadas en construcciones simétricas las tiendas de la legión, y *pars postica*, donde estaba en el centro la tienda del general, teniendo a un lado el pretorio o tribunal y el foro; del otro lado, el *quaestorium*, extendiéndose a derecha e izquierda las tiendas de la oficialidad, y por bajo de todo ello estaban los almacenes o dependencias. Cada una de las cuatro calles que separaban dichas construcciones de la fortificación del recinto formaban el camino de ronda o *intervallum*, y *via quintana* era la que paralelamente a la principal dividía en dos partes los grupos de tiendas, separados además por calles menos anchas perpendiculares a las dos dichas.

Tal es el campamento descrito por Polibio y que para ser perfecto debía ser cuadrado; pero ya se ha dicho que estos campamentos inmediatos a Numancia no se ajustan enteramente a las reglas del famoso estratega por exigencias topográficas a que los constructores tuvieron que sujetarse.

Continuando, pues, la descripción del campamento de *Peña Redonda*, menester es declarar que las tiendas o grupos de departamentos para los soldados se dibujan en el suelo por sus cimientos bien sólidos, de doble hilada de sillarejos. Cada grupo compone una construcción de 60 a 90 metros de longitud, y 15 metros de anchura, dividida todo a lo largo por un muro, y cada una de las dos crujías por tabiques que demarcan los departamentos. Véase cómo expresa y razona tal división el Sr. Schulten:

«Largos muros atraviesan las construcciones separando las unidades de tropas: *manípulos* o *turnae*. Las dos partes de que se componían (*centurias*) se hallaban colocadas a los dos lados de la calle (se refiere a la que separaba cada dos de esas construcciones). Así, las dos mitades de la unidad (*centuria*) se encontraban frente a frente, y las unidades (*manípulos*), espalda con espalda.»

Las indicadas calles transversales, que separaban los grupos uniformes de tiendas, miden de anchura de seis a ocho metros. Las tiendas o departamentos colectivos (*contubernium*), miden de seis a nueve metros cuadrados, siendo, por tanto, capaces para alojar de 16 a 24 hombres.

«En Peña Redonda, concluye el Sr. Schulten, estamos en presencia de un campamento de *manípuli*, es decir, de un campo de infantería de línea romana, de legionarios. Este hecho concuerda con el hallazgo de *pila* (el *pilum* de que ya hemos hablado era la aguda lanza propia de la infantería romana) aquí realizado. Puesto que más de veinte departamentos de manípulos se han conservado y la legión comprendía en tiempo de Escipión treinta manípulos o sea 4.200 hombres, este campo parece haber servido para campamento de una legión.»

Los expresados muros, de sillarejos de piedra caliza, unidos con barro, suelen elevarse hasta 50 centímetros en la parte conservada. Las techumbres debieron ser de madera.

Reconoció el descubridor la *via praetoria* y el *praetorium*, construcción aquí situada, más bien en la parte anterior que en la posterior del campamento. Mide 28 metros por 10, y se compone de dos partes, cada una dividida en tres series de habitaciones, de norte a sur, y ambas con tres entradas (véase figura 51).

«Mientras que el cuerpo posterior, dice el señor Schulten, parece compuesto de tres alojamientos separados, cada uno de los cuales mide 9,50 metros por 9,50 metros, el anterior forma realmente un alojamiento único. Sus habitaciones están agrupadas alrededor de un mediano patio central. No se está lejos de presumir que estas construcciones han sido habitadas por los oficiales superiores.»

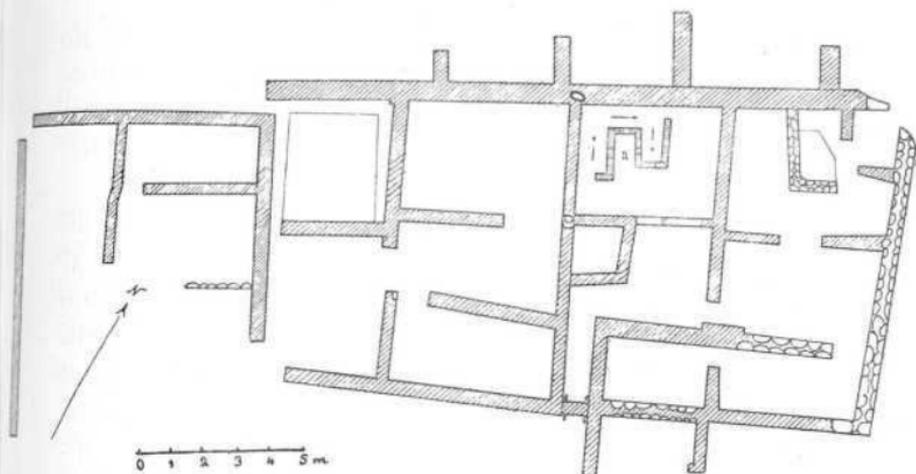


Fig. 51.—DEPARTAMENTO DE LA OFICIALIDAD EN EL CAMPAMENTO DE Peña Redonda.

(Del *Jahrbuch des Kaiserlich Deutschen Archäologischen Instituts*, 1907. *Ausgrabungen in Numantia*, por A. Schulten.)

Tanto la disposición como la construcción revelan cuidado preferente en armonía con el rango de las personas a quienes se destinó. Al señalarlo, el Sr. Schulten escribe:

«El cuerpo posterior está dispuesto con todo el orden deseable, mejor que todo lo demás. Tras de la entrada, en el ángulo noroeste, dos muros salientes forman una habitación anterior, un vestíbulo. La entrada de la habitación contigua tenía el umbral de

madera y una puerta, cuyas jambas estaban sujetas con grapas. En este cuarto se halla una cosa singular. Es una fábrica en forma de S. Quizá representa, como piensa el Sr. Mérida, el basamento de un triclinio para tres personas. En cada *lectus*, ancho de 60 a 70 centímetros, una sola persona podía colocarse... Los muros salientes a los lados norte y sur, ora cuatro, ora dos, indican, como en las tiendas, las cuádras, que estaban situadas del lado de la calle.»

El campamento de Peña Redonda es el único de los pertenecientes al cerco de Escipión que ha quedado descubierto, por haberle cabido la suerte de que la tierra en que se halla pertenece al señor vizconde de Eza, tan amante de la cultura.

El otro campamento importante es, como ya dijimos, el del *Castillejo*, situado a un kilómetro al norte de Numancia. Se halla también en un altozano que no puede compararse ni con mucho a las eminencias ocupadas por la ciudad celtíbera y por el campamento acabado de describir. El *Castillejo*, nombre significativo de los restos de fortificación allí conservados a través de los tiempos, ocupa una posición excelente y fácil de defender para los hostilizadores de Numancia, porque no tiene fácil acceso más que por el lado opuesto a ella, o sea por el norte. Sus murallas determinan su recinto, que, acomodado a la topografía de la meseta, es irregular, trapecial, de 328 metros por su lado sur, 140 por el este, 350 por el norte y 235 por oeste. En la parte posterior, por la naturaleza del terreno, suple a la fortificación un terraplén de 5,50 metros, formado por dos muros de a metro, y un relleno de piedras de 3,50 metros. Por delante había un foso de una anchura de 10,50 metros, aproximadamente. Los lados del este y del sur estaban defendidos por muralla de sillería bien

tallada, con un espesor de 1,50 a 2 metros. Por occidente, donde la colina cae a pico sobre el Tera, no se distinguieron restos de terraplén ni de muro.

La *porta decumana* fué abierta en el terraplén, con una anchura de ocho metros, y sus dos extremos sobresalen de la línea exterior. Al sur hay dos torres cuadradas y salientes, de unos cuatro metros por lado, que posiblemente flanquearon la *porta praetoria*. En una de esas torres se recogieron balas de balista, lo cual prueba que aquí, como en Peña Redonda, estas torres frente al enemigo estaban artilladas. Cerca de estas torres, un canal formado por dos líneas de piedra vertía en un depósito de agua.

Dado lo irregular de la planta, la *via praetoria*, que es una calzada de seis metros de ancha, pavimentada de piedras y con dos aceras, no está trazada en línea recta sino quebrada, ligeramente, varias veces. Por igual causa, las otras vías, igualmente pavimentadas, cortan oblicuamente a la anterior y otras corren paralelas. Análoga irregularidad se observa en las demás construcciones, de donde se deduce que parte de unas y de otras correspondieron a un campamento anterior.

Aun así, pudieron ser apreciados los grupos de tiendas de manípulos, y que cada una de ellas tenía de capacidad tres por tres metros. Cada uno de los grupos de construcción en que esos departamentos se agrupan es de 30 por 24 metros. Sus *contubernia* son en número de ocho, y cada uno se compone de dos habitaciones. Y como el manípulo en tiempo de Escipión se componía de 120 hombres, y la centuria, de 60, seis de los *contubernia*, cada uno para 10 hombres, representaban las habitaciones de la tropa, y dos, las del centurión. Todas estas construcciones están cuidadosamente hechas y en línea recta.

Pudo calcular el explorador por estos restos y el espacio correspondiente a tres construcciones iguales destruídas, que este campamento estuvo distribuído en cinco grupos de a cinco manípulos cada uno, lo que daba un contingente de veinticinco manípulos, que son los que camponían una legión en tiempos de Escipión, comprendiendo diez *princepes*, diez *hastati*, cinco *triarii*. El conjunto de las tiendas ocupaba de este a oeste una longitud aproximada de 200 metros y 180 de anchura. Al este hay una serie de construcciones, probablemente para los *socii*. En el ángulo sudeste hay una gran construcción de 32 por 20 metros, en la que creyó reconocer el Sr. Schulten el *horreum* o almacén de granos.

En la parte occidental descubrió lo más importante: el *praetorium*, construcción cuadrada, de 40 metros por lado, en forma de casa con peristilo. Su patio está rodeado por tres lados de habitaciones, y el cuarto lado, abierto a la *via principalis*, teniendo su fachada no hacia Numancia, sino al este, próximo a la parte más escarpada de la colina, y estando, por tanto, orientado hacia la parte más ancha del campamento. En dos de los lados hay tres filas o series de habitaciones. En alguna de ellas se reconoce el hogar de una cocina.

Después de hacer la descripción que sumariamente dejamos expuesta, el Sr. Schulten escribe:

«Como este *praetorium* pertenece al más reciente de los tres campamentos, al campamento de Escipión, y el campamento del Castillejo debió ser su cuartel general, puede afirmarse que nos encontramos en presencia de la casa que Escipión habitó durante el sitio. Su *praetorium* responde completamente a la casa griega de la época helenística, y quizá su planta (véase la figura 52), que el *praetorium* conservó, fuese

por primera vez introducida en el campamento romano por Escipión, del cual encontramos tantas cosas tomadas de la Grecia.»

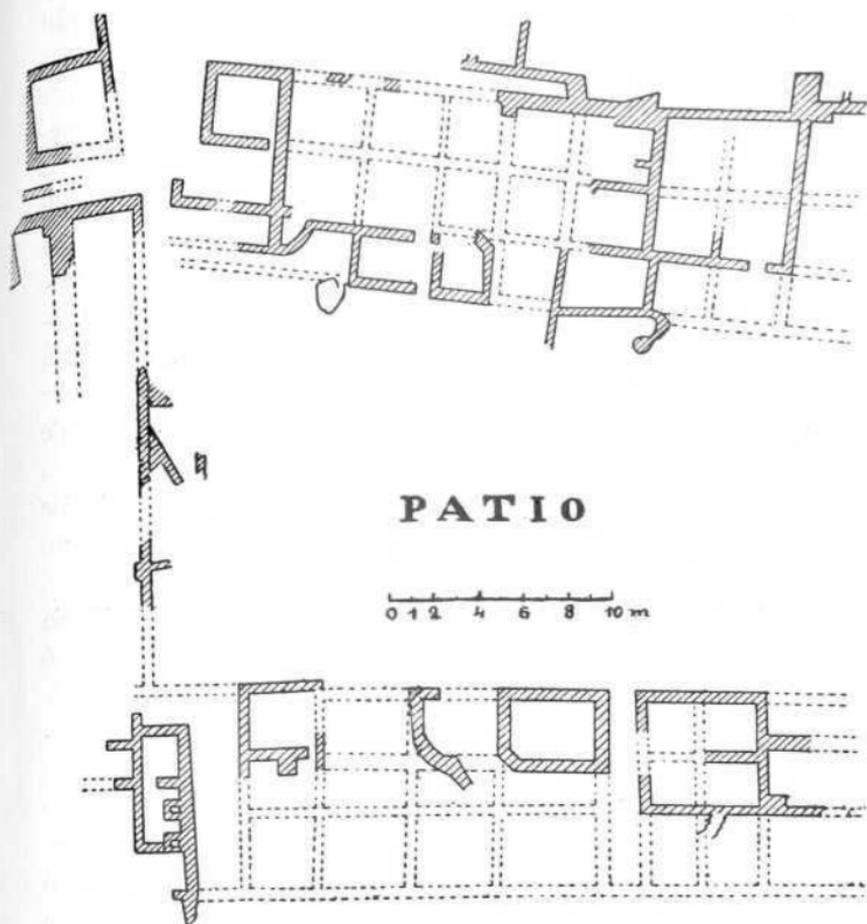


Fig. 52.—PRETORIO DE ESCIPIÓN EN EL CAMPAMENTO DE *El Castillejo*. (Del *Bulletin Hispanique*, 1910.—*Les camps de Scipion à Numance*, por A. Schulten.)

De los dos campamentos del Castillejo, anteriores a Escipión, entiende el Sr. Schulten que uno debe ser el de Quinto Pompeyo, el cual, en 141 y 140 y en el invierno de 140 y 139, permaneció frente a Numan-

cia, y otro, el de Marcelo, quien, durante el armisticio concluído en el año 152, debió construirlo tan sólido como sus restos demuestran y pasar allí el invierno de 153 a 152. Los cinco estadios que, según Apiano, distaba de Numancia este campamento viene a ser lo que media entre una y otro.

Campamento de arenisca llama a éste de Marcelo el descubridor, por la naturaleza de la piedra empleada en su construcción, que le diferencia del de Escipión, para el cual se utilizó piedra caliza. Poco numerosos son los restos del campamento de Marcelo. Se reconoce parte de un departamento para mágnipulos y el pretorio, en el cual hay una sala con seis columnas, situada entre dos habitaciones, y parece reconocerse el sitio de un patio. Del campamento de Pompeyo se descubrió un resto de la parte destinada a los soldados, y algunos de murallas. Se entiende que los numantinos debieron destruir lo que pudieran estos campamentos anteriores al de Escipión.

Los dos campamentos a que se refiere Apiano son, en consecuencia, el del Castillejo, que se reservó Escipión, y el que éste dió a su hermano Fabio Máximo, que debió ser el de Peña Redonda. Ambos fueron unidos por una serie de construcciones defensivas para formar la contravalación, como ya se dijo, cuyos vestigios fué rastreando el Sr. Schulten por oriente: desde el campamento de Peña Redonda, un muro que sobre la arista de la colina baja hasta el valle del Merdancho; siguiendo hacia el norte, en la eminencia de *Peñas Altas*, un baluarte con torre cuadrada, para catapulta, con objeto, sin duda, de bombardear un barrio bajo de Numancia, que sólo distaba 150 metros, y del cual hemos hallado restos de unos establos o cuadras; en la siguiente colina de Valdevorrón, nuevos restos parecieron al Sr. Schul-

ten de un campamento muy destruído, que debió ocupar 10 hectáreas; al pie de esta colina, al nordeste, algo de muralla y de muros, posibles restos de otro campamento en la planicie que lleva el significativo nombre de las *Travesadas*, y desde la muralla, en ángulo recto, otra que unía con la del Castillejo. Por el otro lado u occidental, donde se encuentra la confluencia del Tera y el Duero, tan sólo en la vega del primero se hallaron restos poco determinados; pero al otro lado del segundo, en lo que se llamó *Alto del Real*, algunos muros paralelos y habitaciones talladas en el suelo, más terrazas como las de Peña Redonda, fueron para el explorador nuevo indicio de campamento; y otros dos, en fin, mejor caracterizados, encontró al sur, uno en el *Alto de la Dehesilla*, y otro en el llano del *Molino*, esto es, a uno y otro lado del Duero, cuyo paso fué interceptado por Escipión en ese punto, y hacia el cual baja desde el primero aquella enorme muralla casi ciclópea de que se habló.

Concluye de todo esto el Sr. Schulten que los campamentos sitiadores de Numancia fueron siete (1). Acaso habrá de entenderse que cinco de ellos corresponden a los fuertes que, en número de siete, hizo levantar Escipión, según Apiano. Fortificados como estaban esos campamentos, y como todo fuerte necesita guarnición, no es extraño que fuesen ambas cosas. Los dos campamentos y los siete fuertes de Apiano son, en junto, nueve puntos defensivos importantes, distribuídos en la contravalación; y nueve son, en efecto, los puntos que señala el Sr. Schulten en su plano, contando los restos de muros que

(1) Esta hipótesis ha sido refutada por nuestro compañero D. Santiago Gómez Santa Cruz en su libro *El Solar numantino*.

descubrió en el Cerro Cañal, al sur del molino de Garrejo.

De dichos campamentos accesorios, el de la Dehesilla pareció muy destruído. Pudo apreciar el explorador que la meseta estaba rodeada de terraplén; que su periferia era de unos 1.650 metros; el eje longitudinal de 650 metros, y la anchura de 310; reconoció al oeste la puerta *decumana*, de seis metros de hueco, y restos de *contubernia*, con la dimensión conocida de tres por tres metros en los departamentos, apreciando, como testimonio de ser todo ello obra de Escipión, el mismo sistema constructivo que en el Castillejo y Peña Redonda.

Más afortunado el Sr. Schulten en el campo del Molino (propiedad del vizconde de Eza), descubrió el campamento que buscaba. Sirvióle de foso el Merdancho, y quizá por esto la defensa fué una empalizada; a los lados, unas estrechas gargantas le aislaban, y aun por occidente el Duero le defendía. Por ello, sin duda, no estaba amurallado. Al sur estaba al pie de las montañas. El campo así limitado medía de norte a sur 130 metros y 140 de este a oeste. Construído con regularidad y cuidado, este campamento ofrece igual característica que los descritos. Halló grupos de departamentos o barracas longitudinales, con habitaciones a dos calles, como de costumbre, y otro grupo transversal con una sola fila de *contubernia* para la caballería. El campamento en cuestión debió ser capaz para tres manípulos o una cohorte.

En el curso de todas estas excavaciones a que nos venimos refiriendo, el Sr. Schulten recogió objetos varios, que aumentan el valor arqueológico de sus descubrimientos. Encontró objetos neolíticos, en especial cascós y aun piezas de cerámica, con ornamentación incisa en zig-zag (en el campo del Molino), eneo-

líticos, que dan testimonio, como en Numancia, de primitiva población; cerámica ibérica, sobre todo de grandes vasijas o tinajas (del tipo *dolium*), de que los romanos se sirvieron durante su larga permanencia en aquella región. En las *Travesadas* salió un fragmento de escultura ibérica en piedra, consistente, en la parte posterior, de una cabeza, con la cabellera en bucles, y de un estilo arcaico. En el campamento de Escipión encontraron varias fíbulas de diversos tipos, útiles para la cronología de las mismas.

Más importantes, por lo que a los mismos campamentos se refieren, son los objetos romanos: armas, tales como los citados hierros de lanza (*pila*), puñales, puntas de flecha, proyectiles de honda, de plomo y de barro, balas de balista, de piedra, una de nueve libras de peso, en el Castillejo; guarniciones de cinturón, espuelas, cerámica, entre la cual hay piezas campanianas y piezas varias romanas de la época, desde ánforas hasta lucernas, y monedas, especialmente ases.

Todos los objetos mencionados constituyeron el botín arqueológico del profesor Schulten, que es de esperar lo publique en su obra.

Menester es reconocer que el descubrimiento de los indicados campamentos, realizado por el profesor Schulten, no solamente tiene importancia para Numancia como tercera y definitiva prueba de su hallazgo (las dos primeras fueron la de su situación y la de la ciudad quemada), sino que la tiene para España, porque en ningún otro país se han encontrado en tanto número, y la tiene en la Arqueología clásica, en general, pues son los más antiguos que se han descubierto y datan del tiempo de la República, del cual sólo se conocía el de César en Alesia (Francia), que fué construido en 57 (a. de J. C.), con tie-

rra y madera; esto es, por el sistema primitivo; y los de la región de Numancia son construcciones de piedra, por estar destinados a larga duración, como los de *Castra Vetera*, cerca de Xanten, y de Haltern, en Westfalia. De piedra fueron construídos los del Imperio, como el de *Novaesium*, *Caruntum* (Germania), que data del siglo I, y el de Lambese (en Africa), construído por Adriano y modificado luego conforme a la reforma del ejército hecha por Septimio Severo.

· VI

EL MUSEO NUMANTINO



Fig. 53.—FACHADA PRINCIPAL DEL MUSEO NUMANTINO, OBRA DEL ARQUITECTO D. MANUEL ANÍBAL ALVAREZ. (Foto Ballenilla.)

I

FORMACIÓN DEL MUSEO.—INSTALACIÓN PROVISIONAL DE LAS COLECCIONES EN GARRAY.—EL MUSEO ES INSTALADO Y ORDENADO EN SORIA.—NUEVO RASGO GENEROSO DEL SR. ACEÑA.—EL EDIFICIO DEL MUSEO.—INSTALACIÓN Y CLASIFICACIÓN DEFINITIVA DE LAS COLECCIONES.—INAUGURA EL MUSEO S. M. EL REY.

A PENAS comenzaron a remover la tierra los picos de los obreros, que, dirigidos por la Comisión nombrada por el Gobierno en 1906, acometió las excavaciones en el solar numantino, empezaron a salir objetos diversos, los cuales eran, a nuestros ojos, al propio tiempo que piezas de comprobación del descubrimiento de la ciudad, reliquias arqueológicas de singular interés. Desde un principio las recogimos todas, anotando cuidadosamente las circunstancias de su hallazgo; esto es, el nivel en que se habían encontrado, sueltas o agrupadas, y examinando sus caracteres, por contituir todo ello datos seguros de

clasificación. Los hallazgos eran constantes y numerosos. Abundaban los cascós de vasijas, que fué menester limpiar y lavar para compaginarlos después y reconstituir en lo posible las piezas cerámicas, guardando los fragmentos sueltos que, por falta de los restantes, no consentían reconstitución. A los pocos días de esta doble tarea de excavar, coleccionar y reconstituir se impuso la necesidad de poner a resguardo tales objetos. ¿Pero dónde? En Soria no existía Museo.

Obligadamente, servía de depósito una pequeña barraca de madera, que con análogo fin habían construído el año anterior los exploradores alemanes, y donde montamos el servicio de lavado y reconstitución de las piezas cerámicas. Pero pronto aquella casilla estuvo llena, y el caudal de objetos aumentaba. Por otra parte, los visitantes deseaban verlos. Comprendiendo, pues, la Comisión, por la cuantía de lo encontrado en mes y medio, que era indispensable y urgente instalarlo, aunque fuera de un modo provisional y en el lugar más próximo, que no podía ser otro que Garray, consiguió al fin que el alcalde del pueblo, D. Gregorio García, cediese al efecto, en su casa particular, una habitación, donde, en una modesta anaquelaría, construída de intento, se colocaron ordenadamente las colecciones. Aquello fué, pues, el embrión del Museo Numantino.

Pensaba yo entonces que, siendo, como son, estas colecciones complemento indispensable de las ruinas descubiertas para reconstituir fielmente a los ojos de los visitantes el cuadro interesantísimo de la vida antigua que componen, hubiera sido conveniente construir lo más próximo posible al cerro de Numancia un edificio para Museo, a semejanza de lo hecho en otros sitios históricos, sacados a luz por excavaciones.

como Olimpia, Delfos, Eleusis y la Acrópolis de Atenas, en la Grecia. Pero faltaban los medios de realizar cosa análoga.

Al finalizar la segunda campaña de excavaciones, en 1907, la habitación de Garray estaba atestada, pues contenía más de dos mil objetos y numerosos fragmentos.

Formóse a todo esto en Soria una corriente de opinión para que allí fuese trasladado el Museo.

Consiguió la Comisión por eficaces gestiones de sus vocales, D. Teodoro Ramírez y D. Mariano Granados, que la Diputación provincial de Soria cediese, en el edificio que ocupa, una sala de la planta baja, en la cual, en una estantería que se hizo construir de propósito, fueron instaladas en septiembre de 1908 las colecciones, exponiéndolas al público, convenientemente ordenadas: primero, el pequeño grupo de antigüedades prehistóricas; después, bajo el epígrafe de «restos y objetos de la ciudad quemada», las reliquias de las víctimas de la catástrofe y los objetos varios: armas y utensilios, piezas de bronce, de hueso y de piedra y productos cerámicos de varias manufacturas, en especial vasos pintados, formando todo nutrido conjunto de la civilización ibérica, y, por último, los pocos objetos romanos, incluso monedas.

Así dispuesta la instalación, cuya tarea realizaron con singular celo los mencionados Sres. Granados y Ramírez, con la cooperación mía, fué abierto al público, en 1909, el *Museo Numantino*, el cual comprendía entonces unos cuatro mil objetos.

Mas si éstos aparecían entonces holgadamente expuestos, no se tardó en tenerlos que replegar y amontonar, pues el filón arqueológico seguía siendo riquísimo. Tan repleto llegó a estar el local en 1912, que

fué menester no dar ingreso más que a las piezas muy notables, y en la casa que la Comisión tiene junto a las excavaciones se destinó una habitación a depósito de objetos, mientras se conseguía habilitar otra sala en el edificio mismo de la Diputación. Demostraba todo esto que unas excavaciones de tan fecundos resultados como las de Numancia requerían por consecuencia un edificio especialmente construído para Museo, como se ha hecho en Grecia y en otros países. En España, el único precedente que existía de un Museo formado exclusivamente con los objetos recogidos en unas excavaciones es el de la *Necrópolis de Carmona*, cuyo descubrimiento se debe a D. Jorge Bonsor.

El Museo Numantino, mucho más cuantioso, necesitaba su edificio. Estaba este pensamiento en la mente de todos, como ideal irrealizable, cuando un día del verano de 1912 vino a visitar las excavaciones y a los que al frente de ellas estábamos D. Ramón Benito Aceña, el cual nos sorprendió de pronto con la espontánea cuanto grata promesa de levantar a su costa en Soria el edificio que para el Museo Numantino se necesitaba.

Al hacerse público este nuevo rasgo generoso de aquel noble soriano, que simbolizaba en la heroica Numancia su amor a la patria, el Ayuntamiento de Soria cedió al objeto el terreno necesario en el sitio más despejado y alegre de la ciudad, en el paseo del Espolón, junto a la Alameda de Cervantes, vulgarmente llamada *La Dehesa*.

El Sr. Aceña encargó los planos del edificio al arquitecto vocal de la Comisión de Excavaciones don Manuel Aníbal Álvarez, que lo cumplió a maravilla, tanto en lo que se refiere a disposición y capacidad del local, ampliable cuando las necesidades lo re-

quieran, como al trazado, luces y carácter monumental.

El día 16 de julio de 1913, justamente cuando se cumplían siete años del comienzo de las excavaciones, fueron puestas las primeras piedras del nuevo Museo, cuya construcción se dió por terminada en 1915.

Elévase la fábrica, que es toda de sillería, en medio de un solar cuadrado, convertido en jardín, con verja sobre el paseo, y que, por entre una calle de flores, da acceso al edificio. En su fachada, al mediodía, entre dos cuerpos laterales y salientes, presenta un pórtico de severa traza, con ocho pilastras sencillísimas, sin basa ni capitel, que evocan el recuerdo de la arquitectura primitiva, y en cuyo liso arquivado, en letras de bronce dorado, se lee:

MVSEO NVMANTINO.

Entre las pilastras corren antepechos de labor calada rectilínea, menos en el hueco central de ingreso, que facilita breve escalinata.

La blanca construcción se destaca sobre el muro de fondo, pintado de rojo, con un friso ornamental de estilo ibérico, tomado de los vasos numantinos.

El bello edificio ofrece, pues, característica fisonomía (fig. 53).

En sentido perpendicular al pórtico se extienden desde su comedio, y en los dichos cuerpos laterales, tres galerías o largas salas de exposición, separadas y con luces de ventanas altas y cuadradas, por todos sus lados. Por el pórtico tienen su entrada las tres galerías, que miden 6 metros de anchura, y de longitud 29,40, las laterales, y 24 metros la central. Las dependencias, esto es, Dirección y restauración,

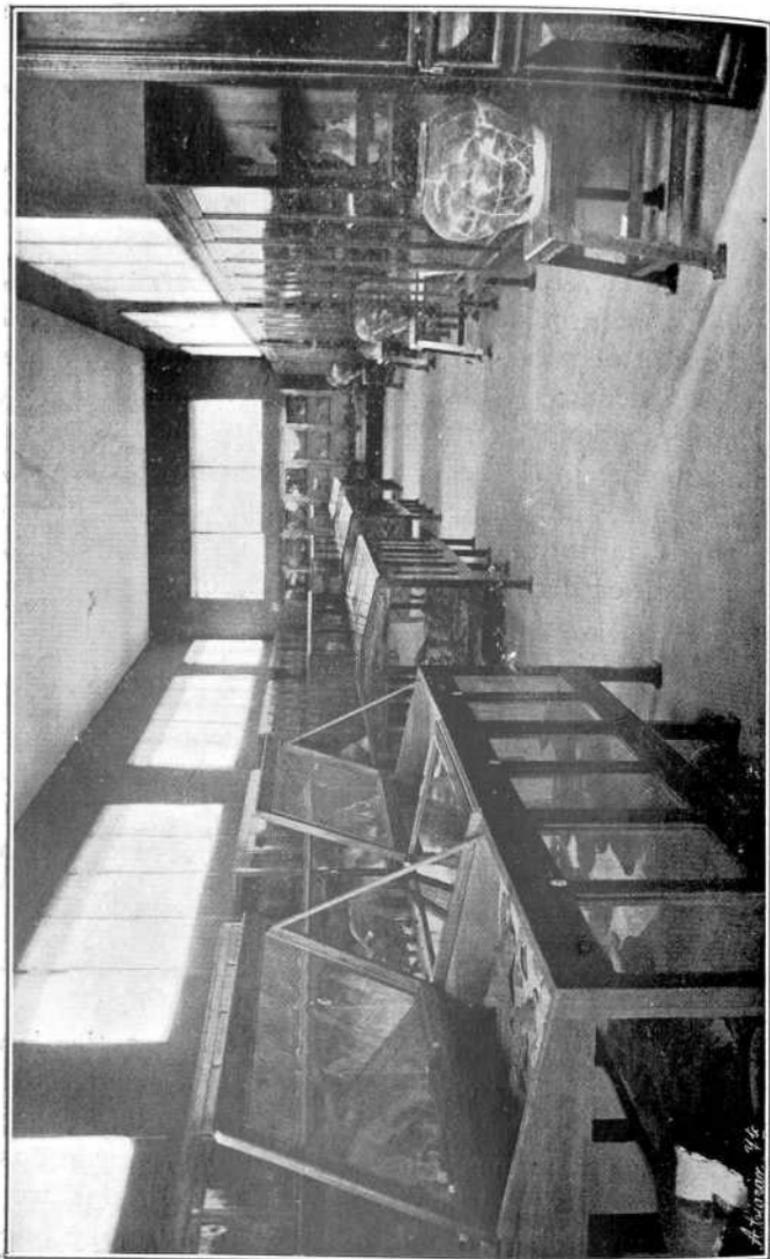


Fig. 54.—VISTA DE LA SALA DE ARTE IBÉRICO EN EL MUSEO NUMANTINO. (Foto Ballenilla.)

con entrada también por el pórtico, completan el conjunto.

El edificio es digno de su objeto, obra acabada, que llena las condiciones de capacidad y distribución apetecidas.

Terminada la construcción, extremó su generosidad D. Ramón Benito Aceña, costeando asimismo las numerosas vitrinas y demás aparatos de exposición necesarios.

No faltaba más que trasladar e instalar las colecciones. A todo esto, el Museo había pasado a estar servido por el Cuerpo de Archiveros Bibliotecarios y Arqueólogos, habiéndose hecho cargo de él con carácter transitorio el bibliotecario provincial don Eugenio Moreno, hasta que fué nombrado director D. Blas Taracena Aguirre, el cual (con el autor de estas líneas) procedió a la definitiva instalación.

Las colecciones se hallan distribuidas y agrupadas del modo siguiente: en la sala o galería primera, que es la del lado oriental, se hallan representadas las civilizaciones anterromanas por las antigüedades prehistóricas, los restos de la ciudad quemada y la manifestación tan completa como variada de sus industrias; la galería segunda u occidental contiene los peregrinos ejemplares del arte ibérico, en especial la riquísima colección de vasos pintados, y los objetos de adorno (véase lámina 54); la sala tercera o central es la destinada a las varias piezas correspondientes a la civilización romana.

Al finalizar agosto de 1916, nuestro trabajo estaba terminado, y el Museo dispuesto para ser abierto al público.

Pensaba el ilustre donante hacer solemne entrega del inmueble a la nación en la augusta persona de S. M. el Rey. Pero engañosa ilusión fué aquella pos-

trera de D. Ramón Benito Aceña, pues, combatida su fuerte contextura por rebelde enfermedad, falleció en Madrid, en diciembre de aquel mismo año.

Quisieron luego los testamentarios del Sr. Aceña cumplir aquella su última voluntad; sucesos políticos lo dilataron; pero al fin dicha ilusión fué realidad.

El día 18 de septiembre de 1919 celebróse la solemne ceremonia, bajo la presidencia de S. M. el Rey, al que acompañaba el Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, D. José de Prado y Palacio, y con asistencia de los representantes en Cortes de la provincia, las autoridades, la Comisión, otras entidades y numeroso público. Don Santiago Gómez Santa Cruz, como más caracterizado albacea depositario de las últimas voluntades del Sr. Aceña, leyó un vibrante discurso exaltando el vigor celtibérico que Numancia representa, y ofreciendo el hermoso edificio y las vitrinas que encierran los restos numantinos. También leyó el presidente de la Comisión Ejecutiva de las Excavaciones un discurso señalando cómo éstas han sido el punto de partida de esta clase de investigaciones positivas en España y el fruto con ellas logrado en Numancia. Permítaseme transcribir de este mi trabajo lo más esencial:

«Circunscritas las excavaciones a la meseta del cerro, los afanosos picos de nuestros obreros, ahondando siempre hasta el terreno natural, han puesto de manifiesto elementos suficientes para deducir cuatro conclusiones indubitables:

Primera. Que en tal paraje se sucedieron varias poblaciones desde los últimos tiempos del prehistorismo hasta la caída del Imperio romano.

Segunda. Que la Numancia celtíbera correspondiente a la segunda Edad del Hierro, ofrece por do-

quiera en aquel suelo sus restos con las huellas harto elocuentes de su destrucción por incendio voracísimo, y, por consiguiente, la prueba constante y tangible del hecho heroico y ejemplar del amor de un pueblo a su independencia, consumado 133 años antes de Jesucristo, de que nos habla la Historia en los textos de los autores antiguos.

Tercera. Que a esa ciudad substituyó otra, humilde y sin historia, la Numancia del Itinerario de Antonino, la cual no presenta los caracteres romanos puros, clásicos, bien conocidos y definidos, sino la mezcla de ellos con los tradicionales indígenas; y

Cuarta. Que los pobladores anterromanos, esto es, los celtíberos arévacos, a quienes nos pintan dichos escritores como gentes indomables y fieras, diestras en la equitación y otros deportes y ejercicios, apegados a sus sencillas costumbres, lograron por sus propias actitudes y gustos, y por influjo de los dominadores cartagineses y de los colonizadores fenicios y griegos, un grado de civilización cuya característica es apreciable por las ruinas de la ciudad y por los numerosos objetos fruto de su industria, que hemos recogido entre sus restos carbonizados y los de sus viviendas.»

Siguió a este discurso uno breve del ministro señor Prado y Palacio, el cual, en nombre del Gobierno de S. M. aceptó el valioso donativo y declaró oficialmente inaugurado el Museo.

Firmada el acta por el Soberano, el ministro y personas significadas, Su Majestad recorrió las salas del Museo, examinando las colecciones que le fué mostrando el director, Sr. Taracena, quien manifestó que el número total de objetos pasaba de 15.000.

Aquella tarde solamente visitaron el Museo más

J O S E R A M Ó N M É L I D A

de 3.000 personas, y siempre esas colecciones han producido grata sorpresa e inspirado interés al público en general y a los doctos, porque la civilización ibérica ha sido una revelación y porque en ninguna parte como aquí se ofrece un cuadro tan completo de ella.

ANTIGÜEDADES PREHISTÓRICAS.—ARMAS E INSTRUMENTOS DE PIEDRA.—CERÁMICA NEOLÍTICA Y ENEOLÍTICA.—ARMAS DE COBRE Y DE BRONCE.—CERÁMICA DE LAS EDADES DEL METAL; SU VARIEDAD. LA LABOR INCISA.—VASOS HECHOS A MANO Y VASOS HECHOS A TORNO.

EN la primera sala del Museo, lo primero que se ofrece a los ojos del visitante es el grupo de armas e instrumentos de piedra. Son hachas pulimentadas, de anfíbolita casi todas, algunas de basalto o diorita, de figura trapecial, y, por lo común, achataadas y pequeñas, correspondientes a los últimos tiempos de la Edad neolítica; cuchillos de pedernal, bien tallados y puntas de flecha de lo mismo, triangulares y alguna de forma amigdaléa, de labor muy fina, que coexistió con los comienzos del empleo del cobre y del bronce, y mazos de diorita, pesados, oblongos, con escotadura formando zona al comedio para sujetarlos con ligaduras de piel a un astil. Añádense a esto dientes de sierra o de hoz en pedernal, que también se usaron en los primeros tiempos del metal, y amuletos o dijes consistentes en piedras largas y pulidas, horadadas por un extremo, para llevarlas colgadas.

Representa, pues, el grupo de los citados objetos de piedra un largo espacio de tiempo, comprensivo de la última época neolítica y período eneolítico, que es el que representa la transición de la piedra al metal; y aun de los demás períodos o parte, al menos, de la Edad del Bronce, en la que, como es sabido, llegó a su mayor perfeccionamiento la talla del pedernal en las puntas de flecha.

A la industria de la piedra acompaña la cerá-

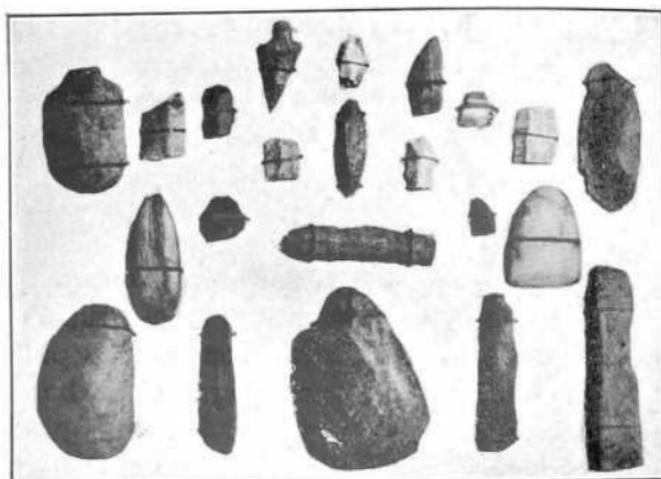


Fig. 55.—ARMAS E INSTRUMENTOS DE PIEDRA. (Foto Mérida.)

mica con no menor abundancia. Sus muestras aun dilatan, a nuestro parecer, el apuntado cuadro cronológico, pues pensamos que algunas piezas deben pertenecer a la primera Edad del Hierro, dado que hasta bien entrada ésta no debieron conocer los pueblos ibéricos la rueda del alfarero, estando hechos sin ella los distintos vasos a que nos referimos.

Circunscribiéndonos a la cerámica neolítica, señalaremos aparte unos fragmentos que dan buena cuenta de su pasta de tierra sin lavar, groseramente ama-

sada con pedacillos de cuarzo y de mica, para darle cohesión, un vaso que pudiera ser considerado como primer esbozo de copa caliciforme, y, por supuesto, hecho toscamente a mano y cocido entre brasas.

Otra serie de fragmentos de barro rojo, ennegrecido al humo, de manufactura pulida, manifiesta una ornamentación hecha por medio de incisiones con un palillo o de estampaciones repetidas con un punzón, y representa una cerámica perteneciente al período eneolítico.

Otro grupo curioso de objetos, bien que exiguo, es el de armas de cobre y de bronce. Son no más unas pocas puntas de flecha. Desgraciadamente, no ha podido recogerse ni un hacha de bronce, materia siempre codiciada.

La cerámica, que estimamos coetánea de dichas primeras armas de metal, se mantiene en la característica común a toda la cerámica anterior al perfeccionamiento que representa el empleo sistemático de la rueda y del horno, siendo, por consiguiente, de pasta todavía grosera, con granillos de cuarzo y mal cocida; pero su ornamentación sigue siendo incisa, formando zona de rayas horizontales y oblicuas, triángulos o zig-zag.

Hay un ejemplar notabilísimo, raro en su género y único en España: es un botijillo o biberón con adornos incisos y bolas de cobre incrustadas. Su pasta rojiza lleva granillos de cuarzo y está revestido de una capa de arcilla negra. No está hecho a torno, pero sí con bastante regularidad. Su dibujo consiste en tres zonas de líneas en zig-zag, abiertas a pulso con un palillo, y en los intermedios triangulitos estampados, labor que se repite en la base formando cruz (fig. 56). Fué descubierto el 11 de septiembre de 1906 por D. Manuel Aníbal Alvarez, bajo la capa

de cenizas, y con el vaso se recogió una punta de flecha de pedernal de forma amigdálea, admirablemente tallada. No entraremos aquí en los comentarios que tan



Fig. 56.—BOTIJILLO CON LABOR INCISA Y BOLAS DE COBRE. (Foto Mérida.)

importante pieza sugiere. Bastará decir que ese sistema ornamental, semejante al de los vasos eneolíticos de Ciempozuelos, de Palmella en Portugal y otros puntos de la Península, se mantuvo en la Edad del Bronce, en la que además se hizo aplicación de laminillas de metal a la cerámica y fué usual la forma de botijillo, todo lo cual demuestran ejemplares hallados en *terramares* de Parma (Italia), en palafitos de Zurich (Sui-

za) y en grutas del mediodía de Francia. Las aplicaciones de metal constituyen una técnica que se considera de origen ligur, y ya se ha dicho que hoy se piensa que los ligures fueron antiguos pobladores de España.

Las demás piezas cerámicas que podemos considerar prehistóricas por su manufactura, forman dos grupos: las decoradas con incisiones y las lisas. La decoración incisa pudiera considerarse como un sistema practicado en Numancia desde los tiempos neolíticos hasta los tiempos históricos, pues en la variedad de ejemplares se observa el desarrollo de tal sistema.

Ese proceso hay que apreciarle, después de las



Fig. 57.—VASO CON LABOR INCISA. (Foto Mérida.)

piezas citadas, en algunas en las que el borde de la boca aparece ondulado por cortes dados con un cuchillo o palillo. Hay vasos, entre ellos una olla con asas horadadas en sentido vertical, en los que la ornamentación consiste en una zona de rayas contrapuestas, oblicuas. Otro vaso semejante, con parecida decoración, revela estar hecho a torno.



Fig. 58. — VASO DE TOSCA MANUFACTURA. (Foto Mérida.)

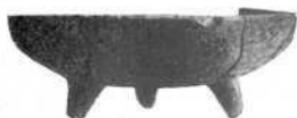


Fig. 59. — COPA TRÍPODE. (Foto Mérida.)

No es la primera vez que se registran piezas cerámicas de análoga manufactura, hechas a mano unas y otras a torno, al cual tuvieron que preceder ensayos y tanteos, siquiera se trate de un perfeccionamiento tan decisivo como es la rueda del alfarero, inventada en oriente en la Edad del Bronce y desconocida durante mucho tiempo en la Europa Occidental. De aquí pudiera inferirse que los vasos señalados puedan datar de la primera Edad del Hierro, como asimismo el grupo de vasos lisos hechos a mano y hechos a torno, de los que hay pocos ejemplares, pero muy variados.



Fig. 60. — VASO CON LABOR INCISA. (Foto Mérida.)

A la misma época debemos atribuir, según otros hallazgos, cierto número de fragmentos de grosera manufactura, cuya tosca decoración consiste en festones ondulados por impresión de los dedos o con la uña. Parece representar, pues, este sistema un retroceso, y los vasos están hechos a mano. Entre éstos figura un curioso botijillo o biberón liso.

El grupo de vasos lisos hechos a torno, aunque con pasta mezclada de cuarzo u ordinaria, ofrece cierta variedad de formas. Es singular entre éstas la copa trípode (fig. 59), de que hay pocos ejemplares y muchos fragmentos. Las demás formas son de tinaja, ollas, escudillas o cazuelas, piezas, en suma, de ajuar doméstico y basto.

Hay, por último, un corto número de vasos, que,



Fig. 61.—OLLAS DE BARRO NEGRO. (Foto Mérida.)

como los acabados de mencionar, difieren por sus perfiles y manufactura de los ibéricos, pero se diferencian de los primeros en que son más finos, de paredes delgadas y parecen copias de vasos de bronce.

Tal es una olla con asas planas y curvadas, como si fueran chapas de metal (fig. 60); tales son también unas ollas con el borde de la boca anguloso y de sección cuadrada (figura 61). Una de estas ollas tiene en el suelo una laña, consistente en una placa de hierro aplicada por la parte interior.

Es verosímil que estos vasos correspondan ya a la segunda Edad del Hierro; pero son productos extraños a la manufactura ibérica o de la ciudad quemada, de que pronto hablaremos.

Ninguno de los vasos que bajo la denominación de prehistóricos quedan mencionados ofrecen huellas del incendio de la ciudad, como es constante en los ibéricos; lo cual, juntamente con las diferencias de formas y manufactura es otra prueba de su mayor antigüedad.

III

RESTOS DE LA CIUDAD QUEMADA.—RELIQUIAS DE LOS HEROICOS
NUMANTINOS.—HUESOS DE ANIMALES.

No tendría razón de ser el Museo Numantino sin los miles de objetos y de fragmentos y restos de todo género recogidos entre las cenizas de la ciudad destruída, y cuya mención ha menester más de un capítulo, de los que lo referente a las pocas antigüedades prehistóricas y a las pocas también romanas pueden considerarse como prólogo y epílogo, respectivamente, de la interesante página histórica que vamos desarrollando.

Para cabal inteligencia de ella ante las colecciones expuestas en el Museo, halla el visitante en la primera sala dos ampliaciones fotográficas de las vistas tomadas por aviadores militares del teatro de la guerra numantina, en las que descuella el cerro de Garray, apareciendo visibles las ruinas descubiertas; un plano de las mismas, y en un cuadro los relatos de Apiano Alejandrino y de Anneo Floro del terrible fin de Numancia.

En relación con todo esto, lo primero que atrae la atención del visitante son algunos materiales y

restos de la ciudad quemada. Los materiales son gruesos adobes, algunos conservando una capa de enlucido y trozos de grueso revestimiento de barro con adorno en relieve de grecas o doble trazado de líneas oblicuas en ángulo, hecho a molde. Los restos son trozos de vigas o pies derechos, carbonizados; carbones del maderamen de construcción, de roble y de pino, y muestras de las cenizas que constituyen el sudario de la Numancia celtibérica.

En varias vitrinas se ven las reliquias de los héroes numantinos: cráneos más o menos incompletos, caras óseas, mandíbulas con la dentadura completa y sana, y alguna enferma; manos óseas y falanges sueltas, alguna con sortija de bronce, costillas, huesecillos de los pies y otros restos. Muchos huesos están calcinados.

Los cráneos dan un tipo antropológico dolicocefalo, de órbitas grandes, con los ángulos inferoexternos notablemente caídos.

Entre tales reliquias se reconocen de hombre y de mujer, y algunos restos pequeños, sobre todo de cráneo, tenues y delgados, como un fino papel, revelan ser de niños que no llegaron a nacer. Honda emoción produce contemplar todos estos restos que aun evocan la visión horrible de la tragedia numantina.

La colección de huesos de animales es numerosísima y variada. Representan, en su mayor parte, los despojos de lo que debió constituir el alimento principal de los numantinos en los calamitosos días de aquel largo asedio.

Astas de ciervo, algunas de extraordinaria dimensión, y colmillos de jabalí representan la caza mayor que en los bosques de que estuvo rodeada la ciudad debió cobrarse antes del asedio.

Casi todos los demás huesos son de animales domésticos: de ganado vacuno, cabrío, lanar y de cerda, de caballo, de perro, de aves de corral. Forman excepción unos molares de camello y una uña de león.

También figuran en esta colección algunas conchas y caracolas marinas, que debió traer a Numancia el comercio mantenido con gentes de la costa mediterránea, siendo verosímil que las caracolas, una de ellas grande, se emplearan como trompas.

IV

LAS INDUSTRIAS IBÉRICAS.—LA CERÁMICA.—VASOS DE COCINA.—VASOS CON DECORACIÓN INCISA Y ESTAMPADA.—VASOS AHUMADOS.—VASOS IMPORTADOS.—VASOS ROJOS NO DECORADOS : SUS FORMAS.—OBJETOS VARIOS DE BARRO.—LAS TROMPETAS.—LAS PESAS.—LA INDUSTRIA DEL HIERRO ; VARIEDAD DE SUS PRODUCTOS.—LAS ARMAS.—BOCADOS DE CABALLO.—OBJETOS DE HUESO.—OBJETOS DE PIEDRA.

NADA da mejor idea del grado de civilización logrado por lo celtíberos que sus industrias, y que en este caso hay fundamentos para llamarlas numantinas. Fruto de ellas son los miles de piezas de que vamos a dar cuenta. Fué, en efecto, Numancia ciudad industriosa, por lo cual estas colecciones tienen grande interés arqueológico. La fecha de desarrollo corresponde a la segunda Edad del Hierro, que empieza en el siglo v (a. de J. C.).

Sobresale por el número de piezas y ocupa casi todas las vitrinas de la Sala I la cerámica, toda ella hecha a torno y bien cocida, denotando en general un perfeccionamiento que compite con el alto nivel industrial alcanzado por griegos y romanos. Se observan variedad de manufacturas, algunas de las

cuales estimamos anteriores a los tiempos de la guerra.

El primer grupo de vasos de manufactura ordinaria, que por su aspecto enlaza con la última mencionada bajo la denominación general de prehistórica, comprende, en nuestra opinión, el ajuar que propiamente debe llamarse de cocina. Son casi todos ollas y algunas cazuelas: vasos, en suma, de poner a la lumbre.



Fig. 62.—OLLAS NUMANTINAS.
(Foto Mérida.)

Su pasta es roja, agrietada y ennegrecida. Algunas ollas llevan por adorno una zona de rayas abiertas a torno. De su uso doméstico convence el hecho de que se han hallado con los vasos pintados en las cuevas de las casas ibéricas.



Fig. 63.—VASO DECORADO A PUNZÓN. (Foto Mérida.)



Fig. 64.—OLLA DECORADA A PUNZÓN. (Foto Mérida.)

Sigue un grupo de vasos cuya pasta está mezclada con carbón, y otros ahumados, todos ellos negros y con decoración incisa y estampada (figs. 63 y 64). Sus formas son olla, cuenco o escudilla, copas y jarrros. Son, por lo general, vasos pequeños y de pro-

porción cuadrada, pues altura y diámetro dan dimensiones iguales, sobre poco más o menos, lo cual es muy frecuente en la cerámica ibérica. La característica común a todos estos vasos es su decoración, grabada, por decirlo así, sobre el barro fresco, abriendo incisiones o estampando el motivo de un punzón de asta. El hallazgo de varios punzones en distintos sitios de Numancia demuestra que tales vasos son producto de industria local. En una vitrina se ve expuesto buen número de punzones con las muestras de los dibujos de ellos sacados (figura 67). Estos punzones están



Fig. 65.—JARRA DECORADA A PUNZÓN. (Foto Mérida.)

tallados o grabados por un extremo, y algunos por los dos. Los más sencillos están simplemente aguzados, para marcar bien un punto redondo, bien una raya parecida a una vírgula; otros están hendidos para

marcar dos vírgulas, y algunos cuatro puntos cuadrados; otros están tallados por un extremo en forma de peine, para producir una serie de rayas o de puntos, y por el otro cabo llevan grabado un círculo con un punto en medio; otros manifiestan sólo este motivo de uno o dos círculos concéntricos y un punto en medio;



Fig. 66.—TAZA DECORADA A PUNZÓN. (Foto Mérida.)

siendo de notar que hay dos tamaños de punzones: de círculos pequeños y grandes. La combinación de todos estos motivos formando zonas, líneas, festones, es lo que constituye la decoración de los vasos, la cual es un perfeccionamiento de la prehistórica ya descrita. Es un sistema del que en nuestra Pen-

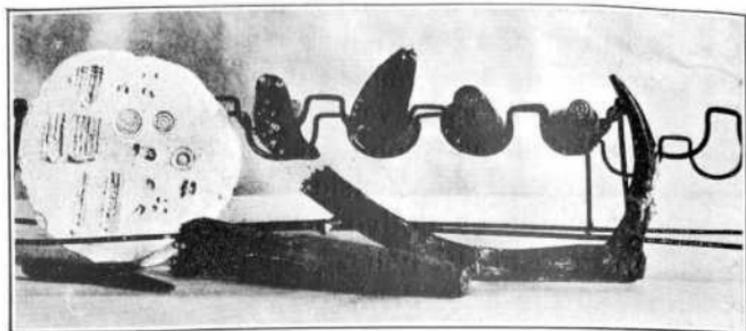


Fig. 67.—PUNZONES PARA LA DECORACIÓN CERÁMICA Y MUEST-
TRARIO DE SUS FIGURAS. (Foto Méliida.)

ínsula se han encontrado pocos ejemplares, fuera de Numancia, pero que no ha dejado de hallarse en pa-



Fig. 68.—VASO
DE FINA MANU-
FACTURA. (Foto
Méliida.)

lafitos de Saboya y en otros sitios de Italia, también en vasos negros, y en lo que allí se llama *buchero rosso*, de fabricación etrusca, sistema opuesto al de la pintura de vasos practicada por los griegos desde muy antiguo. En Numancia se cultivaron los dos sistemas de decoración, siendo más antiguo el inciso; y es de notar que, mientras el número de piezas de este sistema no llega a ciento, el de vasos pintados pasa del millar.

Al dicho grupo de vasos sigue otro no menos curioso: el de vasos ahumados dentro del horno, como aún se practica, de pasta y manufactura muy fi-

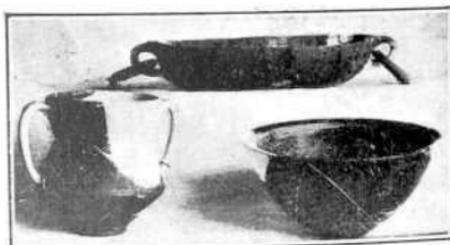


Fig. 69.—VASO IBÉRICO CON ANILLAS.
Cyatós y *phiale* ITALICOS. (Foto Mé-
liida.)

nas y pequeños. No hay ollas ni otros vasos de cocina, sino de mesa, tazones, platos y, sobre todo, copas pequeñas, entre las cuales las de forma más graciosa son las que recuerdan el tulipán.

Una taza muy fina lleva grabada una inscripción ibérica.

En una vitrina se ve reducido número de vasos de formas y manufacturas que difieren de las ibéricas.



Fig. 70.—VASOS CARTAGINESES. (Foto Mérida.)

Son, en efecto, vasos importados a Numancia. Los hay itálicos, barnizados de negro, entre los que sobresalen un *phiale* o copa sin base (figura 69), de cuya forma se deriva la de los vasos de plata ibéricos. De barro amarillo o rojo hay jarros y ampollas que consideramos de labor cartaginesa (fig. 70), como acaso lo son, por lo menos el modelo, unas grandes tinajas de forma oblonga, y alguna de ellas de cerca de un metro de altura, que, por su tamaño, se ven expuestas aparte.



Fig. 71.—PEQUEÑA TINAJA CON ANILLAS. (Foto Mérida.)

La gran colección de piezas cerámicas, lisas, de barro rojo, que ocupa las restantes y más numerosas vitrinas murales de la sala I, constituye una parte de las antigüedades numantinas más importantes, pues la cerámica es lo que sobresale entre los objetos encontrados. La cerámica típica ibérica es

esta roja ; pero sus productos aquí expuestos son los lisos o no decorados, y a los vasos acompañan otros productos de la industria del barro.



Fig. 72.—VASOS ROJOS SIN PINTURAS.
(Foto Mérida.)

En cuanto a los vasos, señalan por su perfección la nota culminante de la industria numantina, la cual poco deja que desear cuando se la compara con la griega y con la de

otros pueblos adelantados, además de que supera a otras ibéricas. Las arcillas, que son las propias del país, están perfectamente lavadas y cuidadosamente



Fig. 73.—COPAS ROJAS SIN PINTURAS. (Foto Mérida.)

trabajadas. Los vasos, bien torneados, son de paredes delgadas, ligeros y finos. La cocción homogénea revela pleno conocimiento técnico.

En rigor, hay dos manufacturas igualmente bue-

nas: la roja, abundantísima, y la blanca, más fina y de la que se ven pocas piezas y pintadas. De los vasos rojos lisos hemos de hablar aquí. En cuanto a que se fabricaron en la ciudad, de ello dan testimonio las pellas del mismo barro que en varios sitios de la ciudad se han recogido.

Respecto de las formas, la colección puede dividirse en cuatro categorías: vasos de capacidad, o sea tinajas, algunas oblongas, semejantes al *pithoy* griego, o esféricas, que es lo más corriente, además de cuencos, cráteras, ánforas, algunas con anillas en las asas, vasos con asa como de cesta sobre la boca y vasos de ancha boca y pitón, como un botijo; jarros que pueden reducirse a cuatro tipos: uno que solamente se diferencia del ánfora en que no tiene más que un asa, otro de figura oblonga, como el *olpe* etrusco, la jarra de boca trebolada originaria de la *oenochoe* griega y el vaso alto casi cilíndrico, exclusivo de Numancia y sólo comparable al *bock* de cerveza; copas que también pueden reducirse a cuatro tipos: las de



Fig. 74.—COPA ROJA. (Foto Mérida.)



Fig. 75.—EMBUDOS DE BARRO. (Foto Mérida.)

que también pueden reducirse a cuatro tipos: las de cuerpo cilíndrico y boca acampanada, con asa, idénticas a las micénicas de oro, las tazas o cuencos semiesféricos, las de hondo recipiente y pie pequeño y las de pie alto, que no desmienten su origen del *kylis* griego; los embudos y los morteros en forma de cono invertido y de paredes gruesas. De formas especiales y poco nume-

rosas, son de citar la cantimplora, como las modernas, y el botijillo o biberón.

En una vitrina se ven reunidos unos cuantos pies

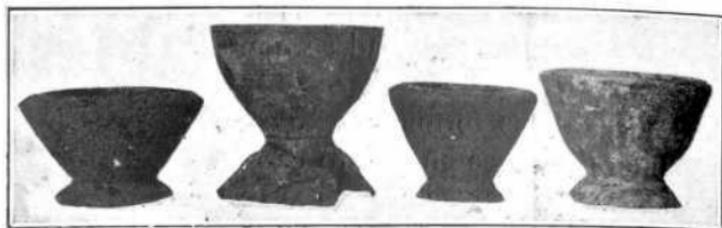


Fig. 76.—MORTEROS DE BARRO. (Foto Mérida.)

para vasos (fig. 78) que debían colocarse en alto. Son piezas independientes, cilíndricas o de tronco de cono, huecas y de labor calada casi todas.

Es digno de mención especial, aunque es de barro gris, un vaso compuesto de un tubo circular con tres pequeñas bocas como de candelabro, sobre un alto pie. Corresponde esta extraña pieza al tipo *keranos*, que hasta ahora se halló en la cerámica micénica y en la púnica.

Considerada en general la manufactura roja de que queda hecha mención, es muy de notar que a ella pertenecen también los vasos pintados, que, por su importancia, reclaman ser señalados aparte; y que con rara excepción, la variedad de formas se encuentra más completa entre los pintados que entre los lisos, siendo lo más singular que el número de éstos, que pasa de cuatrocientos, es la mitad de los pintados, lo cual in-



Fig. 77.—CANTIMPLORA DE BARRO ROJO. (Foto Mérida.)

duce a creer que dichos vasos lisos se destinaron a ser pintados, lo que no llegó a hacerse, y en algunos la pintura se ha borrado. Los vasos que nunca fueron pintados son los morteros, de los que sólo un ejemplar tiene el borde decorado con circulitos estampados; las copas hondas a modo de platos con pie corto, y las tinajas oblongas. En cambio, no hay ni una sola



Fig. 78.—PIES PARA VASOS DE BARRO. (Foto Mérida.)

esférica que no esté pintada, y lo mismo se observa respecto de los vasos en forma de *bock*.

Hay, por último, piezas singulares rojas, como son un gran cuenco con agujerillos en el fondo, co-

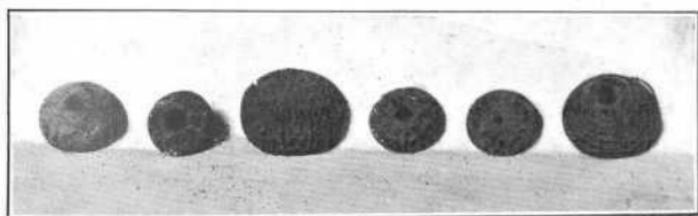


Fig. 79.—HUSILLOS DE BARRO. (Foto Mérida.)

mo para fabricar quesos; unos platillos hondos, en cuyo borde, por la cara interior, se ve una serie de líneas punteadas formando recuadro, hecho acaso para facilitar con esa aspereza el mejor modo de sujetar el vaso en algún uso que nos es desconocido; una vasija, especie de lebrillo, ovalado, con re-

borde ancho y una especie de bandeja oblonga y cóncava, con dos asas, a los extremos, de las que penden sendas anillas (fig. 69).

No solamente emplearon los numantinos la arcilla para la alfarería, sino también para fabricar diversos objetos de uso. Hay objetos pequeños, como son husillos, bolas y fichas; los hay grandes, que son pesas.

Los husillos (*fusaiously italianas*) son rodajas o cuentas horadadas, de barro, cuya presencia en mu-

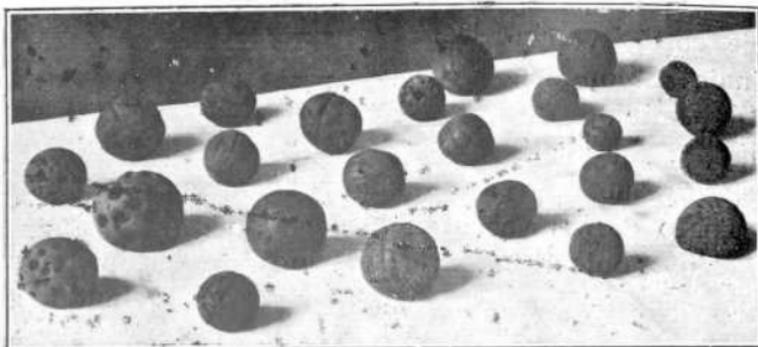


Fig. 80.—BOLAS DE BARRO DECORADAS. (Foto Mérida.)

chos yacimientos, incluso prehistóricos, ha llamado siempre la atención de los arqueólogos, algunos de los cuales han creído ver en tales objetos la representación del sol u otro simbolismo. Posible es que en tal concepto, y, por consiguiente, como amuletos, se hayan llevado muchas de tales cuentas; otras piezas han debido ser sencilla y propiamente husillos; otras son pesillas de telar. En la colección numantina estimamos que algunos ejemplares son prehistóricos. Uno hay con incrustaciones de cobre. Otros están adornados con circulitos estampados y

puntos incisos. La variedad de formas, de rodaja, o cilíndricos o cónicos, y la diversidad de tamaños y aun de manufactura, pues los hay de grosera pasta, los hay negros y los hay rojos, pocos decorados y los demás lisos, responde a los distintos tiempos y empleos de estos objetos.

Las bolas de barro se han recogido en cantidad grandísima y con frecuencia en las cuevas numantinas, con los vasos. No cabe duda de que eran piezas de uso; pero de cuál fuera éste nada sabemos. Desde luego, es inadmisibile que fueran proyectiles de honda, puesto que la mayoría están decorados con líneas punteadas incisas y con círculos estampados. Antes de ahora hemos formulado la hipótesis de que pudieran servir para algún juego de azar o para echar suertes, como medio de consultar un oráculo; y acaso para este fin se utilizaran algunas piedras que en las calles y en otros sitios de Numancia se ven con varias oquedades o huecos de las consideradas como escritura de cazoletas, y mejor aun pudo tener este empleo un tablero de piedra, cubierto de dichos huecos semicirculares abiertos de intento. Las bolas son de varios tamaños. Las incisiones forman zonas y meridianos, y los círculos aparecen en el medio de los cascos de esfera. Algunas bolas grandes así decoradas están huecas, y al moverlas suena algún pedacillo, sin duda dejado de intento al hacerlas, de modo que son como sonajeros.

Tan abundantes o más que las bolas son las fichas, pues no podemos dar otro nombre a esas piezas redondas de barro, unas hechas de intento y, por consiguiente, regulares, y otras ocasional y toscamente cortadas de cascos de vasijas, hasta conseguir dicha forma. En cuanto a su destino, sólo cabe conjeturarle. Fichas de juego, piezas de cambio antes del uso

de la moneda, o ponderales pequeños, pudieron ser y acaso para todo eso se utilizaran.

En cuanto a los objetos de barro de tamaño mayor debe ser citado en primer término, por ser ejemplar único, una caja de forma oblonga, pues no puede llamarse de paralelepípedo, por no ser angulosa, con una prolongación por un extremo, formando un asidero, horadado y con tapa.

En una vitrina se ve una curiosa colección de trompetas de barro, cuyo cañón forma un círculo, mejor

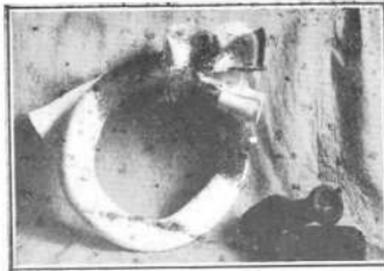


Fig. 81.—TROMPETAS DE BARRO. (Foto Mérida.)

dicho, una espiral, como en las modernas trompas de caza. Las hay de barro negro, con adornos incisos; de barro rojo, algunas de ellas con pinturas, y las hay de barro blanco. Ha podido reconstituirse una, cuya boca está modelada en figura de dragón (fig. 81). Sin du-

da, son estas trompetas aquellas a cuya música, según Estrabón, danzaban los celtíberos antes de beber.

La colección de pesas de barro recogidas en Numancia es numerosísima, y en las cuevas es donde más han salido. Las hay de varios tamaños, entre 6 y 17 centímetros de altura y de un peso de 3,730 a 0,370 kilos. Su forma corriente es la de tronco de pirámide de base cuadrada. Todas tienen orificio de suspensión, casi siempre gastado por la cuerda que sirvió de asidero. Unas en la base, otras en la cabeza, suelen tener o una marca impresa con el dedo, en figura de cruz o aspa, con cuatro puntos intercalados o de

media luna. Se han encontrado casi siempre en las cuevas, y a veces muchas juntas. Pero no ha sido posible reconstituir la serie gradual de ponderales, y, por otra parte, se ve que abundan las pesas grandes y que no se advierte correlación o escala de tamaños o de pesos; de donde puede inferirse que, por lo menos algunas de ellas y acaso muchas, fueron contrapesos para cerrar la puerta o para artefactos domésticos.

La industria del hierro, de cuya producción en

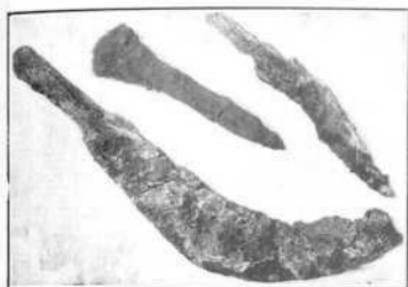


Fig. 82.—HOZ, PUÑAL Y CUCHILLO DE HIERRO. (Foto Mérida.)



Fig. 83.—CUCHILLOS DE HIERRO. (Foto Mérida.)

Numancia se han registrado testimonios, según dijimos (escorias, el yunque, único objeto entre los descubiertos por el Sr. Schulten existente en el Museo), se ofrece, desde luego, mucho más importante, perfecta y variada que la del bronce, cuyos productos debieron ser importados. Los herreros celtíberos a que nos referimos, que sacaron su primera materia del vecino Moncayo, convirtiéronla en utensilios, instrumentos, armas y accesorios, de todo lo cual se ven expuestas copiosas series en las vitrinas de la sala I. Encuéntrase allí clavos de distintos tipos,

unos gruesos y cortos, de cabeza oblonga, otros delgados y largos, pequeños y grandes. Pertenecieron sin duda a la clavazón de los ensamblajes de techumbres y puertas de las casas numantinas. Variedad de anillas, argollas, trozos de cadenas, dan idea de distintas aplicaciones y usos. En cuanto a herramientas, hierros dentados de sierra, mazos o martillos, alcantanas, formones, barras, ganchos y garfios, representan, asimismo, las distintas prácticas del trabajo; y en lo que se refiere al trabajo agrícola, son de citar las hachas y hoces, de las que alguna, grande, debió ser utilizada para cortar árboles.



Fig. 84.—DAGAS DE HOJA DE HIERRO Y VAINA DE BRONCE.
(Foto Melida.)

Hay también tijeras y hojas de las mismas, que se confunden con los cuchillos. Forman éstos una serie curiosa. Todos tienen espiga para el mango, que era de hueso, y algún ejemplar lo conserva; unos son rectos, otros curvos, y más frecuentemente con ángulo en el lomo, habiéndolos de distintos tamaños en dichos tipos. Algunos de ellos, sobre todo los grandes, debieron ser de uso doméstico. Pero los pequeños figuraron en el armamento celtíbero; pues así lo demuestran los hallazgos logrados en las necrópolis ibéricas de Aguilar de Anguita y Gormaz, por sólo citar las más típicas, donde en la misma vaina de la espada van el cuchillo y las tijeras.

Llévanos esto como por la mano a hablar de las armas que seguidamente aparecen expuestas. Las más importantes son dagas de hoja recta y alargada, de perfiles cóncavos por su arranque, y ojival por la punta, de doble filo y lisa. La rotura de una de estas

hojas nos permitió apreciar que está laminada, componiéndose de tres, un alma y dos capas, como las espadas modernas, lo cual denota el adelanto y perfección a que llegaron los celtíberos. Dos de estas dagas conservan su vaina, de bronce, adornada con el mismo motivo ornamental que la cerámica negra, de los círculos concéntricos, y con anillas laterales (figura 83) para llevar el arma suspendida del cinto y en disposición oblicua delante de la cintura, como se ve en estatuas y figurillas ibéricas existentes en el Museo Arqueológico Nacional.

De espadas solamente se han hallado fragmentos y empuñaduras de sables de otro tipo que las de la falcata ibérica, y otras empuñaduras de daga, en bronce, y en figura de caballo, estilizada (fig. 85). En cambio, hay alguna hoja de lanza, y ha podido reunirse una colección de puntas de flecha de figura triangular (fig. 86).



Fig. 85. — EMPUÑADURAS Y GUARNICIONES DE ESPADAS. (Foto Mérida.)

No deja de extrañar a quien sin conocer antecedentes ve las antigüedades numantinas que lo que en ellas predomine y abunde sea la cerámica, y sea, en cambio, tan reducido el número de armas, máxime tratándose de un pueblo belicoso; pero la razón de tan extraño caso nos la da la Historia, puesto que Floro nos dice que los numantinos quemaron sus armas, y Apiano que Escipión les impuso la condición de llevarlas a un sitio; además, de que los soldados romanos no dejarían de recoger luego las que hubieran quedado.

Añádese a este armamento gran cantidad de pro-

yectiles de barro, en figura de bellota, como los de plomo romano, de los que son copia. Romanos supone también el Sr. Schulten los de barro, de los que halló ejemplares en los campamentos. Pero si bien es cierto que desde tiempos primitivos el proyectil de honda de pastores y guerreros, como los celtíberos, fueron las piedras, tan abundantes en la tierra numantina, no por ello ha de pensarse que dejaran ocasionalmente los sitiados en una ciudad (no empedrada con cantos pequeños) de corresponder a los tiros romanos con otros semejantes; y lo que nos induce a

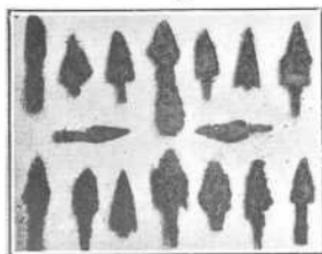


Fig. 86.—PUNTAS DE FLECHA DE HIERRO. (Foto Melida.)

creer de fabricación numantina dichos proyectiles es el hecho de haberse encontrado varios juntos—17 en una casa, 22 en otra—como restos de depósitos.

Juntamente con las armas se ven espuelas pequeñas de bronce, con punta de hierro muy pequeña.

Completan esta serie de objetos que nos hablan de la destreza celtíbera, unos bocados de caballo, del mismo tipo que los encontrados en las citadas necrópolis. Estos ejemplares numantinos fueron encontrados en la falda oriental del Cerro, en terrenos pertenecientes al señor vizconde de Eza, el cual hizo donación de ellos al Museo.

Los objetos de hueso y de asta son, como productos industriales, toscos, en general. De asta hay numerosas empuñaduras, que más parecen de sables o puñales que de espadas; de cuchillos hay mangos de asta y de hueso, algún ejemplar adornado con círculos concéntricos grabados. Asimismo hay man-

gos de hueso de instrumentos y herramientas, según se desprende de sus distintas formas. Por otra parte, hay que considerar variedad de objetos de hueso: punzones, agujas, trozos de tibia, que debieron ser utilizados como silbatos; fichas redondas, como las de barro, y piezas diversas, entre las que figura una cajita cilíndrica, la cual es, verosímilmente, una pieza importada y de tocador, tal vez envase de algún colirio. Hay también numerosas puntas de asta, con-



Fig. 87. — MANGOS Y PUNZONES DE HUESO Y ASTA. (Foto Mérida.)

vertidas en agudos punzones, y con orificio de suspensión.

La industria de la piedra se ve representada también por varios objetos. Figuran en primer término las piedras de afilar, algunas grandes y muchas pequeñas. Su forma, por lo general, es paralelepípeda, rectangular. Las más finamente talladas están biseladas. Tales piezas se han recogido y se recogen con mucha frecuencia en las excavaciones, como piezas que son del ajuar doméstico.

Lo mismo sucede con otra clase muy distinta de utensilios de piedra caliza o arenisca y de tosca talla: nos referimos a los molinos de mano, de los que, sin

duda, había uno en cada casa, y en algunas, dos, pues han salido casi juntos, habiéndose descubierto sobre un centenar, de los cuales hay muestras en el Museo. Se han hallado algunos grandes, hasta de 80 cen-



Fig. 88.—MOLINOS DE MANO, EN PIEDRA. (Foto Mérida.)

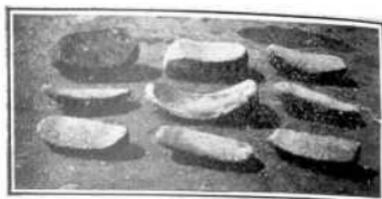


Fig. 89.—PIEDRAS DE MOLER. (Foto Mérida.)

tímetros de diámetro; pero los más son de la mitad de tamaño. Se componen de dos piedras, macho y hembra, habiendo en ésta, que es la superior, un orificio al borde, para, con un palo, facilitar la rotación.



Fig. 90.—PILA DE PIEDRA. (Foto Mérida.)



Fig. 91.—PILA DOBLE DE PIEDRA. (Foto Mérida.)

Debieron usarlos principalmente para moler trigo (fig. 88). De este tipo de molinos usan todavía los rifeños.

En menor número que los molinos se han hallado unas piedras de moler de forma oblonga y superficie ligeramente curvada o cóncava (fig. 89). Con su empleo y con trabajos análogos se relacionan las

manos de mortero, pulidores y otros objetos de piedra.

Por último, son de citar las pilas de piedra, de figura rectangular y de tosca labra, de las que en el jardín del Museo se ven ejemplares. No se han encontrado muchas, y debemos creer que se les dieron distintos empleos. Posiblemente se trata de los braseros de piedra usados por los celtíberos, de que habla Estrabón; y algunas pilas están calcinadas. Las mayores y más hondas pudieron servir de baño. Es casi seguro que en ellas lavaron las arcillas los alfareros. Una pila larga, dividida en dos compartimientos, pudo servir para dar pienso y agua a una caballería (fig. 91).

V

EL ARTE IBÉRICO.—LA CUESTIÓN DE SUS ORÍGENES.—EL ESTILO NUMANTINO.—FIGURAS DE BARRO.—VASOS PINTADOS.—LAS ESTILIZACIONES Y EL ESTILO LIBRE.—FIGURAS HUMANAS.—SERES QUIMÉRICOS.—FIGURAS DE CABALLOS, DE AVES Y DE PECES.—ORNAMENTACIÓN RECTILÍNEA Y CURVILÍNEA.—VASOS IBERO-ROMANOS.—
MATERIAS COLORANTES.

LA sala II contiene lo más selecto de las antigüedades numantinas: las que representan el arte. El arte ibérico es conocido por las esculturas, cuyo núcleo más importante es el de las descubiertas en la región levantina que hoy comprende las provincias de Alicante, Murcia y Albacete; por los broncecillos recogidos, sobre todo, en las montañas de la región minera de Andalucía, y por los vasos pintados procedentes de todas esas comarcas y de Cataluña, Aragón y Castilla, siendo notorio que los vasos numantinos son los más numerosos e importantes. En general, se entiende que el arte de que venimos hablando se desarrolló desde el siglo V (a. de J. C.) hasta la conquista romana, y que aun después de ésta sobrevivió, decadente. También es cosa generalmente admitida que iberos y celtíberos formaron ese arte por reflejo o influencia de los colonizadores griegos de levante y feni-

cios del mediodía, sin negar por hecho tan natural la intuición e inventiva de dichos indígenas. El tema, sin embargo, especialmente en lo que a las pinturas de los vasos se refiere, ha dado lugar a distintas opiniones y a controversia. M. Pierre Paris creyó ver en esas pinturas reminiscencias ornamentales de los vasos micénicos, que corresponden a la Edad del Bronce. Por mi parte, creí algo de esto, y señalé al propio tiempo singulares analogías de la ornamentación rectilínea numantina y la de los vasos atenienses



Fig. 92.—VASO CARTAGINÉS EN FIGURA DE TORO. (Foto Mérida.)

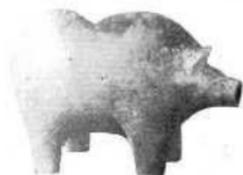


Fig. 93.—VASO CARTAGINÉS EN FIGURA DE JABALÍ. (Foto Mérida.)

llamados del *Dypilon*. Ultimamente ha terciado en la discusión otro sabio francés, M. Pottier, el cual, sin negar el reflejo del arte griego, concede mayor parte a las naturales aptitudes de los indígenas. Puede admitirse, en conclusión, que la influencia extraña, determinada por las importaciones de productos griegos, como lo son los vasos descubiertos en Ampurias, que datan los más antiguos del siglo VI (a. de J. C.), señala el origen o punto de partida del vaso pintado en España, y que, con esos elementos, los indígenas, llevados de sus aptitudes y gustos, de su imaginación viva y natural vigoroso, crearon su arte, coincidiendo unas veces en sus trazados y combinaciones ornamentales, con lo que sus antecesores, los griegos, ha-

bían hecho, y otras veces imitándolos con la libertad que les era propia.

Es, por otra parte, notorio, que entre los vasos pintados ibéricos, los numantinos se distinguieron de los de otras procedencias por los rasgos distintivos de un estilo especial. De atenernos a la hipótesis del Sr. Schulten, ya expuesta, respecto de la venida de gentes ibéricas desde nordeste a Numancia, habríamos de creer, con el Sr. Bosch Gimpera, que la producción de vasos pintados en la ciudad comprende desde el siglo III hasta el año 133 (a. de J. C.).

Con estos antecedentes, que han de entenderse en sentido general, por lo que al arte numantino se refiere, menester es decir que ese arte no se manifestó pujante en la escultura, como en la indicada región levantina, sino en la pintura de vasos.

En nuestras excavaciones no se ha encontrado escultura alguna en piedra, ni tenemos noticia de otra más que del fragmento de cabeza hallado por el señor Schulten en uno de los campamentos, según queda indicado.

Lo que sí se ha encontrado en Numancia es cierto número de figurillas de barro, cuya colección es lo que primeramente se ofrece a los ojos del visitante en la sala II. Constituyen en ese conjunto grupo aparte tres vasos, dos en figura de toro y otro de jabalí, que por su buen modelado se diferencian de las demás piezas y que, sin duda, son de origen y tipo cartagineses (figs. 92 y 93).

En cambio, se reconoce manufactura indígena y de una tosquedad tan infantil como primitiva en una serie de figurillas, unas de caballo y otras de hombre, modeladas, mejor dicho, esbozadas, con más espíritu que sentimiento de la forma. La figura más importante es una de mujer, policromada, con la cabellera suel-

ta, collares formando esclavina al modo egipcio y dos delantales, uno delante y otro detrás, blancos, con adornos negros (fig. 95).

Como objetos votivos están consideradas varias piezas modeladas, que representan pies humanos, uno de ellos con calzado sujeto con bridas labradas y dos cuya canilla se resuelve en una cabeza de caballo estilizada, motivo acaso simbólico, muy abundante en las pinturas. No sólo éstas decoraron la

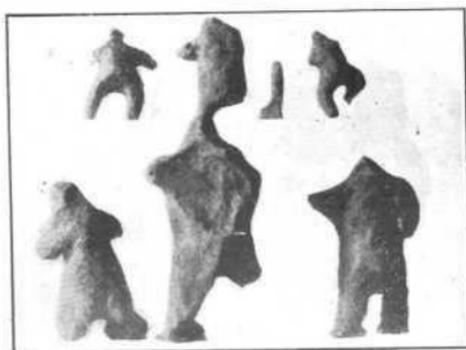


Fig. 94.—FIGURILLAS IBÉRICAS DE BARRO. (Foto Mérida.)

cerámica, sino también algunas veces mascarones o cabezas modeladas. De éstas hay algunas sueltas, cabezas de toro y de caballo. Entre estos objetos es de señalar una tapa de caja (en dos pedazos) con una orla de círculos estampados en el barro rojo, y en cada ángulo una cabeza de caballo, modelada.

En este grupo de representaciones posiblemente simbólicas hay una que tiene marcado carácter de ídolo. Es una placa de barro, recortada de modo que en la parte superior tiene un saliente, con orificio de suspensión y dos salientes laterales, esto es, a modo de simulacros de cabeza y brazos, y está pintada, con adorno geométrico. Recuerda las pizarras grabadas prehistóricas y también los ídolos griegos primitivos.

La pintura aplicada a la cerámica es lo que consti-

tuyó el arte de los numantinos, los cuales no se distinguieron en la Arquitectura y la Escultura como otros pueblos, sino en el dibujo y la contraposición de colores. Este fué su arte, que bien puede ser considerado como característica de un estado social o grado de civilización. Para mejor comprenderlo hay que tener en cuenta que lo que se reconoce en la pintura de los vasos ibéricos por estilo numantino es un estilo geométrico. Sus motivos, sean seres animados o trazados ornamentales, todo está dibujado geoméricamente. Hombres, caballos, aves, peces, están estilizados, reducidos a ornatos. Estos, tanto en las figuras como en los múltiples motivos de adorno, son rectilíneos o curvilíneos, y en ellos están, por cierto, las reminiscencias griegas más arcaicas.

Debemos advertir, sin embargo, que los dibujos geométricos negros a que nos referimos, se encuentran en vasos rojos, y que, si bien en minoría, hay también vasos blancos de muy fina manufactura, con figuras de hombres y de caballos, de un estilo libre, que podemos llamar realista, y pocas veces interpretaciones ornamentales.

Hubo, pues, dos manufacturas cerámicas: la blanca, selecta, y la roja, abundantísima, y correspondientes a ellas dos estilos, de los cuales el libre, acabado de citar, guarda relación con el de los vasos de levante (vaso de los guerreros de Arceña, etc.), y el otro es más original. Es de notar que la decoración de vasos entre los iberos no fué priva-



Fig. 95.—FIGURA DE MUJER, DE BARRO POLICROMADO. (Foto Mérida.)

tiva de piezas de adorno o de uso religioso, etc. Decoraron por nativa inclinación artística y aplicaron el decorado lo mismo a las tinajas (lo están todas las esféricas), en que guardaban líquidos o cereales en el fondo de las cuevas, que los jarros y copas de beber. Ya dijimos que es mucho más crecido que el

de los vasos lisos el número de los pintados, que pasan de 800, expuestos en la sala II.

Con el fin de que sea apreciada la variedad de motivos de la pintura numantina se halla ordenada tan numerosa colección en las vitrinas murales de la sala, de modo que desarrolla ante los ojos del visitante la sucesión sistemática de aquéllos, y así vemos primero la figura humana, luego las de seres quiméricos, seguidamente las de caballo, toro,



Fig. 96.—PIE DE BARRO. (Foto Mérida.)

aves, peces; después los ornatos rectilíneos, y por último los curvilíneos. En la imposibilidad de describir tanta y tanta pieza de esta colección riquísima y única, señalaremos los ejemplares y motivos más importantes para dar idea del espléndido conjunto.

A la cabeza de la serie se ven reunidos ciertos vasos de singular rareza. Destaca el primero por esta circunstancia un cuenco en el que se ven pintados dos guerreros combatiendo, uno con lanza, otro con es-

pada, y ambos con escudo redondo, figuras que recuerdan por su estilo las más arcaicas de los vasos de Rodas y de Corinto. Completan la decoración



Fig. 97.—MUESTRAS DE CERÁMICA BLANCA. (Foto Mérida.)

unos animales fantásticos afrontados y una grulla blanca guardando su nido sobre un árbol.

Aparecen luego dos jarras blancas de boca trebo-



Fig. 98.—JARRAS DEL TIPO *oenochoe*, ORNAMENTADAS. (Foto Mérida.)

lada (tipo *oenochoe*), con figuras rojas de estilo libre, En ambas, el asunto representado se refiere a la cría y doma de caballos, en relación, al parecer, con los signos del cielo, el sol y la luna, que se ven figurados en los cuellos de los vasos; acaso se quisieron repre-



Fig. 99.—JARROS DECORADOS. (Foto Mérida.)

sentar fiestas que tuvieran su fecha marcada. En un jarro se ve bajo el signo de la luna una yegua, dos potros, uno mamando, detrás un caballo, seguido de un hombre con látigo. En el otro jarro, un hombre desnudo, seguido de un caballo, lleva otro delante, al

que sujeta con las riendas mientras le aviva con un palo, y delante de este grupo hay un perro.

En otros vasos y en fragmentos de ellos se encuentran figuras humanas, no abundantes por cierto, y, por lo común, estilizadas. El tipo más general es el de cuerpo triangular, como las figuras griegas de los vasos del *Dypilon*. Tales se ven en un vaso blanco, en dos grandes trozos de tinajas rojas, uno con guerreros combatientes y otro con un jinete (n.º 2.004); y en fragmentos pequeños de un vaso fino, en el que las figurillas, con mitras, tienen las carnes pintadas de blanco. En otro fragmento grande de tinaja se ve el busto policromo de una mujer, de frente, con adornos y con una toca o mantilla blanca, entre grifos.

Es notable por la estilización la figura varonil que repetida se ve en un jarro alto, del tipo *bock* (número 2.029). Tiene esta



Fig. 100.—JARRO CON FIGURA HUMANA ESTILIZADA. (Foto Mérida.)

figura, como todas las anteriores, el cuerpo de frente y las piernas de perfil, y está reducida a motivo ornamental, siendo lo más extraño que el cuello, muy alargado, y la cabeza, son de caballo (fig. 100).

En una ánfora (n.º 2.000) de pequeñas asas, el decorado es un meandro entre cuyos huecos se repite una figura de hombre, de colores blanco y negro,



Fig. 101. — JARROS DECORADOS. (Foto Mérida.)

de estilo más bien libre que estilizado y con los brazos a modo de tentáculos.

Son de notar, por otra parte, unos fragmentos de vasos, en los que parece haberse querido representar guerreros muertos y aves de rapiña cerniéndose sobre ellos.

Otro grupo, no menos interesante, es el de los vasos decorados con animales fantásticos, que ya hemos visto entre las figuras humanas. Un vaso singular, rojo, de forma esférica achatada (n.º 2.001), lleva una zona de caballos marinos o hipocampos, y de peces, pintados con blanco y negro, entre fajas ornamentales. Otras veces esas quiméricas figuras son,



Fig. 102.—VASO CON UNA PANTERA
ESTILIZADA. (Foto Mérida.)

en su parte delantera, a modo de caballo o de grifo, con cola triangular, como de ave.

El vaso más peregrino de este género es un jarro con pintura polícroma, en el que se ven dos peces



Fig. 103.—VASO CON FIGURAS AMARILLAS
DE CABALLO. (Foto Mérida.)



Fig. 104.—VASO CON AVES FANTASEADAS. (Foto Mérida.)

unidos y delante un fantástico caballo con gruesa cola que parece de felino, acometido por un cangrejo de mar (fig. 101 a).

En una copa de tipo micénico lo pintado es una es-



Fig. 105.—VASO DECORADO CON PÁJAROS. (Foto Mérida.)

pecie de pantera con la cabeza de frente y otra contrapuesta, que nace de la cola (fig. 102). En un fondo de copa del tipo *Kylix* se ve un fantástico caballo



Fig. 106.—FONDO DE COPA CON AVE FANTASEADA. (Foto Mérida.)

listado de blanco con garras de ave, y también con dos cabezas. Otro caballo blanco, con una segunda cabeza en la punta de la cola, se ve en un jarro rojo.

La representación del caballo, a veces bien determinada, con más frecuencia estilizada y por fin esquemática, es abundantísima en los vasos numantinos. Se ha pensado que tales imágenes, con frecuencia reducidas a la cabeza del caballo, es-

tilizada y convertida en ornato, pudieron tener carácter simbólico. El tema ha dado lugar a sabias disertaciones del abate Breuil y de M. P. Paris.

En dichas representaciones, los numantinos, cuando más se acercaron a la verdad dibujaron el caballo de perfil, como se ve, pintado de amarillo, en un ánfora (fig. 103) y en una especie de botijo, siendo frecuente que sobre el anca y el arranque de las patas haya sendos motivos circulares. La estilización se



Fig. 107.—FONDO DE COPA, BLANCO, CON PECES. (Foto Mérida.)

manifiesta cuando la figura ha sido toda ella convertida en motivo ornamental, su cuello alargado y la cabeza interpretada de frente. Es frecuente que el cuello

y la cabeza del caballo constituyan el motivo que se repite, sobresaliendo de una faja ornamental. Tal motivo, perdiendo la forma animal, se esquematiza, sustituyendo a dicha cabeza la espiral. Muchos son los vasos en que se manifiesta la imagen del caballo, y en los que puede apreciarse el indicado proceso.

Del toro hay, en cambio, muy pocas representaciones; las más importantes son dos, estilizadas, que decoran una tinaja, y una cabeza de frente, pintada de blanco, en un jarro rojo. También hay algunas representaciones de ciervos, conejos y otros cuadrúpedos.

Grupo aparte constituyen en esta imaginería las aves, siempre estilizadas y fantaseadas. En un gran cuenco se ven dibujadas unas al parecer águilas, de



Fig. 108. — CRÁTERA ADORNADA CON LA swastika. (Foto Mérida.)



Fig. 109.—VASOS ORNAMENTADOS. (Foto Mérida.)

frente. Pero lo más común son pájaros de perfil, tema frecuente en los planos fondos de copa del tipo *kylix*. El cuerpo semicircular de estos pájaros contiene un trazado ornamental; la cola es triangular; el cuello, el pico y las alas suelen estar dibujados muy finamente. La más singular de estas aves es una con tres alas y cabeza de grifo, pintada de blanco anaranjado y negro, en un fondo de copa (figura 106). También parece reconocerse la figura

quimérica del ave en unas líneas ondulantes que forman festones ornamentales.

No menos abundantes son los peces, semejantes a los atunes y también estilizados. Es frecuente que se sucedan formando zona, como algunas veces los pájaros, en los cuerpos de los vasos.



Fig. 110.—JARRA CON ORNAMENTACIÓN CURVILÍNEA.
(Foto Mérida.)

Suelen verse representados por parejas, unidos por una faja ornamental vertical, y también se ve un pez de dos cabezas. La figura esquemática del pez es frecuente en la ornamentación. A veces cuatro figuras en aspa llenan un recuadro.

La ornamentación rectilínea se desarrolla en los jarros altos en fajas verticales, divididas en recuadros y en fajas horizontales o en el frente de las jarras treboladas. Los motivos son cruces, y entre éstas la *swastica*, considerada por muchos como símbolos, la cruz aspada, el ajedrezado y otros motivos semejantes. Estos ornatos y su disposición ofrecen singulares analogías con los vasos griegos del *Dy-pilon*. A ello se añaden festones de picos, de zizás y líneas ondulantes, más las mencionadas cabezas de caballo y las figuras esquemáticas de éstos y los demás animales mencionados. En una vitrina se ve re-



Fig. 111.—COPA DOBLE, ORNAMENTADA. (Foto Mérida.)

unido cierto número de vasos blancos con variada decoración ornamental polícroma (fig. 96).

La ornamentación curvilínea se manifiesta en el típico motivo de los círculos concéntricos que, distanciados, se suceden, formando zona; en festones de semicírculos concéntricos, en espirales y combinaciones varias, que donde campean y son más frecuentes es en las tinajas. Es muy de notar la perfección del trazado, que revela el empleo del compás, en esas series de círculos. En algunos vasos éstos alternan con



Fig. 112.—TINAJAS DECORADAS. (Foto Melida.)

motivos rectilíneos, y en otros la ornamentación es decididamente curvilínea. En muchas copas o cuencos el motivo principal es una zona de semicírculos tangentes.

En varias piezas cerámicas hay inscripciones en caracteres ibéricos, trazados a punta de cuchillo y una a pincel, que deben ser nombres propios de los poseedores de los vasos, como también en muchos hay signos grabados, ora letras ibéricas, ora estrellas u otras figuras, puestas acaso para diferenciarlos o señalarlos.

En la última vitrina mural de la serie hay un grupo de vasos pintados que difieren de todo en todo de

los descritos, aunque se consideren, como éstos, de manufactura ibérica. Se diferencian en que son de arcilla clara amarillenta y fina; en las formas, que recuerdan más las de la cerámica clásica y en las pinturas de color sepia (fig. 112), que distan mucho de la originalidad y fantasía de los vasos anteriores, revelando muchos motivos con figurillas de conejo y rosetas ser copia de los de la cerámica roja con relieves, romana, en España llamada vulgarmente *saguntina*.



Fig. 113.—VASOS DECORADOS DE MANUFACTURA IBERO-ROMANA. (Foto Mérida.)

Es de notar, como dato esencial, que mientras los vasos anteriores se han recogido invariablemente entre las cenizas y conservan las huellas del incendio, estos otros, cuyo número es muy reducido, se en-

contraron en cuevas y habitaciones romanas. Vasos de esta manufactura se han hallado en Termes y abundantísimos en Clunia, que pudo ser su centro de fabricación, según piensa D. Narciso Sentenach.

Como complemento de la pintura de vasos, debemos señalar la serie de muestras reunidas de las materias colorantes empleadas por los numantinos para ese fin y para otros, acaso entre ellos el embellecimiento personal. Las sustancias que constituyen este muestrario de colores minerales son piritas de hierro, de las que salió el color negro sepia; y ocre blanco, amarillo, rojo y azul.

V I

OBJETOS DE ADORNO.—FÍBULAS ; SUS TIPOS.—FÍBULAS DE LA TENE.—LA FÍBULA HISPANA.—FÍBULAS DE CABALLITO.—HEBILLAS Y OTROS OBJETOS.—CUENTAS DE COLLAR.—INSTRUMENTOS QUIRÚRGICOS.

EN la sala II se ven también expuestos los objetos de adorno y de uso personal, predominando por el número los de bronce.

Entre éstos figura, en primer término, la colección de *fibulas* que, como los actuales imperdibles, sirvieron para suplir al botón, desconocido de los antiguos. De varios tipos son las *fibulas* encontradas en Numancia, todas de bronce, menos dos de plata. Los modelos más abundantes son los de la Tene (estación típica del lago de Neuchatel, en Suiza), que comprende, como es sabido, desde el siglo v antes de J. C. Las hay, pues, de arco, uno de cuyos extremos se revuelve sobre él, y con muelle de espiral doble o sencilla, que presta fuerza a la aguja; las hay con los dos extremos vueltos; las hay con el extremo recto y terminado en una perilla, de tipo pirenaico e ibérico, algunos ejemplares anteriores a dicha fecha. De tipo puramente ibérico, o sea de la lla-

mada fíbula hispana, la que lleva el busto de Elche (escultura del siglo V antes de J. C.), y cuyos ejemplares se han recogido por cientos en el santuario del collado de los Jardines (Despeñaperros), se han encontrado muy pocos en Numancia, de donde pudiera inferirse que en esta región fué poco usada. Es una fíbula compuesta de un aro y arco encima (fig. 114).

El grupo más artístico de fíbulas es el de las que

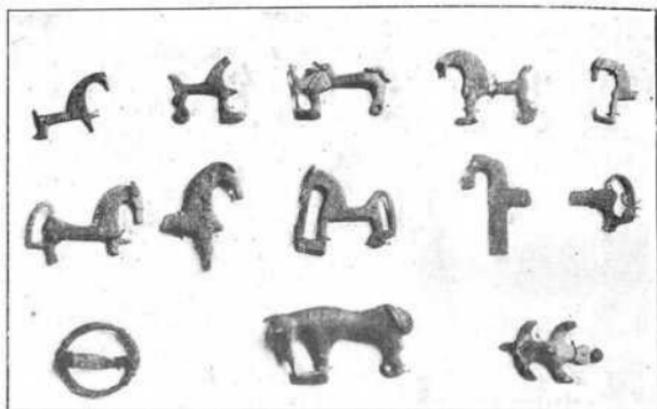


Fig. 114.—FÍBULAS DE BRONCE. (Foto Mérida.)

representan caballos y otros animales. El tipo originario de la fíbula de caballito hay que buscarlo en el norte de Italia. En España abunda, y los mejores ejemplares son los que llevan su jinete; pero ninguno de Numancia lo tiene, ni tampoco las espirales que prestan estabilidad a los ejemplares completos, los cuales no creemos que se usaran más que para prender el manto sobre el hombro, quedando, por consiguiente, el caballito en su posición natural. Estos graciosos caballitos llevan grabado sobre el arranque de las extremidades el conocido motivo de los círculos concéntricos (fig. 114).

Es de señalar en la colección una preciosa fíbula en figura de toro. También hay algunas que parecen representar elefantes, y otra que reproduce una especie de lagarto.

Aun hay que añadir las fíbulas esmaltadas, como se han hallado en otros países célticos. Estas son: una triangular y tres circulares, con esmaltes azul, blanco y rojo.

Al lado de las fíbulas se ven hebillas, cuyo tipo ibérico más corriente es el de figura circular con los extremos vueltos, y con la aguja en el sentido del diámetro. También hay hebillas semcirculares, con muelle de espirales para aguja.

Los demás objetos de bronce son pendientes o aretes, anillos o sortijas sin adorno ni chatón, anillos, cadenillas, cuentas o canutillos, chapas de cinturón o de otras aplicaciones indumentarias, con círculos concéntricos grabados, o de labor calada.

Completan la colección de adornos indumentarios las cuentas de collar, en buen número recogidas. Abundan las de vidrio azul o polícromo, debida a la industria de fenicios y cartagineses, y las de pasta; pero las hay también de hueso, adornadas con el motivo ibérico de los círculos concéntricos.

El objeto fenicio más singular descubierto en Numancia recientemente es una navaja de hierro con mango de hueso tallado en figura de toro con cabeza humana y alas, como los *kirubes* asirios.

Constituyen otro grupo numeroso en esta colección de bronce los alfileres y agujas. Viene luego la curiosa serie de instrumentos, algunos de ellos quirúrgicos, que ha estudiado especialmente D. Mariano Iñiguez, médico del Hospital de Soria, en su citada obra, señalando como ejemplares típicos las pinzas hemostáticas, con pasador, para presión conti-

nua, y que también usarían para depilarse, a propósito de lo cual se recuerda un pasaje de Artemidoro, en el que dice que las mujeres de algunas regiones se pelaban la frente para mostrarla más despejada. Señala también el Sr. Iñiguez un bisturí, que estima como prueba de gran progreso; pequeñas cucharillas que servirían para raspar; sondas, espátulas de hueso y de bronce. Piensa que pudieron servir para usos quirúrgicos, para suturas, las agujas; y que los cuchillos de piedra de que se habló, no sean tan antiguos y se utilizaran como bisturís, porque los de metal producían mucha hemorragia, y esto preocupó a los antiguos médicos.

Muchos de los citados instrumentos quirúrgicos se hallaron en un mismo sitio, al extremo sur de la parte excavada, entre cenizas y restos de una casa, que por esa circunstancia llamaba la del médico nuestro malogrado compañero de Comisión D. Mariano Granados.

VII

ANTIGÜEDADES ROMANAS.—ARAS VÓTIVAS.—RESTOS ARQUITECTÓNICOS Y DE PINTURAS MURALES.—RESTOS DE ESCULTURAS.—PIEDRAS GRABADAS.—CERÁMICA: SUS VARIEDADES.—«TERRA SIGILLATA».—EL VASO VIDRIADO.—VIDRIOS.—OBJETOS DE HUESO, BRONCE Y HIERRO.—ARMAS.—PIEDRAS DE MOLINO.—MONEDAS.
RESTOS VISIGODOS.

FORMA contraste con las numerosas colecciones ibéricas la pequeña y modesta de las romanas, instalada en la sala III. La diferencia corresponde a la de las dos ciudades que en el histórico cerro se sucedieron.

Propiamente la colección romana empieza con los pocos monumentos arqueológicos en piedra, instalados en el vestíbulo. Son de dos clases, epigráficos y arquitectónicos, procedentes todos del templo descubierto por el Sr. Saavedra. Los epigráficos son las aras dedicadas a Júpiter y a Marte, cuyos textos y las transcripciones del R. P. Fita (*Boletín de la Academia de la Historia*, t. L, 1907) son como sigue:

Ara de Júpiter:

I O V I

O · M

D · D

«Jovi o(plimo) m(aximo) d(atum) d(edicatum).»

Ara de Marte :

E X V T

M A R

T I

«*Ex v(o)l(o) Marti.*»

Los restos arquitectónicos son unas basas y un trozo de fuste de columna de orden toscano.

En las vitrinas de la sala III lo que aparece, en primer término, es algunas muestras de materiales de construcción, tejas planas y semicilíndricas, de los conocidos tipos *tegula* e *imbrex*; y trozos del grueso enlucido de las paredes con pintura mural de fondo rojo o blanco y con ornatos y motivos vegetales polícromos.

Restos escultóricos no es posible señalar más que los pies desnudos de una pequeña figura, de mármol, y el hermoso brazo derecho, de bronce, desnudo y femenino, algo mayor que el natural, descubierto por el Sr. Ramírez cerca del dicho templo, donde debió rendirse culto a la imagen de que solamente ese resto ha subsistido. Es pieza de muy buen arte y de excelente modelado, que acusa hasta las venas; los dedos, extendidos y ligeramente abiertos, son finos, y toda la mano muy bella. Sobre el codo hay un resto de otra pieza correspondiente a la ropa, que por lo visto vestía el brazo y cuerpo de la figura.

Raras son también las piedras grabadas, pues se han descubierto tan sólo dos; la más interesante es un ágata negra y azul, en la que se representa un sátiro cogiendo por un cuerno a una cabra que se empina a un árbol.

Por lo que a las industrias se refiere, también predomina en la colección romana la cerámica, y en ella se distinguen productos de diferentes manufacturas, que no creemos fueran locales. De barro ordinario

hay un ánfora y restos de varias. De barro fino se ha podido reconstituir buen número de vasos pequeños, barnizados unos de negro o gris plateado y otros de rojo. En los negros y grises, de estilo itálico, predomina el vaso de boca ancha y con dos asas del tipo *cantharus*. Forman grupo aparte entre las piezas barnizadas de negro, sepia o gris, unos cuencos o platos hondos, decorados con una zona de labor resaltada.

Los vasos rojos, en su mayoría con relieves hechos a molde, son los llamados impropia-mente en España *saguntinos*, cuya manufactura es la *terra sigillata*, apelativo que hace relación a las marcas de los alfareros que llevan en lo hondo o en el suelo las piezas por lo común. Esta artística manufactura ro-



Fig. 115. — VASO IBERO-ROMANO DE barro rojo. (Foto Mérida.)

mana fué la que sustituyó a la de los vasos pintados en Italia, donde fué centro principal de su producción *Aretium* (Arezzo), habiéndose originado de él fabricaciones provinciales en las Galias y en España, donde se encuentran ejemplares de todas tres procedencias. En la colección numantina se creen reconocer algunos productos de las Galias, profusamente decorados con figuras de liebres, aves, lebreles, lobos, panteras, a veces figuras humanas, etc., entre palmas o trazados ornamentales que dividen en recuadros las zonas decorativas. Las piezas hispanas parecen distinguirse por su decoración, cuyos principales motivos, de abolengo ibérico, son los círculos concéntricos o trazados análogos, formando zonas, sin que dejen de en-

contrarse zonas de círculos de mayor realce en piezas que posiblemente no son españolas. La colección es numerosa, y en ella se ve variedad de formas, predominando las copas semicirculares. Muchas de las piezas tienen marcas de fábrica, y también se encuentran en ellas monogramas y letreros abiertos a punta de cuchillo para distinguirlos.

En un fragmento de copa, en letras trazadas por ese medio, se lee :

ACCETIS OPPIDA.

Esta inscripción ha sido objeto de varias interpretaciones. Se pensó en un principio si se trataba de un casco de vasija como otros empleados por los antiguos para escribir misivas, y en este caso, e interpretando tal frase como una orden de atacar la plaza, si pudiera ser un documento del terrible asedio. Pero a esto se opone la manufactura cerámica de dicha pieza, pues la *terra sigillata* no



Fig. 116.—VASO VIDRIADO DE VERDE.
(Foto Mérida.)

cómenzó a fabricarse en Arezzo hasta el siglo II antes de J. C., y su apogeo se mantuvo hasta el primero de la Era, que es cuando empieza la producción en las Galias y en España. El Sr. Schulten nos comunica que dicho epígrafe es, a su juicio, el nombre del dueño del vaso, y debe leerse : *Accetis Oppida(nis)*.

Hay otra pieza cerámica rara y notable : un vaso finísimo y ligero, del tipo *urceolus*, con bellas asas y vidriado de verde, habiendo formado el decorador con el esmalte mismo una zona de puntos resaltados.

Algunos fragmentos hay de esta cerámica vidriada y muchos de vasos de vidrio, entre ellos varios de

labor policroma selecta, y de los lisos, blancos o verdosos, de copas agallonadas, botellas, etc.

De hueso hay algunos curiosos ejemplares de agujas para el pelo (*acus crinalis*), punzones, dados de jugar, etc.

La colección de bronce tan sólo ofrece, en general, los objetos corrientes: fibulas semicirculares molduradas, anillos, espejos, punzones para escribir sobre cera, agujas, campanillitas, etc. Son de notar un asa de jarro, con un mascarón en el arranque y labor ibérica grabada; una cabeza de clavo ornamental, que figura la de un cerdo, y una *tessera* de hospitalidad, en forma de cartela, con esta inscripción grabada:

TELLVR

Tellur(i)

Tellus es el nombre bajo el cual fué adorada la diosa de la Tierra, como personificación del seno maternal, por los romanos, que la invocaban con ocasión de alteraciones sísmicas.

Los pocos objetos de hierro recogidos, aparte las armas, ofrecen poco interés. Alguna llave, algún instrumento se ofrecen aquí como piezas sueltas. Escaso es también el muestrario del armamento romano que se ha podido reunir, pues está reducido a unos pocos proyectiles de honda, de plomo, del tipo *glans*, uno con inscripción griega, lo que demuestra ser de las municiones de alguno de los cuerpos mercenarios que trajo Escipión; puntas de flechas y de dardos de catápulta, con la cabeza piramidal cuadrada, y trozos de hierro y puntas, de forma también piramidal, aguda, de *pila*, la lanza de la infantería romana. Con tan interesantes piezas auténticas se ven dos reproducciones y reconstituciones de estas armas, hechas ante los ejemplares encontrados en los campamentos por el se-

ñor Schulten y conforme a las noticias de Apiano relativas a la reducción que se hizo en el *pilum* de la parte central de hierro y madera. Son dos las reproducciones y distintas, porque una, el *pilum* típico, es de la lanza de la infantería, y la otra, de punta más pequeña, es la de la caballería. Ambas reproducciones son donación del Museo de Maguncia, donde las hicieron.

De objetos de piedra apenas podemos citar más que unas ruedas de molino; la mayor (hembra), con escotaduras o cajas laterales para favorecer la rotación, y otra cónica (macho), de un ejemplar pequeño.

Figura aparte la colección de monedas. Pocas son, por cierto, y de poco interés las recogidas en el curso de las excavaciones; poquísimas las de plata y las más de bronce; están divididas en dos series: una, de autónomas, y otra, de romanas. Entre las primeras las hay de *Bilbilis*, *Caesar Augusta*, *Calagurris*, *Celsa*, *Emporiae*, *Osca*, *Segóbriga*, *Setisa*. *Turiaso*, etc.; y en la serie romana es muy de notar para el cálculo de la fecha en que la Numancia romana fuese fundada, que son escasísimos, los denarios consulares de plata y los ases de bronce, a los que sigue la serie imperial con ejemplares de Augusto, Agripa, Calígula, Claudio, Nerón, Vitelio, Vespasiano, Domiciano, Nerva, Trajano, Adriano, Macrino, Valentiniano I, y algún ejemplar del bajo Imperio.

El epílogo monumental o arqueológico de Numancia lo constituyen los únicos restos arquitectónicos visigodos: una basa con arranque de fuste de pilastra cuadrada y su capitel de hojas esquemáticas, en el orden de las de acanto, hallazgo aislado y casual ocurrido en 1917 al excavar el subterráneo de la manzana XIII.

* * *

M U S E O N U M A N T I N O

Al fondo o testero de la sala III destaca un retrato de S. M. el Rey, con el uniforme de Dragones de Numancia, pintado por el laureado artista soriano D. Maximino Peña, autor también de otro retrato de D. Ramón Benito Aceña, que figura en la sala segunda; ambos cuadros, regalados al Museo por el entusiasta mantenedor de las glorias de Numancia y de la buena memoria del insigne patriota acabado de citar, su deudo D. Santiago Gómez Santa Cruz. A los lados del retrato del Soberano se alzan, sobre sencillos pedestales, dos bustos, uno de D. Eduardo Saavedra y otro de D. Ramón Benito Aceña, modelados por D. Ignacio Pinazo Martínez, artista celebrado y también laureado. Esos bustos, como en sus pedestales se lee, son sentido homenaje rendido por la Comisión de Excavaciones a la memoria del descubridor de Numancia y al generoso donante del Museo y de sus vitrinas.

BIBLIOGRAFÍA

SORIA

- MOSQUERA DE BARNUEVO (El Lic. D. Francisco).—*La Numantina*.—Sevilla, 1612.
- LOPERRAEZ (D. Juan).—*Descripción histórica del Obispado de Osma*.—Madrid, 1788.
- SAAVEDRA (D. Eduardo).—*Monografía de S. Juan de Duero*. (*Revista de Obras públicas*, 1856.)
- RABAL (D. Nicolás).—*Soria* (vol. de la serie *España, sus Monumentos y Artes, su Naturaleza e Historia*).—Barcelona, 1889.
- RAMÍREZ ROJAS (D. Teodoro).—*Arquitectura románica en Soria*.—Soria, 1894.
- SERRANO FATIGATI (D. Enrique).—*Escultura románica en España* (*Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*).—Madrid, 1900.
- RAMÍREZ (D. Teodoro) y D. Andrés de LORENZO.—*San Juan de Duero (Soria)*.—*Arquitectura y construcción*.—Barcelona, 1904.
- LAMPÉREZ Y ROMEA (D. Vicente).—*San Juan de Duero (Soria)* (*Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*), Madrid, 1904.
- LAMPÉREZ Y ROMEA (D. Vicente).—*Historia de la Arquitectura Cristiana Española en la Edad Media I*.—Madrid, 1908.
- MÉLIDA (D. José Ramón).—*La iglesia de San Juan de Rabanera en Soria*. (*Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*). Madrid, 1910.

NUMANCIA

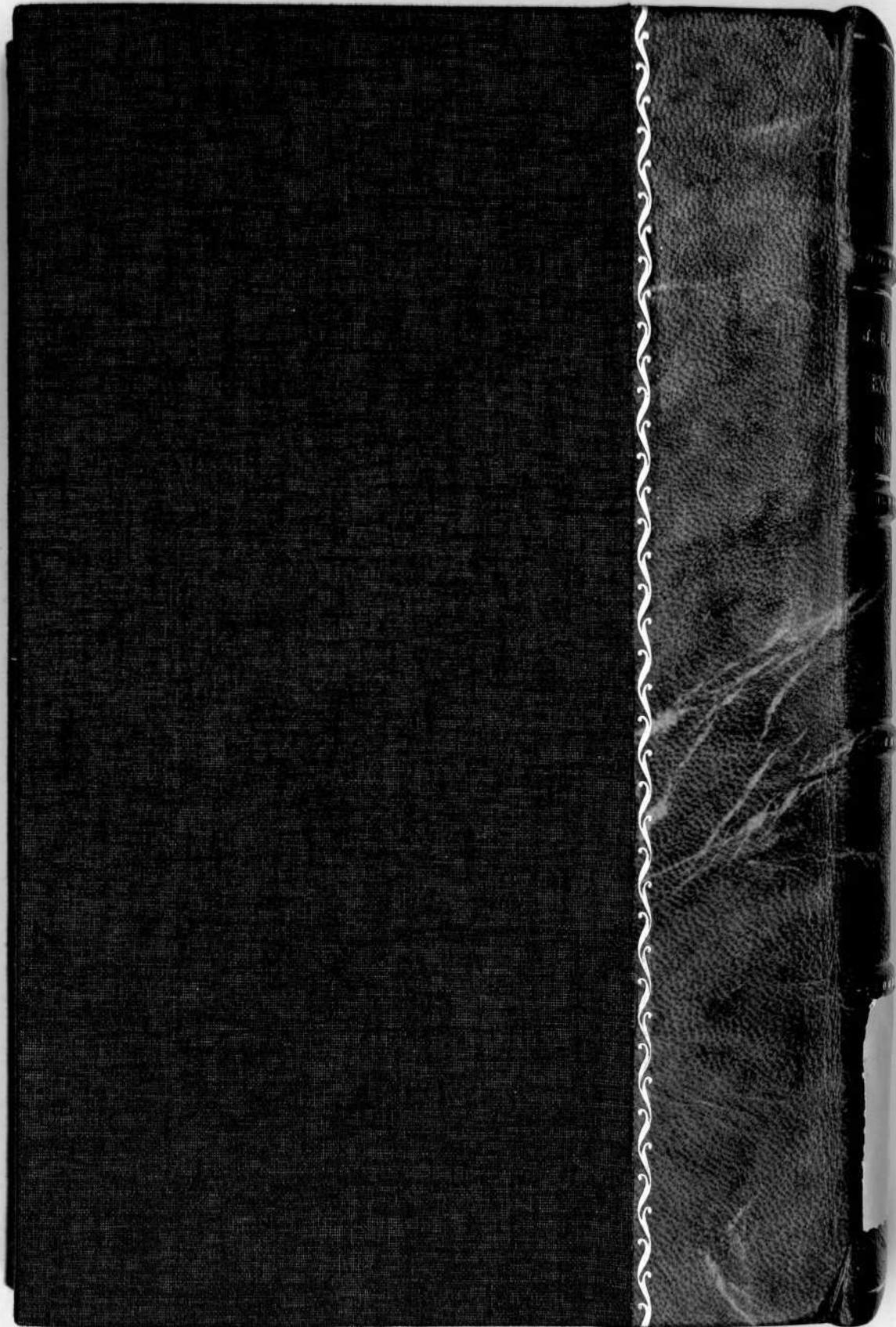
- ESTRABON.—*Geographicon*.—Libro III.
- IDEM.—*Geografía*.—Idem íd.; traducción de D. Miguel Cortés y López, inserta en su *Diccionario geográfico-histórico de la España antigua*. Tomo I.—Madrid, 1835.
- FLORUS (Lucius Anneus).—*Építome rerum romanorum*.—Liber II.
- APIANO ALEJANDRINO.—*Libro de las guerras ibéricas*; traducción de D. Ambrosio Rui Bamba, inserta, como la de otros pasajes relativos a Numancia de autores antiguos, en el Apéndice a la *Descripción de la Vía romana entre Uxama y Augustóbriga* por D. Eduardo Saavedra.
- MORALES (Ambrosio de).—*Las Antigüedades de España*.—*Crónica*, tomo IX.—Madrid, 1792.
- FLÓREZ (R. P. Fr. Enrique).—*España Sagrada*, t. VII.—Madrid, 1751.
- LOPERRAEZ (D. Juan).—*Descripción histórica del Obispado de Osma, con tres disertaciones sobre los sitios de Numancia, Uxama y Clunia*. Tomo II.—Madrid, 1788.
- ERRO (D. Juan Bautista).—*Alfabeto de la lengua primitiva de España*.—Madrid, 1806.
- SAAVEDRA (D. Eduardo).—*Descripción de la Vía romana entre Uxama y Augustóbriga*. Memoria premiada por la Real Academia de la Historia en el concurso de 1861 y publicada en el tomo IX de las suyas.
- DELGADO (D. Antonio), OLÓZAGA (D. Salustiano) y FERNÁNDEZ-GUERRA (D. Aureliano).—*Excavaciones hechas en el cerro de Garray, donde se cree que estuvo situada Numancia*.—(*Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo I).—Madrid, 1877.
- SCHULTEN (Adolf).—*Numantia. Eine topographisch-historische untersuchung*.—Berlín, 1905.
- SCHULTEN (Adolf).—*Ausgrabungen in Numantia*.—*Jahrbuch des Kaiserlich deutschen Archäologischen Instituts*, 1905, 1906, 1907 y 1911.
- SCHULTEN (Adolf).—*Les Camps de Scipion a Numance*. Trad. del Dr. Florence. (*Bulletin Hispanique*, 1908, 1909, 1910).

- SCHULTEN (Adolf).— *Mis excavaciones en Numancia. 1905-1912.* Trad. per H. Grunwald.—(*Revista Estudio*). Barcelona, 1914.
- SCHULTEN (Adolf).— *Numantia, die ergebnisse der ausgrabungen I.—Die Keltiberer und inre Kriege mit rom.*—München, 1914.
- PARIS (P.).— *Promenades archéologiques en Espagne.*—Paris, 1910.
- Comisión Ejecutiva de las Excavaciones de Numancia. Memoria presentada al Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes por la Publícase de Real orden.—Con fototipias, fotograbados, fotocromos y litografías.—Madrid, 1912.
- MÉLIDA (D. José Ramón).— *Las Excavaciones de Numancia. (Cultura Española, 1907).*
- MÉLIDA (D. José Ramón).— *Excavaciones de Numancia. (Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1907-1908)* y tirada aparte.
- MÉLIDA (D. José Ramón).— *Numancia. (Pequeñas monografías de Arte, 1910).*
- MÉLIDA (D. José Ramón).— *La cerámica numantina. (Arte Español, revista de la Sociedad de Amigos del Arte, 1913).*
- MÉLIDA (D. José Ramón).— *Numantinas.* Cartas publicadas en el periódico *El Correo*, 1906 a 1913.
- MÉLIDA (D. José Ramón).— *Excavaciones de Numancia.*—Memoria de los trabajos realizados en 1915. Publicada por la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades.—Madrid, 1916.
- MÉLIDA (D. José Ramón).— *Excavaciones de Numancia.* Memoria de los trabajos realizados en 1916 y 1917. Publicada por la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades.—Madrid, 1918.
- MÉLIDA (D. José Ramón) y TARACENA AGUIRRE (D. Blas).— *Excavaciones de Numancia.*—Memoria acerca de las practicadas en 1919-1920.—Publicada por la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades.—Madrid, 1920.
- MÉLIDA (D. José Ramón) y TARACENA AGUIRRE (D. Blas).— *Excavaciones de Numancia.*—Memoria acerca de las practicadas en 1920-1921.—Publicada por la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades.—Madrid, 1921.
- GONZÁLEZ SIMANCAS (D. Manuel).— *Numancia. Estudio de*

- sus defensas. (Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1914, y tirada aparte).*
- GÓMEZ SANTACRUZ (D. Santiago).—*El solar numantino. Refutación de las conclusiones históricas y arqueológicas defendidas por Adolf Schulten.*—Madrid, 1914.
- *El Monumento a Numancia* erigido a expensas del Exce-lentísimo Sr. D. Ramón Benito Aceña.—Madrid, 1906.
- IÑIGUEZ Y ORTIZ (Dr. Mariano).—*Numancia y la Medicina en la Antigua Iberia.*—Zaragoza, 1916.
- SENTENACH (N).—*Los Arevacos. (Revista de Archivos, Bi-bliotecas y Museos, tomos XXX a XXXII, 1914 y 1915, y tirada aparte.)*
- BOSCH GIMPERA (D. Pedro).—*El problema de la cerámica ibérica.*—Madrid, 1915.
- BOSCH GIMPERA (D. Pedro).—*La cultura ibérica.*—Barce-lona, 1918.
- BALLESTEROS Y BERETTA (D. Antonio).—*Historia de España y su influencia en la Historia Universal.*—Tomo I.—Bar-celona, 1918.

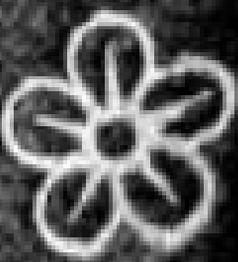
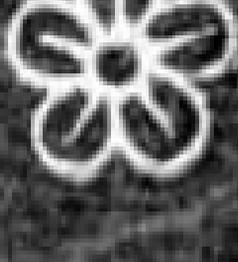








J. R. MELIDA
—
EXCURSION
A
NUMANCIA



G 34470

1922